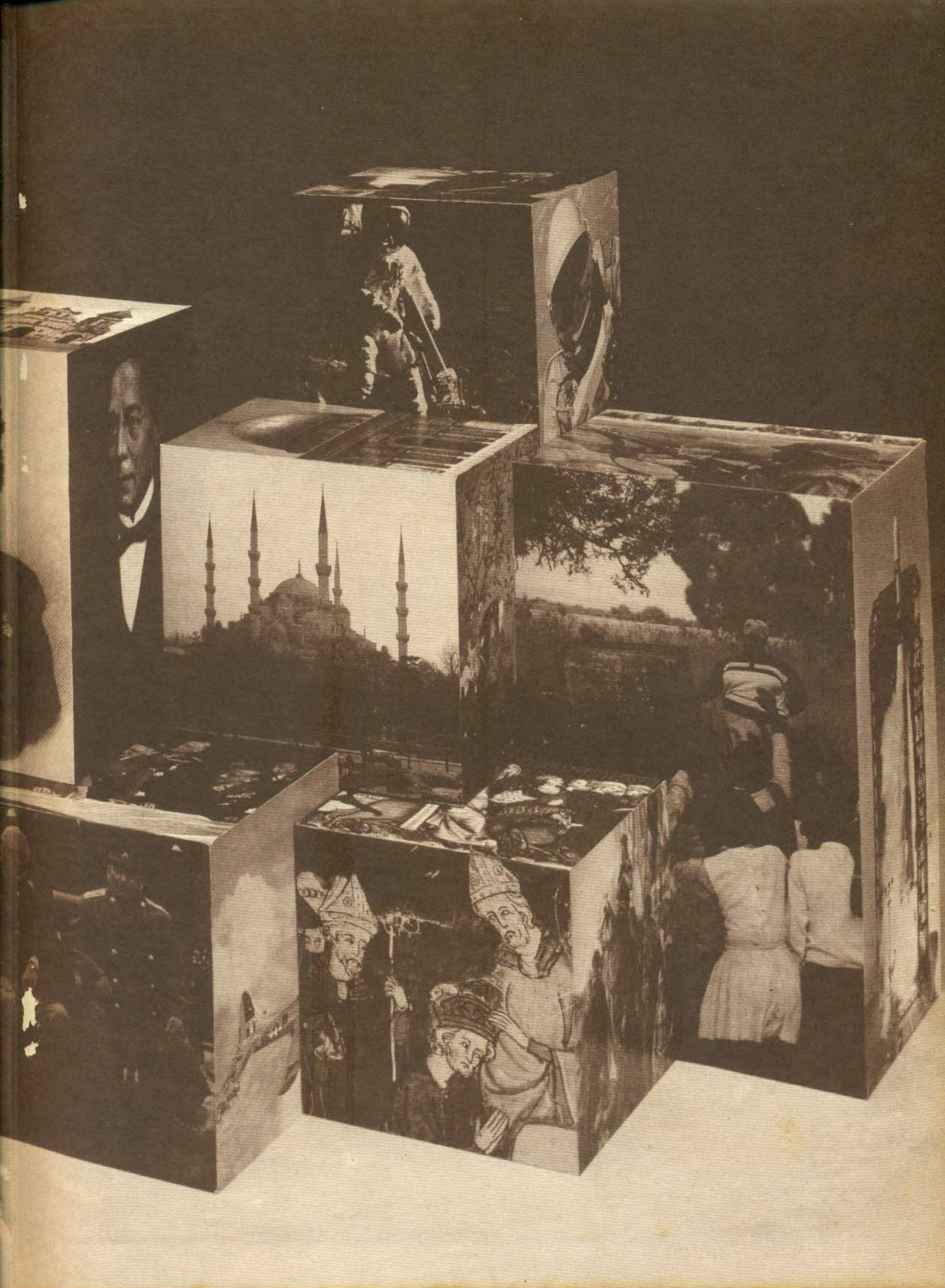

HISTORIA UNIVERSAL
LA NUEVA EUROPA
Y EL ABSOLUTISMO
11

HISTORIA UNIVERSAL

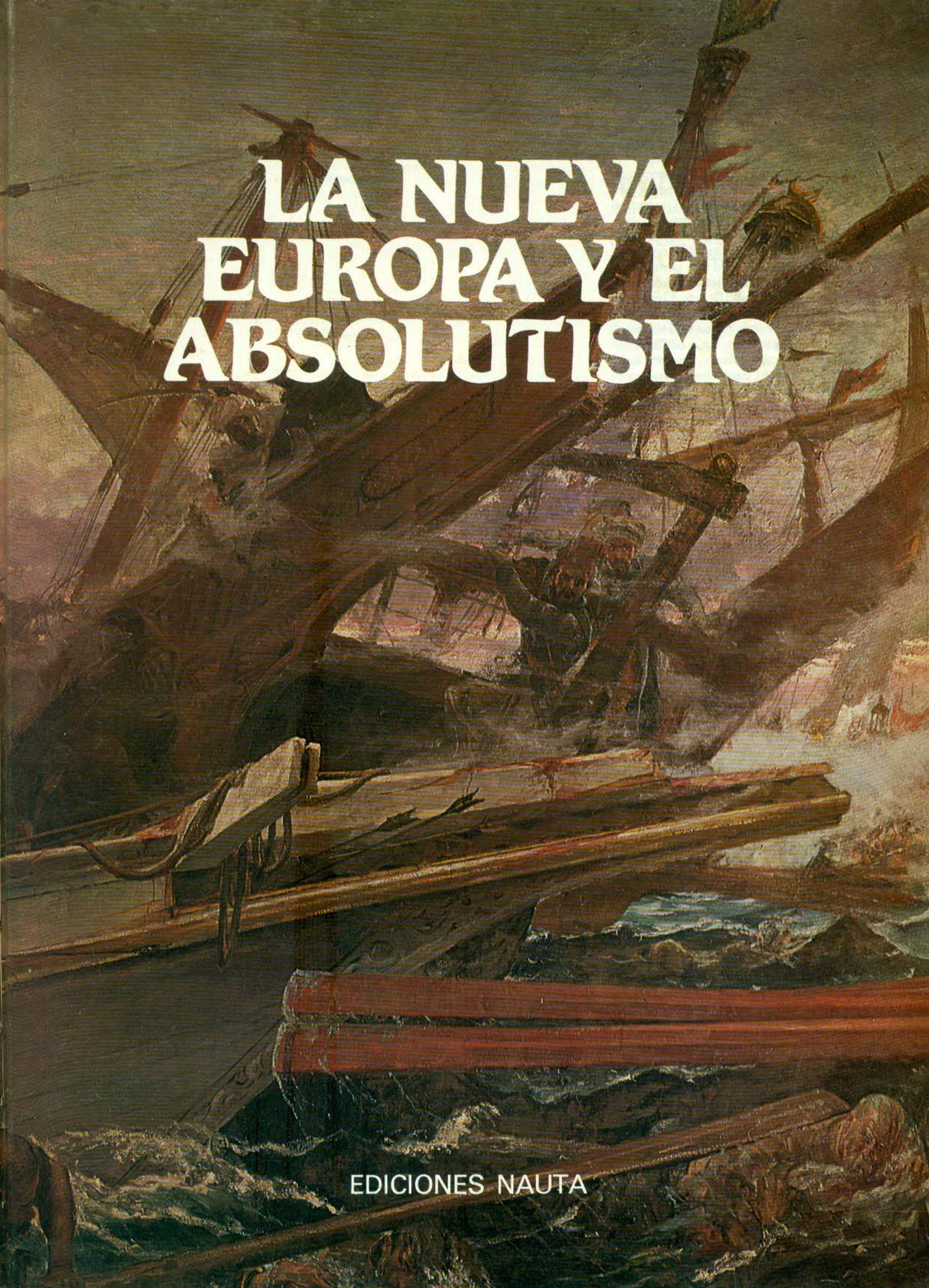
LA NUEVA EUROPA Y EL ABSOLUTISMO





HISTORIA
UNIVERSAL




LA NUEVA
EUROPA Y EL
ABSOLUTISMO
EDICIONES NAUTA

Procedencia de las ilustraciones

Archives Photographiques, París; Archivo Nauta, Barcelona; Ashmolean Museum, Oxford; Biblioteca Marucelliana, Florencia; J. Bottin, París; British Museum, Londres; J.E. Bulloz, París; Casa Real Británica, Londres; CIRI, Barcelona; Cooper-Bridgeman Library, Londres; Cooper-Bridgeman Library-Christie Manson and Woods; Country Life, Londres; Crown copyright reproduced with permission of the Controller of Her Majesty's Stationery Office; Deutsche Fotothek, Dresde; Elsevier, Amsterdam; Frans Halsmuseum, Haarlem; Giraudon, París; Gruppo Editoriale Fabbri-Bompiani, Zonzogno, Etas, S.p.A., Milán; Hamlyn Group Picture Library, Feltham; Kungl. Armémuseum, Estocolmo; Kungl. Biblioteket, Estocolmo; Kungl. Husgeradskammaren, Estocolmo; Larousse, París; Mansell Collection, Londres; Mary Evans Picture Library, Londres; Mas, Barcelona; Musées Nationaux, París; Museo del Prado, Madrid; Museum Plantin-Moretus en Prentenkabinet, Amberes; Muzeum Wojska Polskiego, Varsovia; National Gallery, Londres; National Maritime Museum, Londres; Nationalmuseum, Estocolmo; National Portrait Gallery, Londres; Nederlandsch Historisch Scheepvaart Museum, Amsterdam; Novosti Press Agency, Londres; Radio Times Hulton Picture Library, Londres; Rijksmuseum, Amsterdam; H. Roger-Viollet, París; Ann Ronan Picture Library, Loughton; Salmer-Bevilacqua; Victoria and Albert Museum, Londres; Wallace Collection, Londres; Z.E.F.A. (UK), Londres.

Editado por Ediciones Nauta, S.A.
Loreto 16 - Barcelona-29
Impreso en Altamira S.A.
Carretera Barcelona, km 11,200
Madrid-22
ISBN: 84-278-0753-8 (obra completa)
ISBN: 84-278-0764-3 (vol. XI)
Depósito legal: M-6682-1982 (Vol. 11)
Impreso en España - Printed in Spain
11951

EQUIPO DE REALIZACIÓN

Dirección:

Bernat Muniesa, *doctor en Historia y licenciado en Sociología. Profesor de la Universidad de Barcelona.*

José Florit, *doctor en Historia. Profesor de la Universidad de Barcelona.*

Responsables temáticos:

Luis Belenes
Salvador Busquets
Mercè Cabo
Jordi Fiblà
Montserrat Font
Carlos Jordán
Guillem Jurnet
Esteban Liniés
Juana Nadal
Carmen Núñez
Ricard Riambau
Dolors Rotllant
Teresa Torns
Joan Xirau

Colaboradores:

Ricardo Acedo
Pablo Antúnez
María Luisa Crispi
Jordi Domènech
Francisco Ramos
Marc Sagristá

EQUIPO EDITORIAL

Director editorial: Jaime Barnat
Editor: Andrés Merino
Colaboradores de edición: Ferrán Hernández
Joaquín Palau
Samuel Penalva
Tomás Ubach

Dirección de la ilustración: Puri Ballús
Ayudantes de ilustración: Ana Juandó
Isabel Ruiz de Villa

Cartografía: Eduardo Dalmau
Rafael Fernández
Rosa Mª Guijarro
Mª Dolores Vila

Diseño: Jordi Pastor
Compaginación y dibujo: Rafael Azuaga
José Romero
Carmen Tomás

Producción: Fernando Covarrubias
Ramón Laflor
Antonio Llord
Mª Dolors Mascasas

Sumario

NOTA DE LOS EDITORES

La misión de una obra histórica no se reduce sólo a presentar cada uno de los hechos vividos por la humanidad relacionándolos con los que les han precedido y seguido en el tiempo. Además, debe ofrecer al lector la posibilidad de valorar globalmente la información, y hacerlo en función de los intereses del hombre de hoy.

Por eso, la HISTORIA UNIVERSAL que presentamos no aparece siguiendo el esquema cronológico habitual, ni tampoco como una retrospectiva de la historia escalonada hasta los orígenes de las civilizaciones. Hemos querido combinar ambos criterios con el fin de lograr una disposición que permita entender mejor las diversas relaciones causa-efecto que se dan entre los eslabones de la cadena histórica.

En consecuencia, la colección parte de un bloque relativo a los acontecimientos más próximos a nuestros días, de forma que sea posible sumergirse totalmente en la historia del mundo moderno a partir del conocimiento de las situaciones que han ido conformando el mundo tal como lo hemos recibido. Este primer conjunto se cierra con un volumen que, desde nuestro punto de vista, es una aportación extraordinaria que facilita la aproximación al mundo que vivimos: un *calendario cultural del siglo XX* de características excepcionales.

Un segundo bloque, centrado en épocas más alejadas de nosotros, que abarcan desde el origen de las civilizaciones hasta el inicio de la historia contemporánea, permite el estudio más sosegado de épocas que exigen más dedicación a causa del menor conocimiento global que de ellas tenemos.

Como colofón, hemos considerado imprescindible la inclusión de un *atlas histórico,* que hace honor a la máxima "una imagen vale más que mil palabras".

PLAN DE LA OBRA

I – HACIA EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

1 – El tránsito al mundo contemporáneo (incluye América colonial)
2 – Liberalismo, restauración y sociedad
3 – Industrialización e imperialismo (incluye América independiente)
4 – Siglo XX: imperialismo y revolución
5 – Siglo XX: la era nuclear
6 – Calendario cultural del siglo XX

II – DE LA PREHISTORIA HASTA EL SIGLO XVIII

7 – Los orígenes de la civilización
8 – Los fundamentos de Occidente: Grecia y Roma
9 – Cristianismo y feudalismo
10 – El tránsito a la Edad Moderna
11 – La nueva Europa y el absolutismo

III – 12 – ATLAS HISTÓRICO

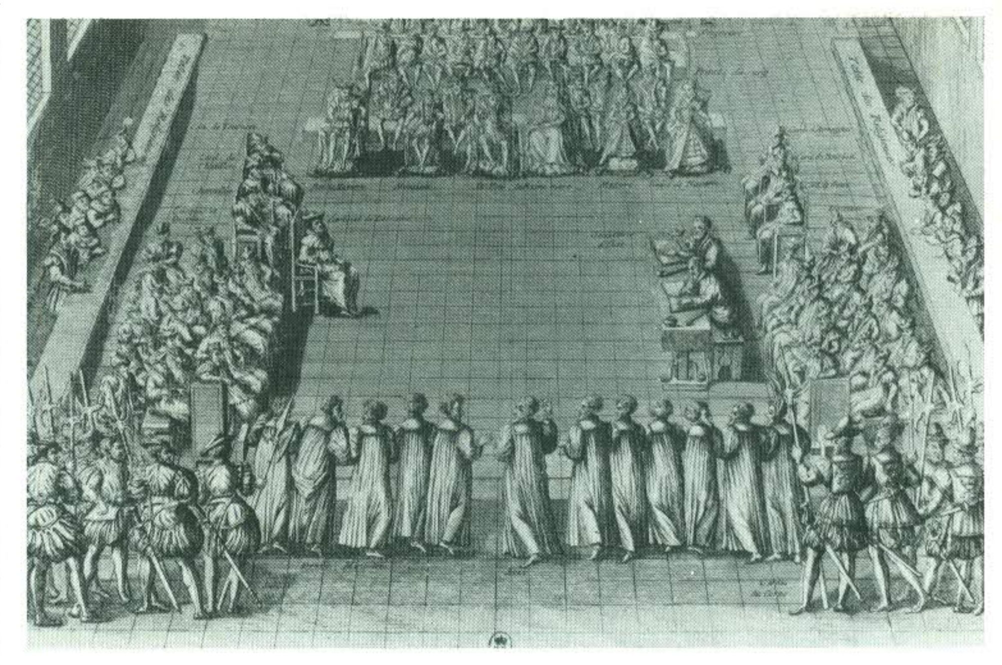
ORDENACIÓN CRONOLÓGICA

A – 7 – Los orígenes de la civilización
B – 8 – Los fundamentos de Occidente: Grecia y Roma
C – 9 – Cristianismo y feudalismo
D –10 – El tránsito a la Edad Moderna
E –11 – La nueva Europa y el absolutismo
F – 1 – El tránsito al mundo contemporáneo
G – 2 – Liberalismo, restauración y sociedad
H – 3 – Industrialización e imperialismo
I – 4 – Siglo XX: imperialismo y revolución
J – 5 – Siglo XX: la era nuclear
K – 6 – Calendario cultural del siglo XX
L –12 – Atlas histórico



LAS GUERRAS DE RELIGIÓN

Introducción



De todos los procesos históricos que contribuyeron a la crisis de la sociedad mítica europea del Medioevo, es decir, el movimiento cultural renacentista, los descubrimientos geográficos, la reactivación comercial y la llamada «Reforma protestante», fue esta última la que produjo un mayor impacto inmediato en las relaciones entre los estados europeos.

El mal llamado «protestantismo» fue evidentemente un movimiento religioso de gran amplitud, pero ya en sus orígenes se vio impregnado de concomitancias políticas y sociales. En especial su forma más acabada, el calvinismo, se configuró como una ideología acorde con los intereses sociales de una nueva clase que tendía a monopolizar los fundamentos de la economía de la época, basados en el comercio: la burguesía comercial.

El protestantismo introdujo la idea de «profesión» —palabra, al parecer, inventada por el propio Lutero—, concebida como la actividad humana a través de la cual los individuos podrían alcanzar una sosegada vida celestial después de la muerte. Sin embargo, esa «actividad humana» tenía un contenido totalmente nuevo. Significó una ruptura con aquella vieja concepción escolástica de que sólo el ascetismo, la contemplación y la resignación eran las vías de acceso al reino de Dios. Ello presupuso una rígida estática social. Quien nacía pobre, miembro por ejemplo de la servidumbre de la gleba, debía morir como tal. Aquel que nacía noble, viviría como tal y así moriría. El resultado de este criterio fue la consolidación de una sociedad estamentalista que impregnó prácticamente a todos los pueblos europeos. En ella privaba el linaje y la sangre sobre cualquier otra consideración, subordinando a esa realidad formal cualquier otra faceta humana.

Las instituciones dominantes, es decir, el Papado, la realeza y las aristocracias, instrumentalizaron los viejos criterios agustinianos —remodelados por Tomás de Aquino—, según los cuales había un orden natural y un orden social, ambos de inspiración providencial. Por tanto, si la Providencia estaba tras las relaciones sociales —estamentales— existentes, alterarlas suponía atentar contra el mandato divino. Cambiar, modificar, transformar o revolucionar las relaciones jerárquicas y paternalistas que impregnaban la estructura social del feudalismo, era propiciar la alteración del orden providencial. Por eso, todos los movimientos sociales que antes pugnaron por conseguir un orden social y económico más justo —el catarismo, el movimiento husita, etc.— se cubrían de un ropaje religioso, aunque en sus impulsos renovadores entrañaban la modificación de la sociedad existente. De hecho, el movimiento protestante siguió la misma estrategia, y será necesario llegar a la Revolución francesa, iniciada en 1789, para encontrar el primer gran conflicto social despojado de coberturas religiosas.

Sin embargo, el protestantismo consiguió mayor éxito que los movimientos anteriores por varios motivos: por irrumpir en una coyuntura en la que el Papado se debatía en la corrupción; por las rivalidades políticas entre las grandes potencias, que permitió a algunos monarcas, como por ejemplo Enrique VIII de Inglaterra, instrumentalizar la «nueva religión» para sus fines políticos; por la sensibilidad creada por nuevas aspiraciones culturales y, sobre todo, por la conciencia de que las nuevas rutas comerciales, que abrían los descubrimientos geográficos, necesitaban unas relaciones políticas más flexibles, capaces de potenciar las tremendas posibilidades económicas que significaba América, África y Asia.

El protestantismo y muy especialmente, como ya hemos señalado, su variante calvinista, introdujo en la sociedad del siglo XVI la idea de que «el éxito en la vida se correlaciona con el destino de las personas después de la muerte». Y el «éxito en la vida» se identificó progresivamente con el «éxito profesional», es decir, el triunfo en las actividades económicas. La acumulación de fortuna era un signo de aquel éxito. Esta ideología supuso, pues, un acicate para una burguesía —comercial— disconforme por su papel subsidiario en una estructura social en la que primaban el linaje y la actividad militar. Se abría así un proceso histórico que culminaría con la Revolución norteamericana y la Revolución francesa, hitos que significarían la quiebra definitiva del Antiguo Régimen y el fin de una sociedad jerarquizada e inmovilista, sustituida progresivamente por la modernidad basada en la movilidad interclasista, la igualdad de los individuos ante la ley y la primacía del éxito económico sobre otros valores.

Resumiendo, la aristocracia de la sangre comenzó, con el protestantismo, a ser sustituida por la aristocracia del dinero, como ha señalado Charles Morazé.

Sin embargo, el proceso no fue, hasta finales del siglo XVIII, un desarrollo puro, sino que se vio influenciado por factores de prestigio monárquico y por cuestiones políticas y religiosas coyunturales, que en muchos momentos oscurecieron su verdadera esencia.

En otro orden de cosas, en el siglo XVI, de las tres grandes potencias europeas, España, Inglaterra y Francia, la primera de ellas inició, con la muerte de Felipe II, un proceso de declive promovido por la imposibilidad del Estado español de sostener «el mayor Imperio que conociera el mundo». Los asuntos americanos fueron absorbiendo las preocupaciones de los gobernantes de Madrid, y en Europa perdió su papel hegemónico en favor de las otras dos potencias que, por su parte, comenzaban a interesarse abiertamente por el fenómeno colonialista que españoles y portugueses inauguraron a finales del siglo XV, demostrando una capacidad de riesgo personal y económico que constituye uno de los hitos en la historia de Occidente.

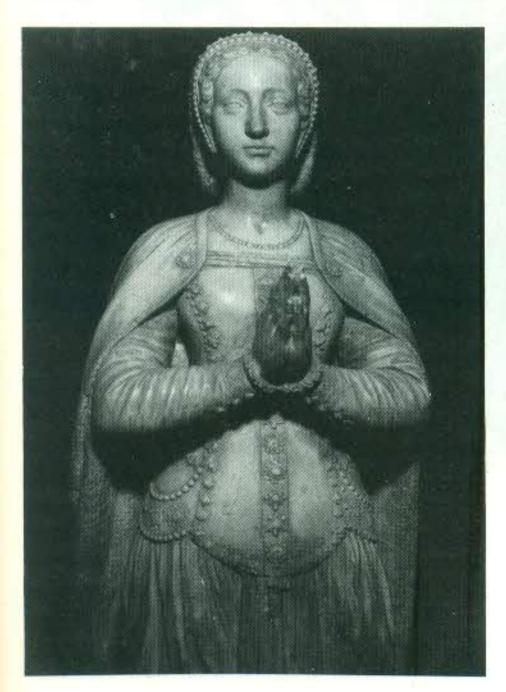
Francia durante el siglo XVI

Los reinados de Francisco I y Enrique II fueron una etapa de la tendencia hacia una monarquía absoluta, la cual era ya fuerte en la época de Luis XI (1461-1483). Lentamente, surgió una administración central que impuso sus leyes y gravámenes en un área cada vez mayor del país, y desgastó progresivamente el poder de los grandes señores feudales. Sin embargo, este proceso fue brutalmente interrumpido en 1559, cuando la muerte de Enrique II arrastró a Francia a un período de guerras civiles que duró hasta 1598.

Luis XII murió el día de Año Nuevo de 1515, poco después de su primera esposa Ana. Fue recordado como un buen rey, pues a pesar de los gastos de las guerras de Italia, no había gravado excesivamente a su pueblo con impuestos; a muchos les recordaba a Luis XI, el más económico y parsimonioso de los reyes franceses. Su apariencia personal no era impresionante: era delgado y huesudo, ligeramente encorvado y de débil salud.

¡Qué contraste con su brillante primo y sucesor Francisco I! Éste era un rey impar: alto, fuerte y rebosante de ardor marcial. En sus primeros años pareció que merecería el título de «el Magnífico», otorgado a ciertos príncipes italianos. Entusiasta de la cultura italiana, buscó en Italia arquitectos, pintores, músicos y hombres de letras, que revitalizaron la cultura francesa.

En 1514 Francisco I se casó con Claudia de Francia, hija de Luis XII y Ana de Bretaña. Tuvieron siete hijos antes de la muerte de ella en 1524, a la edad de 25 años. Su reinado empezó bien, con la brillante victoria sobre las fuerzas del Sacro



Arriba, retrato de Francisco I de Francia (1494-1547) realizado por Jean Clouet en 1525. (Louvre, París.)

Izquierda, Claudia de Francia, esposa de Francisco I e hija del anterior rey de Francia, Luis XII. (Catedral de Saint-Denis.)

Página anterior, el Coloquio de Poissy, convocado por Catalina de Médicis en 1561 para evitar el enfrentamiento entre católicos y hugonotes.



Imperio romano en Marignano (1515), pero a medida que transcurrían los años, a causa de los reveses militares, centró sus esfuerzos tanto en la consolidación de la monarquía como en la administración del país.

Sin embargo, bajo el reinado de Francisco I, entre los franceses aparecieron signos de descontento, pues se consideraban el pueblo más oprimido del Occidente europeo, tratados, según se dijo posteriormente, «como bestias».

Tal vez, Luis XII no estuvo desacertado cuando afirmó, dirigiendo su mirada hacia el futuro Francisco I: «este bello muchacho lo estropeará todo». Como Enrique VIII de Inglaterra, este rey joven, vigoroso y atractivo, acabó su reinado con dificulta-

des, pues su política de *grandeur* se basó en una economía débil y una administración insuficiente. Francisco de Francia y Enrique de Inglaterra, tan similares en su personalidad como en su política, fallecieron ambos en 1547.

Francisco I fue sucedido por su hijo Enrique II. Alto y de fuerte anatomía, Enrique II se distinguió en todos los deportes y ejercicios violentos. Fue un gran cazador y excelente patinador. Le gustaba convivir con los hombres de armas y ya en los inicios de su reinado permitió en la corte un duelo a muerte entre dos jóvenes nobles. Sin embargo, si algunos estaban atraídos por sus cualidades marciales, otros lo consideraban áspero y distante; ciertamente, no tenía los intereses culturales de su padre.

La forma en que murió Enrique II fue casualmente acorde con su existencia.

En junio de 1559 se tenían que celebrar dos bodas reales en París. Desde el Tratado de Cateau-Cambrésis, firmado entre Francia, España e Inglaterra, en abril de aquel año, que condujo a la conclusión de las guerras de Italia, las relaciones entre España y Francia fueron más cordiales, e incluso el monarca español accedió a asistir a los actos nupciales y sus fiestas. ¿Qué mejor ocasión para celebrar un gran torneo? Ni que decir tiene que el rey francés estaba entre los principales contendientes. El 30 de junio rompió dos lanzas, una con el duque de Saboya y otra con el duque de Guisa. En el tercer encuentro el rey fue derribado de la silla de su caballo por un fuerte joven llamado Montgomery. Obstinado como siempre, insistió en luchar de nuevo, a pesar de los ruegos de Montgomery y del hecho de que los caballos y los jinetes estaban cansados. En el cuarto embate el rey fue herido en los ojos, a causa de lo cual falleció diez días después.

Francisco I, junto con su madre que era una mujer ingeniosa y culta, como lo fue su hermana, Margarita de Angulema, logró configurar una corte que llegó a ser considerada como «italiana» por su potencia cultural.

La vida de la corte se organizó en torno a los grandes oficiales: el chambelán, los cuatro caballeros de la recámara, el capellán, el confesor real, el condestable, etc. Las mujeres ocuparon un lugar especial en una corte donde la elegante indumentaria y la conducta refinada eran esenciales. La reina y las princesas disponían de sus propias cortes, menos organizadas que la del rey, pero de las que emanaba el mismo magnetismo social y cultural.

Fue en este brillante escenario donde se gestaron las ambiciones de los grandes nobles. Durante el reinado de Enrique II, el magnate más poderoso fue el condestable Montmorency. Era un hombe con gran influencia sobre el rey, fuerte, inteligente y, a veces, rudo. Le sucedió en el favor real Francisco, duque de Guisa, miembro de la familia de Lorena, el cual se había labrado un extraordinario renombre en la Francia de Francisco I. El duque de Guisa fue un soldado destacado, cuya energía correspondía a su inteligencia; probablemente su más famoso hecho de armas fue la reconquista de Calais a los ingleses, en 1558. En su familia había gran cantidad de hombres preparados, de los que el más sobresaliente era su hermano Carlos, el cardenal de Lorena.

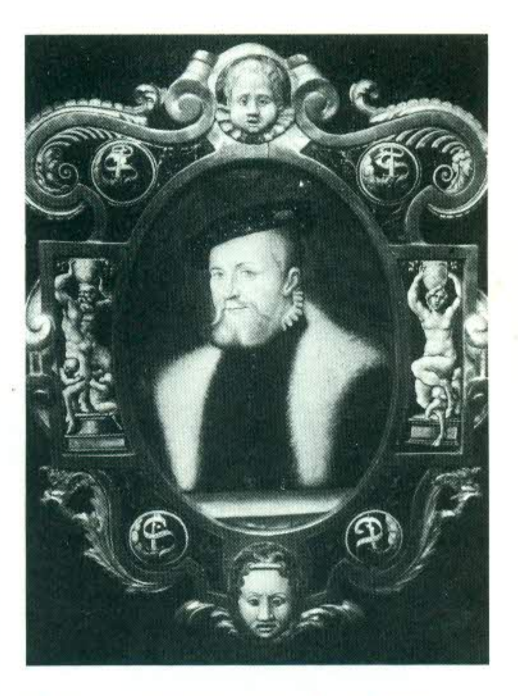
En Francia y en el resto de los países europeos en aquella misma época, se extendió el sistema del «proteccionismo» político. Nobles de reconocida fidelidad al rey se sentían defensores directos de una gran casa señorial. La existencia de estos vínculos de fidelidad suponía que disputas triviales en cuestiones de honor podían llegar a tener graves consecuencias si las personas involucradas eran de alta posición, pues existía siempre el peligro de que sus respectivos defensores pudiesen coaligarse y estallase la guerra civil.

La administración

La idea de «administración» era extraña en la Francia del siglo XVI, en la que la función del rey estaba considerada como la de «impartidor de justicia» y garante de la seguridad. Sin embargo, los reyes, para realizar aquellas funciones, necesitaban dinero, por lo que justicia y finanzas iban gradualmente unidas. A partir de su organización se conformó una nueva e incipiente «administración».

El centro del gobierno era el Consejo Privado del rey, que luego se llamó Consejo de Estado. Teóricamente, los príncipes de sangre, los pares y los grandes funcionarios —condestable, mariscal, almirante y canciller— podían asistir a las reuniones de este Consejo, pero en la práctica los reyes, a menudo, sólo convocaban a media docena de ellos.

El canciller siempre estuvo presente, pues de hecho era la cabeza de lo que finalmente se convirtió en el Servicio Civil. Las órdenes y despachos se transmitían por escrito y eran enviados por cuatro secretarios de Estado. Éstos, que tenían a su servicio oficiales inferiores, eran responsables de «cada una de las cuatro partes del mundo», tal como entonces se veía el planeta desde París, pero hacia mediados del siglo XVI, cambiaron su responsabilidad «geográfica» por una más funcional; cada uno de ellos se responsabilizó de un de-



El duque de Montmorency (hacia 1493-1567), mariscal y condestable francés que luchó por la causa católica junto a los duques de Guisa en la guerra contra los hugonotes. (Louvre, París.)

Página anterior, Francisco, segundo duque de Guisa (1519-1563), noble católico francés que dominó el reino durante la infancia de Francisco II.



partamento especial, como el Ejército, los Asuntos Exteriores, los «asuntos protestantes», etc. A pesar de su eclipse en 1558, el siglo XVI señala un gran desarrollo del poder de los secretarios de Estado.

A medida que los asuntos del rey se hicieron más complejos tendió a delegar las funciones particulares en consejos especiales. Así, surgieron, por ejemplo, el *Conseil des Parties* (una especie de Tribunal Supremo) y el *Conseil des Finances* (Ministerio de Economía). El mismo Parlamento, con su sede principal en París y sus ramificaciones en las grandes provincias, fue en sus orígenes una sección del Consejo Real especializada en los asuntos judiciales. Sin embargo, en el siglo XVI el Parlamento se independizó totalmente. No sólo se convirtió en el principal tribunal, sino que gozó también del derecho a archivar todos los decretos reales. Sin su acuerdo ninguna legislación hubiera sido válida.

En 1500 había siete Parlamentos provinciales: en Toulouse, Grenoble, Burdeos, Dijon, Rouen, Aix y Rennes. Como el Parlamento de París, estos tribunales eran responsables del archivo y aprobación de los decretos reales. Eran cuerpos de juristas que se reunían más o menos asiduamente, en contraste con los Estados Provinciales, que representaban aproximadamente los mismos territorios y —organizados en órdenes estamentales— se reunían sólo una vez al año, durante unas dos semanas. En vista de que los Parlamentos provinciales se limitaban a asuntos legales, los Estados Provinciales reclamaron el control de una amplia gama de actividades regias dentro de sus provincias, incluyendo el aumento de impuestos. De hecho, los reyes a menudo estaban dispuestos a disminuir el poder de estas corporaciones, muy vulnerables debido a los largos intervalos existentes entre sus sesiones.

Los representantes directos del poder real en las provincias eran aproximadamente doce gobernadores, cada uno de los cuales estaba al frente de una de las grandes provincias de las fronteras. Los gobernadores eran auxiliados por los ubicuos *baillis* (bailes) y *sénéchaux* (senescales), sobrevivientes de la época anterior. Los gobernadores se querellaban a menudo con los Estados Provinciales, los cuales, a su vez, lo hacían con los Parlamentos provinciales, que recíprocamente estaban en desacuerdo con ellos.

Hacia mediados del siglo XVI, los reyes aumentaron el empleo de los «oidores itinerantes» (*maîtres des requêtes*, oficiales en leyes normalmente miembros del Parlamento de París), cuya misión era ir a las provincias para funciones delega-

das por el rey. A veces, la función consistía en informar al rey de la situación de unos territorios; otras, debían hacer cumplir un decreto y, en algunas ocasiones, implicaba la dirección de las finanzas, de un ejército o de una ciudad. Durante el siglo XVI estas misiones tenían normalmente unos fines específicos y por breves períodos de tiempo. Sin embargo, con el paso de los años se tendió a que los oidores recibieran amplios poderes para plazos más largos y, eventualmente, se convirtieron en predecesores de aquellos *intendents* (intendentes) que fueron tan importantes en la administración francesa durante los siglos XVII y XVIII.

El arte de la guerra

Cuando un oidor se unía a un ejército, normalmente estaba directamente a las órdenes del comandante, que casi siempre era un gran señor feudal y, con frecuencia, un gobernador provincial. A principios de siglo los ejércitos aún dependían de estos nobles, y aún durante la Revolución francesa, en 1789, las tropas seguían siendo enroladas básicamente por los señores, previa convocatoria de las lealtades locales; pero con el paso del tiempo, pagadas como estaban por el tesoro real, estas tropas aumentaron su dependencia respecto a la corona, más que de su inmediato mando o «coronel», como se conocía comúnmente al señor de la guerra.

Esta propensión, inevitable con el desarrollo del poder real, se acentuó con el progreso de la tecnología militar. Las innovaciones en los cañones exigían la necesidad de especialistas en artillería. Aunque muchos de los grandes artilleros fueron nobles de antiguo linaje, no era necesario pertenecer a este estamento para utilizar la nueva arma.

En Francia, la caballería fue siempre más efectiva que la infantería. El sistema de combatir a pie había sido revolucionado a finales del siglo XV por los suizos, quienes enseñaron a los otros pueblos de Europa cómo un disciplinado cuadro de lanceros resistía una carga de caballería. Por descontado, se requería un equipamiento uniforme y un buen entrenamiento, cosa difícil de obtener en los caóticos ejércitos existentes. Finalmente, el perfeccionamiento de las armas individuales exigía más cantidad de infantes, armados ahora con costosos arcabuces (un nuevo modelo de «pequeño cañón portátil»), sostenidos por ristres bifurcados.

La llamada «revolución militar» en los ejércitos de tierra, no fue acompañada por cambios similares en los efectivos navales.



Francisco II de Francia (1544-1560), bajo cuyo efímero reinado (julio de 1559-diciembre de 1560) accedieron al poder los duques de Guisa, tíos de su esposa María, reina de Escocia. (Bibliothèque Nationale, París.)

Página anterior, Enrique II de Francia (1519-1559). Combatió enérgicamente a los ingleses, a los que arrebató Bolonia (1550) y Calais (1558); estableció penas de muerte para los protestantes sorprendidos en el ejercicio de su culto; realizó algunas reformas administrativas; se enfrentó al emperador Carlos V. Todo ello tenía un único objetivo: reforzar la unidad del reino y la monarquía absolutista. (Louvre, París.)

En un principio, en Francia había tres almirantes provinciales, el de Bretaña, el de Guyena y el de Provenza, pero en la práctica el único importante era el de Provenza. Dirigía la flota de galeras del Mediterráneo, mandando a veces, en los reinados de Francisco I y Enrique II, no menos de 50 grandes naves. Sin embargo, en el Atlántico los efectivos eran mucho menores.

La estructura fiscal

Los largos períodos de actividad militar en la primera mitad del siglo XVI impusieron un pesado gravamen sobre el tesoro real. Quedaban lejos los tiempos en que el rey pudo vivir de su propio patrimonio y no tuvo que depender de los súbditos más ricos ni utilizar apenas las riquezas de su reino. Continuos impuestos de todo tipo tuvieron que complementar los anteriores,

que a mediados del siglo XVI suponían una muy pequeña proporción de los ingresos totales. Por aquel entonces, el impuesto directo más importante era la *taille*, complementada con varios gravámenes indirectos, como las ayudas y las gabelas, estas últimas sobre la sal.

Para recaudar tales impuestos, los monarcas desarrollaron una cada vez más compleja estructura fiscal, consistente en un gran número de recaudadores especializados. En 1523 Francisco I creó el Ministerio de Hacienda, nombrándose a un oficial en cuyas manos se concentraron todos los ingresos y pagos. Este fue el paso más importante hacia una estructura fiscal más eficaz. Sin embargo, el dinero proveniente de los impuestos directos e indirectos no era suficiente para las necesidades de la corona. De aquí, el aumento de la venta de cargos, una práctica que se había establecido en el siglo XV y que llegaría a su cenit en la época de Richelieu. En cierto modo, este sistema fortaleció a la corona, pues creó una clase interesada en la supervivencia de la monarquía, aunque, por otra parte, debilitó el poder real al establecer una gran masa de burócratas inamovibles, opuestos a cualquier tipo de reforma.

Otro medio por el que la corona obtenía dinero era a través de los préstamos de los banqueros. Las casas mercantiles de Lyon efectuaron grandes adelantos a Francisco I y Enrique II, pagándoles éste, en 1557, con una declaración de bancarrota real. La consiguiente quiebra de los banqueros de Lyon tuvo unos efectos desastrosos no sólo en la ciudad, sino también en los centros comerciales franceses estrechamente relacionados con ella.

Las ciudades y el campo

La vida urbana se desarrolló positivamente en Francia durante el siglo XVI. Las ciudades eran más grandes en el sur, en aquellas regiones intensamente pobladas en época romana. Pero también había grandes ciudades en las regiones del norte y en el litoral atlántico. Con la progresiva decadencia del área mediterránea, el poder comercial se desplazó lentamente, en el siglo XVI, de los centros históricos del sur hacia aquellas regiones del norte, hegemónicas ya en el siglo XVII.

La mayoría de las ciudades francesas tenían un alcalde y una corporación que hacían todo lo posible para proteger los intereses locales. Así, en una gran ciudad como Toulouse no sólo existía la rivalidad de competencias entre el gobernador, el Parlamento y los Estados Provinciales, como ya se ha mencionado, sino también con el Ayuntamiento. Los agentes reales se enfrentaron, pues, con unos problemas muy complejos en su intento de reforzar la voluntad real, y los grupos refractarios podían, a menudo, mantenerse firmes enfrentando unos intereses contra otros.

Finalmente, la consolidación de la estructura estatal recayó sobre las espaldas de los campesinos. Francia tenía una tierra muy fértil, con una amplia variedad de regiones. Sin embargo, los campesinos del siglo XVI vivieron siempre al borde de la miseria. Muchas veces se limitaban a una sola cosecha de trigo, cultivada según unas normas fijas heredadas de tiempos ancestrales. Consecuentemente, en épocas de sequía o de inundaciones, la cosecha se arruinaba y regiones enteras eran presas del hambre y, por ende, de una alta mortalidad. A veces, la escasez de una región era paliada mediante envíos efectuados desde otras zonas, pero las comunicaciones eran lentas y precarias, manteniéndose unos sentimientos provincianos tan fuertes que una persona que viviese en Borgoña era indiferente a una calamidad producida en Provenza.

La Iglesia

El único sentimiento de unidad mantenido por la mayoría de los habitantes de Francia era su pertenencia a la Iglesia. Sin embargo, esta fidelidad entró en crisis. Resurgieron antiguas herejías, a la vez que la solución del Gran Cisma (1378-1449) facilitaba el regreso del papa de Aviñón a Roma. La corrupción se había extendido entre el alto clero y en el bajo clero imperaba una gran ignorancia. Tras el Concordato de 1516, el papa permitió a Francisco I nombrar a los obispos franceses, suprimiendo el antiguo sistema electivo. Esto generó enormes abusos, pues el rey no dudó en elegir a nobles no sólo ignorantes en cuestiones eclesiásticas, sino también completamente desinteresados por las zonas donde tuvieron que residir. Así, hacia 1540, regiones enteras de Francia carecían de cualquier tipo de estructura eclesiástica eficaz.

Junto al descontento producido por los abusos del clero, aumentaron las dudas sobre la solidez de las doctrinas de la Iglesia. Como en otros países del norte de Europa, a principios del siglo XVI aparecieron en Francia muchos eclesiásticos bien preparados intelectualmente que fueron cautivados por el estudio y la literatura del Renacimiento italiano, los cuales al comparar lo que habían aprendido con las doctrinas dominantes, las encontraron erróneas e incompletas. Uno de los más relevantes críticos fue Lefèvre d'Étaples.



Como muchos de sus contemporáneos, viajó a Italia y allí descubrió una nueva interpretación de las Sagradas Escrituras, particularmente de las Epístolas de San Pablo. A partir de éstas, desarrolló una teoría parecida a la luterana acerca de la justificación por la fe.

Así, después de que el luteranismo hubiera arraigado en Alemania hacia 1520, sus seguidores comenzaron a tener una rápida aceptación en Francia. Desde el primer momento, el Parlamento de París y la Facultad de Teología de la Sorbona se opusieron a los luteranos. Pero el monarca se mantuvo al margen. Se creyó que favorecía algunos principios heréticos y, sin duda, fue influenciado por su hermana Margarita de Angulema, que apoyaba abiertamente a los reformadores.

Todo cambió en 1534, cuando Francisco I firmó una alianza con el papa contra Carlos V, soberano del Sacro Imperio Romano, en el mismo momento en que los protestantes hacían circular atrevidos panfletos que atacaban duramente la institución de la Eucaristía. Uno de los osados libelos fue descubierto en la misma puerta de la recámara real, en Amboise, y el monarca se puso furioso. Se desató una gran represión con numerosas ejecuciones en la hoguera. Esta política de intolerancia extrema fue continuada e, incluso, incrementada tras el ascenso al trono de Enrique II en 1547. Aun así, el movimiento protestante aumentó. En un principio sus seguidores provenían mayoritariamente de las clases bajas urbanas: tejedores, tintoreros, impresores, etc., pero hacia 1550 la nueva religión empezó a ganar adeptos entre las clases superiores. Muchos miembros de la antigua nobleza, especialmente en el sur y suroeste, se unieron a la nueva Iglesia, junto a un creciente número de mercaderes, magistrados inferiores e, incluso, miembros de los Parlamentos.

Enrique II reaccionó contra esta tendencia con una represión feroz, aumentando las persecuciones y ejecuciones en la hoguera. Sin embargo, a finales de la década de 1550, los protestantes franceses empezaron a recibir ayuda de la ciudad suiza de Ginebra, centro cardinal del protestantismo, y a pesar de los ataques reales, los pastores ginebrinos consiguieron fundar iglesias en una ciudad tras otra. Asimismo, se extendía el protestantismo en el campo, pues cuando un noble se convertía a la nueva fe, sus vasallos seguían automáticamente su ejemplo. Todo esto fue fácil porque la Iglesia católica carecía de una estructura administrativa en muchas regiones de la Francia rural.

Hasta la primavera de 1559, Enrique II no pudo dedicar toda su atención a solucionar el problema protestante, debido a la guerra contra España. Tras el Tratado de Paz de Cateau-Cambrésis, en abril de 1559, planeó una sangrienta ofensiva contra los protestantes para el mes de agosto siguiente. Sin embargo, en julio, participó en aquel fatídico torneo, donde perdió la vida, sucediéndole Francisco II.

El nuevo rey era un joven enfermizo de 15 años de edad. Tras su ascenso al trono, los protestantes gozaron de una tregua durante un breve período de tiempo. No obstante, los dos Guisa, el duque Francisco y el cardenal Carlos, consiguieron controlar el poder, por su calidad de tíos de la esposa del rey, María Estuardo (que era reina de Escocia). Los Guisa desencadenaron una oleada de persecuciones a finales de 1559.

El reinado de Francisco II (julio de 1559 a diciembre de 1560) presenció la primera insurrección armada de los protestantes, cuando un hugonote (nombre que se dio a los calvinistas franceses), señor de Perigord, llamado Rénaudie, intentó ocupar la Corte real de Amboise. Su plan fue un fracaso inesperado, pues los Guisa lo descubrieron y apresaron a los conspiradores cuando empezaban a concentrarse en los bosques reales.

Este reinado fue también importante por otro motivo: la joven Iglesia calvinista pactó una alianza con la nobleza rebelde. Los nobles habían sido reacios a las conspiraciones durante la época de Enrique II, pero ahora, bajo la «tiranía» de los Guisa, no vieron motivo alguno para detenerlas. Necesitaban dinero y apoyo moral, y ambas cosas podían ser proporcionadas por la Iglesia calvinista; la condición era que colaborasen con los hugonotes. Así, en el verano de 1560 nobles y hugonotes se unieron en toda Francia, y lo que en un principio fue un pacífico movimiento religioso, se convirtió en una fuerza política dinámica y agresiva.



El cardenal Carlos, hermano del duque de Guisa, al que prestó apoyo en su lucha por el poder y contra los hugonotes. Fue duque de Lorena de 1559 a 1608, y consiguió mantener la paz en sus dominios durante las guerras religiosas de su época.

Página anterior, Luis de Borbón, príncipe de Condé (1530-1569), el general francés que capitaneó las fuerzas protestantes hasta su captura por los Guisa en 1562. Liberado de la ejecución por la muerte de Francisco de Guisa, fue asesinado años después por instigación del duque de Anjou en la batalla de Jarnac. (Musée Condé, Chantilly.)

Catalina de Médicis

Al morir Francisco II, en diciembre de 1560, las condiciones político-religiosas presagiaban una confrontación entre la Iglesia católica y sus partidarios, y la alianza nobleza-hugonotes. Si la guerra no empezó enseguida fue tal vez por la habilidad de la reina madre, Catalina de Médicis. El nuevo monarca, Carlos IX, tenía sólo 9 años de edad, por lo que se constituyó una regencia. Los Guisa fueron apartados del poder, mientras que el príncipe de sangre real más próximo, Antonio de Navarra, un jóven débil, fue fácilmente neutralizado por Catalina de Médicis. En colaboración con su canciller, Michel de L'Hôpital, planificó una política de conciliación, lo que representaba una tolerancia provisional, pero L'Hôpital era un hombre de su siglo, que no podía admitir la posibilidad de que existiera más de una religión en el mismo reino. Como él decía, «es una

locura esperar paz y amor entre personas de diferentes religiones, pues ¿acaso no es cierto que un francés y un inglés de la misma religión tienen más en común que dos ciudadanos de la misma urbe pero con distinta religión?» Para él la vieja frase «una fe, una ley, un rey» era axiomática. De hecho, L'Hôpital sólo difería de los Guisa en el modo de asegurar su unidad. Para él, las únicas armas efectivas eran el amor fraternal y los buenos ejemplos: «dejad a un lado esas palabras diabólicas... luterano, hugonote y papista, y pronunciad sólo la palabra cristiano».

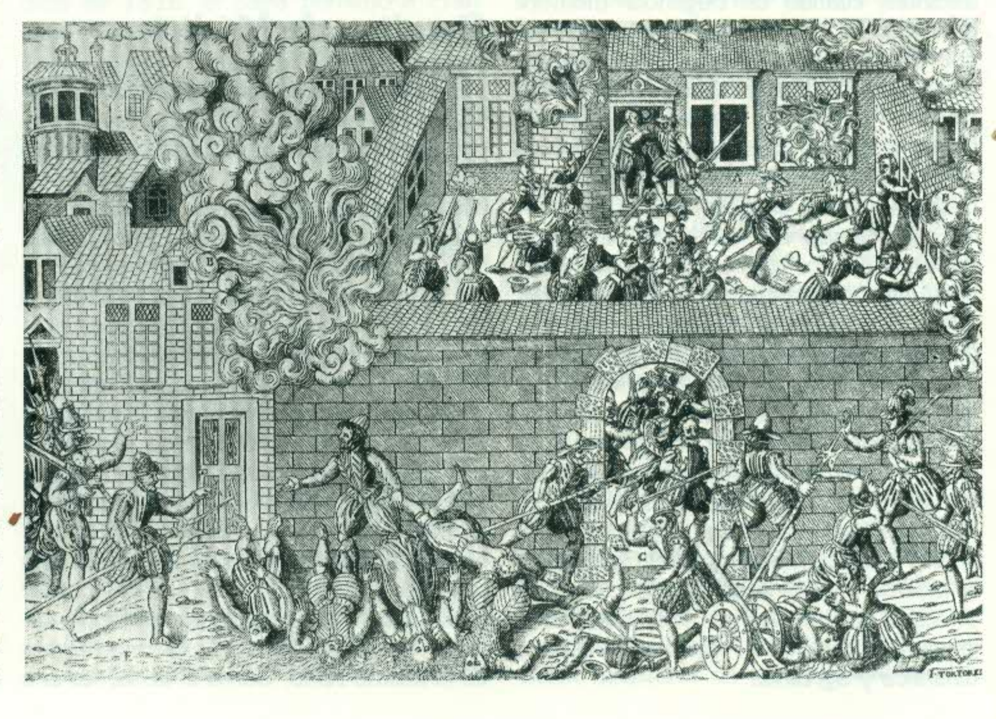
En la práctica, esta actitud dio como resultado una serie de edictos que recortaban la libertad de la Iglesia protestante, pero en la corte de Catalina de Médicis se simpatizaba con los hugonotes. El resultado fue una gran expansión del protestantismo en 1561, que demostró la existencia de un gran abismo en la sociedad francesa, en la que esta política conciliadora buscó tener un puente. Ciudad tras ciudad, sobre todo en el sur, los protestantes se apoderaban abiertamente de las iglesias, expulsando a los católicos.

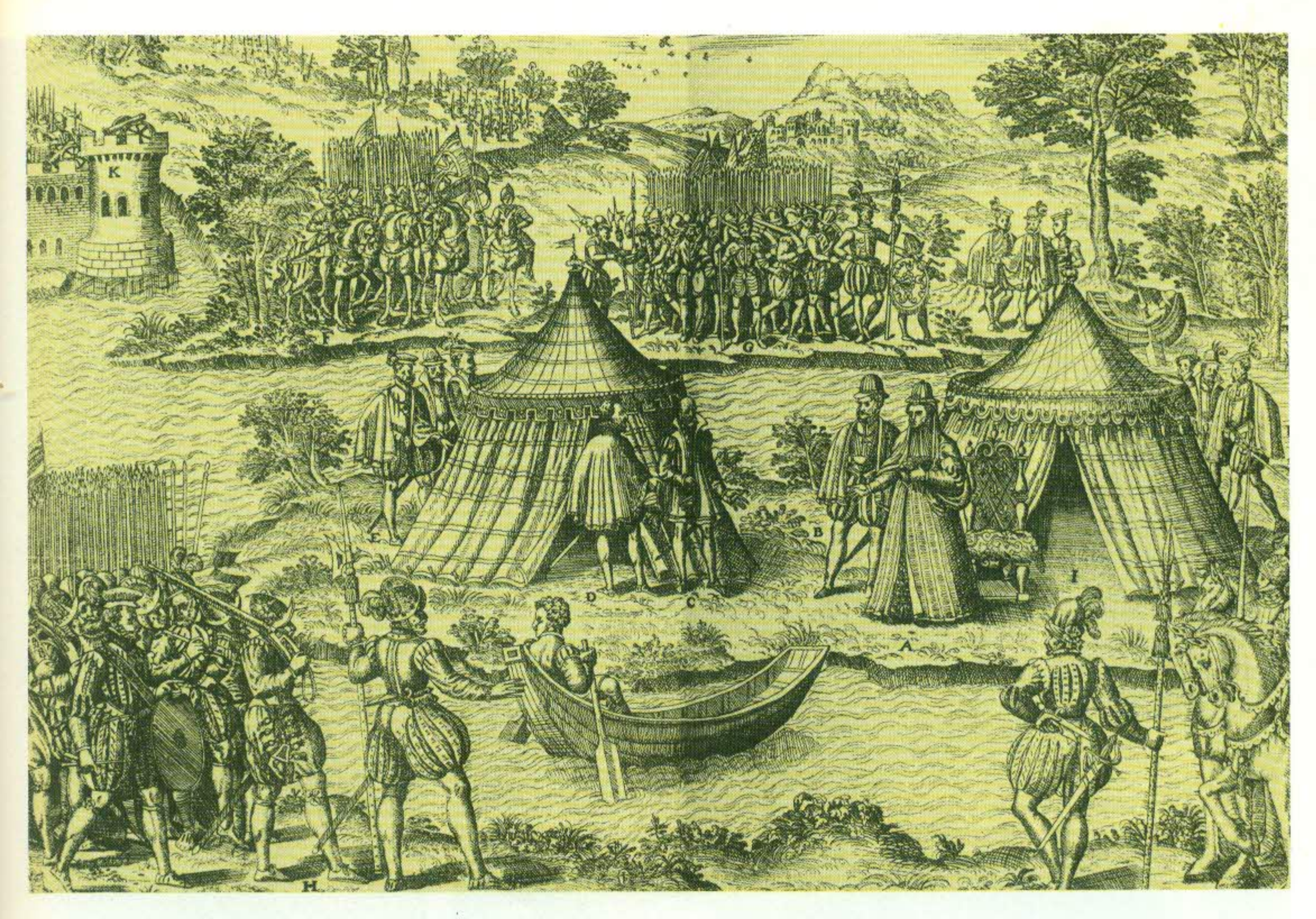
Ante esta desesperada situación, Catalina de Médicis decidió convocar a los representantes de la nueva y la vieja Iglesia para debatir sus diferencias, esperando conseguir un acuerdo. Los prelados católicos fueron convocados en Poissy, en agosto de 1561, y a la misma ciudad llegó también, entre los delegados protestantes, el mismo Teodoro Beza, segundo hombre de la reforma ginebrina después de Calvino, y rector de la Academia de Ginebra.

El «Coloquio de Poissy» se abrió el 9 de septiembre de 1561 en el refectorio de las madres dominicas. Los representantes protestantes se sentaron en un banquillo frente a la familia real, con los «obispos y doctores» de la Iglesia católica a ambos lados de la sala. En el discurso de apertura de Beza hubo un desagradable incidente, pues no tuvo en cuenta las susceptibilidades del auditorio cuando recalcó que «desde que Dios está en el Cielo y se celebra la Eucaristía en la Tierra, el cuerpo del Señor está tan separado del pan y del vino como el Cielo lo está de la Tierra». No obstante, los problemas teológicos no eran insuperables. Incluso el mismo problema de la Eucaristía se entregó a un subcomité mixto que, de hecho, dio una definición de la naturaleza de la consagración satisfactoria para ambas partes. Lo que no se podía superar eran los problemas de antagonismos personales ni los compromisos partidistas existentes. Al final del encuentro no se había resuelto nada, pero había sido un acto de valentía.

Sin embargo, la consecuencia política inmediata fue desafortunada, pues la ima-







gen de los «despreciables herejes» intercambiando opiniones abiertamente con los líderes de la Iglesia católica favoreció en gran medida a la causa protestante. En el otoño de 1561, los hugonotes eran lo suficientemente fuertes como para no contentarse con su pasividad, e iniciaron la búsqueda de líderes del tipo de Luis de Borbón, príncipe de Condé, a los que se aliaron porque disponían de la fuerza de las armas. Condé no se opuso a desempeñar este papel. Había sido un capitán «silencioso» en la conspiración de Amboise y durante 1561 envió emisarios a los príncipes protestantes alemanes y a Isabel de Inglaterra, pidiéndoles ayuda para la confrontación que se aproximaba.

A principios de 1561 los protestantes estaban ya bien armados y dispuestos. Era simple cuestión de tiempo que cualquier incidente les implicara en la guerra contra los católicos, numéricamente superiores. Este incidente ocurrió en Vassy (Lorena), el 1 de marzo de 1562. De camino hacia París, proveniente de Joinville, el duque de Guisa se detuvo brevemente en Vassy, donde, en contra de la ley, los protestantes estaban celebrando un servicio religioso. Sus seguidores le convencieron para atacar a los congregados, y cuando acabó el derramamiento de sangre habían veintitrés protestantes muertos y más de cien heridos. Las guerras de religión habían empezado.

El líder protestante príncipe de Condé se hallaba aún en París, donde Guisa se presentó pronto. Por un momento se creyó que la capital podría ser presa de encarnizadas luchas callejeras, pero el 23 de marzo Condé abandonó París y se retiró a Orleáns. Sin duda consideró que si sus aliados, los señores protestantes, que contaban con una espléndida caballería, iniciaban la lucha en las calles, se hallarían en desventaja con respecto a las masas católicas. Pero su decisión de abandonar la capital fue estratégicamente errónea, ya que significaba que en los años venideros el bando católico podría pedir apoyo a la ciudad más importante de Francia.

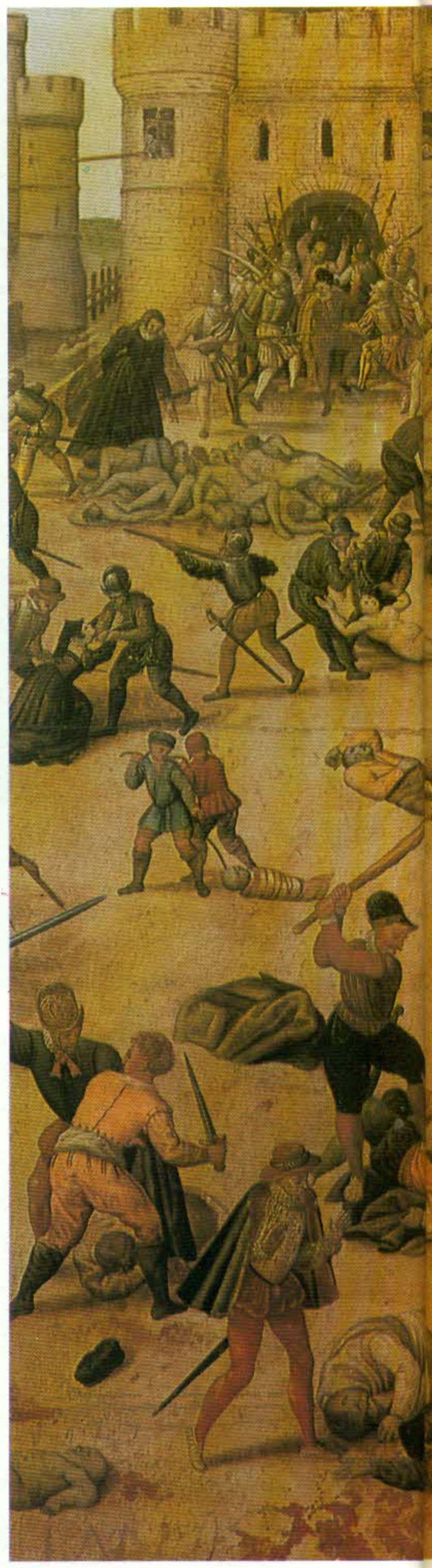
Los católicos, encabezados por Guisa y Montmorency, mostraron un gran sentido de la estrategia cuando marcharon sobre Fontainebleau e «invitaron» a Catalina de Médicis y al joven Carlos IX a unirse a ellos. Hacía pocos meses que Catalina había sondeado a los protestantes con respecto a la posibilidad de dirigir sus fuerzas; en este momento no tenía otra alternativa que unirse a los Guisa y a Montmorency, y a partir de entonces la causa católica fue la causa real. Los líderes católi-

La Paz de Orléans, firmada tras el Edicto de Amboise en 1563, trajo un período de relativa calma a las tensiones entre católicos y protestantes, con la garantía de libertad de culto para la nobleza. La desconfianza de los hugonotes no disminuyó con ese acuerdo, y sus temores se confirmarían años más tarde con la matanza de San Bartolomé en 1572.

Página anterior, arriba, Catalina de Médicis (1519-1589), esposa de Enrique II y soberana de hecho durante el reinado de sus hijos Carlos IX y Enrique III de Francia. En su afán por consolidar la monarquía y mantener un equilibrio entre protestantes y católicos, hubo de ceder ante presiones de los dos bandos que acabaron por alejarla de la dirección de la política francesa. (Musée Condé, Chantilly.)

Página anterior, abajo, protestantes muertos a manos de católicos en Cahors, en la Francia central, en noviembre de 1561. Las tensiones entre los dos bandos fueron más sentidas en la corte y en el sur del país.





cos reforzaron la capital y se adhirieron a la reina, iniciando las hostilidades en una situación ventajosa.

A finales de 1562 tuvo lugar la primera batalla al encontrarse los ejércitos rivales en Dreux. El enfrentamiento finalizó con una apurada victoria de los católicos, pero si bien éstos capturaron a Condé, los protestantes apresaron a Montmorency. Marginados temporalmente de la escena ambos líderes, la contienda se centró entre Guisa y el sucesor de Condé, Coligny. Ansioso por mantener su ventaja, Guisa se encaminó hacia Orleáns y sitió la ciudad. Por un momento parecía que podría obtener la victoria definitiva. Sin embargo, fue asesinado y la balanza se inclinó hacia los protestantes.

Catalina de Médicis aprovechó entonces la muerte del duque de Guisa para proclamar el Edicto de Amboise, en marzo de 1563: se concedió libertad de culto a la mayoría de los nobles dentro de sus territorios, pero se le denegó al pueblo, a excepción de unos casos concretos. Cuando Calvino estudió las condiciones del Edicto observó con disgusto que el apresado Condé había traicionado a Dios con su vanidad y sus ansias de recuperar la libertad. Efectivamente, la aceptación por Condé de este Edicto no contribuía en nada a unir los sectores popular y noble del bando hugonote.

Con el país provisionalmente pacificado, Catalina decidió estrechar la relación entre el joven rey y su pueblo. En marzo de 1564 abandonaron Fontainebleau y su cortejo recorrió todo el sur de Francia, pasando por Dijon, Lyon, Marsella, Montpellier y Toulouse, hasta llegar, en mayo de 1565, a Bayona. Allí se encontró con los representantes del rey de España, en la famosa «entrevista de Bayona», donde se ha supuesto durante mucho tiempo que Catalina y el duque de Alba tramaron la matanza de San Bartolomé, que tuvo lugar en 1572. De hecho, no tomaron aquel acuerdo, pero el rumor del mismo se extendió entre las masas protestantes, que desconfiaban abiertamente de la corona.

En septiembre de 1567, las sospechas protestantes llegaron a tal punto que decidieron secuestrar a la reina madre y al joven monarca, más o menos como lo habían hecho los líderes católicos en mayo de 1562. Estando la corte en Meaux, a 4 kilómetros al este de París, hugonotes



Arriba, Gaspar de Coligny (1519-1572), el almirante francés que se convirtió al protestantismo en 1559. Sucedió al duque de Condé al mando de las fuerzas hugonotes y promovió una política de acercamiento al rey, pero el radicalismo de los Guisa y el temor católico a su creciente poder culminó con el asesinato de todos los protestantes de París, en la terrible noche de San Bartolomé de 1572.

Izquierda, detalle de La noche de San Bartolomé, *pintura de François Dubois. Muchos hugonotes se habían dado cita en París con motivo de la boda de Margarita de Valois, hija de Catalina de Médicis, y Enrique de Navarra, hijo de la fanática protestante Juana de Albret. Más de dos mil personas murieron aquella noche del 24 de agosto. (Musée Cantonal des Beaux Arts, Lausana.)*

Página anterior, Margarita de Valois (1553-1615). Su matrimonio con el que había de convertirse en Enrique IV de Francia fue anulado en 1599, cuando éste estuvo firmemente instalado en trono francés. (Musée Condé, Chantilly.)





procedentes de todos los puntos del país se dirigieron hacia allí. Catalina no dudó: llamó a una escolta de 6.000 piqueros suizos y se encaminó hacía París. Un destacamento de 600 soldados de caballería, dirigidos por Condé, alcanzaron a la reina, pero los suizos rodearon al séquito real y prepararon sus temibles picas. Condé no deseaba enfrentarse con tan formidable tropa, y la comitiva real pudo llegar a París. Sin embargo, la caballería protestante les atacó en la entrada de la ciudad.

Condé sitió la urbe por poco tiempo, pues el asedio se rompió tras la batalla de Saint-Denis (diciembre de 1567), en la cual murió asesinado Montmorency. Tras este enfrentamiento ambas partes estaban tan exhaustas que firmaron de buen grado el Tratado de Longjumeau (febrero de 1568), que ponía fin a la «segunda guerra».

En realidad no se puede hablar de «guerras» separadas, pues casi toda Francia estaba prácticamente en un constante estado de guerra civil. Fue en esta época cuando los católicos, comprendiendo el peligro que corrían, empezaron a crear por todo el país ligas locales, predecesoras de la Liga Santa de 1576. Hasta 1568, las masas católicas, numéricamente superiores, habían estado muy desorganizadas; a partir de aquel año comenzaron a organizarse política y militarmente.

La movilización católica comportó un repliegue protestante. Así, a finales de 1568 Condé y Coligny se trasladaron con sus familias a La Rochela, por ser una base segura y estar situada en un extremo del territorio francés. Su adopción como centro del protestantismo fue, virtualmente, una aceptación de que las grandes esperanzas de 1561 no se habían cumplido. Pero, si bien después de los años 1560, era claro que los protestantes no podían ya esperar apoderarse del reino, quedó también demostrado, con las campañas de 1569-1570, que los católicos no podían esperar acabar con sus enemigos por medios militares. Al principio, pareció presentarse la ocasión cuando el joven hermano del rey, Enrique de Anjou, al frente de las tropas reales, derrotó a los protestantes en Jarnac (1569). Allí fue muerto Condé, y el ejército real estaba preparado para asaltar La Rochela.

Fue entonces cuando Coligny asumió la dirección de las tropas de los hugonotes, que con la ayuda de un contingente alemán hicieron retroceder a las fuerzas reales hacia el norte. La situación favorecía a la causa protestante, cuando en octubre de 1569 un ejército combinado de éstos fue puesto en fuga en Moncontour por seguir una táctica equivocada. De nuevo las fuerzas católicas se abatieron sobre la zona protestante, pero una vez más se vieron detenidas en las cercanías de La Rochela. Ciertamente, este tipo de campañas desiguales no daba ventaja decisiva a ninguna de las dos partes; ambas se encontraban escasas de recursos y de hombres, por lo que en agosto de 1570 firmaron la Paz de Saint-Germain. En ella se hicieron concesiones considerables a los protestantes, dándoseles libertad de culto en todo el reino, a excepción de unas áreas determinadas, y les fueron entregadas cuatro plazas fuertes. Catalina había vuelto, en realidad, a la política de moderación que ya intentara aplicar en la época del incidente de Meaux, es decir, en septiembre de 1567.

Siguiendo esta línea conciliadora, decidió casar a su hija Margarita de Valois con Enrique de Borbón, hijo de la fanática protestante Juana de Albret. Cuando Juana y su joven hijo llegaron a la corte de Blois, en septiembre de 1571, fueron acompañados por Coligny, noble y austero guerrero protestante que empezó a ejercer una cierta fascinación sobre el jo-

ven rey. Por esa época la lucha contra el dominio español duraba ya cinco años, y Coligny intentó hacer ver al joven monarca cómo aquella podría ser la ocasión para el desquite y recuperación de las provincias de Artois y Flandes, con la ayuda de los rebeldes. Utilizando a los caballeros del sur se podría reclutar un ejército de aproximadamente unos 8.000 jinetes y 15.000 infantes: ¿por qué, —propuso Coligny—, no se podía aprovechar esta oportunidad para asestar un golpe final a España y así poder revocar la cláusula del Tratado de Cateau-Cambrésis, por la cual se había reconocido a España la posesión de Artois y Flandes?

Ni a los Guisa ni a sus aliados les gustó aquella idea. ¿Podían los vencedores de Jarnac y Moncontour unirse a las campañas dirigidas por el líder de los derrotados protestantes, en contra de los hermanos católicos? Los planes de Coligny fueron rechazados tras calurosos debates en el Consejo Real y en las innumerables reuniones de la nobleza, parte de la cual se había reunido en París para asistir a la boda de Enrique y Margarita. Coligny era un hombre inflexible y obstinado, y fue entonces cuando se ha dicho que pronunció aquella famosa frase ante la reina madre: «Señora, el rey no desea entrar en esta guerra. ¡Que Dios le ahorre otra que seguramente le será más difícil evitar!».



Arriba, baile en la corte de Enrique III de Francia, que reinó de 1574 a 1589 y murió asesinado por un monje. (Louvre, París.)



Izquierda, la Contrarreforma tuvo poca resonancia en el norte de los Países Bajos, sin embargo hubo algunos monjes que realizaron procesiones intentando reflejar sus ideas católicas.

Página anterior, izquierda, Carlos IX, hijo de Catalina de Médicis. Su afecto por Coligny fue la causa principal del odio de su madre hacia el almirante y su posterior asesinato en la "Noche de San Bartolomé", que ocurrió con el consentimiento del rey. (Musée Condé, Chantilly.)

Página anterior, derecha, el duque de Anjou (luego Enrique III) y Luisa de Lorena, en un tapiz. Al fondo, una batalla naval deportiva, para el placer de la corte, en uno de los castillos del rey. (Galleria degli Uffizi, Florencia.)



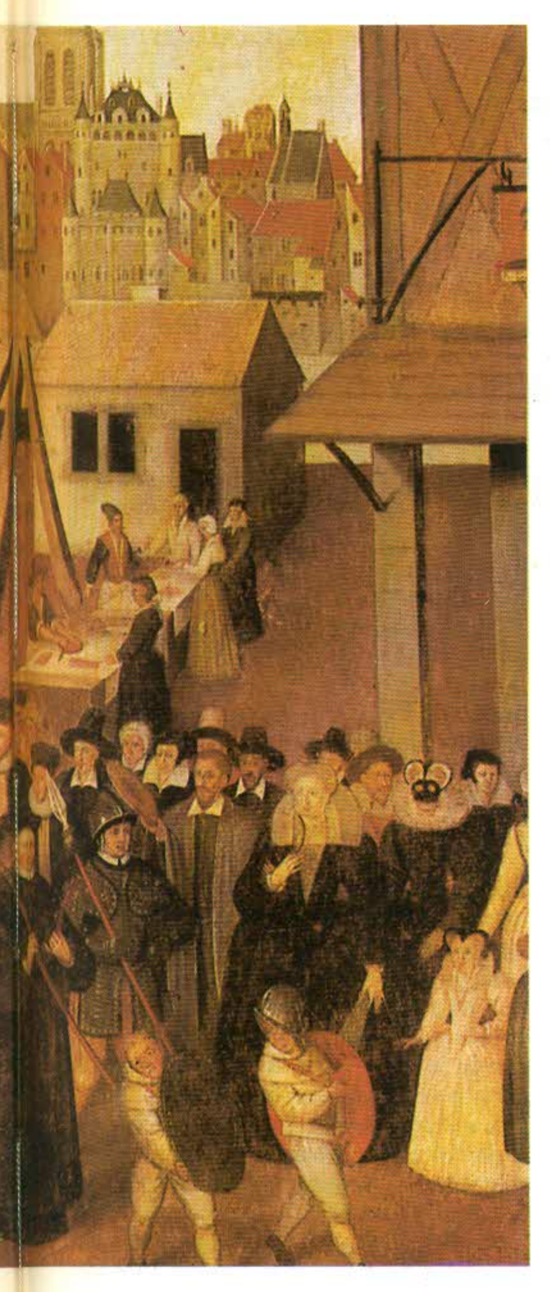
La «Noche de San Bartolomé»

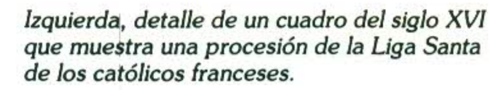
Catalina empezó a comprender hacia dónde conducía la política de reconciliación. Actuando así, había colocado a Coligny en una situación en la que estaba abocado a batirse con los católicos. Si en aquel momento ella hubiese actuado con firmeza contra la campaña planeada, tal vez se hubiese podido evitar la catástrofe. Pero con su actitud contemporizadora y su doble juego, los acontecimientos siguieron su curso espontáneo. Los Guisa no podían permitir que a Coligny, que había estimulado el asesinato del duque Francisco de Guisa en 1562, se le diese la bienvenida en la corte diez años después. Ante esta provocación de Coligny, los Guisa pagaron a un asesino a sueldo, que disparó contra el líder hugonote el 22 de agosto de 1572, cuando éste se dirigía hacia el Louvre.

Si Coligny hubiera muerto no se sabe lo que hubiera sucedido. Probablemente, los protestantes hubieran estallado en cólera, pero no habría tenido lugar una matanza a sangre fría. En realidad, Coligny sólo resultó herido, y aunque el frustrado asesino huyó, luego se supo que había disparado desde una casa perteneciente a los Guisa. Los protestantes se excitaron, yendo unos a defender a Coligny de posibles ataques posteriores, y otros a vociferar con amenazas bajo las ventanas de la casa que los Guisa tenían en la ciudad.

Catalina se hallaba en una delicada situación, pero al radicalizarse los acontecimientos, fue a visitar a Coligny acompañada por el joven rey, y aseguró que se perseguiría al asesino. Coligny había sido herido el viernes por la mañana. En París, la tensión fue aumentando durante la noche y la mañana siguiente. El sábado por la noche, Catalina tuvo una reunión en el Louvre para decidir qué hacer para evitar el enfrentamiento incontrolado entre los protestantes, ansiosos de venganza, y sus aliados católicos. Cuando se celebraba el consejo llegó un emisario para anunciar que los hugonotes habían resuelto asaltar el Louvre al día siguiente.

La noticia, cierta o no, exaltó a la reina que no había olvidado la difícil huida de Meaux en 1567. El joven duque de Anjou y los demás asistentes propusieron que lo más positivo era acabar lo antes posible con los hugonotes. Catalina, de momento, aceptó la sugerencia e hizo que también lo hiciese así Carlos IX. Se llamó al alcalde de París, ordenándole que cerrara las puertas de la ciudad y que armara a las milicias urbanas. Al mismo tiempo, se convocó a los Guisa y a los demás nobles católicos.




Izquierda, detalle de un cuadro del siglo XVI que muestra una procesión de la Liga Santa de los católicos franceses.

El domingo, 24 de agosto de 1572, en la madrugada sonó la primera campana: era la consigna para la matanza. Cada noble protestante tenía ya asignada su cuadrilla de asesinos. Los mismos Guisa estaban vigilando a Coligny, que fue asesinado en el lecho y su cuerpo arrojado por la ventana. Fueron levantados los adoquines de la ciudad y se prohibió la circulación de peatones. Los que no pudieron probar su fe católica fueron asesinados. Como las murallas eran seguras y estaban bien vigiladas, pocos fueron los que escaparon a la masacre. Exacerbados los ánimos, fue ya imposible detener al populacho. Muchos protestantes humildes perecieron junto a sus señores y se aprovechó la ocasión para realizar ajustes de cuentas que nada tenían que ver con la religión. Se pudo restablecer la calma hacia el alba del martes siguiente: habían perecido como mínimo 2.000 personas.

La matanza de París rebasó todas las previsiones. Fue el resultado del torpe enfoque dado a la política religiosa. Otras ciudades del país, al llegar las noticias de la capital, también se bañaron en sangre. Así sucedió en Lyon y Orleáns, donde el protestantismo era fuerte.

Esta posterior violencia no fue el resultado de un plan diabólico; reflejaba el latente sentimiento de las masas católicas provinciales contra los «herejes».

Las noticias de la masacre fueron acogidas en las distintas capitales de formas diferentes. El papa y Felipe II se entusiasmaron y consideraron que Carlos IX había actuado con sentido común. Sin embargo, en Viena, la corte imperial se conmocionó profundamente, pues en el Imperio había importantes regiones protestantes. Catalina se sintió satisfecha de su obra, y para la mayor parte de los católicos franceses la reina no tenía que justificar la masacre, pues todos estaban convencidos de que ella había salvado a la monarquía.

Probablemente, en quien más lamentablemente repercutieron los hechos fue en el joven rey. Él había consentido la masacre porque fue presionado por su madre, pero no reparó en que la opinión popular le haría responsable de lo ocurrido. Su carácter, que siempre había sido duro, se convirtió ahora en cruel, y durante los dos años más que vivió parecía un loco, obsesionado con visiones de cadáveres.

Los hugonotes que sobrevivieron a la masacre permanecieron aturdidos todavía durante un tiempo. Fuera de escena los principales nobles, el movimiento, en la difícil coyuntura, se mantuvo en las ciudades del sur. Éstas se recobraron rápidamente y se fortificaron (Montpellier, Nimes, La Rochela y Sancerre).

La Rochela expulsó al gobernador real. Como consecuencia de ello fue sitiada en noviembre de 1572. El ejército real iba mandado por el joven hermano del rey, el duque de Anjou, y por su potente armamento parecía, a primera vista, que los habitantes de La Rochela no podrían resistir su empuje. Sin embargo, hubo divisiones internas entre los realistas, pues entre sus tropas se interferían las cuestiones políticas y religiosas. En estas circunstancias, no sorprende que a las operaciones del ejército les faltara coordinación y coraje. En realidad, el principal resultado del asedio, que se levantó en junio de 1573, fue político. Supuso la formación de una amplia coalición de líderes, algunos de los cuales empezaron a desarrollar la idea de que las diferencias religiosas debían ser minimizadas para poder recuperar la unidad entre los franceses.

El principal soporte de esta política era Damville, gobernador del Languedoc. Se

le ordenó que atacara la plaza fuerte protestante de Montauban, pero buscó todo tipo de excusas para no efectuar una campaña enérgica y en mayo de 1574 firmó una tregua por separado con los hugonotes. Este ejemplo se extendió por el Languedoc. No hay duda de que con ello se evitó que muchas regiones del país fuesen devastadas.

A finales de mayo de 1574 murió Carlos IX y le sucedió su hermano Enrique III. En esa coyuntura, la política de reconciliación era probablemente la única salida de la corona, que intentó alejarse de la peligrosa dependencia de los grupos católicos extremistas. Sin embargo, Catalina deseaba y creía que el joven rey decidiría atacar a los hugonotes.

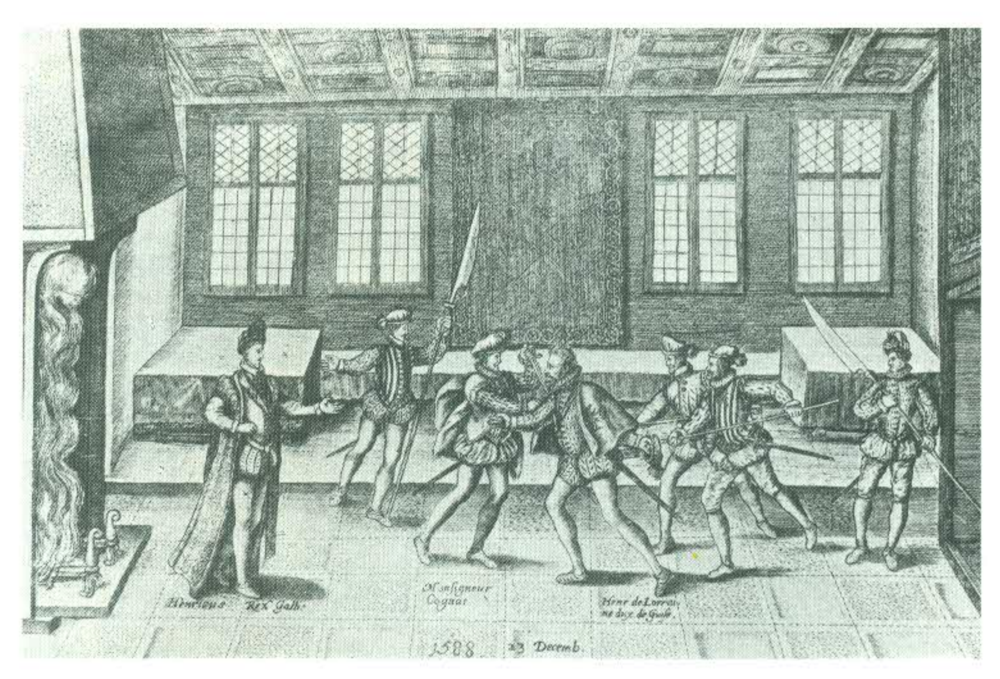
El ejército real se dirigió hacia el sur y allí tuvo que detenerse. Los protestantes, siguiendo una política de reconciliación con los católicos moderados, habían extendido su poder en las provincias del sur, cosa que la corona no pudo evitar. De este modo, el rey se vio obligado a aceptar todas las demandas de los protestantes en el Edicto de Beaulieu, en mayo de 1576.

La Liga Santa

El edicto hizo que los católicos considerasen que la corona era incapaz de imponer la unidad religiosa en el reino. Así, decidieron atacar por su cuenta en todas las regiones del norte y este, organizando uniones de hermandades a través de la llamada Liga Santa.

En muchas zonas de Francia, tras esta Liga Santa se ocultaba la familia de los Guisa. El rey, temiendo su fuerza, se apresuró a declararse como líder de ésta. Aun así, cuando se reunieron los Estados Generales en diciembre de 1576, se negaron a proporcionar subsidios a la corona para continuar la guerra contra los hugonotes. Parecía como si las maniobras de Catalina hubieran enajenado a la corona la mínima credibilidad de sus súbditos. Consecuentemente, el rey no pudo organizar la campaña y firmó la paz con los hugonotes en Bergerac, en septiembre de 1577.

Durante los nueve años siguientes Francia gozó de paz, y el gobierno de Enrique III fue fructífero. Convocó una asamblea de notables para que estudiara diversas reformas, se aprobaron numerosas leyes benévolas y las artes progresaron protegidas por la corte real. Pero la corona no pudo consolidar su poder, pues el rey carecía de visión política. No supo hacerse accesible a aquellos señores cuyos servicios necesitaba. Las leyes eran burladas y los gastos para obras de caridad



eran criticados y calificados de extravagantes.

Cuando la situación política empeoró, la corona se encontró aislada. En 1584 murió el joven hermano del rey, convirtiéndose el protestante Enrique de Navarra en heredero de la corona. El bando católico reemprendió sus actividades con más intensidad que antes y en diciembre de 1584 los Guisa firmaron un tratado con el rey de España, recibiendo dinero a cambio de la promesa de destruir la «herejía».

Enrique III era el defensor natural de la legitimidad y como tal envió emisarios a Enrique de Navarra, rogándole que se convirtiera al catolicismo. Sin embargo, el rey de Navarra no estaba en condiciones de dar tan peligroso paso, pues se arriesgaba a molestar a los protestantes sin conseguir convencer a los católicos de su sinceridad. Enrique III se encontró en una situación delicada. Estaba obligado a guerrear contra los protestantes, no sólo por la presión de los Guisa, sino también por el empuje revolucionario de la Liga Santa, cuyas actividades aumentaban en las grandes ciudades del norte.

El rey pudo aliarse con los protestantes y los moderados del sur, pero lo menos arriesgado era unirse a los miembros de la Liga Santa. Por tanto, en julio de 1585 firmó el Tratado de Nemours con los católicos: los líderes de la Liga Santa obtuvieron el gobierno de ciertas provincias clave a cambio de ayudar al monarca en una guerra total contra los hugonotes.

La contienda fue desfavorable para Enrique III. No sólo fue derrotado y muerto por los protestantes su querido amigo Joyeuse, en Coutras, en octubre de 1587, sino que el prestigio del duque de Guisa (Enrique, hijo de Francisco, que había sido asesinado en 1563) aumentó tras la sangrienta derrota que infligió a los mercenarios alemanes en Auneau, en noviembre de 1587.

Como culminación de su hazaña, el gobierno revolucionario de París –de la Liga Santa– invitó al duque de Guisa a que se uniera a él. El rey intentó impedir que Guisa acudiera, pero éste lo hizo siendo recibido calurosamente por sus seguidores. La idea de deponer al rey comenzó a perfilarse. Para contener al creciente poder de la Liga Santa, Enrique III movilizó a las guardias francesa y suiza.

Las tropas reales llegaron en la madrugada del 12 de mayo de 1588 y se estacionaron en la ciudad para asegurar los accesos al Louvre. Los parisienses empezaron a levantar barricadas en puntos estratégicos para cortar el camino a los soldados reales. Detrás de éstas había arcabuceros, y en los tejados de las casas voluntarios que lanzaban piedras contra las tropas, las cuales no estaban acostumbradas a tal tipo de lucha.

El 13 de agosto de 1588 Enrique III huyó hacia Saint-Cloud, seguido por algunos miembros de su corte. El paralelismo con los acontecimientos de 1791 es sorprendente, pero no se ha de exagerar; el duque de Guisa se dio cuenta de que el principio de legitimidad seguía siendo muy fuerte y realmente no deseaba destronar al monarca. Su objetivo no era deponer a Enrique III, sino consolidar la hegemonía de la Liga Santa.

El asesinato de los Guisa

Después del «día de las barricadas» se cumplieron los deseos del duque de Guisa:

el rey firmó el llamado Edicto de Unión, por el que Enrique de Guisa era nombrado comandante en jefe del ejército y se reconocía al cardenal de Borbón como posible heredero del trono. El rey se vio también forzado a convocar los Estados Generales en Blois, cuyos miembros, bajo la influencia de los Guisa, plantearon la idea de que sus decisiones tenían que ser reconocidas como leyes y de que podían nombrar un consejo permanente.

Enrique III no era tan ingenuo como para aceptar estas demandas, pues ello habría supuesto una revolución constitucional. Al mismo tiempo, el rey estaba personalmente molesto por el hecho de que Enrique de Guisa se hubiese hecho nombrar comandante en jefe. El nombramiento no se podía enmendar legalmente sin excitar el ánimo de los católicos. De este modo, Enrique III eligió el camino de la violencia. Pocos años antes había creado una guardia personal, los «Cuarenta y Cinco». Un grupo de estos soldados, siguiendo sus instrucciones, atacó y asesinó al duque de Guisa cuando abandonaba la Cámara del Consejo. Al día siguiente su hermano, el cardenal, fue también abatido.

Cuando la noticia del doble asesinato llegó a París, la reacción fue unánime: el rey era un tirano. Rápidamente se constituyó una especie de liga entre las principales ciudades católicas, que desde 1588 se extendió sistemáticamente. En poco tiempo, sólo Blois, Burdeos, Saumur y Tours permanecieron leales al rey; el resto de las ciudades importantes se dividieron: apoyaban a la Liga o a los hugonotes. El rey, perdido el apoyo católico, tuvo que aliarse con Enrique de Navarra.

Los ejércitos combinados de los dos reyes avanzaron sobre París. A principios de agosto de 1589 estaban a punto de asaltar la ciudad cuando Enrique III fue asesinado por Jacques Clément, un monje dominico partidario de la Liga Santa. Catalina de Médicis había muerto en enero de aquel mismo año, con lo cual se extinguió la dinastía de los Valois. Antes de morir, Enrique III reconoció a Enrique de Navarra como su sucesor legal y pidió a los leales a la corona que le aceptaran como Enrique IV.

Enrique de Navarra

Sin embargo, el nuevo rey estaba lejos de ser el dueño de su reino. Las fuerzas de la Liga Santa tenían un líder en la persona del duque de Mayenne, hermano de los Guisa asesinados, y al que apoyaban las grandes ciudades. Por otra parte, Enrique IV había contado desde el principio con el apoyo, no sólo de los protestantes, sino también con el de los guardias reales y el de la nobleza de gran parte del norte de Francia. El tiempo demostró que el gran poder real se basaba estrictamente en la persona del propio rey.

Desde el principio se mostró decidido a asentar su autoridad. Algunos de sus consejeros quisieron persuadirle para que se retirase de la región del Loira evitando el enfrentamiento con el ejército de Mayenne, mucho más poderoso. Pero el rey no les hizo caso y en septiembre de 1589



Enrique IV de Francia. Para asegurar su trono tuvo que renunciar al protestantismo, convirtiéndose al catolicismo en la iglesia de San Denis, cerca de París. Detalle de una pintura de la escuela francesa.

Página anterior, asesinato del duque de Guisa por instigación de Enrique III. Este golpe contra la poderosa familia católica, facilitó la reconciliación del rey con el protestante Enrique de Navarra.



consiguió derrotar a las fuerzas de su rival, cuando éste le atacó imprudentemente en Arques, al sur de Dieppe. Fue entonces cuando Enrique realizó un asalto sorpresa contra París, pero su ejército era insuficiente para tomar la ciudad.

El ejército real se retiró y transcurrió el invierno ocupando las ciudades cercanas a la capital. Mayenne intuyó que el rey pretendía cercarles por hambre, y en marzo de 1590 salió a su encuentro. A pesar de que la proporción de los ejércitos era de dos a uno, los realistas vencieron en Ivry y sitiaron de nuevo París. El bloqueo se prolongó durante seis meses y fue levantado cuando el duque de Parma reunió un ejército en los Países Bajos para socorrer a los católicos.



Frustrado su intento de tomar París, Enrique intentó conquistar Rouen, la única de las grandes ciudades de Normandía que aún estaba a favor de la Liga Santa. Desde noviembre de 1591 hasta febrero de 1592 bombardeó furiosamente la urbe, que fue salvada por la ayuda de una nueva expedición del duque de Parma. En el verano de 1592 la situación estaba bastante nivelada. Quedó demostrado que las fuerzas de la Liga Santa no podían esperar aplastar al rey en campo abierto. Por otra parte, la magnífica caballería real era inoperante para asaltar una ciudad.

En aquel momento Mayenne decidió tomar medidas políticas. Reunió a los Estados Generales en París con el fin de elegir a un príncipe católico como pretendiente a la corona apoyado por la Liga Santa. Sin embargo, el efecto de esta acción fue contrario a lo esperado, pues el sector moderado de la Liga Santa insistió en que se pusieran en marcha negociaciones con la Corona.

La conversión del rey

Iniciadas las conversaciones la paz era inminente. En mayo de 1593 el rey renunció al protestantismo, lo que eliminó los últimos escrúpulos de los católicos más radicales, de forma que en febrero de 1594 entró triunfador en la capital. Los líderes provinciales se pusieron enseguida al lado de la corona, a menudo a cambio de fuertes recompensas. A principios de 1595 la resistencia se concentró en los territorios controlados por los duques de Mayenne, Mercoeur y Épernon, los católicos extremistas.

Tras estos poderosos magnates estaba la hegemonía española, por lo que en enero de 1595 Enrique IV declaró la guerra a Felipe II. La contienda no fue favorable para Francia, que por entonces no era un contrincante temible. Sin embargo, debido al progresivo desgaste de la economía hispana, Felipe II accedió a la paz en 1598, el año de su muerte.

Enrique IV, que reinó de 1589 a 1610, luchando por la Liga Santa en la batalla de Arques, en 1589. Enrique fue incapaz de llevar él solo la defensa de los católicos franceses, por lo que recibió ayuda de Felipe II de España (Palacio de Versalles.)

Página anterior, conversión de Enrique IV al catolicismo. De él es la frase: "París bien vale una misa". Esta ceremonia servía para reconciliar a los distintos bandos en Francia, que reconocían sus altas cualidades.

Los duques rebeldes volvieron a la legalidad. Mayenne se reconcilió con el rey a principios de 1596 y Épernon en la primavera de aquel mismo año. Sólo resistió Mercoeur, que fue expulsado del ducado de Bretaña en 1598, marchando a luchar contra los turcos en el Danubio, a las órdenes del soberano del Sacro Imperio romano germánico.

En 1598 no sólo habían sido sometidos los últimos grandes líderes de la Liga Santa y se había firmado la paz con España, sino que también se estableció una tregua en los conflictos religiosos internos de Francia.

Cuando estaba en Nantes, en la expedición contra el duque de Mercoeur, Enrique IV firmó el Edicto que tomó el nombre de la ciudad, y que supuso durante casi cien años una cierta tolerancia para los protestantes franceses. En líneas generales no era muy original: la mayoría de sus aportaciones se pueden encontrar en cualquiera de las treguas que se habían firmado en los cuarenta años anteriores. Los protestantes obtuvieron completa libertad de conciencia y se les permitió celebrar oficios religiosos en numerosos lugares. Se crearon tribunales mixtos de justicia para asegurarles procesos justos en sus litigios con los católicos; se les permitió reunirse periódicamente, y les fueron concedidas cien plazas fuertes como refugio en tiempos de peligro.

Lo que diferenciaba al Edicto de Nantes era la decisión del rey de hacerlo respetar. Mientras él vivió, sus iniciativas fueron seguidas escrupulosamente, de modo que los protestantes no sólo pudieron vivir en paz, sino que se promocionaron. Al mismo tiempo Enrique IV parecía estar sinceramente interesado en la defensa de su nueva Iglesia, pues el catolicismo había unido a Francia durante mucho tiempo y era una fuerza cohesionadora. En 1598 se inició una década de realizaciones constructivas tras cuarenta años de guerra.



La Contrarreforma



El papa Pablo III con sus sobrinos Octavio y Alejandro Farnesio (hacia 1546), por Tiziano. (Museo di Capodimonte, Nápoles.)

Página anterior, arriba, baile en la corte de Enrique IV. El rey se ganó el apoyo de la mayoría de la nobleza francesa por su política de compromiso y de planificación del futuro. (Louvre, París.)

Página anterior, abajo, Edicto de Nantes, de 1598. Por él, Enrique IV concedió libertad de conciencia a los protestantes, que se quedaron cien plazas fuertes para poder refugiarse en caso de peligro.

Para hacer frente a la creciente amenaza protestante, la Iglesia católica decidió renovarse. Los agentes más efectivos de su acción fueron el Concilio de Trento y la nueva orden de la Compañía de Jesús.

Mucho antes de la gran reforma de 1540-1570 hubo tentativas de reforma dentro de la Iglesia católica. En España, por ejemplo, a finales del siglo XV, el cardenal Cisneros había revitalizado completamente la antigua estructura eclesiástica, corrigiendo abusos monásticos, nombrando obispos competentes, fundando escuelas, etc. En Francia también hubo prelados reformistas, como el obispo Briçonnet, de Meaux. En la misma Italia existía el Oratorio del Amor Divino, una asociación de seglares piadosos y clérigos que se reunieron por primera vez en 1517. Sin embargo, estos movimientos estaban condenados al aislamiento mientras no se reformara el Papado. En la primera mitad del siglo, los papas estaban básicamente interesados en la política italiana y en los placeres personales.

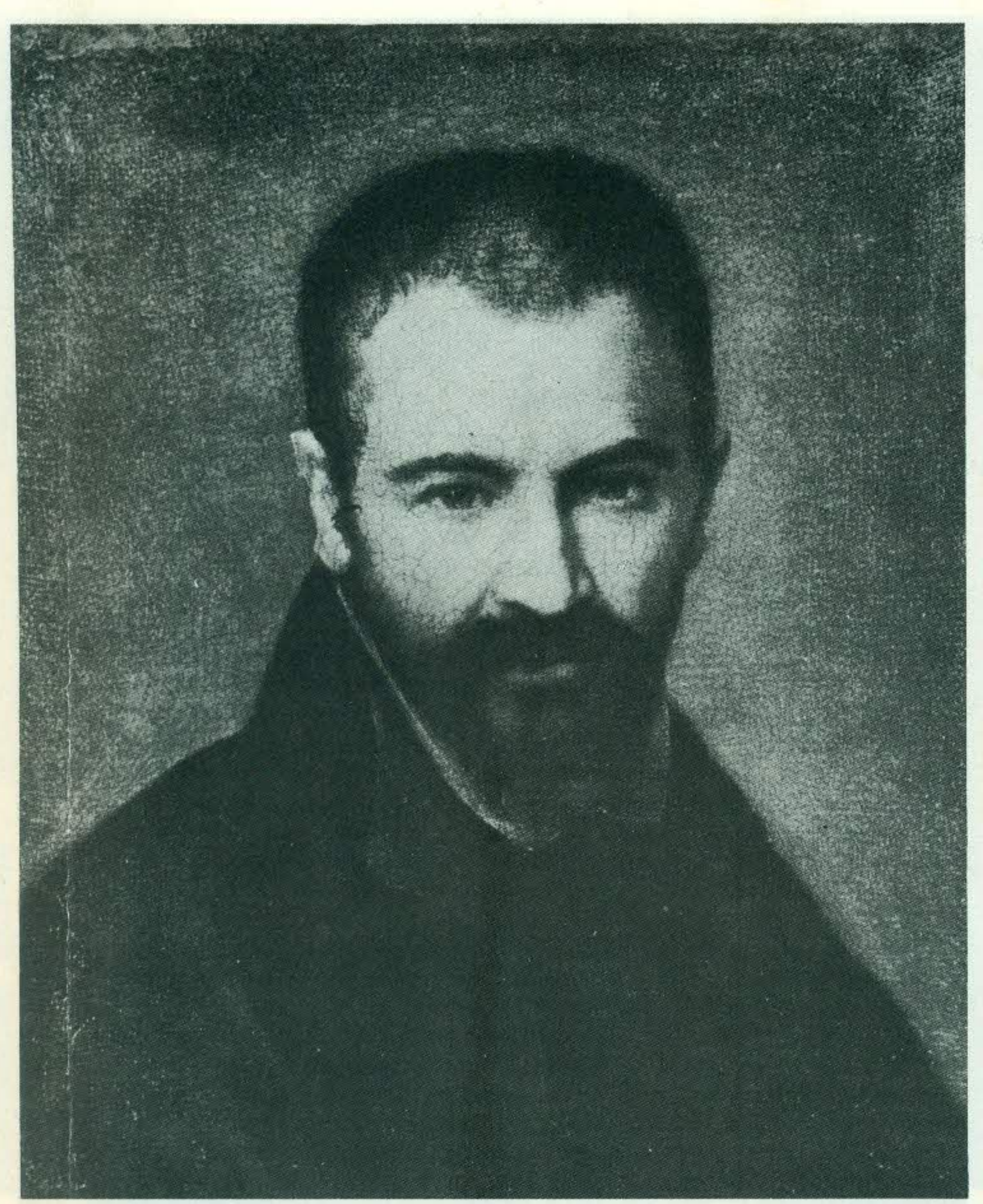
Bajo Clemente VII (1523-1534) el Papado sufrió su mayor humillación, al ser la propia Roma tomada y saqueada por las tropas del Sacro Imperio Romano-Germánico en 1527. Para casi toda Europa supuso el símbolo de la decadencia de la Iglesia católica, mientras que paralelamente el movimiento protestante luterano ganaba cada día nuevos adeptos.

El sucesor de Clemente VII era un hombre digno de su antecesor, pero estaba más capacitado para apreciar la naturaleza de la crisis. Pablo III, que había vivido la época de las estériles luchas en Italia, comprendió que la tarea del Papado en aquel momento era unificar el mundo católico contra los turcos y los protestantes, aunque al final tuvo que aceptar la división de la cristiandad. De todos modos, en sus primeros años conoció y apreció los escritos del humanista cristiano Erasmo de Rotterdam, confiando en una reconciliación con los protestantes.

Pablo III asumió la organización de las medidas tomadas por la Iglesia en su ofensiva: el Concilio, los jesuitas, los capuchinos, la Inquisición y el Índice. Intervino activamente en la vida política europea: excomulgó al rey de Inglaterra, incitó al titular del Sacro Imperio Romano-Germánico para que se uniese con el rey de Francia para combatir a los turcos, y censuró al monarca galo por su conducta inmoral. Él mismo reformó su propio palacio. Si quedaban pocos prelados dignos en Roma cuando él accedió al trono pontificio, durante su reinado disminuyeron.

San Ignacio de Loyola

Esta reforma de la organización central de la Iglesia católica fue asumida en gran parte por los jesuitas. Todo empezó en 1521, cuando un joven soldado español, Ignacio de Loyola, fue gravemente herido en la defensa de Pamplona contra el ejército francés. Privado, a la edad de 30







años, de la posibilidad de continuar la carrera de las armas, Loyola empezó a experimentar el mismo tipo de angustia espiritual que padeciera Lutero.

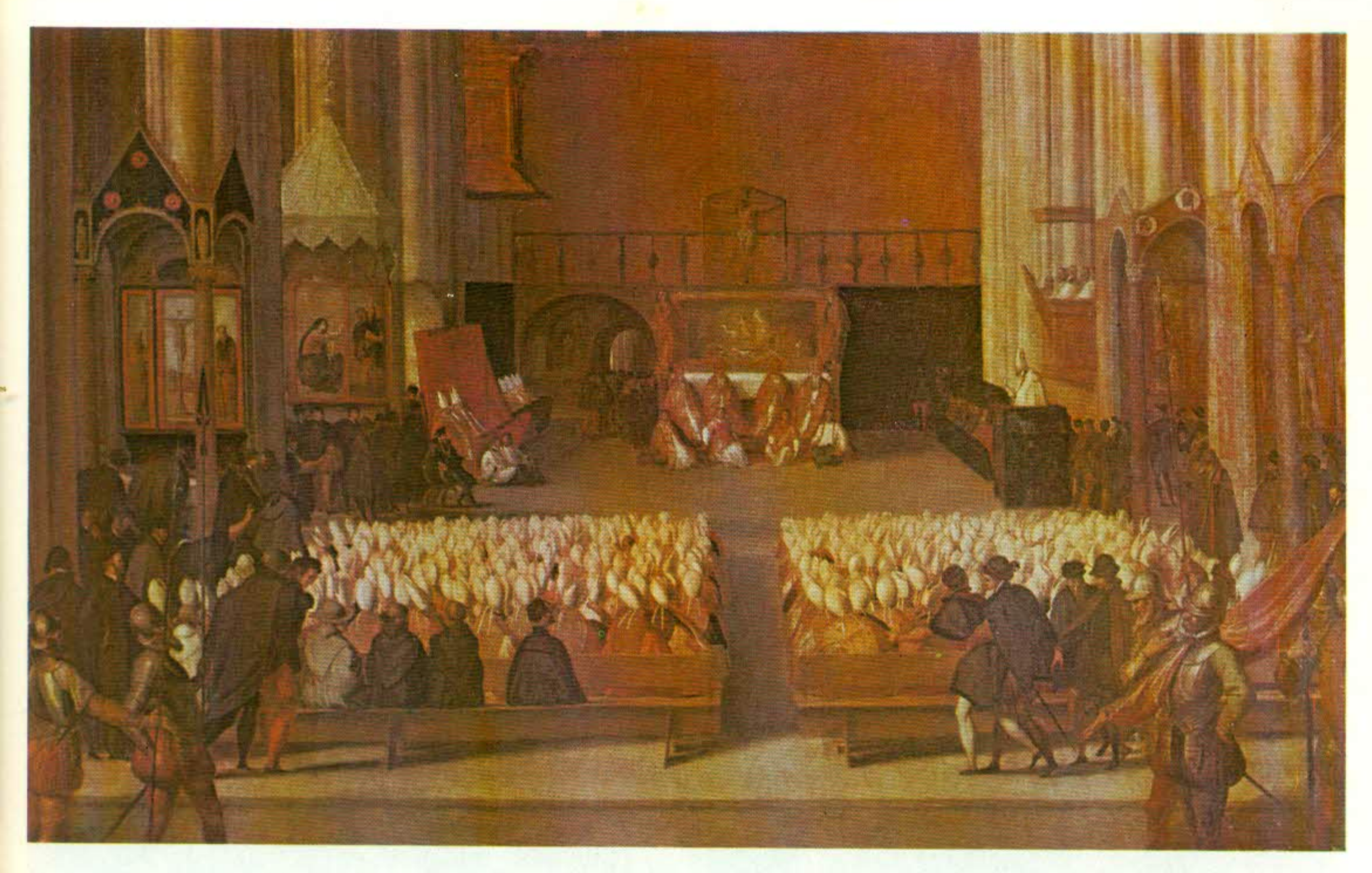
Como el gran reformador alemán, Loyola creía en la existencia de un profundo sentimiento de maldad en el hombre y de su desamparo si se privaba de la gracia divina. Profundizando, Loyola encontró un gran sosiego en el mensaje redentor de Cristo y en la convicción de que la salvación era posible a través de la acción apostólica. De aquí, su decisión de consagrar su vida *Ad majorem Dei gloriam*, es decir, para la mayor gloria de Dios.

Como buen soldado que era, desarrolló sus reflexiones personales en un manual práctico titulado *Ejercicios espirituales*. Este breve manual, que se convirtió en la guía devocional de los jesuitas, no era un catecismo referente a la fe y a la doctrina, sino un curso de ejercicios espirituales destinado a entrenar a los futuros soldados de Cristo.

San Ignacio comprendió que la eficacia de sus ideas dependía de profundizar en el estudio teológico.

Su entusiasmo levantó suspicacias en España y marchó a Francia para estudiar teología, filosofía, ciencias naturales y lenguas, en la Sorbona. Con su trabajo infatigable y capacidad ilimitada impresionó a sus jóvenes compañeros de la Universidad, muchos de los cuales cayeron bajo su influencia espiritual. Seis de ellos se le unieron: Francisco de Jassu, originario de Navarra (el futuro san Francisco Javier); el español Diego Laínez; Pierre Lefèvre, de Saboya; los también españoles Nicolás de Bobadilla y Alonso Salmerón, y Simón Rodríguez, que era miembro de una gran familia portuguesa.

El 15 de agosto de 1534 hicieron tres votos: pobreza, castidad y el peregrinaje a Tierra Santa. Acto seguido se dirigieron hacia Venecia, para embarcar con destino al Próximo Oriente. Por el camino, fueron captando compañeros para la aventura,



dándose a sí mismos el nombre de «Compañía de Jesús».

Sin embargo, antes de embarcar, san Ignacio comenzó a dudar. No sólo carecían de dinero, sino que algunos amigos le manifestaban que la situación era tal que había más cosas que hacer en Europa que en Tierra Santa. San Ignacio pensó por un momento entrar en la nueva orden de los Teatinos, pero al final decidió fundar la suya propia, en cuya base estaría la obediencia al papa como un cuarto voto. Había una concepción militar en la idea de crear una ciudadela alrededor de la cabeza de la Iglesia, y Pablo III se dio cuenta rápidamente de la gran utilidad que podría tener esta orden para el Papado. El 27 de septiembre de 1540 la reconoció oficialmente en la Bula «Sobre el gobierno de la Iglesia militante».

San Ignacio pidió dinero en todas partes, como hacían las demás congregaciones, pero nunca abandonó el objetivo principal de la misión de los jesuitas, que era la ayuda y obediencia al papa. Los nuevos miembros no sólo fueron elegidos por sus cualidades morales, sino también por sus condiciones físicas, pues debían ser capaces de un trabajo permanente y sacrificado.

Dentro de la Compañía fueron minimizados el ayuno y la contemplación, para, de este modo, dedicar «el máximo tiempo posible al mundo». La formación de los jesuitas duraba quince años, empezaba con la enseñanza de los *Ejercicios Espirituales*, y se proseguía con el estudio de los clásicos, en filosofía y teología. El joven aspirante podía entonces comenzar a impartir su magisterio en uno de los muchos colegios de que ya disponían los jesuitas, antes de ser ordenado definitivamente como sacerdote. Tras esta preparación, podían ascender en el escalafón de la Compañía, con posibilidades de llegar incluso a «General». De entre las virtudes, la humildad era menos importante que la fortaleza del espíritu.

Esta organización fue adecuada para servir a los fines del Papado. Se crearon «Provincias» a través de todo el mundo y con su actividad misionera los jesuitas progresaron con rapidez. Muy pronto se ganaron gran renombre por sus escuelas, que prosperaron no sólo en Europa (especialmente en Francia y Alemania), sino también en todas las regiones del mundo dominadas por los católicos europeos. En el Viejo Continente casi todos los miembros de las clases dominantes enviaban a sus hijos a las escuelas de esta orden, y en los países donde existía un dualismo religioso, como era el caso de Francia, acostumbraron a recibir también a los hijos de los protestantes.

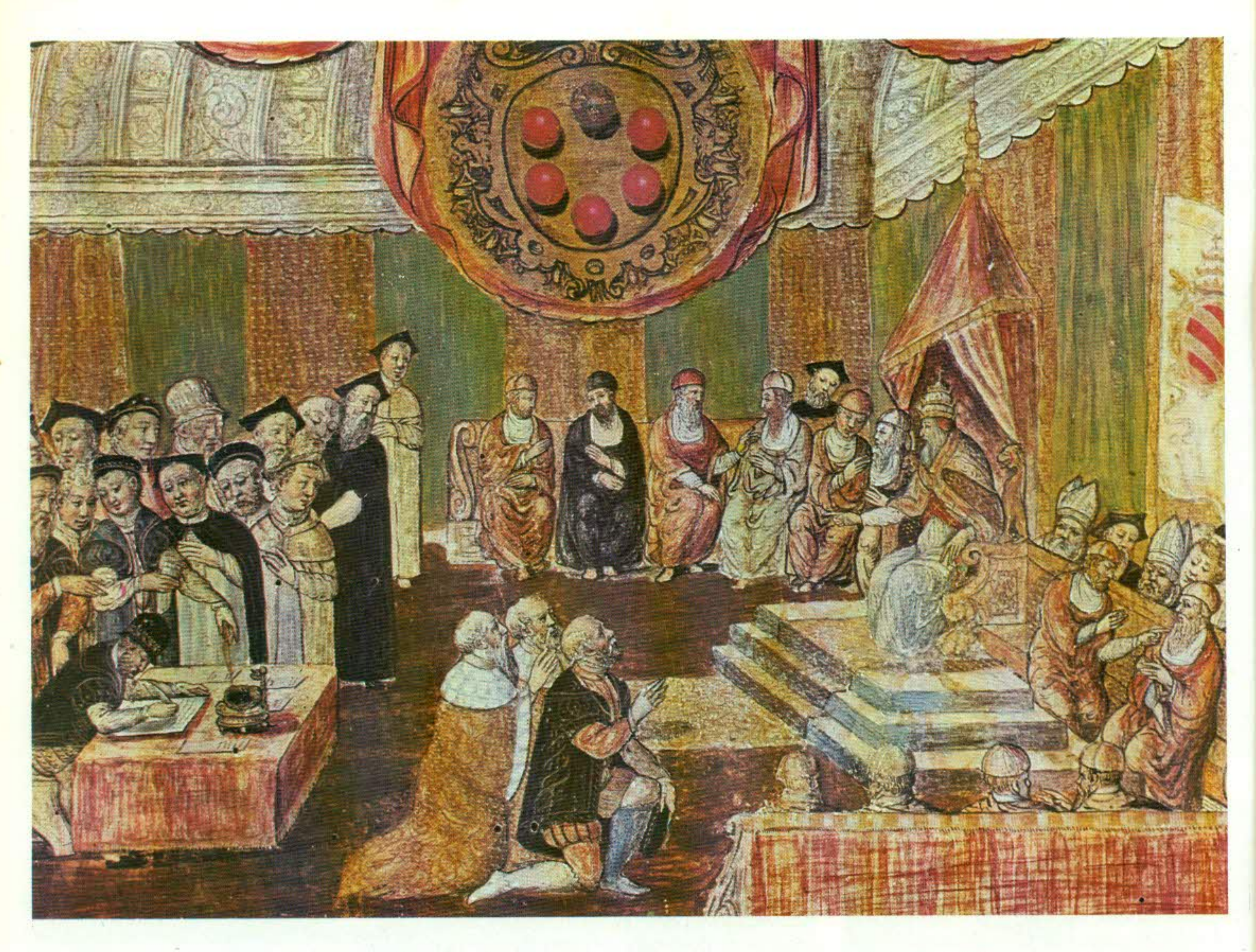
De este modo, comenzaron a ejercer cierta influencia sobre el pensamiento de las élites de cada país, se introdujeron en

El Concilio de Trento, en un cuadro de Tiziano de 1586. A pesar de varias interrupciones y demoras (fue convocado en 1545-1547, 1561-1562 y 1562-1563), este Concilio consiguió restablecer la doctrina católica, abandonando su intención originaria de reconciliar a católicos y protestantes. (Louvre, París.)

Página anterior, arriba, izquierda, Ignacio de Loyola (1491-1556), fundador de la Compañía de Jesús. Al principio intentó la conversión de los musulmanes, pero el papa Pablo III le alentó para que actuase contra los protestantes.

Página anterior arriba, derecha, Ignacio de Loyola ante el papa Pablo III. Pintura de autor anónimo en una iglesia romana.

Página anterior, abajo, pintura de José de Ribera que representa a un misionero jesuita. Estos religiosos fueron muy cultos y, en el siglo XVI, fundaron escuelas y lograron influencia de las casas reales. (Museo Poldi, Pezzoli, Milán.)



los círculos sociales más selectos, siendo normalmente confesores de reyes y nobles.

Sus actividades no se limitaron a los salones elegantes, sino que se expandieron por todas partes: desde las regiones nevadas de Canadá, hasta las junglas de la India, predicando y convirtiendo. Algunos, incluso, se llegaron a identificar con las costumbres de aquellas regiones, siendo amonestados por sus superiores provinciales. Muchos otros fueron martirizados por los pueblos salvajes entre los que vivían.

El Concilio de Trento

Mientras tanto, tras haber superado grandes dificultades y gracias a la perseverancia de Pablo III, se convocó un Concilio General de la Iglesia en la pequeña ciudad de Trento, situada en la actual frontera entre Italia y Austria. Las primeras sesiones fueron monopolizadas por el tema de la relación con los protestantes y también por la oposición de los soberanos francés y español a situar bajo control papal a sus prelados «nacionales».

Seguidamente se abordaron los temas más apremiantes de la organización y la doctrina de la Iglesia. La reforma de los abusos fue, tal vez, el aspecto más fácil y más efectivo dentro de las tareas del Concilio. De aquí en adelante los papas serían hombres de una moral intachable. Los cardenales serían elegidos según las pautas menos mundanas. Los obispos llegarían a dicho cargo según su celo evangélico y su magisterio. También el Concilio transformó completamente la situación de los sacerdotes. A partir de ese momento, éstos tenían que superar un duro aprendizaje en seminarios especializados y se confirmó la exigencia de su celibato.

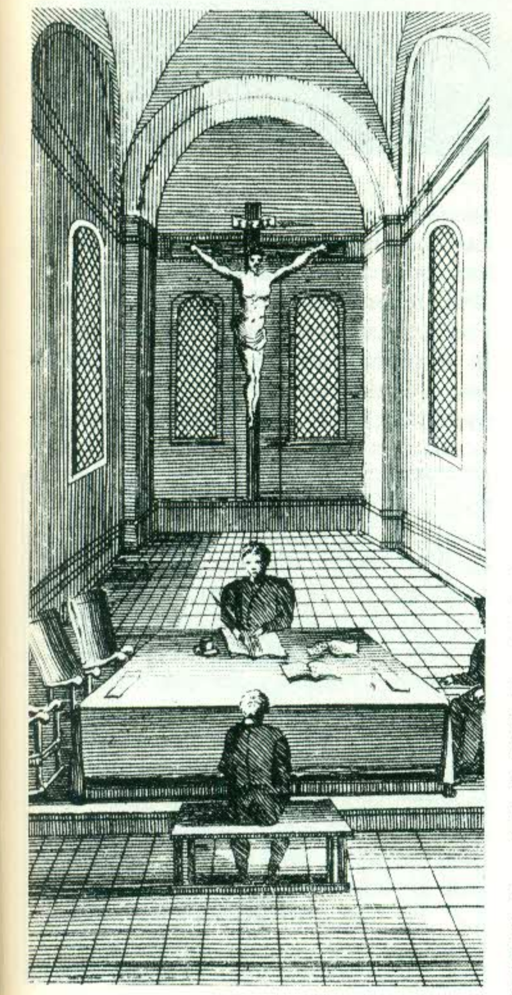
El aspecto doctrinal fue menos satisfactorio. Sin embargo, tuvo en parte la gran ventaja de clarificar a los católicos aquello en lo que debían creer, al igual que las *Instituciones de la religión cristiana* señalaban a los calvinistas sus dogmas de fe.

El Concilio reafirmó la importancia teológica de la tradición, la cual había sido inspirada directamente por Dios, como la Biblia. En 1592 se preparó y publicó una edición definitiva de las Escrituras. Frente a Lutero, los Padres de la Iglesia se preocuparon por redefinir el contenido de la fe.

Contra Calvino, enfatizaron la libertad del hombre combinada con la infinita misericordia divina, lo que hacía inviable la predestinación. Finalmente, reafirmaron la validez de los siete sacramentos, insistiendo sobre todo en la presencia de Cristo en la Eucaristía.

A partir de 1563 los mensajes doctrinales de Trento se extendieron con éxito a través de toda la Europa católica, no sólo por medio de los catecismos, sino también a través de la pintura, la escultura y la música. La misma arquitectura fue puesta al servicio de la Iglesia renovada con la adopción del barroco, llamado también «estilo jesuita».

Junto a estos aspectos positivos de la renovación de la Iglesia católica, se hallaban dos puntos negros: la Inquisición y el Índice. La Inquisición, creada en un principio para luchar contra las herejías medievales, fue renovada en España en 1478, extendiéndose por todos los países católi-



cos, desde 1542, bajo el nombre de Santo Oficio. No hay duda de que consiguió erradicar el protestantismo en España e Italia, pero a costa de la libertad.

El Índice, creado en 1557, promovió la destrucción de muchos libros, y alentó un tipo de censura fatídica para el crecimiento y el desarrollo de las instituciones sociales y culturales.

Felipe II

Dadas las divisiones políticas y religiosas de Europa en la segunda mitad del siglo XVI, era inconcebible que la Contrarreforma permaneciese como un asunto puramente espiritual. De este modo, la causa de Trento fue asumida por Felipe II de España para convertirse en el líder de la renovación de la Iglesia católica.

Felipe II tuvo éxito contra los turcos musulmanes. En 1571, con la ayuda de la flota veneciana y la diplomacia papal, les infligió una derrota tal en Lepanto, que a partir de entonces el Mediterráneo occidental quedó libre de la temible escuadra otomana.

No tuvo tanto éxito en sus campañas contra los herejes europeos. Isabel de Inglaterra lo distrajo mucho tiempo con su enigmática política religiosa y cuando Felipe II decidió finalmente invadir Inglaterra

Arriba, batalla de Lepanto (1571). En ella los españoles y los venecianos, aliados al Papado, infligieron una gran derrota a la flota otomana. (National Maritime Museum, Londres.)

Izquierda, un interrogatorio de la Inquisición. Esta institución, perseguidora de la libertad de pensamiento y de expresión, menoscabó el prestigio del Papado con sus excesos de celo católico.

Página anterior, tablilla de "biccherna" (cubierta de encuadernación del siglo XVI, típica de Siena) que representa las conclusiones de la Liga contra los turcos en 1571. (Archivio di Stato, Siena.)

en 1588, su Armada Invencible sufrió una gran derrota.

En los Países Bajos, la revolución de 1566 permitió, provisionalmente, el establecimiento, en el norte, de las autónomas Provincias Unidas, aunque durante cuatro décadas Felipe II trató de imponer el gobierno español y el catolicismo en todos los Países Bajos. Pero si las siete Provincias Unidas septentrionales escaparon a su control, las diez del sur le permanecieron fieles, y en estos «Países Bajos españoles» se desarrolló una floreciente cultura. En Francia, la intervención española fue afortunada. Las dos expediciones provenientes de los Países Bajos y dirigidas por el general español duque de Parma permitieron a las fuerzas católicas controlar la situación y levantar los sitios de París (1590) y de Rouen (1592) e, incluso, Enrique de Navarra, para convertirse en rey de Francia, tuvo que abjurar del protestantismo. Felipe II jugó un importante papel, reforzando el catolicismo en Francia a principios del siglo XVII.

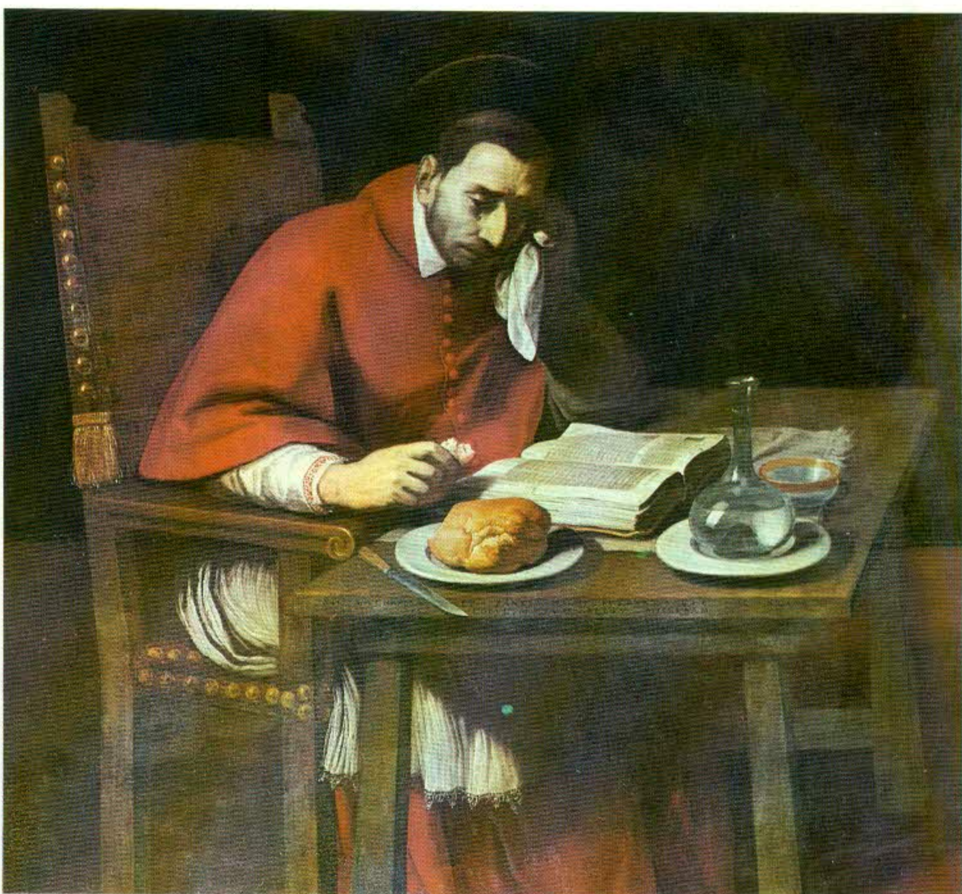
Esta renovación espiritual se debió en gran parte a la obra de los jesuitas, que a partir de mediados del siglo XVI habían fundado escuelas y colegios superiores en zonas particularmente afectadas por el protestantismo. Sin embargo, se debió también a la actividad de otras órdenes religiosas, muchas de las cuales reflejaron muy fielmente la nueva concepción espiritual del período.

Una de estas órdenes representativas fue la Congregación de la Misión, fundada en 1624 por san Vicente de Paúl. Sus miembros debían evangelizar el campo francés bajo una total obediencia al obispo de la diócesis local. San Vicente de Paúl, en colaboración con Louis de Marillac, fundó también, en 1633, la Compañía de las Hijas de la Caridad, dedicadas a los pobres. Fue un hombre muy dinámico, fundando seminarios, reformando antiguas órdenes y organizando obras de caridad para todos los necesitados: huérfanos, mendigos, presos, galeotes, viejos soldados, etc.

Otra figura destacable dentro del catolicismo francés de principios del siglo XVII fue Pierre de Bérulle, el fundador de la Orden del Oratorio en Francia, en 1611, alentando también a Madame de Sainte-Beuve en la fundación de la Orden de las Ursulinas, la cual a mediados del siglo XVII tenía unas 250 escuelas por toda Francia. Estas escuelas no se dedicaron a la enseñanza de jóvenes bien educadas, sino a la de mujeres de fuerte carácter y moral, decididas a abandonar a sus fami-







lias, y a reformar la sociedad según los principios católicos. Las bases educativas de las ursulinas seguían los consejos de san Francisco de Sales, que combinaba el misticismo con una dinámica de actividad caritativa, cosa muy típica en esta fase de la renovación católica.

Tanto la Orden del Oratorio como la de las Ursulinas provenían de Italia, donde fueron influenciadas por las decisiones tomadas en Trento. Allí se hallaba el obispo san Carlos Borromeo (1538-1584). Éste, sobrino de Pío IV, estuvo presente en las últimas sesiones del Concilio de Trento, regresando luego a Roma. Ya en dicha ciudad, examinó profundamente los *Ejercicios espirituales* de Loyola y se transformó en un hombre nuevo. Redujo su vida a riguroso ascetismo e instó al papa a que le permitiera volver a su sede de Milán. Finalmente, se le concedió el permiso, tras el ascenso del piadoso Pío V (1566-1572), y Borromeo emprendió la tarea de reformar la diócesis.

Ordinariamente se celebraban concilios provinciales y diocesanos. Se fundaron tres seminarios y al no poderlos dotar de jesuitas, Borromeo fundó su propia orden, los Oblatos de San Ambrosio, para cubrir los puestos. Él animó a la Orden de los Bernabitas para que predicasen dentro de su diócesis. Autorizó la Congregación de las Ursulinas. Animó y encargó obras a músicos religiosos, incluido Palestrina. Creó una serie de escuelas elementales dentro de su sede. En resumen, estaba activa y enérgicamente interesado en cualquier cosa que pudiese renovar la vida cristiana en la archidiócesis de Milán.

En España, la reforma católica tuvo aspectos diferentes. La Iglesia había sido ampliamente transformada en la época del cardenal Cisneros, siendo «purificada» desde entonces por la Inquisición. Las grandes figuras de la Contrarreforma fueron santa Teresa de Ávila y san Juan de la Cruz, destacando por sus escritos místicos. Se ha afirmado, ciertamente, que en el período en que la Inquisición estaba en su auge, el misticismo era el refugio para la religión personal.

La Contrarreforma política no tuvo mucho éxito ni en Inglaterra ni en las Provincias Unidas. También fracasó en Escandinavia y en las provincias del norte de Alemania. Sin embargo, la combinación del proceso político y cultural favoreció la causa católica en el sur y centro de Alemania, a finales del siglo XVI. Esto se debió en parte a los jesuitas y a los capuchinos, quienes se ganaron con mucha habilidad la amistad de los gobernantes seculares, consiguiendo, mediante la creación de colegios y universidades, reconvertir regiones enteras al catolicismo.

El gran nombre asociado a este movimiento fue san Pedro Canisio, provincial de los jesuitas en Alemania y, desde 1556, de Austria y Bohemia. No satisfecho con la fundación de colegios, redactó un catecismo en 1556 y realizó giras de predicación por toda su provincia. La presión católica en Alemania tuvo un violento final, pues sentó las bases de la Guerra de los Treinta Años.

Arriba, san Carlos Borromeo (1538-1584), ardiente defensor de la Contrarreforma, inspiró buena parte de las conclusiones del Concilio de Trento en su tercera y última convocatoria. (Santa Maria della Passione, Milán.)

Arriba, izquierda, santa Teresa de Ávila (1515-1582), reformadora de la Orden carmelita, fomentó el renacer de la espiritualidad mística en España. (Convento de Santa Teresa, Sevilla.)

Página anterior, arriba, en una de sus convocatorias, el Concilio de Trento se celebró en Santa María la Mayor, suceso que recoge esta pintura de Elio Naurizio de 1633. (Louvre, París.)

Página anterior, abajo, Giovanni Palestrina (1525-1594) ofrece su libro de misas vocales al papa Julio III en 1554. Su obra musical fue uno de los mayores logros artísticos de la Contrarreforma.

Francia desde Enrique IV a Mazarino

Francia, en la primera mitad del siglo XVII, fue presa de conflictos constitucionales. Tras el gran reinado de Enrique IV (1589-1610), vino la minoría de Luis XIII (1610-1624), y tras el inflexible mandato de Richelieu (1624-1642) llegó la minoría de Luis XIV (1643-1661). Durante cada regencia surgían de nuevo elementos hostiles a la extensión del poder real, sobre todo entre la nobleza y los miembros de los Parlamentos. Así, cuando Luis XIV asumió el poder en 1661, tuvo que enfrentarse con un desorden constitucional generalizado.

Enrique IV

Una vez afianzado en el trono, en 1598, Enrique IV pudo dedicarse al problema de su sucesión. Su desgraciada boda con Margarita de Valois, en la Noche de San Bartolomé, le produjo numerosas disputas, pero ningún hijo. Es cierto que tuvo muchos vástagos, como resultado de varias aventuras, pero éstos no podían acceder a la corona del «Rey Cristiano». Por ello, Enrique IV pensó en casarse con una de las madres, siendo elegida Gabriela d'Estrées. Margarita se negó a divorciarse, pero el rey estableció la fecha del matrimonio con Gabriela para 1599.

La mayoría de los consejeros reales estaban en contra de este paso, pero fue la muerte de la desafortunada Gabriela poco antes de dar a luz a otro «bastardo real», quien lo impidió. Por tanto, Enrique IV tuvo que elegir de nuevo, y en esta ocasión seleccionó a la hija del duque de Toscana (uno de sus mayores acreedores), María de Médicis, y Margarita consintió en el divorcio.

Solucionado el problema, el monarca se pudo dedicar a la renovación del reino. Es una experiencia extraordinaria leer la correspondencia de Enrique IV durante los diez años siguientes, ya que por sus orígenes, puede decirse que no era más que un rudo pirenaico. Pensó en todas las cosas que pudieran engrandecer a Francia, tanto en el gobierno del país como en la economía, la guerra, la cultura o la asistencia social.

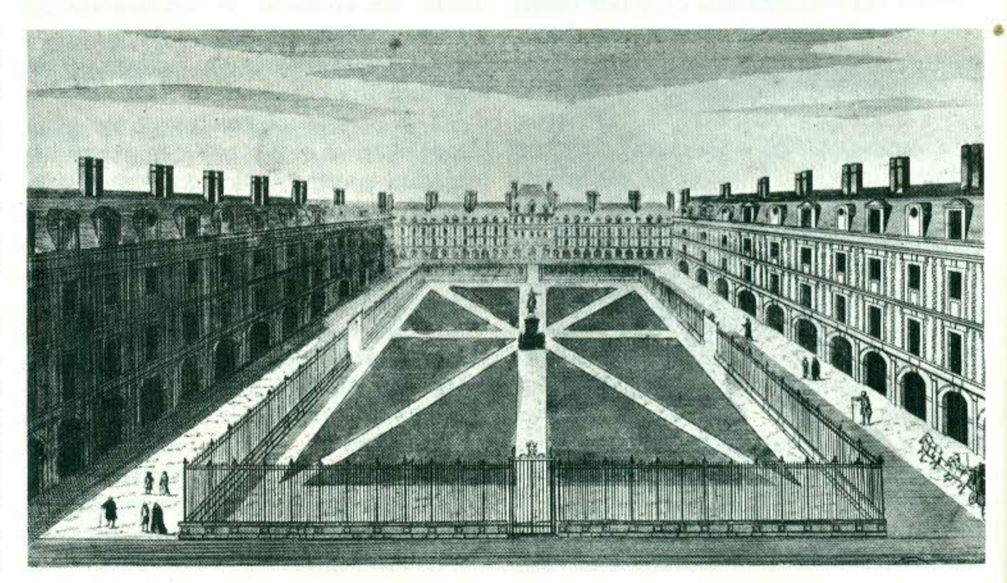
Mantuvo sujeta a la gran nobleza, alternando la afabilidad con la violencia cuando era necesario. Así, el duque de Biron fue ejecutado por conspirar con los españoles, y en 1606 el duque de Bouillon fue cercado en sus dominios y obligado a entregar Sedán.

En los asuntos económicos confiaba, sobre todo, en el duque de Sully, fiel servidor desde 1570. Una vez que el presupuesto real tuvo superávit, el rey pudo deshacerse de los incómodos acreedores, la recaudación de impuestos se hizo más tolerante, se drenaron pantanos y se construyeron caminos y canales.

Los asuntos exteriores fueron dirigidos por el ministro Villeroy. A diferencia de Sully, obtuvo el cargo relativamente tarde, pues había sido un encarnizado enemigo de los hugonotes. Francia volvió a jugar una vez más su papel en la diplomacia europea, ayudando a las Provincias Unidas en su progresiva y victoriosa revuelta contra los españoles, organizando una disputa entre Venecia y el Papado, creando un partido francófilo entre los cardenales e, incluso, volviendo a tener contactos amistosos con los turcos.

Para sostener este esfuerzo diplomático, el rey y Sully concibieron la preparación de un gran aparato de guerra. Fueron almacenados gran número de cañones, provisiones de pólvora y avituallamientos en los arsenales de París y de las provincias fronterizas. Se regularizó el pago de las tropas y se redujo su número a una pequeña pero bien adiestrada élite. En el Mediterráneo se construyó una flota de galeras y Tolón se convirtió ahora en una importante base naval.





A veces, el rey visitaba a Sully en el arsenal de París, donde éste, como gran maestre de la artillería, tenía aposentos personales. Allí planearon nuevas mejoras para la ciudad de París. En esta época se amplió el Louvre, se construyeron la Plaza de los Vosgos y el Hospital de San Luis, y se trazó el plano para una Plaza de Francia, un gran semicírculo urbano sobre el que convergerían más o menos una docena de calles, cada una con el nombre de una de las grandes provincias francesas.

La arquitectura no fue el único arte que se fomentó. Se crearon talleres de tapices

Arriba, plaza Dauphine, en París, durante el reinado de Luis XIII (1601-1643).



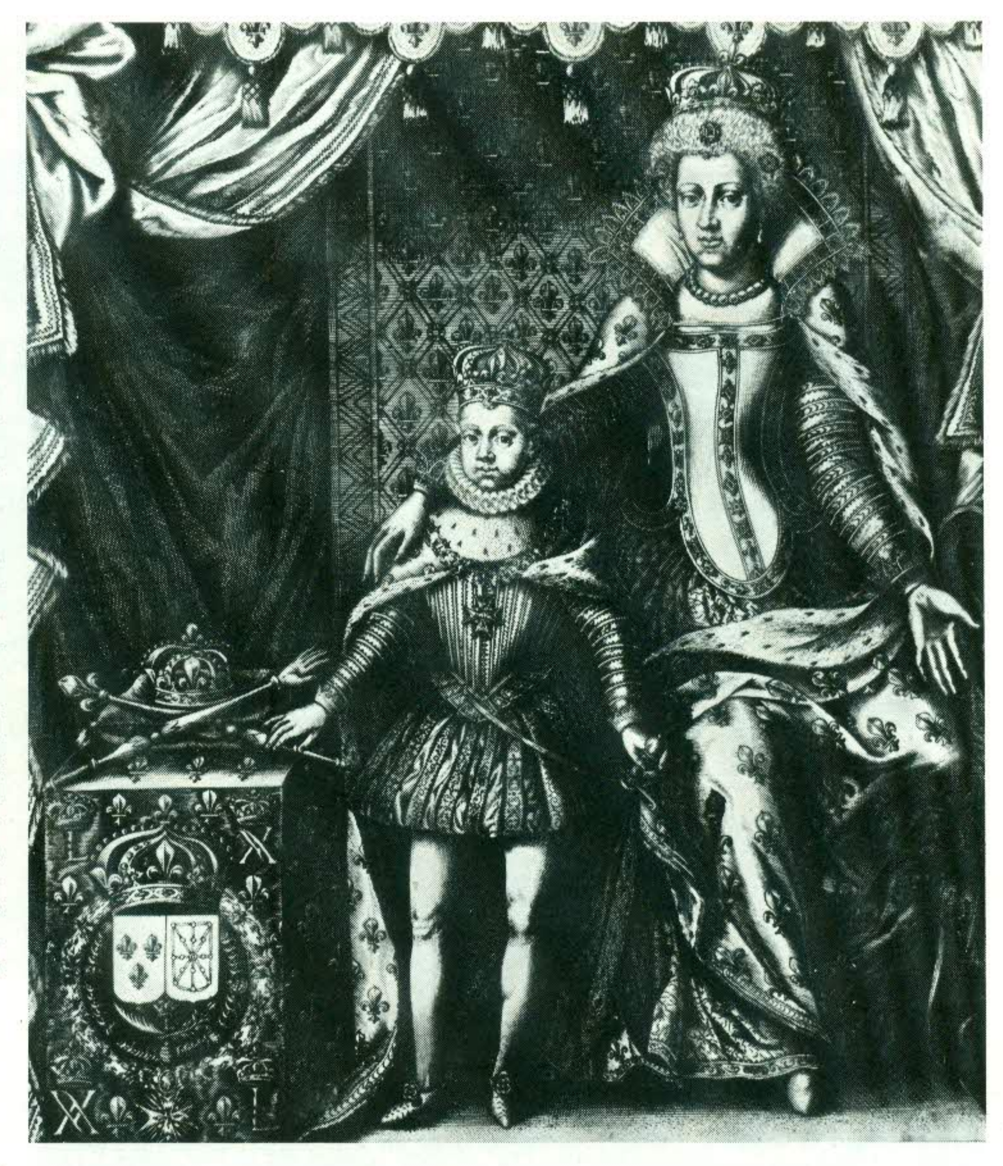
Izquierda, Enrique IV fue asesinado en 1610 por Ravaillac, que aparece, en la parte superior del grabado, sufriendo torturas. La muerte del rey provocó el renacimiento de las aspiraciones de la nobleza católica.

Página anterior, arriba, Enrique IV (1553-1610) con su esposa María de Médicis y sus hijos. Enrique fue uno de los reyes más queridos de Francia; restauró la unidad nacional y logró terminar con las guerras interiores y exteriores.

Página anterior, abajo, la plaza Real de París, construida a principios del siglo XVII; preside su centro una estatua de Luis XIII.

en París, con artesanos especializados provenientes de Holanda, y se fundó una fábrica para la manufactura de cristales finos. En el Louvre se dedicó un ala del edificio para albergar a los artistas. También se promocionaron expediciones a ultramar, siendo en esa época cuando Samuel Champlain, bajo el patronazgo de la corona, exploró el estuario del río San Lorenzo y fundó Quebec, en 1603.

Sin embargo, toda esta actividad dependía de una frágil base, la vida del rey. Enrique IV continuó la tradicional política gala contra los Habsburgo, ayudando a los enemigos de éstos, no sólo en las Provincias Unidas, sino también entre los príncipes alemanes. En 1610 Francia preparaba la guerra de sucesión de Clèves-Juliers, en alianza con algunos príncipes protestantes germanos, para así evitar que el control del ducado pasara a los Habsburgo. La tensión dentro de Francia fue muy grande, pues parecía que el rey quería malograr el progreso de la Contrarreforma. Por ello, no es sorprendente que el 14 de mayo fuese apuñalado mortalmente cuando se dirigía a visitar a Sully en el arsenal. El asesino fue capturado enseguida, y bajo tortura, insistió en que había actuado por iniciativa propia. Muchos católicos extremistas se alegraron sin duda de la muerte del rey y, como siempre ocurre en estos casos, se tuvo la sospecha de que había sido víctima de un complot.



Luis XIII

Si la muerte del rey fue el resultado de una conspiración española, ésta tuvo gran éxito. El reino cayó en un desorden general. El sucesor, Luis XIII, era sólo un niño, y su madre, María de Médicis, se convirtió en la regente. Ésta cambió la política antiespañola, casando a dos de sus hijos con los de Felipe III de España, giro que inquietó a los protestantes, quienes se replegaron hacia el sur y comenzaron a recomponer sus fuerzas militares.



Entre algunos nobles católicos fue bien acogido el asesinato del rey, pues se liberaban del control de la corona. Muchos de ellos empezaron a rebelarse y la regente sólo pudo mantener su fidelidad ofreciéndoles grandes cargos y pensiones. Cuando esto falló, convocó a los Estados Generales, en 1614, pero los diferentes estamentos se enzarzaron en disputas internas, reflejo de la crisis generalizada.

Entretanto, el descontento de los protestantes condujo a éstos a una revuelta en 1614 dirigida por el príncipe de Condé (nieto del Condé asesinado en Jarnac). Éste encontró seguidores entre los hugonotes del sur, quienes le animaron en sus sueños de alcanzar la corona de Francia y le empujaron a otro levantamiento en 1616. Poco después, siguiendo el consejo del joven obispo de Luçon, llamado Richelieu, María de Médicis apresó a Condé y mandó fusilarle en la Bastilla.

Desgraciadamente, su principal consejero no era Richelieu sino Leonor Galilai, una de sus damas de compañía, casada con un Concini. Se enriquecieron de una forma extraordinaria durante la regencia, y aunque Luis XIII alcanzó la mayoría nominal en 1614, a la edad de 13 años, continuaron tratándole como a un niño pequeño.

El joven rey prestó oidos a los consejos de su halconero Alberto de Luynes, que creía que lo mejor era deshacerse de los Concini. Un día de 1617, cuando llegaba al Louvre, Concini fue objeto de los disparos de Vitry, capitán de la guardia, y de algunos cortesanos; su mujer fue acusada de brujería y decapitada. El halconero Luynes se convirtió en duque y fue él quien dirigió los asuntos de Estado. María de Médicis se exilió a Blois y su admirador Richelieu se retiró a Luçon.

Los años siguientes presenciaron varias campañas en las que Luynes luchó contra



Arriba, Enrique II, príncipe de Condé (1588-1646), inspiró el complot contra el líder protestante Concini en 1615. Más tarde, aliado con la corte, se enfrentó a los hugonotes.

Arriba, izquierda, busto de Luis XIII realizado por G. Warin. (Louvre, París.)

Página anterior, arriba, María de Médicis (1573-1642), esposa de Enrique IV, y su hijo Luis XIII. Las tensas relaciones entre madre e hijo contribuyeron a la ascensión política de Richelieu, que ejercería una excepcional autoridad en toda Francia.

Página anterior, abajo, María de Médicis gastó en guerras la mayor parte de la fortuna de su esposo Enrique IV. Finalmente se exilió a los Países Bajos en el año 1631. (Gemäldegalerie, Alte-Meister, Dresde.)

las fuerzas de María de Médicis y de los protestantes, mientras que regiones enteras del campo cayeron lentamente en la anarquía. Finalmente, Luynes murió dirigiendo el sitio de Montauban, en 1621, y María de Médicis, tras haberse reconciliado con su hijo, consiguió la entrada de Richelieu en el Consejo de Estado, en 1624.

Richelieu

Richelieu contaba entonces 39 años de edad y hacía dos que era cardenal. En un principio había intentado hacer la carrera militar, pero tuvo que entrar en la Iglesia por motivos familiares. Su verdadera inclinación era la política. Dentro de su cuerpo frágil se encontraba una inteligencia dotada de una sutileza política sorprendente, con una fuerza de voluntad tal que conquistó incluso a sus enemigos. Richelieu era capaz también de albergar afectos, y la mutua simpatía con el rey resultó crucial para el poder.

Empezó organizando una resistencia europea contra los Habsburgo. Se renovaron los subsidios pagados a los holandeses en época de Enrique IV y se prometió una ayuda anual a Cristian IV de Dinamarca, como apoyo a la guerra que pretendía llevar a cabo contra el Sacro Imperio Romano-Germánico. Se arregló una boda entre Enriqueta María, la hermana del rey, y Carlos, príncipe de Gales, y a fines de 1624 se atenazó el estratégico valle de la Valtelina, cortando así el paso a los españoles entre Italia y Flandes. El ataque contra Valtelina originó un gran descontento en Roma y Madrid, evidenciando que era inminente una decisiva apertura de hostilidades entre Francia y España si el cardenal Richelieu seguía en el poder.

Su hostilidad frente a las pretensiones católicas fuera de sus fronteras, no signifi-





caba que Richelieu fuera condescendiente con los protestantes en el interior, sino todo lo contrario. Con su exaltada noción del poder real, se sentía escandalizado por la existencia de un Estado hugonote dentro de la monarquía francesa. Los protestantes cayeron en sus manos al rebelarse de nuevo en 1624. Las únicas grandes ciudades que aún poseían eran Montpellier, Montauban y la gran fortaleza de La Rochela, casi una república independiente. En el verano de 1627, el inglés duque de Buckingham, favorito de Jacobo I y de Carlos I, llegó a La Rochela con un ejército y una flota destinados a ayudar a los protestantes. Pero Buckingham encontró una población indecisa y concentró sus esfuerzos en intentar capturar la isla de Ré, que controlaba las proximidades de La Rochela.

Sin embargo, el fuerte de la isla se defendió obstinadamente, y a principios del invierno de 1627 Buckingham tuvo que zarpar hacia su país sin haber conseguido nada. Por esta época Richelieu reforzó sus tropas y sitió La Rochela; fue personalmente, y acompañado por el rey, a dirigir el bloqueo. La marina real era aún muy débil, por lo que Richelieu decidió aislar a los habitantes de La Rochela por el mar, construyendo un enorme dique. Con esta maniobra obtuvo un gran éxito, pues a

Arriba, La Rochela, centro de la resistencia protestante, es asediada por las tropas de Luis XIII en 1625. Pintura del francés Claude Lorrain. (Louvre, París.)

Izquierda, Carlos Villiers, primer duque de Buckingham (1592-1628), valido de Jacobo I y Carlos I de Inglaterra, fracasó en su intento de ayudar a la guarnición de los hugonotes en La Rochela. (National Portrait Gallery, Londres.)

Página anterior, el cardenal Richelieu (1585-1642), ministro de Luis XIII desde 1624, fortaleció la monarquía frente a los intereses particularistas de la nobleza. En el contexto de Europa, supo contener, en beneficio de Francia, el poder de los Austrias.

principios del invierno de 1628 la ciudad se vio obligada a rendirse, al reducirse sus habitantes de 25.000 a 5.000. Se perdonó a los supervivientes y se les permitió ejercer su religión libremente, de acuerdo con la política de «moderación y clemencia» de Richelieu. Pero las defensas de la ciudad estaban destruidas y la «república» había llegado a su fin. Hubo más revueltas protestantes en el sur durante los años 1629-1630, pero fueron aplastadas. Con la pérdida de su capital, el protestantismo había sido barrido como fuerza política importante.

Una vez Richelieu acabó con los hugonotes, se enfrentó con la nobleza. Los complots aristocráticos tendían a apoyar a Gastón de Orleáns, hermano del rey, y heredero del trono, pues Luis XIII aún no tenía descendencia. En 1626 fueron ejecutados el conde de Chalais, conspirador con Gastón, y algunos nobles más. Un año más tarde le tocó el turno a Montmorency-Bonteville, quien, a pesar de la prohibición del cardenal, intentó tomar parte en un duelo donde ahora se halla la Plaza de los Vosgos. También fue decapitado. Otros nobles fueron también perseguidos, de modo que el poder real volvía a amenazar de nuevo los privilegios de la nobleza.

El descontento llegó al máximo el «Día de los Inocentes», en noviembre de 1630. María de Médicis nunca había aceptado de buen grado la política contraria a los Habsburgo practicada por Richelieu, y cuando en el mes de septiembre anterior cayó gravemente enfermo su hijo, aprovechó la ocasión para presionarle en el sentido de que destituyera a Richelieu. Ella tenía el apoyo de Gastón de Orleáns y el de la esposa del rey, Ana de Austria, mujer con ambiciones políticas propias. En esta situación tan delicada el monarca parecía dispuesto a escuchar a los conspiradores. La opinión popular consideraba también que lo mejor era destituir al cardenal. Sin embargo, Richelieu mantuvo una entrevista con el rey que fue decisiva. María de Médicis huyó a Colonia, Gastón de Orleáns se exilió en Lorena, y uno o dos conspiradores menos relevantes fueron ejecutados. A partir de entonces, Richelieu, seguro del favor real, era intocable.

La nobleza tuvo que someterse, aunque los años siguientes fueron un avispero de conspiraciones aristocráticas. En 1632, Gastón de Orleáns consiguió persuadir a Enrique de Montmorency, nieto de Enrique IV y gobernador del Languedoc, para que se sublevara. Enrique fue capturado y ejecutado en el Ayuntamiento de Toulouse, medida extraordinaria para aquella época. En 1641, el conde de Soissons dirigió una conspiración y al año siguiente



le tocó el turno al joven Marqués de Cinq-Mars, que pactó con los españoles y perdió, por ello, su cabeza en Lyon, en 1642. A pesar de todo, la nobleza continuó obstinadamente turbulenta.

El aumento del poder real

El poder real fue en aumento y sobre todo, en París, creció el poder de los cuatro secretarios de Estado. En las provincias, los intendentes (funcionarios con amplios poderes judiciales y responsables directamente ante la corona) eran cada vez más activos, pues dirigían ejércitos, administraban ciudades y vigilaban a los gobernadores. Aunque no estaba establecida aún la red general de intendentes, se creaban las condiciones para su desarrollo bajo Luis XIV.

En la época de Enrique IV, e incluso antes, se había olvidado la flota del Atlántico. Richelieu, que personalmente ostentaba un cargo equivalente al de ministro de Marina, ideó la creación de una armada de «barcos redondos», capaces de navegar por el Atlántico y los demás océanos; una flota tal vez capaz de enfrentarse con las de España, Inglaterra y las Provincias Unidas. Esto coincidía con su política de potenciar el comercio colonial. Fue en esta época que se ocuparon Guadalupe y la Martinica (1635) y los comerciantes de Dieppe y Roven fundaron sucursales en Senegal, Madagascar y la Guayana.

Durante el siglo XVII era raro que un ejército reuniese a 30.000 hombres. Sin embargo, en 1640 Richelieu había incrementado las tropas francesas al increíble número de 160.000 soldados, anticipándose a los grandes esfuerzos que hizo Luis XIV. La forma en que progresaban los recursos de las fuerzas militares y navales en Francia es fácil de imaginar. Richelieu, temerariamente, vendió cargos para sostener el esfuerzo militar. Obviamente, la venta de éstos contribuyó en gran manera a promover las agitaciones que tuvieron lugar durante la minoría de Luis XIV.

Con tan gran ejército, Richelieu decidió, como él solía decir, «devolver a la Galia las fronteras que la naturaleza le había destinado», es decir el Rhin, los Alpes y

los Pirineos. Era en la frontera nordeste donde el límite natural de Francia estaba peor concretado, y Richelieu concentró allí todos sus esfuerzos. En 1631 y 1634, mientras los suecos entretenían a los ejércitos imperiales en Alemania, los franceses consiguieron colocar bajo su control una serie de obispados y principados que se extendían desde Suiza hasta Renania.

Una vez iniciada la guerra con España, en 1635, Richelieu tuvo que defender los recién adquiridos territorios. Al principio las cosas fueron mal para Francia, y en 1636 una invasión española desde Flandes obtuvo fulgurantes éxitos; por un momento los españoles amenazaron París, pero los comerciantes de la ciudad ayudaron al cardenal ofreciéndole dinero. La nobleza gala fue movilizada lentamente, y cuando se convenció a los holandeses para que atacasen a las fuerzas imperiales desde la retaguardia, el peligro quedó conjurado. Francia obtuvo Artois, Alsacia y los obispados de Metz, Toul y Verdún. Richelieu murió en 1642; los inmensos esfuerzos que había pedido a Francia, no resultaron vanos en lo referente a la expansión territorial.

La estructura social

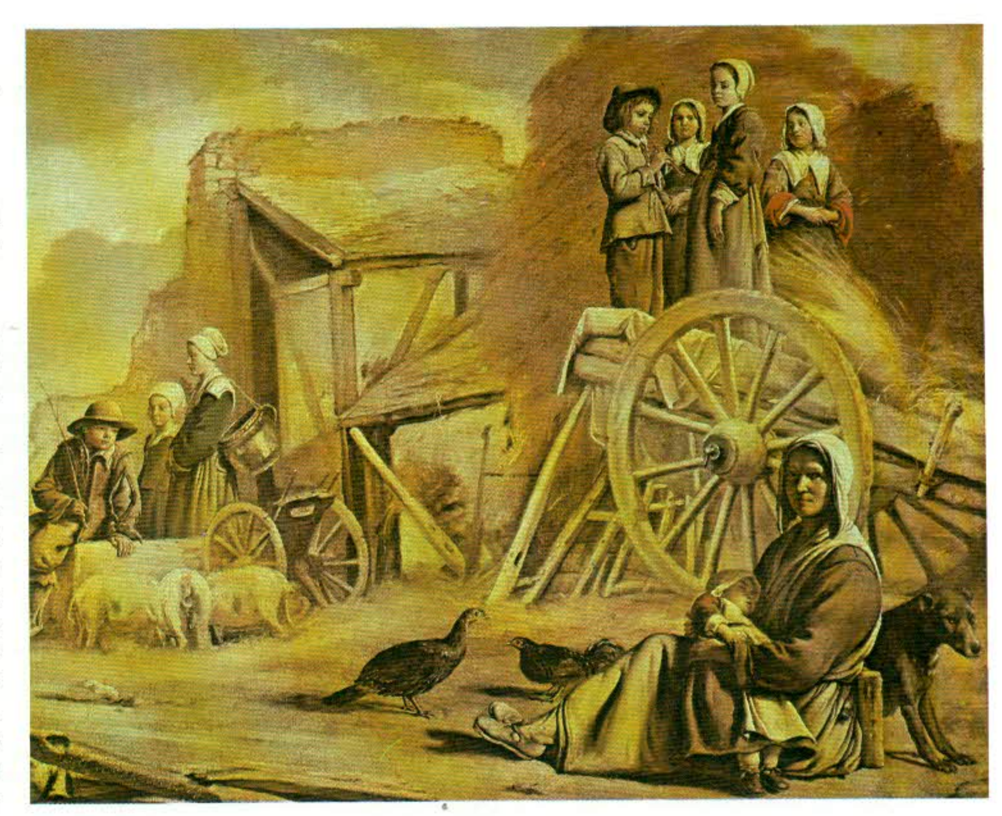
Desde la óptica de la sociedad francesa el éxito del cardenal era discutible. Prácticamente, la inmensa mayoría de los franceses eran campesinos, y para ellos las guerras de Richelieu supusieron un duro incremento de la fiscalidad e invasiones ocasionales de españoles o alemanes, sin mencionar a los oficiales encargados de los alojamientos, que buscaban acuartelamientos para las tropas francesas. La consecuencia fue las revueltas campesinas, tan frecuentes durante aquel reinado. Los inicios del siglo XVII no fueron una época de crecimiento económico, pero muchos comerciantes prosperaron, gracias a lucrativos contratos en pro de la guerra.

Se ha dicho frecuentemente que frente a esta «burguesía en alza», la antigua nobleza declinaba. Esto no es cierto para el siglo XVII francés. Si los comerciantes y abogados hubiesen permanecido dentro de su «clase», sin duda la burguesía se hubiera convertido en el elemento más importante del Estado. Pero, en la Francia de Richelieu, la única ambición, para los más destacados miembros del Tercer Estado —compuesto por aquellos que no eran ni eclesiásticos (Primer Estado) ni nobles (Segundo Estado)—, era poder acceder a la nobleza. Así, generación tras generación, los comerciantes y letrados con más éxito escapaban de la clase en la que habían nacido y reforzaban el Segundo Estado. Durante todo el siglo XVII la nobleza se mantuvo como el grupo social dominante.

El clasicismo

Tras la adquisición de un título, normalmente, se compraba un señorío. Allí, el noble, antiguo o nuevo, ordenaba la construcción de una mansión destinada a demostrar su riqueza y buen gusto. En la época de Enrique IV estas construcciones se hacían en un estilo tradicional francés, utilizando ladrillo para el cuerpo de la casa y piedra para reforzar las esquinas y los contornos de las ventanas. Sin embargo, con Luis XIII el «estilo nacional» dio paso progresivamente a una nueva ola de influencia italiana. Ahora, se tendía a construir el castillo íntegramente en piedra y a incorporarle características italianas, tales como columnatas y cúpulas.

Esto se utilizaba tanto en la arquitectura rural como en la urbana. Incluso las grandes plazas erigidas en París por Enrique IV tenían un cierto toque casero, con su ladrillo cocido y sus piedras de pequeñas proporciones. En la época de Luis XIII el «estilo nacional» fue sustituido por las fachadas trabajadas, con columnas y bóvedas, del que es un típico ejemplo el Palacio de Luxemburgo. En la arquitectura eclesiástica, la influencia italiana también fue considerable, inspirando iglesias como las capillas de Val-de-Grâce y de la Sorbona.



Arriba, El carro de la granja, *óleo de Luis Le Nain (1641). El realismo hace de esta pintura un ejemplar inusual en un tiempo en el que el estilo pictórico estaba dominado por la escuela italiana. (Louvre, París.)*

Página anterior, protegido de Richelieu, el marqués de Cinq-Mars (1620-1642) tramó, junto con Gaston de Orleáns, un complot contra el propio cardenal y firmó un tratado secreto con España. Fue ejecutado por traición. (Musée d'Art et Céramique, Narbona.)

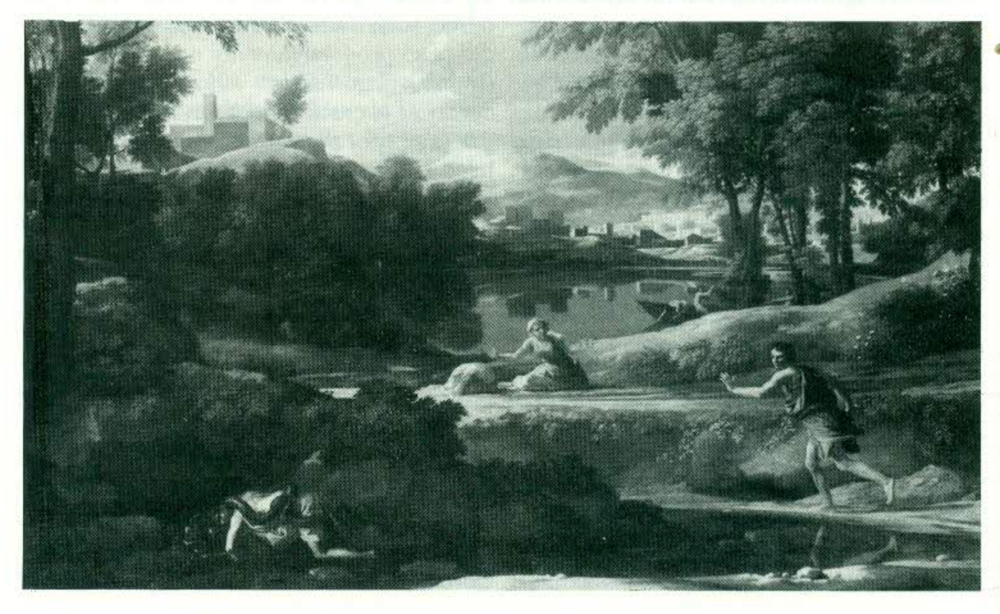
Esta pugna entre el «estilo nacional» y las influencias italianas se halla también en la pintura del período. Los hermanos Le Nain, cuya inspiración se basaba principalmente en las posadas y las granjas rurales, eran los representantes de la escuela nacional. Dentro de la misma tendencia hallamos los grabados realistas, recios y sobrios, de Jacques Callot, que no le deben nada a Italia, mientras que la obra de Philippe de Champaigne deriva de una generalizada tradición europea de retratristas. Claude Lorrain fue ya un pintor fuertemente influenciado por los italianos y el gran Nicolás Poussin fue otro «italiano», no sólo por su estilo, sino también por la temática principal de su producción, a menudo derivada de la mitología clásica.

Dentro de las artes visuales —y de ello también hay prueba en las «artes menores»— el reinado de Enrique IV conoció la breve existencia de una escuela nacional francesa, rápidamente superada tras la llegada de la nueva ola italiana en 1610. Es tentador conectar este fenómeno cultural con los acontecimientos políticos contemporáneos y sugerir que el compromiso nacional elaborado por Enrique IV se reflejó esencialmente en un arte nacional renovado, mientras que el cambio de alianzas con España en política y el ultramontanismo en religión (literalmente, lo que está «al sur de los Alpes», es decir, por derivación, excesivamente «romano») también provocaron un giro a favor de las directrices de la Contrarreforma italiana.

Lo mismo ocurre en literatura, donde por una parte hay novelas muy elaboradas y complejas, de escritores como Honoré d'Urfé (1567-1625), y por otra un movimiento tendente al uso de un lenguaje más conciso, defendido por François de Malherbe (1555-1628). La causa de los puristas ganó terreno gradualmente, en especial con la publicación de la gramática de Claude de Vaugelas (1585-1650) y más aún con la fundación, por Richelieu, en 1634, de la *Académie Française*, cuyo objetivo era precisamente purificar el idioma francés y liberarlo de nuevos barroquismos.

El absolutismo

Fue típico de la dirección política que tomó Francia en la época de Richelieu, que la Academia fuese fundada y mantenida por el gobierno, mientras que en otros países, como Inglaterra y Holanda, dichas sociedades estaban separadas de la maquinaria del Estado. Bajo el gran cardenal, el poder central intervenía en todas las actividades. Las compañías comerciales fueron organizadas por el gobierno.





Arriba, a la última etapa pictórica de Philippe de Champaigne (1602-1674) pertenece su célebre Exvoto, *de clara influencia jansenista. Lo pintó para conmemorar la curación de su hija sor Catalina de Santa Susana, que aparece en el cuadro junto a la madre Agnès Arnault. (Louvre, París.)*

Página anterior, arriba, Agar y el ángel *(1668) por Claude Lorrain (1600-1682). Este paisajista francés trabajó siguiendo los cánones de la tradición italiana. (National Gallery, Londres.)*

Página anterior, abajo, Paisaje con una serpiente, *de Nicolás Poussin (1594-1665), cuyas ordenas y armónicas composiciones revelan los presupuestos intelectuales del clasicismo francés. (National Gallery, Londres.)*

Los Parlamentos seguían las directrices estatales. A los arquitectos se les encargó que glorificasen al Estado. Éste fundó y controló manufacturas y requirió a pintores para que exaltasen el poder y la majestad del rey y de sus ministros.

Como hemos visto, este proceso centralista promovió una gran oposición de diferentes grupos sociales, tanto por parte de los campesinos como de los nobles y letrados. También hubo un antagonismo «filosófico» que se incrementó a medida que avanzaba la centuria. Muchos pensadores en Francia y fuera de ella, a partir de Tomás Moro, encontraban inquietante que Europa estuviera dormida por un egoísmo colectivo de cariz nacionalista.

Algunos basaban sus protestas en la idea cristiana de la hermandad de los pueblos. Otros, simplemente señalaban el hecho de que el soberano unía y, a pesar de todo, evitaba conflictos internos. La Iglesia no era tan universal como ella misma decía, pero aun así había proporcionado un sistema general de gobierno, aunque existiesen rivalidades entre las naciones medievales; ahora, para media Europa, ya no existía aquel árbitro común.

La idea de hermandad comunitaria se expresaba a sí misma en términos económicos, en oposición a las políticas comerciales. Así, a hombres como Juan Bodino (1530-1596) les parecía que el Creador había hecho las diferentes regiones geográficas de modo que cada una pudiese destacar en la producción de determinadas mercancías. Por tanto, era descabellado e impío que los países intentasen ser autosuficientes, pues ello no sólo era ineficaz desde el punto de vista económico, sino que alteraba el plan divino.

Bodino era un pensador cuya obra es paradójica. Exaltó a veces el Estado absoluto, pero sostenía que el rey debía vivir, en lo posible, a costa de sus ingresos particulares y no de los del país.

Como muchos de sus contemporáneos, analizó con desconfianza el crecimiento de la maquinaria fiscal de la corona, que irremisiblemente llevaría a un gobierno de funcionarios.

El complejo proceso de burocratización se aceleró mucho, debido posiblemente a las necesidades de la guerra. En la Francia de Enrique IV y en la de Richelieu está el embrión de un Estado militar, con sus hombres y sus mentes uniformados y concienciados para formar parte de una maquinaria bélica. Irónicamente, este proceso, que desarrolló unas prácticas antihumanitarias y antirreligiosas, estuvo presidido por un príncipe de la Iglesia.

España bajo Felipe III y Felipe IV



A principios del siglo XVII el poder de los monarcas españoles parecía aún invencible. Felipe III (1578-1621) gobernaba no sólo en amplias y ricas regiones europeas, sino también en los inmensos territorios del Nuevo Mundo, de donde obtenía grandes suministros de plata. No hubiese sido fácil predecir en 1600 que en cincuenta años este gran Imperio sería completamente aniquilado en Europa.





Arriba, Felipe III de España (1578-1621, rey desde 1598). Buscó la paz con los numerosos enemigos que le había creado su padre. La expulsión de los moriscos tuvo graves consecuencias económicas para el país. (Hampton Court Palace.)

Izquierda, posesiones de Felipe III en los albores del siglo XVII. La protección de las vías de comunicación de España con los Países Bajos fue el objetivo de la política española en la Guerra de los Treinta Años.

Página anterior, arriba, Combate naval ante Gibraltar, *pintura de Hendrik Cornelis Vroom que representa la batalla de Gibraltar (1607), en la que el almirante Jacob van Heemskerck derrotó a los españoles y murió en el combate. El cuadro muestra el momento en que un barco español vuela por los aires. Nederlandsch Historisch Scheepvaart Museum, Amsterdam.)*

Página anterior, abajo, anverso de una moneda con la efigie de Felipe III de España. (Gabinetto Numismatico del Castello Sforzesco, Milán.)

Pero así fue. Los holandeses consiguieron su independencia formal en 1648 y Francia se anexionó todas las posesiones españolas a lo largo del Rhin. En 1640 los portugueses se independizaron y sólo en Italia los españoles mantuvieron el control de sus territorios durante más tiempo.

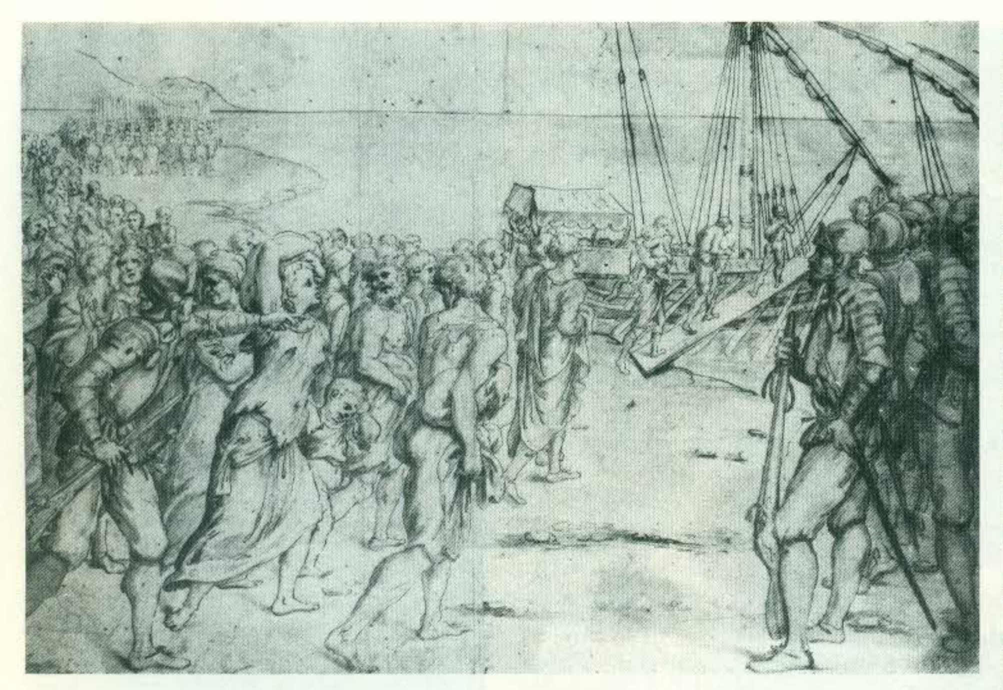
En los últimos años del reinado de Felipe II hubo una serie de pésimas cosechas en Castilla (por Castilla se entiende todo el conjunto de las provincias centrales del país) que originaron una época de hambre, que con la gran peste de los años 1599-1600, afectaría gravemente a la estabilidad de la corona. Sin embargo, estas catástrofes tan espectaculares eran lógicas, pues la agricultura castellana mostraba signos de debilidad desde hacía unos cincuenta años. Además, si bien a principios del siglo XVI el centro de España había sido una región productora de cereales, desde 1570 dependía en gran medida de las importaciones de granos europeos. Muchos campesinos huyeron de sus tenencias, obligados por la dureza de la naturaleza y por las exacciones de los recaudadores de impuestos.

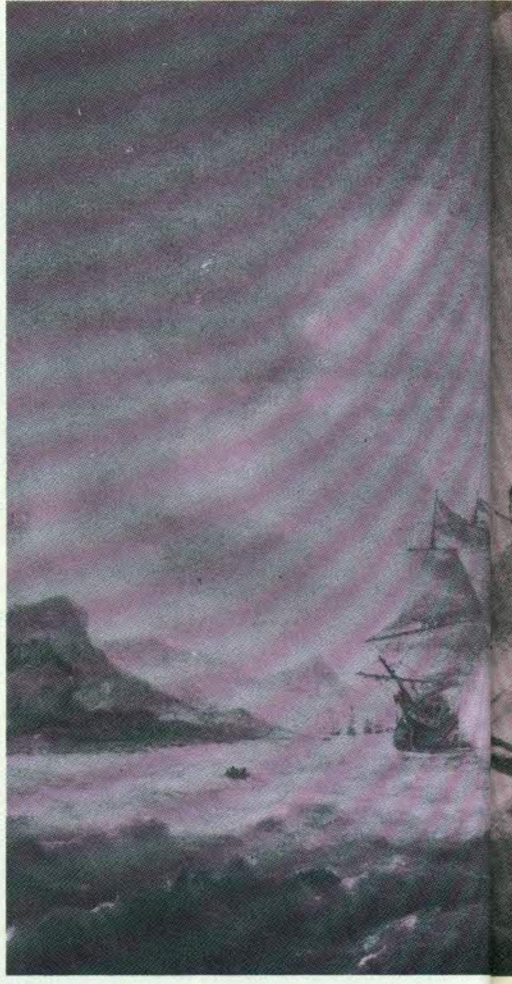
La agricultura estaba en completa decadencia, y la industria y el comercio se tambaleaban. A finales del siglo XVI las colonias españolas del Nuevo Mundo eran ya autosuficientes en aquellos artículos que los españoles les exportaban. Cualquier intento español para introducir nuevos productos fue interferido por el intrusismo inglés y holandés. Los españoles, como la mayoría de los pueblos imperialistas, fueron reacios a cambiar las actitudes y métodos que les habían ofrecido tan grandes beneficios.

A finales del siglo XVII se publicaron muchas obras de los llamados *arbitristas* (formuladores de política), siendo su consejo siempre el mismo: reducir los gastos del gobierno, revisar la estructura fiscal de forma que hubiese un reparto más equitativo entre las clases y las provincias, alentar la inmigración y ofrecer nuevos incentivos a campesinos y artesanos.

Felipe III y el duque de Lerma

En 1598 murió Felipe II y se pactó el Tratado de Vervins, que suponía el final de la guerra con Francia. Por tanto, el sucesor de Felipe II tenía ante sí un intervalo de paz para ordenar los asuntos internos. Sin embargo, Felipe III no era un hombre capacitado para aprovechar esta oportunidad. Delegó el poder en un favorito, el duque de Lerma, y juntos adoptaron una política de magistral inercia, esperando que apareciese alguna fórmula mágica que remediara los males de la corona. Es obvio que no apareció ninguna solución, y durante el reinado de Felipe III



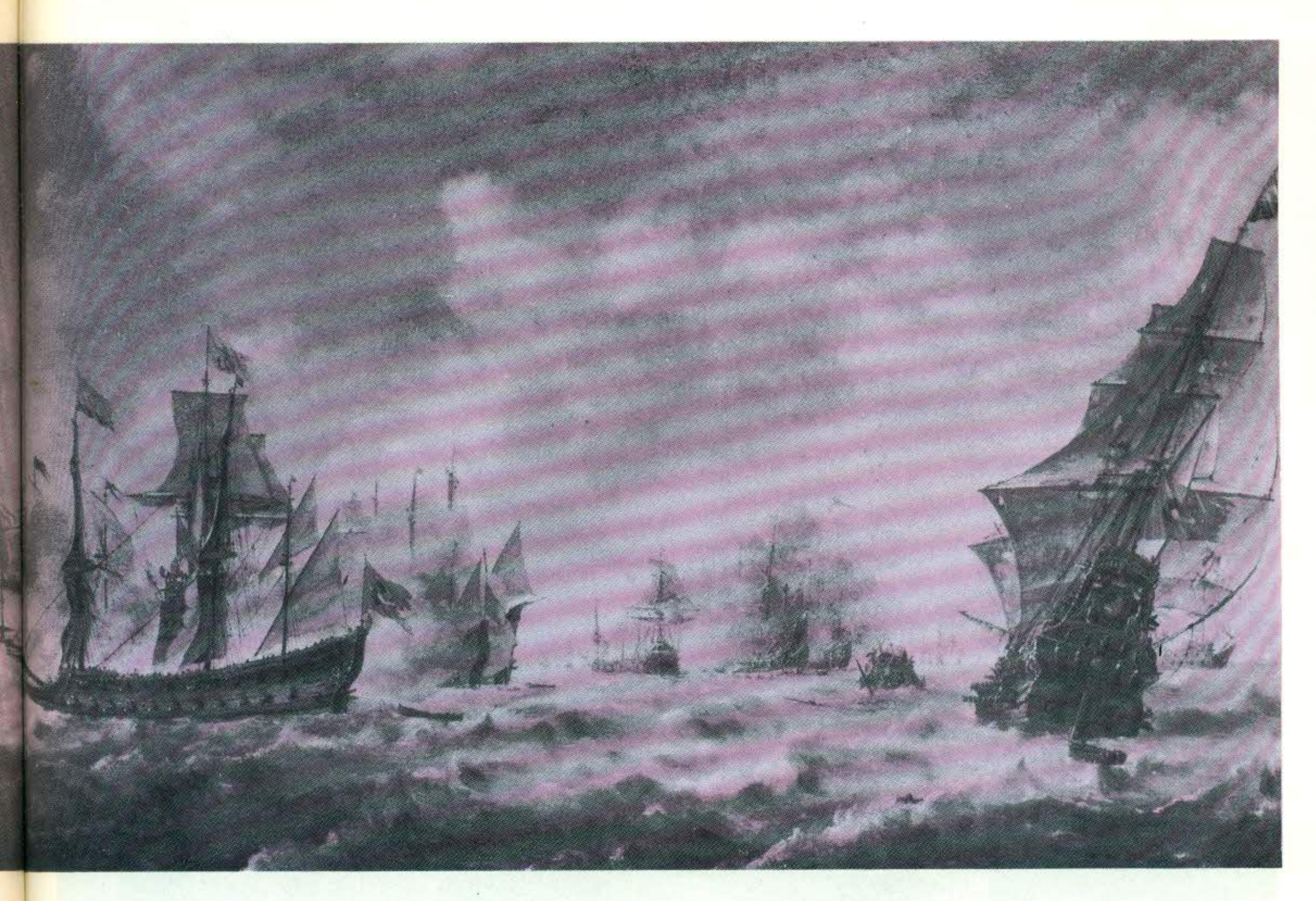




(1598-1621) el desconcierto económico y la inquietud social se acentuaron.

La bancarrota de la corona en 1607 forzó a Lerma a una acción constructiva: la firma de una tregua con las Provincias Unidas, en 1609. En ese año se produjo también la expulsión de los moriscos, un acto que caló en muchos historiadores ávidos de perpetuar la leyenda negra de la ignorancia y de la intolerancia españolas. Los moriscos eran musulmanes forzados a convertirse al cristianismo después del fin de la Reconquista en 1492. Ni que decir tiene que la fidelidad de estos «cristianos nuevos» era sospechosa, pues desde principios del siglo XVII habían estado intrigando con los berberiscos del norte de África y también con los protestantes franceses del Bearn.

Junto a las causas políticas de su expulsión, no son menos importantes las motivaciones económicas. Muchos señores valencianos cuyos arrendatarios eran cristianos viejos envidiaban la prosperidad de sus vecinos, que tenían aparceros moriscos, a la vez que muchos agricultores de linaje y ortodoxia católica indudables deseaban abiertamente poseer las tierras de esta minoría. Así, se llevó a cabo su expulsión en 1609, de modo que de una población total de 300.000 moriscos,



unos 275.000 fueron obligados a embarcar hacia las inhóspitas playas del norte de África.

En la leyenda negra este acto ha sido presentado como una catástrofe económica. Sin embargo, es muy difícil conocer sus verdaderas consecuencias, pues la mayoría de los expulsados constituían una mano de obra barata, no eran grandes propietarios ni hombres de negocios, por lo que probablemente la mayoría de trabajos y tierras que abandonaron fueron muy pronto ocupados. De todos modos, la expulsión fue un error económico porque la coyuntura era muy delicada.

Felipe IV y el conde-duque de Olivares

Felipe III murió en 1621 y le sucedió su hijo Felipe IV. En ese año expiraba la tregua de 1609 firmada con los holandeses, de modo que el joven rey se encontró con la necesidad de enfrentarse a sus enemigos. Felipe IV era más inteligente que su padre, pero tenía la misma falta de decisión. Sin embargo tuvo suerte en elegir como principal ministro al dinámico conde-duque de Olivares, uno de los caballeros de su corte.

Olivares encaró abiertamente los problemas. Tuvo en cuenta los argumentos de los arbitristas y comprendió que las reformas económica, fiscal y administrativa eran esenciales si la corona española quería mantener su poder. Al mismo tiempo, había heredado las ambiciones castellanas en Europa y los deseos de liderazgo sobre todo el mundo, pero era imposible compaginar ambos objetivos, y el tiempo se encargaría de demostrarlo.

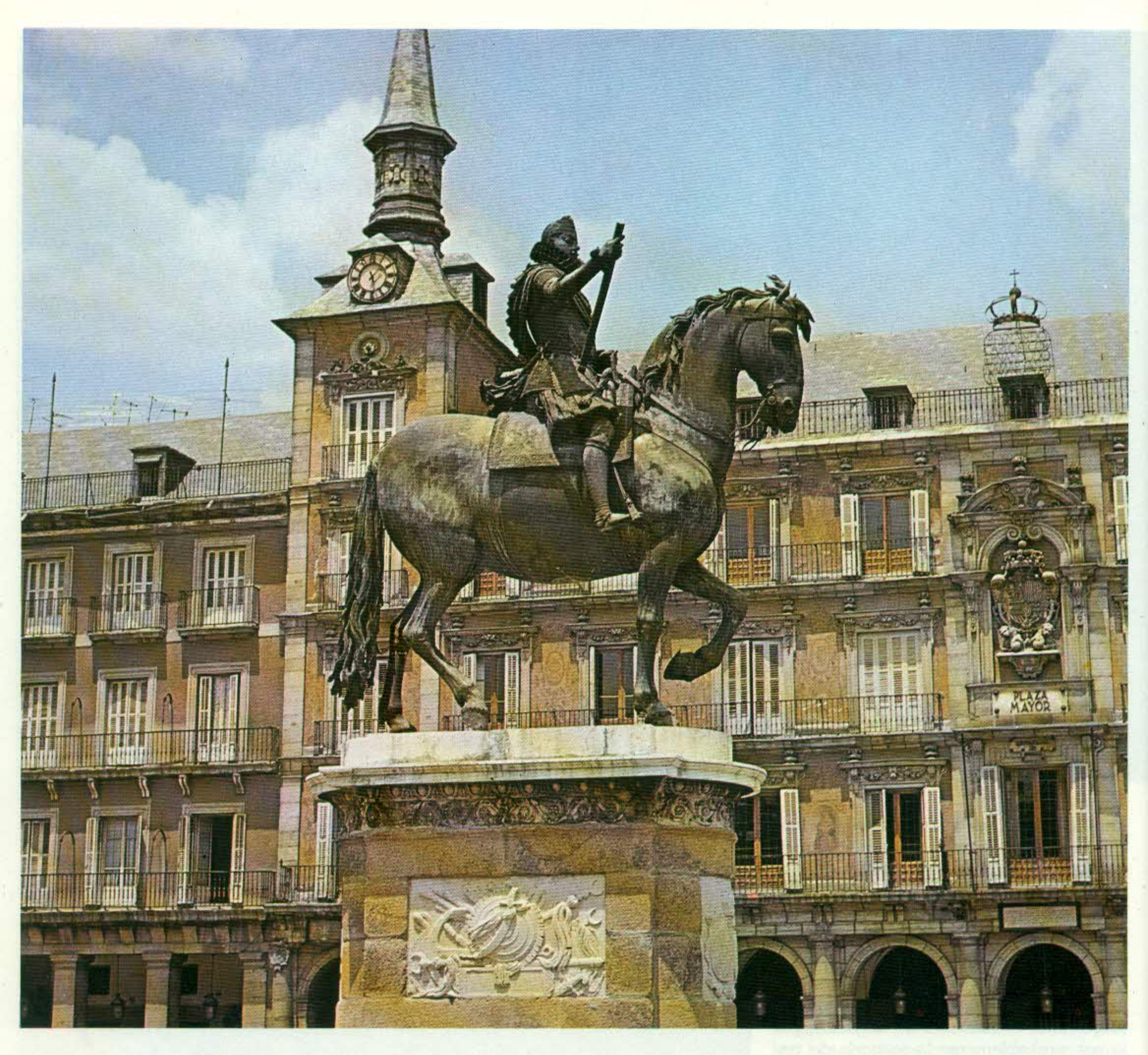
Al principio, Olivares tuvo que enfrentarse con los holandeses y aumentar la flota del Atlántico. Simultáneamente, autorizó una gran expansión del ejército de Flandes, de tal forma que en 1622 los gastos proyectados eran casi el doble de los ingresos presupuestados. Para poder hacer frente a este déficit recortó drásticamente las pensiones reales y se vio obligado a aplicar algunas de las reformas menores preconizadas por los arbitristas.

Sin embargo, era imprescindible convencer a las otras provincias, especialmente a Cataluña y Portugal, para que ayudasen a Castilla a soportar el incesante aumento de las cargas militares. Así, durante 1624 Olivares elaboró los pormenores de la llamada Unión de Armas, que

Arriba, buque insignia español en la batalla de los Downs (1639), costa meridional de Inglaterra, en la que los holandeses quebraron la oposición española a sus aspiraciones de independencia. (Nederlandsch Historisch Scheepvaart Museum, Amsterdam.)

Página anterior, arriba, expulsión de los moriscos de España, en 1609. Felipe III era reacio a gobernar sobre un pueblo de conversos y de fe dudosa. La mayor parte de los moriscos habitaban en el sur de la península, especialmente en Granada. (Prado, Madrid.)

Página anterior, abajo, El Conde Duque de Olivares *(1587-1645), valido de Felipe IV que dirigió la política española desde 1621 a 1643. Su intento de reforzar el centralismo provocó la sublevación de Cataluña (1620-40) y la de Portugal. Pintura de Diego de Velázquez. (Prado, Madrid.)*



tenía que ser llevada a cabo por los diferentes componentes de la monarquía, aportando ayudas para un ejército de ciento cuarenta mil hombres. A principios de 1626 el rey y él asistieron a las reuniones de las Cortes de Aragón, Valencia y Cataluña, consiguiendo obtener de ellas, si bien no un asentimiento pleno para la Unión de Armas, al menos contribuciones sustanciales para mantener el esfuerzo militar común.

Mientras tanto, algunos de los otros proyectos de Olivares avanzaban con éxito. En 1625 las tropas españolas conquistaron Breda a los holandeses, a la vez que en este mismo año se fundaba en Madrid el Colegio Imperial, una academia de los jesuitas para los hijos de los nobles, destinada a proporcionar no sólo una educación humanística, sino también una formación en las artes militares. Olivares esperaba que este Colegio resolvería la carencia de líderes.

El año 1628 resultó decisivo en la administración de Olivares. La situación era propicia para concretar una reforma interna, pues los ingleses estaban desunidos, los Habsburgo victoriosos en Alemania y Richelieu ocupado con los hugonotes en Francia. Esta oportunidad para reorganizar la política interna se perdió porque Olivares no pudo resistir la tentación de intervenir en la guerra iniciada por la sucesión de Mantua (1628-1631). A consecuencia de este conflicto España se involucró paulatinamente en los problemas germánicos de la Guerra de los Treinta Años, y se vio obligada a derrochar el resto de sus recursos en la lucha contra Francia y sus aliados.

En sus inicios, aquella contienda siguió un camino favorable a España y en 1636, como ya se ha visto, las fuerzas españolas amenazaron París. Sin embargo, a finales de la década de 1630 era claro que los enemigos de España consolidaban sus posiciones, de forma que se encadenaban nuevos contratiempos. En 1637 se perdió Breda, reconquistada por los holandeses, y en 1638 cayó Breisach y con ella el control español sobre la ruta entre Italia y los Países Bajos. En 1639 fue derrotada una gran flota española en las Dunas, esfumándose las esperanzas de poder enviar refuerzos a las tropas estacionadas en los Países Bajos.

Pese a todo, 1640 fue el verdadero año del desastre. Las tropas de Castilla enviadas a Cataluña para rechazar el ataque francés por el norte, tuvieron que ser







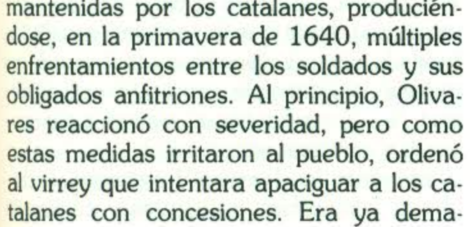


Arriba, Defensa de Cádiz contra los ingleses *(1625), pintura de Francisco de Zurbarán, de 1634. (Prado, Madrid.)*

Izquierda, arriba, La rendición de Breda *(1634), pintura de Velázquez llamada también «Cuadro de las Lanzas». (Prado, Madrid.)*

Izquierda, abajo, Entierro del conde de Orgaz *(1586), por El Greco, que muestra los rostros de los notables de Toledo ante una visión del cielo. (Iglesia de Santo Tomé, Toledo.)*

Página anterior, estatua ecuestre de Felipe IV (III de Cataluña), en la plaza Mayor de Madrid.



mantenidas por los catalanes, produciéndose, en la primavera de 1640, múltiples enfrentamientos entre los soldados y sus obligados anfitriones. Al principio, Olivares reaccionó con severidad, pero como estas medidas irritaron al pueblo, ordenó al virrey que intentara apaciguar a los catalanes con concesiones. Era ya demasiado tarde: el mismo virrey había sido atacado y asesinado; mientras, los catalanes proclamaban a Luis XIII de Francia conde de Barcelona, convertido así paradójicamente en jefe de la República de Cataluña.

Richelieu alentó y organizó la revuelta de los catalanes y al parecer también sub-



venció la rebelión portuguesa iniciada en diciembre de 1640, que tuvo como resultado la proclamación de Juan IV como rey independiente. Los recursos de España estaban al límite y Olivares podía hacer ya muy poco. Finalmente dimitió en 1643 y murió en 1645.

Rocroi y la decadencia española

El conde-duque de Olivares tuvo tiempo de ver, en 1643, la derrota en Rocroi de la hasta entonces invencible infantería española; a partir de ese momento la cuestión era cuánto tardaría España en firmar la paz y cuál sería el precio que debería pagar por su derrota. El sucesor de Olivares fue su sobrino Luis de Haro, un discreto y modesto cortesano dispuesto a recuperar todo lo posible del naufragio general.

A pesar de una nueva bancarrota en 1647, de Haro consiguió convencer a los holandeses –que ahora temían el creciente poder de Francia– para firmar la paz. Fue en Münster, en octubre de 1648, donde finalizó una larga contienda de setenta años y España reconoció definitivamente la independencia y la soberanía de las Provincias Unidas.

Sin embargo, durante un tiempo se dudó si Madrid podría reconquistar Cataluña o perdería a Portugal. A mediados de la década de 1640, las provincias orientales, Aragón y Valencia, lo mismo que Cataluña, amenazaban con la independencia. Sin embargo, el fracaso de Olivares en el establecimiento de un gobierno central unificado fue, paradójicamente, suficiente para salvar a la monarquía. En los territorios del este peninsular la nobleza mantenía un alto grado de autonomía, y creyó preferible una laxa confederación con Madrid a una peligrosa independencia, en la que los elementos revolucionarios podían ser más influyentes.

Así, los aristócratas valencianos y aragoneses reconocieron una vez más un débil nexo de dependencia respecto al gobierno de Haro. Mientras tanto, los catalanes habían perdido prácticamente la ayuda francesa, pues el gabinete de Mazarino se centró en los propios problemas internos. Tras una lenta y penosa campaña las tropas castellanas recuperaron Barcelona a finales de 1652. De este modo, se evitó la posibilidad de que la península Ibérica se convirtiese en un mosaico de tres o cuatro estados.

En la década de 1650 el gobierno francés estaba tan debilitado por los problemas internos que los ejércitos castellanos pudieron hacer retroceder a los de Mazarino en varios frentes. En 1659 de Haro firmó una paz relativamente favorable con Francia. Fue el denominado Tratado de los Pirineos, por el que España reconocía la pérdida de Artois, Rosellón y parte de Cerdaña. Era un arreglo satisfactorio si se tiene en cuenta la situación de la península en 1640.

La principal pérdida española fue Portugal, que se mantuvo independiente con el duque de Braganza, Juan IV. Castilla poseía Portugal desde 1580, y sesenta años no eran suficientes para reconciliar la tradicional enemistad entre ambos pueblos. Es más, Portugal tenía unas condiciones favorables para la independencia de las que Cataluña carecía. Los lusitanos no sólo tenían una dinastía en la familia Braganza, sino que sus colonias eran una gran baza económica. De hecho, durante la década de 1650, los portugueses consiguieron expulsar a los holandeses de Brasil.

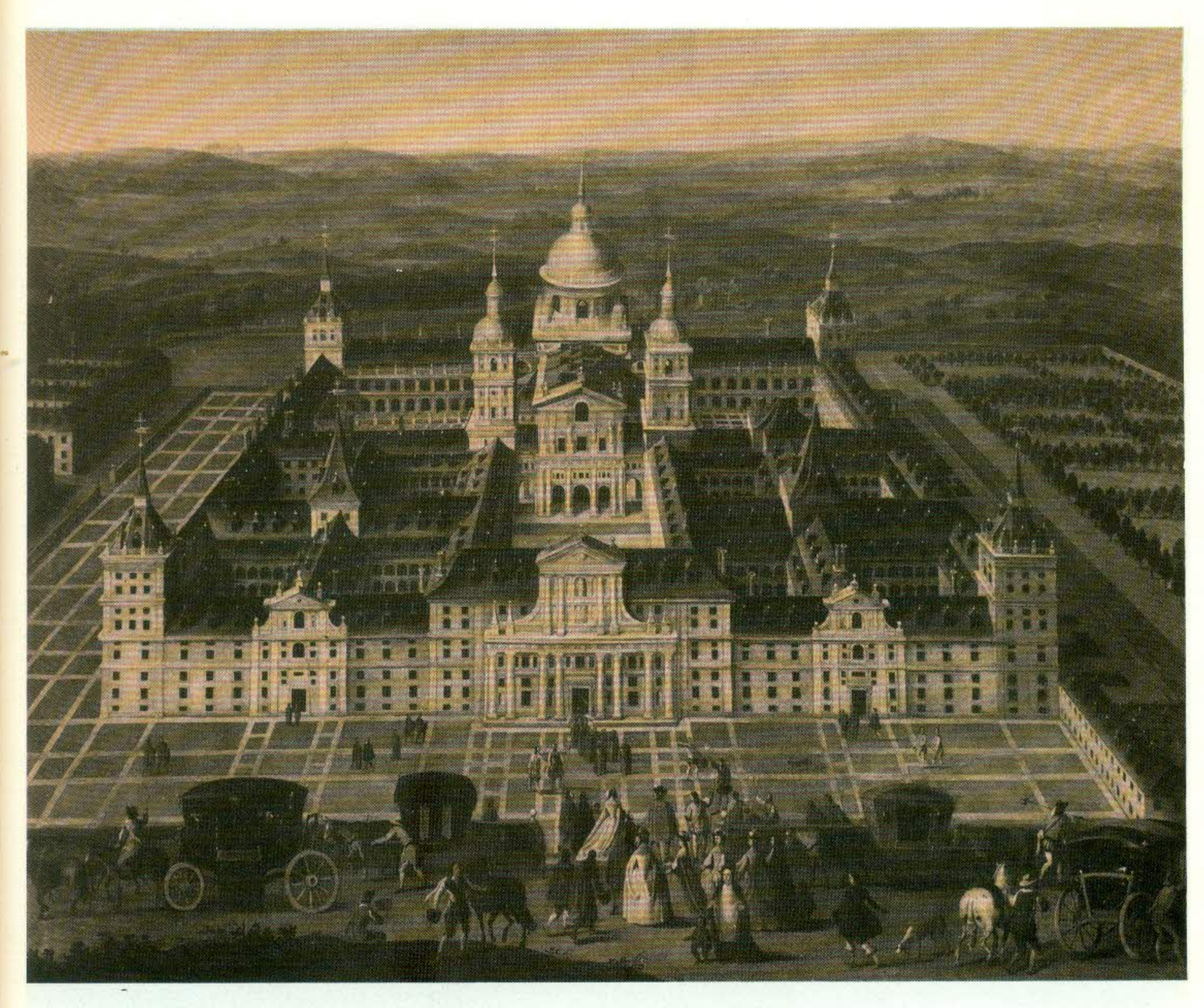
Los españoles no reconocieron la separación de Portugal hasta 1668. Hacía entonces tres años que había muerto Felipe IV, a quien sucedió su hijo Carlos II, un niño de carácter enfermizo cuya muerte fue diariamente esperada por la diplomacia europea durante los treinta y cinco años siguientes. La infanta María Teresa se había casado en 1660 con Luis XIV de Francia, y de ahí las pretensiones francesas al trono español, cumplidas tras una larga y costosa guerra por la sucesión hispánica a principios del siglo siguiente.

Ningún especialista que haya analizado el declive español ha podido resistir la necesidad de comprender su gestación. Para la mayoría de los escritores ilustrados del siglo XVIII la crisis fue una inevitable consecuencia de la superstición religiosa, aliada con la indolencia. Obviamente, esta explicación es inadecuada para aclarar la transición de la España triunfante de mediados del siglo XVI a la quiebra de los años centrales del siglo siguiente, pero un doble factor de la sociedad española moldeada por Castilla influyó decisivamente: el excesivo catolicismo y la valoración de las virtudes militares sobre la actividad económica.

Esto no es sorprendente. España nació de un diminuto reino cristiano, un reducto en el noroeste del país que gradualmente fue reconquistando tierras a los moros hasta la toma de Granada en 1492. Durante este proceso, que duró muchos siglos, la cristiandad hispánica adquirió un celo y una militancia inexistentes en otras regiones de Occidente. Por otra parte, la larga formación durante la Reconquista fue lo que permitió a los españoles un éxito fulgurante en la colonización del Nuevo Mundo. Los conquistadores y sus seguidores fueron claramente producto de una sociedad militar y católica.

Sin embargo, lo que de 1300 a 1500 habían sido virtudes, en 1600 se trastocaron en defectos. En esta época se hizo necesaria la transformación de la estructura económica de la sociedad, mediante la adopción de nuevas técnicas agrícolas e industriales, así como la del comercio. No es sorprendente que la sociedad española, fundada como respuesta a otros retos, no pudiese realizar esta transición con facilidad. Sus gobernantes no supieron promover los cambios necesarios.

Mientras los intrusos holandeses e ingleses impulsaban un creciente comercio



Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, palacio y mausoleo construido por orden de Felipe II en 1563-1584. Pintura del siglo XVII. (Louvre, París.)

Página anterior, la plaza de San Pedro, en Roma, diseñada por Bernini. Es una de las más importantes expresiones del barroco.

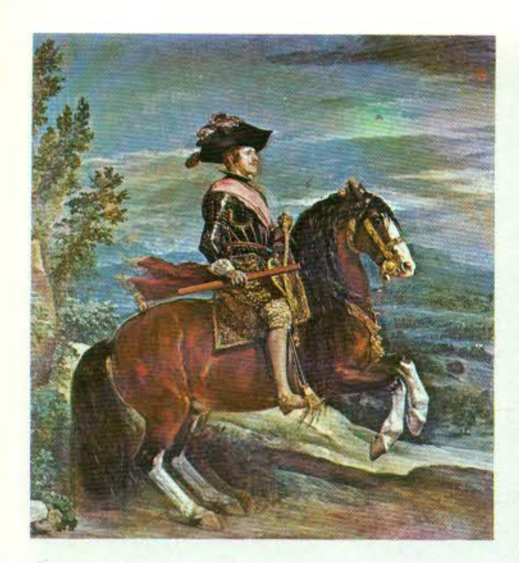
con las colonias españolas, la industria y el comercio de la península se hundían a la vez que los problemas políticos se agudizaban. La unión de Castilla y Aragón en el siglo XV no fue consumada política y económicamente; se limitó a una boda dinástica. A todos los efectos España significaba realmente «Castilla». Los aragoneses y catalanes, durante esos años, continuaron excluidos de las cargas y beneficios del Imperio americano.

Las cargas de la colonización del Nuevo Mundo y la dominación del Viejo Continente fueron asumidas por los castellanos; cuando se vieron impotentes, especialmente durante la época de Olivares, intentaron arrastrar al resto de la península a su política, pero era ya demasiado tarde; derrotas militares, decadencia económica y tensiones sociales inevitables en una sociedad tan heterogénea, llevaron al colapso de 1640. Se ha dicho muy acertadamente que «Castilla hizo a España y Castilla la destruyó».

El fin del Siglo de Oro

El siglo XVI presenció realizaciones destacables en casi todos los aspectos de la actividad humana. Existieron grandes místicos como san Juan de la Cruz y santa Teresa de Ávila, grandes teóricos políticos como Francisco de Vitoria y fray Bartolomé de Las Casas, grandes arquitectos como Juan de Herrera. La lista sería interminable, extendiéndose también a las ciencias naturales. Los reinados de Felipe III y Felipe IV presenciaron una actividad cultural menos variada, siendo principalmente brillantes en la pintura y en la literatura. Sin duda alguna todo esto estaba relacionado con la situación económica. El hecho de que, por ejemplo, la Plaza Mayor de Madrid (1617-1619) fuese una de las mayores empresas emprendidas en esta época, refleja probablemente el progresivo empobrecimiento de España.

Sin embargo, la literatura no requería gran inversión, por lo que fue extraor-



dinaria la riqueza de escritores a principios del siglo XVII. Miguel de Cervantes vivió hasta 1616, produciendo sus obras no sólo durante las décadas heroicas, sino también durante las de la desilusión. Con *Don Quijote* creó una figura inmortal, burlándose compasivamente de los ideales caballerescos. El sentido barroco de «ilusionismo» penetró en la obra de los sucesores de Cervantes, en escritores como Félix Lope de Vega y Carpio (1562-1635), Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645) y Pedro Calderón de la Barca (1600-1681). Todos ellos estaban obsesionados por el contraste entre el hecho y la fantasía, entre lo ideal y lo real, entre el mundo existente y el mundo deseado. Así, Calderón pudo escribir su famosa y sintomática obra *La vida es sueño* y Quevedo exclamar típicamente que «nuestra vida es sólo una comedia y el mundo un gran teatro cómico».

Tal vez no sea aventurado sugerir que los escritores españoles del siglo XVII se refugiaron en la fantasía, pues era demasiado duro enfrentarse a la realidad de la situación. Siguieron impregnados de la idea de que toda actividad humana era vana comparada con la realidad trascendente de Dios; algunos de ellos llevaron tal convicción incluso a sus propias vidas. Y esa psicología social se extendió a la gran mayoría de los sectores de la sociedad castellana.

Los conceptos de honor y de fe, muy subrayados por la literatura del período, también inspiraron a los pintores españoles del siglo XVII. El Greco (1545-1614), contemporáneo de Cervantes, mostró dicha concepción en sus lienzos místicamente realistas, siendo uno de los más característicos *El entierro del conde de Orgaz*.

Más adentrado el siglo, las obras de Bartolomé Murillo (1617-1682) proporcionaron una poderosa propaganda a la Iglesia católica de la Contrarreforma. Murillo destaca esencialmente por la destreza y el sentimiento con que pintó a la Virgen María. Los temas de Francisco de Zurbarán (1598-1664) eran también mayoritariamente religiosos: o santos tranquilos y resueltos, o monjes ascetas cuya intensa devoción era tratada de una manera realista.

Por supuesto, el mejor de ellos fue Diego Velázquez (1599-1660); mostró una virtuosidad sin paralelo en sus retratos de la familia real española. Uno de sus lienzos más famosos es *La rendición de Breda;* es magistral la forma en que las lanzas del victorioso ejército español dominan el plano del fondo de la derecha del lienzo. Sin embargo, en la mayoría de sus obras hay una sombra de desilusión. Los españoles del siglo XVII perdieron la confianza en sí mismos, pero en literatura y pintura fueron geniales en la expresión de su desencanto.

Las posesiones españolas en Europa

Es curioso que uno de los grandes maestros de la pintura de esta época, Pedro Pablo Rubens (1577-1640), fuese

oriundo del sur de los Países Bajos, que sin duda se trataba de la zona más españolizada.

En Italia, los españoles ocupaban aún amplios territorios, empeñados en retener el control de la ruta hacia los Países Bajos, que pasaba por Génova y Milán para continuar por Suiza, el Franco-Condado y Luxemburgo. Enérgicos procónsules españoles, como el conde de Fuentes, aseguraron que durante el reinado de Felipe III el dominio fuera indiscutible en Génova y el Milanesado.

Al noroeste de este bloque central estaba el ducado de Saboya, cuyos soberanos mantuvieron un delicado equilibrio entre España y Francia a lo largo del siglo, política vacilante que sería recompensada en Utrecht, en 1713, cuando el duque reinante recibió la corona de Sicilia, poniendo de este modo a su dinastía en el camino de convertirse en la primera casa real de Italia. Al nordeste del bloque español estaban las posesiones de Venecia. Durante el siglo XVII, la orgullosa República cayó en un proceso irreversible de decadencia, pues los fundamentos económicos de su poder estaban minados. Todavía mantenía su independencia política y un grado de prosperidad y desarrollo agrícolas que llegarían hasta entrado el siglo XIX.

En la Italia central los más destacados príncipes eran los duques de Toscana, clientes de los españoles, y los papas. Tras los triunfantes años de la Contrarreforma, el Papado estaba en un pronunciado declive, como demostró su exclusión de los tratados de paz firmados a mediados del siglo XVII. Sin embargo, Roma continuó siendo el centro de la densa trama universal de obispos y religiosos, ejerciendo una fuerte y discreta influencia sobre todas las regiones colonizadas por la Europa católica. La gran ciudad también estaba siendo transformada arquitectónicamente, sobre todo por el genial Bernini (1598-1680).

En el sur de Italia, los españoles controlaban el reino de Nápoles y la isla de Sicilia, donde, como en el norte, mantuvieron su poder gracias a la enérgica actuación de virreyes como el duque de Osuna. Nápoles y Sicilia estaban fuertemente gravadas por los impuestos durante la primera mitad del siglo XVII, por lo que en 1647 el pueblo de Nápoles se rebeló espontáneamente dirigido por un pescatero llamado Masaniello.

Al principio, el virrey español, el duque de Arcos, estaba desconcertado y a duras penas escapó con vida. Sin embargo, la nobleza napolitana no aprovechó la ocasión para establecer una república y la revuelta fue perdiendo progresivamente su fuerza. Los españoles volvieron a reafirmar su poder en 1648. La represión fue terrible, y tanto en Nápoles como en el resto de Italia, España no tuvo problemas para ejercer su soberanía hasta que sus posesiones en esta península pasaron a la Casa de Austria debido al Tratado de Rastadt (1714).

El gobierno represivo tuvo consecuencias desastrosas para Italia. Este país, que en el siglo XVI y anteriormente había sido dueño de Europa en los aspectos económicos y culturales, se encontraba a finales del siglo XVII hundido en uno de los remansos más estancados del Viejo Continente.



Carlos II el Hechizado (1661-1700), rey de España desde 1665, último de la casa de Austria, por Juan Carreño de Miranda. (Museu d'Art de Catalunya, Barcelona.)

Página anterior, izquierda, Felipe IV de España, por Velázquez. Durante su reinado (1621-1665) las Provincias Unidas y Portugal lograron su independencia. (Prado, Madrid.)

Página anterior, derecha, Luis de Góngora, célebre poeta español, retratado por Velázquez. (Museo Lázaro Galdiano, Madrid.)

La Guerra de los Treinta Años

El conflicto llamado Guerra de los Treinta Años surgió directamente del acuerdo religioso y administrativo de mediados del siglo XVI conocido como la Paz de Augsburgo. En materia religiosa este tratado estaba destinado a congelar las posiciones obtenidas por los católicos y los luteranos en 1555 –los calvinistas fueron excluidos–. Evidentemente, surgieron graves problemas que se extendieron inexorablemente durante las décadas siguientes por el continuo progreso del luteranismo, y especialmente por el desarrollo del calvinismo.

El acuerdo de Augsburgo no fue solamente una tregua religiosa. Incluía también las previsiones para mantener la paz en los diez «círculos» del Sacro Imperio Romano-Germánico. En principio, cada círculo estaba controlado por un príncipe administrador dependiente del emperador, pero en la práctica los príncipes territoriales –de los cuales los más importantes eran los siete electores imperiales– gozaban de un alto grado de independencia. ¿Cómo podía el emperador con este complejo instrumento gobernar una pirámide feudal tan agrietada?

En Alemania, los intereses en juego eran muy complejos. Lo que luego complicaría esta larga contienda, fue el hecho de que a estos conflictos internos se sumaran las rivalidades existentes entre los diferentes poderes europeos. Los suecos y los daneses, por ejemplo, estaban interesados en el control de las costas del Báltico. Los holandeses no podían permanecer inmóviles mientras los territorios del Rhin cambiaban de dueño. Los franceses vieron en el conflicto alemán una ocasión para proseguir su antigua campaña contra los



Habsburgo. Incluso el rey de Inglaterra intervino en algún momento en la guerra, aunque de forma poco efectiva.

La naturaleza internacional del conflicto estaba clara desde sus orígenes. Cuando



Izquierda, el rey de Bohemia, Federico V (1596-1632), elegido por sus súbditos tras la «defenestración de Praga» por su influencia entre los protestantes (1619). Al año siguiente fue depuesto por las tropas imperiales, por lo que se le conoce como «el rey de invierno».

Abajo, el general imperial Albrecht von Wallenstein (1583-1634), católico de origen checo que formó un ejército propio y lo puso al servicio del emperador Fernando II (1618). Fue nombrado almirante por sus esfuerzos para crear una marina de guerra, y se destacó en sus victorias contra los reinos protestantes del norte de Europa. Murió asesinado por un oficial suyo tras traicionar al emperador. Detalle de un cuadro de Van Dyck.

Página anterior, arriba, la «defenestración de Praga», el 23 de mayo de 1618, acto de rebeldía que dio lugar a la Guerra de los Treinta Años. Los nobles protestantes checos arrojaron por la ventana del castillo de Praga a los gobernadores imperiales, que intentaban instalar un rey católico en la reformista Bohemia.

Página anterior, abajo, Johann Tserclaes von Tilly (1559-1632), general valón al servicio del Imperio. Jefe de la Liga Católica desde 1620, sustituyó a Wallenstein en el mando de las tropas imperiales en 1630. Fue derrotado por Gustavo Adolfo de Suecia al año siguiente y murió en 1632 a causa de las heridas recibidas en la batalla del río Lech. Grabado según un retrato de Van Dyck.



en 1608 los príncipes y las ciudades protestantes firmaron un pacto defensivo, la llamada Unión Evangélica, vieron como posible soporte de la misma a Enrique IV de Francia. Simultáneamente, la Liga Católica fundada unos meses después, se encontró segura cuando empezaron a llegar los subsidios de Felipe III de España.

Francia y España también intervinieron abiertamente en una disputa previa para comprobar la fuerza de sus respectivos aliados. La lucha se inició por la sucesión del ducado de Juliers-Cléveris en el Rhin, cuando su titular murió sin descendencia en 1609. Había dos pretendientes, uno protestante y otro católico. Al principio, Juliers fue ocupado por un emisario imperial, pero fue expulsado por las tropas holandesas ayudadas por un contingente francés.

Durante los primeros meses de 1610 Enrique IV de Francia estaba movilizando un gran ejército con vistas a consolidar las

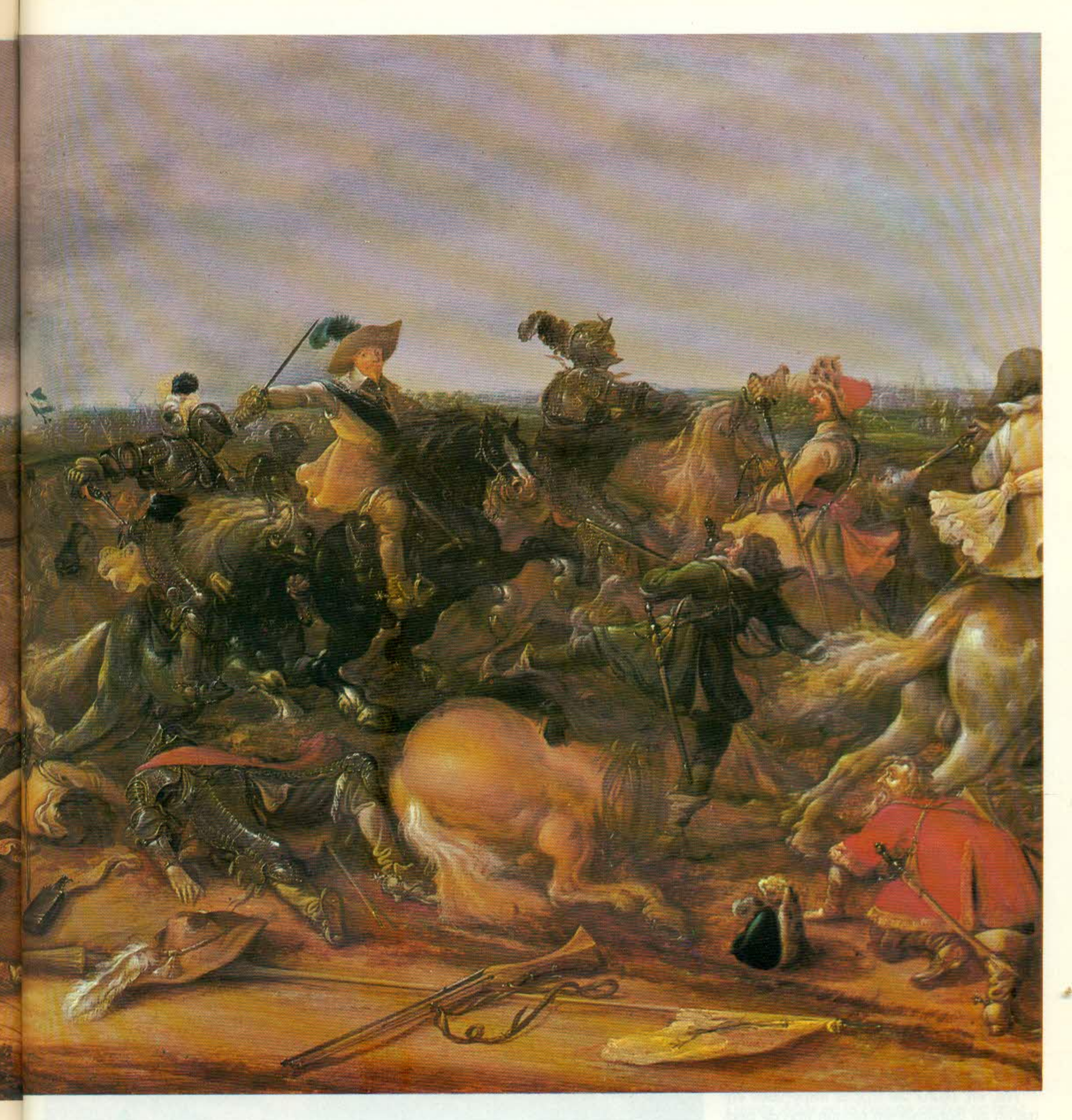


posiciones protestantes en el Rhin. Esta proyectada campaña habría llevado sin duda alguna a un conflicto general, pero el rey francés fue asesinado antes de que se iniciara. El bando imperial no estaba en condiciones de aprovecharse de la situación, pues eran los últimos e inciertos meses del reinado del inestable emperador Rodolfo II (1576-1612). Es más, los nuevos gobernantes, María de Médicis en París y Matías en Viena, se mantenían por el momento en una posición moderada. Así, desapareció el espectro de una guerra general.

La crisis bohema (1618-1627)

La disputa más importante y próxima a las raíces de la tensión surgió a causa del trono de Bohemia. Este reino, predominantemente protestante, con sus orgullosos recuerdos de la costosa independencia y de las luchas del reformador del siglo XV Juan Hus, estaba gobernado desde Praga por un grupo de nobles católicos. Los Habsburgo consideraban que la corona de Bohemia pertenecía por herencia al emperador, mientras que los checos habían aceptado como soberanos a Rodolfo II (1576-1612) y Matías (1612-1619).

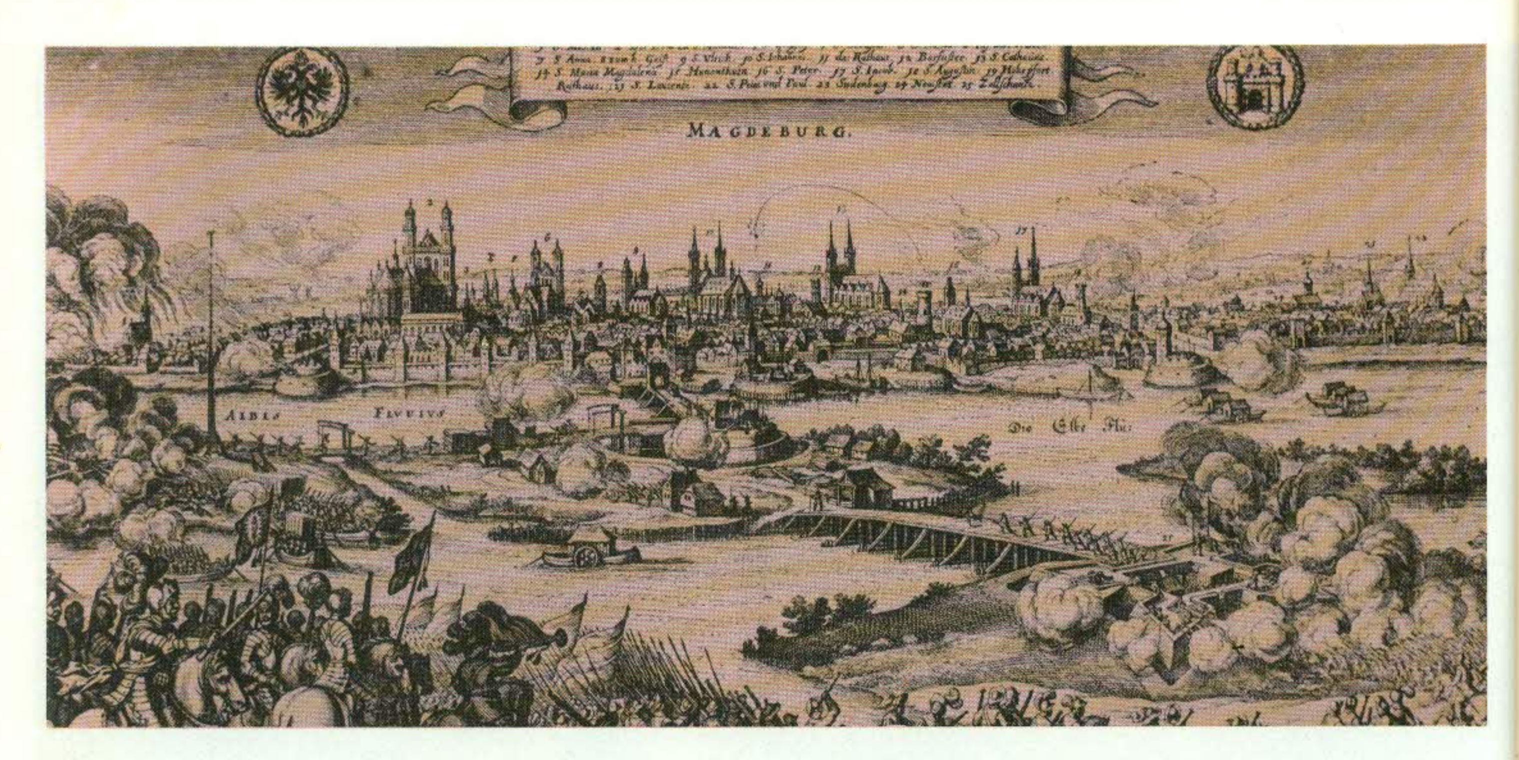
Antes de la muerte de Matías en 1619 reconocieron como su sucesor a Fernando



La batalla de Lützen, en Sajonia (1632), la más importante de la Guerra de los Treinta Años, según una representación de la época del holandés Jan Asselyn. El rey Gustavo Adolfo de Suecia perdió la vida, pero su ejército derrotó a las fuerzas de Wallenstein, recién incorporado de nuevo al mando de las tropas imperiales.

de Estiria, un príncipe de notoria dureza que había aniquilado el protestantismo en los territorios austríacos. Envalentonado por la aceptación de Fernando, el grupo católico de Praga emprendió una campaña para reconvertir el reino, por lo que en 1618 sus acciones exasperaron a la mayoría protestante, que decidió romper con los Habsburgo. La ocasión simbólica para esta ruptura fue la famosa «defenestración de Praga», cuando fueron arrojados por la ventana del castillo en el que estaban reunidos los nobles protestantes, dos de los gobernadores católicos y sus secretarios.

La consecuencia de este acto de rebelión fue una gran suspicacia entre los nobles checos, que en la inevitable lucha con los Habsburgo esperaban ayuda de las potencias protestantes de Europa, en especial de Holanda, Inglaterra y Suecia. Así, cuando murió Matías en 1619, los checos procedieron a la elección de Federico, elector palatino del Rhin, como su suce-

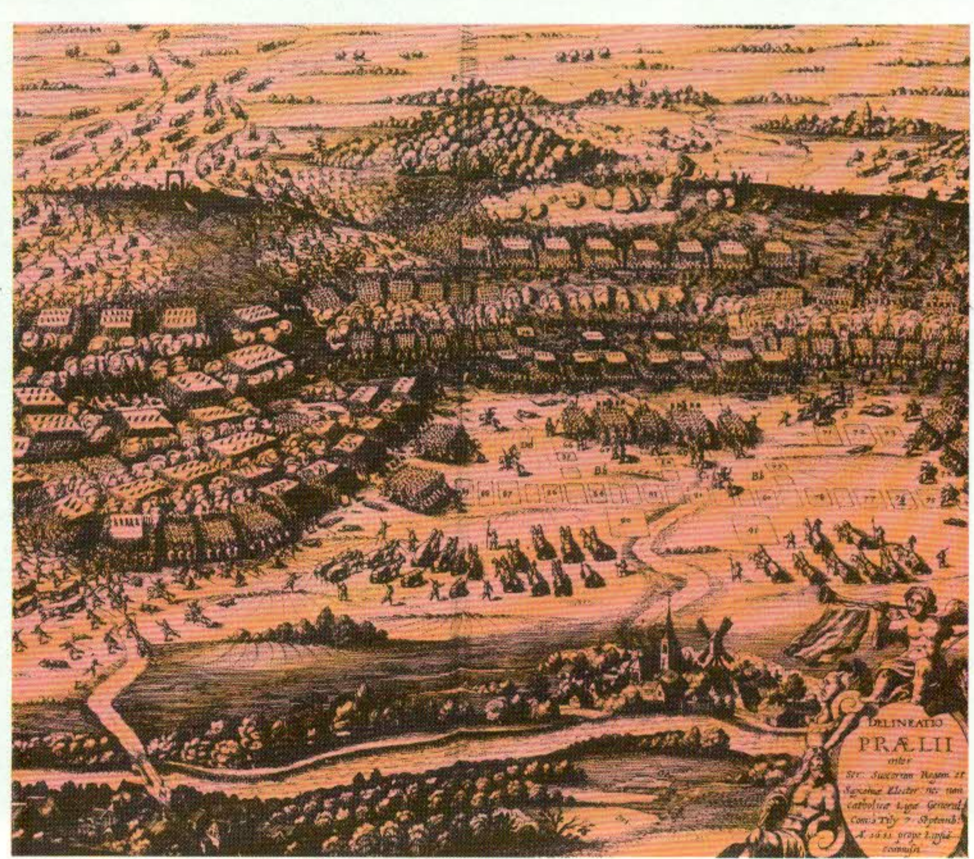


sor, rechazando las pretensiones de Fernando. En el mismo momento en que Federico fue elegido rey de Bohemia, Fernando lo fue como emperador, obviamente, la primera actuación de éste debía dirigirse contra los rebeldes checos.

En estos momentos la conducta de los sublevados bohemios fue extremadamente dubitativa. Habían elegido a Federico como rey, pero hicieron poco para ayudarle. Si hubieran intentando ganarse a las clases media y baja del país para su causa, quizás habrían podido presentar un frente unitario contra las tropas imperiales.

Sin embargo, como luego hicieron los nobles catalanes y napolitanos, no quisieron abandonar sus privilegios feudales en favor de una causa común. Es más, incluso fallaron a la hora de obtener los apoyos exteriores en los que confiaban. Los monarcas de Inglaterra y de Suecia no deseaban involucrarse y los holandeses estaban ocupados por una crisis constitucional que finalizó con la ejecución del gran estadista holandés Oldenbarneveldt, por traición.

Así, en 1620 las tropas imperiales entraron en Bohemia sin ningún tipo de oposición. Eliminaron al ejército de Federico frente a Praga, en la batalla de la Montaña Blanca, y entraron triunfantes en la capital. La familia real huyó a los Países Bajos, mientras quedaba asegurado el control de Bohemia, que en 1627 se convirtió en una posesión hereditaria de los Habsburgo, administrada por oficiales reales que controlaban a las ciudades y a la nobleza. El alemán fue impuesto como lengua oficial y la religión católica fue la única permitida.



La crisis danesa (1625-1629)

La dominación de Bohemia fue, en cierta forma, una maniobra de entretenimiento, pues ninguna de las grandes potencias protestantes se preocupó por ayudar a los rebeldes checos. A principios de la década de 1620 el verdadero foco del conflicto era el Rhin, tras finalizar en 1621 la tregua hispano-holandesa de 1609. El general español Spínola emprendió campañas que obtuvieron un gran éxito; recuperó Juliers en 1622, y en 1625 conquistó Breda.

Mientras tanto, Olivares había planeado una gran alianza naval y comercial para acabar con el poderío holandés; los miembros del bloque debían ser España, los Países Bajos españoles, las ciudades de la Hansa y Polonia; con esta combina-

ción, el conde-duque esperaba acabar con los intereses holandeses en el Báltico y así librarse de la presión de éstos en las colonias españolas del Nuevo Mundo. Los holandeses se alarmaron con este plan, pues los éxitos de Spínola tenían una sólida base. Por ello, en 1625, mediante el Tratado de La Haya, formaron una alianza ofensiva con Inglaterra y Dinamarca.

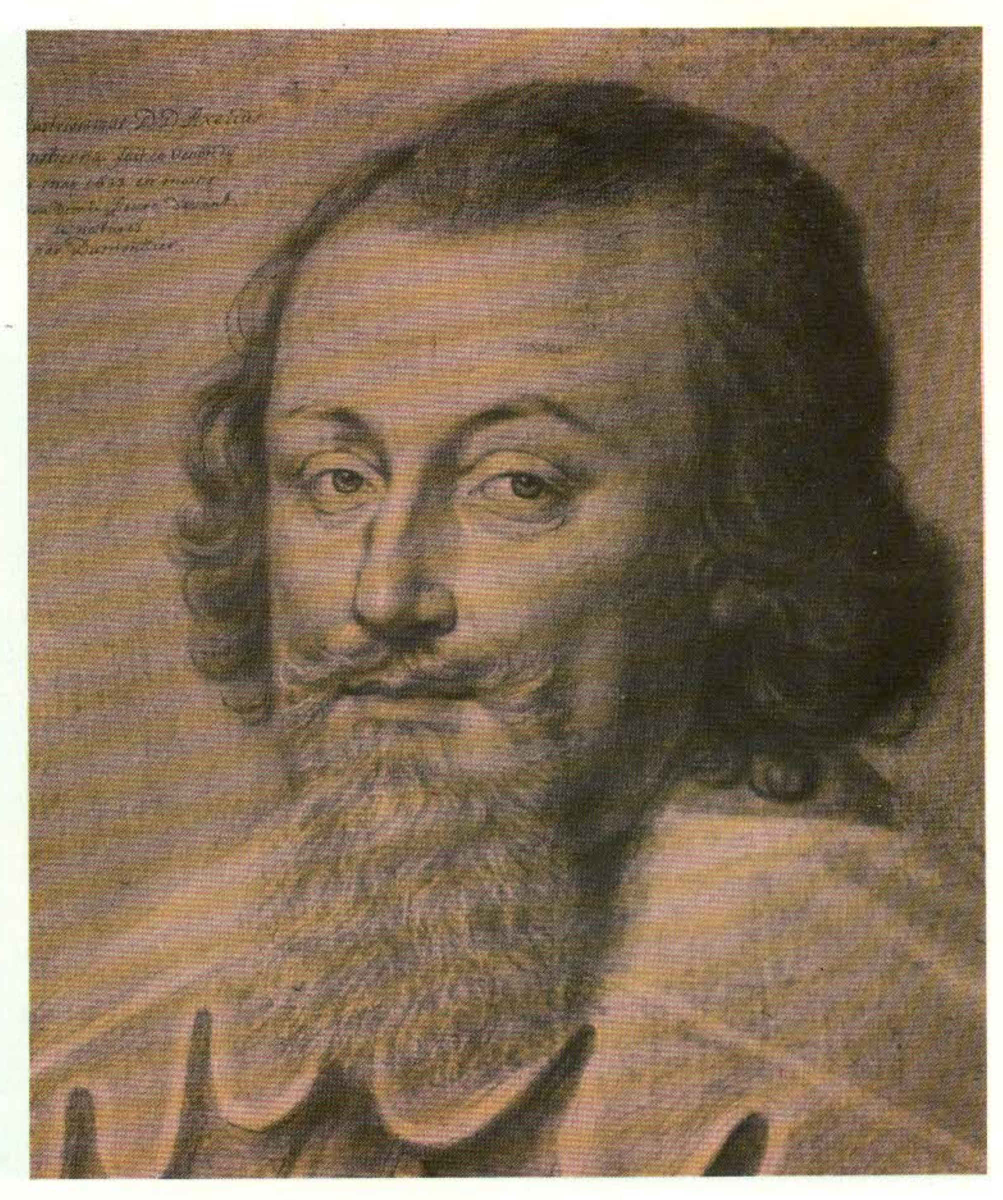
El principal dirigente de estas fuerzas antiimperiales fue Ernesto de Mansfeld, que rompió las hostilidades en 1626. Sin embargo, se vio enfrentado al destacado general imperial Wallenstein, a cuyo colega Tilly los daneses infligieron una severa derrota en Lutter. A pesar de todo, los demás ataques de los aliados contra los dominios de los Habsburgo no tuvieron tanto éxito, sobre todo porque no pudieron coordinar sus esfuerzos. La principal característica de las postrimerías de la década fue la consolidación del poder de Wallenstein en el norte de Alemania, siguiendo los planes de Olivares de dirigir una ofensiva económica y militar contra los holandeses. Wismar cayó en su poder en 1627 y Rostock en 1628, quedando únicamente fuera de su control Stralsund, gracias a las flotas danesa y sueca. En 1629 fue derrotada la liga antiimperial; los ingleses deseaban retirarse y los daneses aceptaron la Paz de Lübeck, acordando no intervenir más en los asuntos alemanes.

El emperador Fernando se aprovechó entonces de esta excelente situación para promulgar el decreto imperial conocido como el «Edicto de Restitución». Este documento, presentado frecuentemente sólo con valor religioso, reforzó la restauración del catolicismo en todos los territorios secularizados desde 1552, y restableció su poder en el norte y noroeste de Alemania. Sin embargo, también tuvo una gran significación constitucional, pues reconocía el poder de los Habsburgo sobre aquella región. De aquí que el Edicto despertara un gran resentimiento entre los príncipes, tanto católicos como protestantes, por lo que los electores consiguieron, en 1630, en Regensburg, forzar a Fernando para que destituyera a Wallenstein, en quien veían al principal instrumento de la política ofensiva del emperador. Con el tiempo, el Edicto de Restitución supuso un gran error, pues descubrió las ambiciones religiosas y constitucionales de Fernando.

La crisis sueca (1630-1634)

Tras la retirada danesa, apareció en el norte un nuevo y más peligroso antagonista: Gustavo Adolfo, quien tras unos meses de reflexión, decidió conducir sus ejércitos contra los Habsburgo. El monarca sueco, desde su ascenso al trono en 1611, había realizado una considerable reorganización de su reino. Mientras en países como Francia los cargos ejercidos por la antigua nobleza —condestables, mariscales, etc.— habían sido desplazados por el nacimiento de nuevas formas burocráticas, en Suecia Gustavo Adolfo llevó a la práctica un feliz maridaje entre éstos y los consejos que creó para la dirección del ejército, las finanzas, la justicia, etc.

Esta eficaz estructura administrativa se apoyaba sobre una economía enriquecida con las empresas holandesas y, en especial, por la lucrativa exportación del cobre sueco. La mayoría de las nuevas industrias estaban basadas en la producción militar, mostrándose Gustavo Adolfo como un experto en la reorganización de su ejército y en el aprovechamiento de las ideas de Mauricio de Nassau, el último estatúder de las Provincias Unidas, que



Axel Oxenstierna (1583-1654), el canciller sueco que organizó la administración de su país desde 1612 hasta su muerte. Su visión comercial y financiera fueron el respaldo de Gustavo Adolfo en sus espectaculares campañas. (Vitterhetsakademien, Estocolmo.)

Página anterior, arriba, la toma de Magdeburgo por las tropas imperiales en 1631. Unas veinticinco mil personas resultaron muertas, y la ciudad fue arrasada. La destrucción causada por la Guerra de los Treinta Años en la Europa central no tenía precedentes, ni pudo ser comparada con ningún desastre humano hasta el siglo XX.

Página anterior, abajo, la batalla de Breitenfeld en 1631, en la que Gustavo Adolfo derrotó a Tilly con sus modernas tácticas: pequeñas brigadas móviles de infantería, cargas de caballería en oleadas y baterías de artillería ligera fáciles de transportar.



había establecido virtualmente la independencia de Holanda; la artillería se hizo relativamente más ágil y móvil, la caballería y la infantería habían sido entrenadas para luchar en pequeñas formaciones, y los tres ejércitos operaban en el campo de batalla bajo un control más efectivo.

Los soldados suecos tenían una elevada moral de victoria. Con los triunfos sobre los polacos y los rusos, el rey se había convertido en un héroe, y en sus campañas alemanas los suecos estaban convencidos de que no sólo salvarían muchos territorios de la tiranía de los Habsburgo, sino que liberarían al protestantismo de la amenaza de la Contrarreforma. El monarca y su gran ministro Oxenstierna estaban decididos a excluir a los Habsburgo del Báltico y frustrar el grandioso plan económico-militar de Olivares.

Fueron los aspectos constitucionales y económicos de la campaña los que mayor énfasis tuvieron en el Tratado de Bärwalde, firmado con los representantes de Richelieu. Este pacto significó un gran triunfo para la diplomacia sueca, que se aseguró un subsidio anual de los franceses sin ningún tipo de cláusula que les comprometiera.

Gustavo Adolfo estaba, pues, es una magnífica posición para emprender la campaña de 1631. En la primavera de aquel año las tropas imperiales tomaron y saquearon Magdeburgo, hecho que fue un excelente pretexto propagandístico para sus enemigos y puede ser considerado un error más que un crimen por parte del general imperial Tilly. Gustavo Adolfo fue al encuentro de Tilly en el norte de Leipzig, en septiembre del año 1631. En la batalla de Breitenfeld las nuevas tácticas suecas resultaron ser muy superiores al tradicional orden de batalla de tipo español. Tras haber resistido con éxito la primera acometida de la caballería imperial, Gustavo destrozó completamente la infantería de sus enemigos con la artillería, completando su victoria mediante la utilización de escuadrones de caballería de extraordinaria movilidad.

A continuación avanzó hacia el corazón de Alemania, estableciendo sus cuarteles de invierno en Maguncia. Obviamente, reinaba la desesperación en el campo de los imperiales, que dos años antes habían paladeado las mieles del triunfo. En 1632 fue llamado nuevamente Wallenstein, que reorganizó las fuerzas para la próxima campaña.

No se sabe muy bien cuáles eran las intenciones de Gustavo Adolfo, pero parece ser que cambió su primitiva idea de establecer un protectorado sueco sobre los príncipes protestantes alemanes, por la de la anexión total de determinadas regiones de Alemania. En cualquier caso sus planes no se materializaron, ya que murió en el curso de su victoriosa batalla contra Wallenstein en Lützen, en noviembre de 1632.

Tal vez hubiese sido mejor para Suecia que Oxenstierna hubiese decidido en aquel momento acabar con la sangría de la guerra y retirar sus fuerzas, pero el canciller sueco decidió seguir luchando, y en

septiembre de 1634 sus tropas fueron definitivamente derrotadas en Nördlingen por un ejército imperial que incluía un fuerte contingente español.

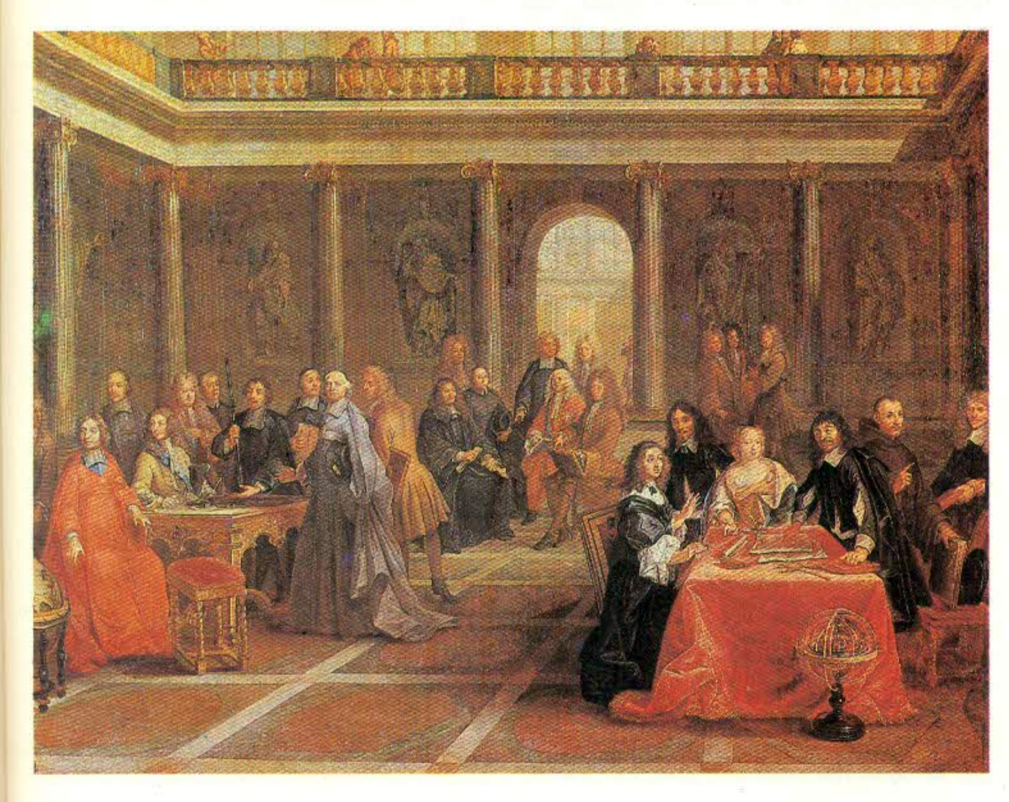
Así finalizó la fase de la guerra en la que el principal papel fue asumido por los suecos. Tras numerosas y complejas intrigas, el emperador decidió, de forma absurda, la muerte de Wallenstein en febrero de 1634. Así, cuando los franceses declararon la guerra a España en mayo de 1635, la lucha entró en una nueva etapa y con otros líderes.

La crisis francesa (1635-1648)

En la nueva fase de la guerra las consideraciones religiosas y constitucionales del Imperio pasaron a un segundo plano en la lucha por la hegemonía entre los Habsburgo y los Borbones. Ahora el problema esencial no era el porvenir de la Contrarreforma o las libertades de los príncipes, sino la cuestión de si Richelieu podría acabar o no con el predominio de Olivares, es decir, con la hegemonía de los Habsburgo.

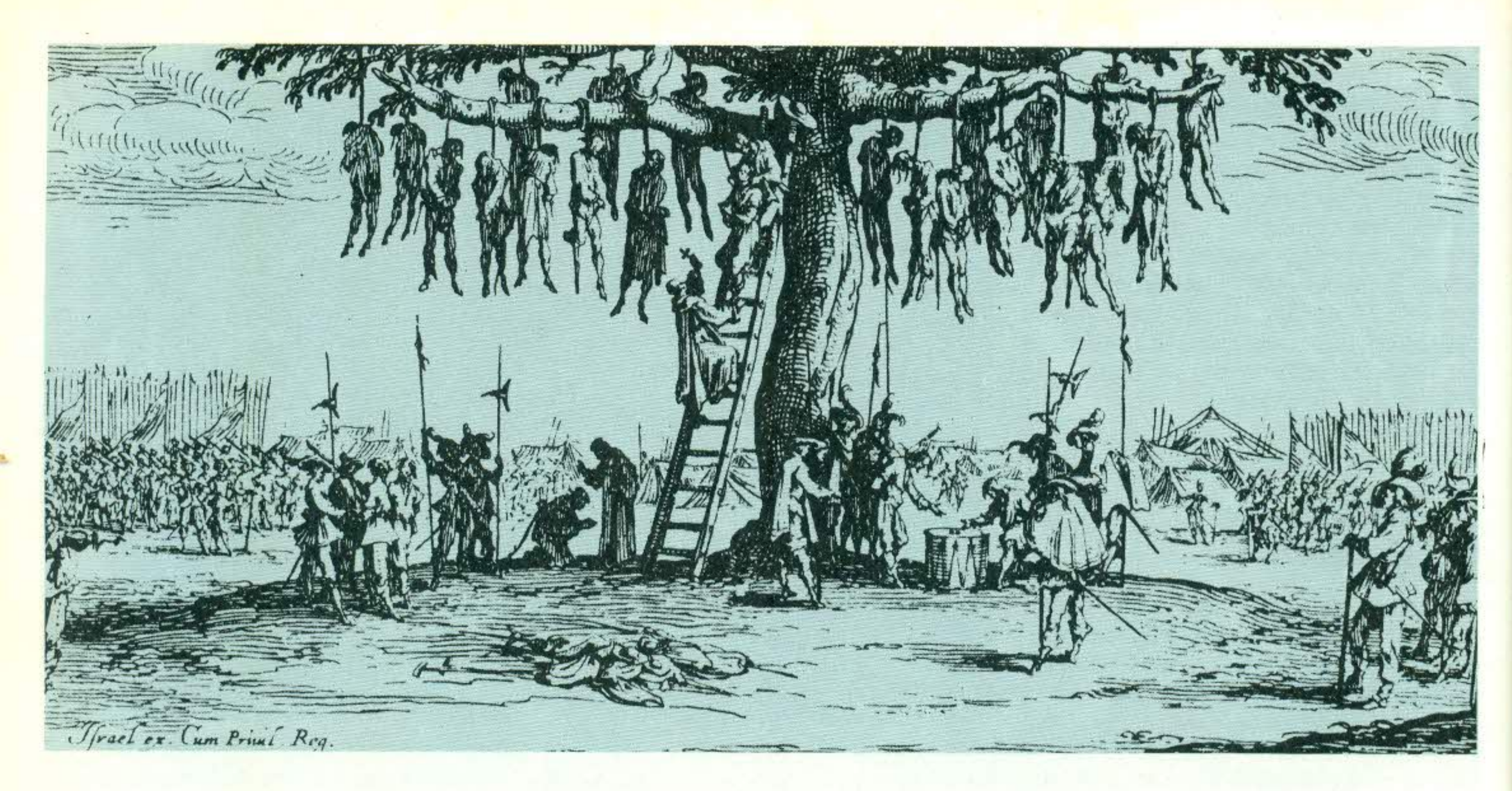
En 1636 los españoles llevaron la guerra a Francia y uno de sus ejércitos alcanzó las puertas de París, mientras otros operaban en Lorena y en el Franco-Condado. Sin embargo, con esta ofensiva relámpago los españoles quemaron su último cartucho, y las campañas siguientes significaron un aumento del predominio de Francia y de sus aliados holandeses e ingleses. Al año siguiente, Bernardo de Sajonia-Weimar tomó Breisach, cortando así la «ruta española» entre Italia y los Países Bajos. En 1639 los españoles perdieron una flota cuando los holandeses les vencieron en el Canal de la Mancha. La derrota fue seguida en 1643 por el desastre de Rocroi y la sucesiva caída de Olivares. A principios de la década de 1640 la mayoría de los beligerantes estaban dispuestos a iniciar las conversaciones de paz. Fernando II había muerto en 1637 y su sucesor, Fernando III, de un tempera-

Arriba, Gustavo Adolfo de Suecia en la batalla de Dirschau. (Kungl. Husgeradskammaren, Estocolmo.)



Izquierda, Cristina de Suecia y su corte, pintura de Pierre Dumesnil de 1649. Junto a la reina aparece René Descartes, el filósofo francés que sentó las bases del racionalismo. La reina y el pensador mantuvieron una romántica amistad, interesados ambos por los mismos temas humanos. (Musée de Versalles.)

Página anterior, el rey de Suecia Gustavo Adolfo (1594-1632) en la batalla de Breitenfeld en 1631, la primera gran victoria protestante de la Guerra de los Treinta Años, que supuso la consolidación de las ambiciones suecas en el norte de Europa. (Musée des Beaux Arts, Estrasburgo.)



mento más realista, estaba dispuesto a renunciar a las ambiciones imperiales de su padre en favor de una política de consolidación interior del patrimonio de los Habsburgo. En Francia, Mazarino sucedió a Richelieu en 1642, mientras que la batalla de Rocroi convenció a los holandeses de que la futura amenaza no residía ahora ni en Madrid ni en Viena, sino en París. De este modo, las negociaciones de Münster y de Osnabrück, cuyos resultados serían conocidos como Paz de Westfalia, se pusieron lentamente en marcha.

La Paz de Westfalia (1648)

Tras muchas y complejas deliberaciones se acordó que la máxima *cuius regio, eius religio* (literalmente, «de quien la región, de él la religión», significando que las regiones deberían adoptar la religión de sus gobernantes) no era operativa. A partir de entonces, los disidentes tuvieron libertad de culto, excepto en las posesiones hereditarias de los Habsburgo. El emperador concedió a los príncipes de los estados alemanes una total soberanía. La abdicación de las ambiciones imperiales fue completada por el reconocimiento de la independencia de la República de las Provincias Unidas y de los cantones suizos.

Todos los principales opositores obtuvieron beneficios a costa del Imperio. Francia adquirió Alsacia, con las ciudades imperiales y los obispados de Toul, Metz y Verdún; Suecia recibió una gran parte de Pomerania, y a Brandenburgo no sólo se le dio el resto del territorio pomeranio, sino también varias pequeñas regiones que unían el ducado de Brandenburgo con sus posesiones del Rhin.

El resultado del ajuste fue claro. Los suecos fracasaron en su aspiración de mantener sus posiciones en la costa meridional del Báltico, y los franceses y prusianos adquirieron territorios que les abrían vías para una posterior gran expansión. Después de Westfalia se vio claramente que no sería Sajonia, sino la Prusia de Brandenburgo, la futura potencia del norte de Alemania. Igualmente significativos fueron los eclipses del Imperio y del Papado. Los Habsburgo dirigieron sus objetivos hacia la consolidación de sus posesiones hereditarias, política iniciada con éxito en la primera mitad del siglo, y el Papado comprendió que ya no podía confiar en las sanciones eclesiásticas para hacer oír su voz en la política europea. En la historia diplomática, las asambleas de Münster y Osnabrück fueron las primeras de una larga serie de encuentros en los que, tras las grandes guerras, se reunían los estadistas europeos para reajustar las fronteras según las nuevas realidades del poder.

La continuación de la contienda franco-española (1468-1659)

No hubo ningún acuerdo en las negociaciones de Westfalia entre los representantes de Francia y de los Habsburgo españoles, por lo que la contienda entre ambos continuó. Entre 1648 y 1652, los franceses estuvieron paralizados por sus disensiones internas, pero cuando Mazarino pudo acabar con la Fronda, dirigió las armas francesas contra su viejo enemigo. Al principio, la lucha fue bastante igua-





lada, pero en 1656 la Inglaterra de Cromwell se unió a Francia, y los aliados, gracias a su superioridad, fueron conquistando una plaza tras otra en los Países Bajos españoles.

Así, en 1659 España estaba dispuesta a negociar con Francia y acabar con un siglo y medio de guerra abierta. El Tratado de los Pirineos supuso, desde el punto de vista francés, un suplemento a las adquisiciones territoriales efectuadas en 1648. En esta ocasión fueron el Rosellón y la Cerdaña, en la zona fronteriza lindante con los Pirineos, y Artois, en la frontera del nordeste, los territorios que pasaron a engrosar la corona gala, junto a algunas fortalezas con Lorena, cuya posesión significaba que más tarde o más temprano sería absorbido también todo el ducado.

Había acabado la pesadilla del cerco de Francia por los Habsburgo. Sin embargo, el tiempo demostraría que los franceses fueron menos capaces que los españoles en la utilización moderada de su nuevo poder.

Los efectos de la guerra

Para los historiadores militares, el período comprendido entre 1609 y 1659 presenta un gran interés. Durante las dos o tres décadas precedentes a la guerra, fueron elaboradas la mayoría de las nuevas tácticas bélicas en las Provincias Unidas, bajo la dirección de Mauricio de Nassau. Sin embargo, después de 1617 la iniciativa pasó a los suecos, quienes bajo Gustavo Adolfo adoptaron y desarrollaron las ideas holandesas.

La principal innovación fue la división del ejército en pequeñas unidades autónomas. Mientras el tercio español consistía en una compacta formación de unos 3.000 hombres, la unidad básica de las tropas de Gustavo Adolfo sumaba sólo unos 500, que no solamente luchaban agrupados, confiando en su masa, sino que también lo hacían en línea abierta, de modo que era más eficaz la utilización de las armas de fuego. En lugar del antiguo método del fuego artillero lento y desde posiciones fijas, Gustavo introdujo la an-

Las negociaciones de Münster (1648), parte de la Paz de Westfalia que pondría término a la Guerra de los Treinta Años, según un cuadro de Gerard Terborch. Los conflictos dinásticos y fronterizos no fueron menos considerados que las cuestiones religiosas. (National Gallery, Londres.)

Página anterior, arriba, Ejecución por la horca, *lámina de las «Miserias de la guerra» del dibujante y grabador francés Jacques Callot.*

Página anterior, abajo, grabado francés de la ejecución de un soldado por insubordinación. La férrea disciplina de las tropas de Gustavo Adolfo hizo posible la aplicación de la nueva estrategia de combate que las hiciera famosas.

danada disparada a quemarropa, calculada para destrozar y confundir a las vanguardias del enemigo.

Estos cañonazos eran seguidos por una brutal carga de la caballería, utilizando pistolas y armas blancas, pues los suecos abandonaron el dispositivo de la caracola, por el que los jinetes al trote o al paso disparaban sobre las vanguardias del enemigo y se retiraban rápidamente. Por supuesto, estos ataques de la caballería podían ser más efectivos si las líneas frontales de los piqueros enemigos eran duramente batidas, tarea realizada por los mosqueteros y los artilleros.

Las fábricas suecas, bajo la dirección del holandés Luis de Geer, produjeron en esa época piezas de artillería ligera y tiro rápido, desarrolladas rápidamente para aprovechar las nuevas tácticas bélicas. Obviamente, la estrecha colaboración entre infantería, caballería y artillería requería un alto grado de habilidad por parte de los soldados y de sus mandos, por lo que las tropas suecas fueron hábilmente entrenadas con ejercicios de maniobras.

Esta revolución táctica, que transformó la estrategia militar a un nivel de perfección técnica sólo superado en el siglo XIX, no se vio correlacionada por el correspondiente cambio en la organización militar global. Los avituallamientos siguieron dependiendo del azar; se obtenían de los campos circundantes durante la marcha, o por medio de inciertos contratistas particulares, de insegura fidelidad y eficacia. Es más, la cadena de mando continuó poco definida. No sólo Wallenstein, sino también los comandantes franceses —como Condé— estaban por su grado de independencia más cerca de los *condottieri* de la Italia del Renacimiento que de los generales de fines del siglo XVII.

Las imperfecciones del apoyo logístico obligaban a que los ejércitos fuesen relativamente pequeños. Un general capaz de reunir 30.000 soldados adiestrados, podía considerarse el jefe del ejército más numeroso de Europa. Así, el más imponente ejército francés empleado en Alemania durante este período contaba sólo con 14.000 hombres. Cuando esta cifra se compara con los 400.000 soldados que, según se dice, tenía en armas Luis XIV a finales del siglo XVII, queda claro que tanto la llamada «revolución militar» como la escala de operaciones no se desarrollaron plenamente hasta la segunda mitad del siglo. Por otra parte, como se tendía a licenciar a los ejércitos durante el invierno, se consideró indigno que Gustavo Adolfo emprendiera campañas casi fuera de temporada.

La demografía europea se vio afectada por el incremento de la eficacia militar, pero no tanto como en ocasiones se ha

LA EUROPA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

Año	Gobernantes	Acontecimientos políticos	Cultura y religión
1515	Enrique VIII (1509-1547) Francisco I (1515-1547) Carlos I de España (1516-1556) Papa Clemente VII (1523-1534) Papa Pablo III (1534-1549) Enrique II de Francia (1547-1559)	Batalla de Marignano (1515) Concordato entre el papa y Francisco I (1516) Carlos I de España es proclamado emperador como Carlos V (1519-1556) Saqueo de Roma (1527) Acta de Supremacía (1534)	Muerte de Bramante (1444-1514) Oratorio del Divino Amor (1517) Muerte de Rafael (1483-1520) Lutero en Worms (1521) Oficialización de los jesuitas (1540) Se abren las sesiones del Concilio de Trento (1545) Muerte de Lutero (1483-1546)
1550	Felipe II de España (1556-1598) Isabel de Inglaterra (1558-1603) Francisco II de Francia (1559-1560) Carlos IX de Francia (1560-1574) Papa Pío V (1566-1572) Guillermo el Taciturno (1572-1584)	Paz de Augsburgo (1555) Los franceses toman Calais (1558) Tratado de Câteau-Cambrésis Quiebra de la banca en Lyon (1559) Conspiración de Amboise (1560) Coloquio de Poissy (1561) Edicto de Amboise (1563) Viaje de Catalina de Médicis (1564-1565) Incidente de Meaux y batalla de Saint-Denis (1567) Tratado de Longjumeau (1568) Tratado de Saint-Germain (1570) Protestantes en la corte francesa (1571) Masacre de San Bartolomé (1572) Sitio de La Rochella (1572-1573)	Clausura de las sesiones del Concilio de Trento (1563) Muerte de Miguel Ángel (1475-1564) y de Juan Calvino (1509-1564)
1575	Enrique III de Francia (1574-1589) Rodolfo II emperador (1576-1612) Mauricio de Nassau (1584-1625) Enrique IV de Francia (1589-1610) Papa Clemente VIII (1592-1605) Felipe III de España (1598-1621)	Edicto de Beaulieu (1576) Tratado de Bergerac (1577) Muerte del duque de Anjou (1584) Tratado de Memours (1585) Batallas de Coutras y de Auneau (1587) Fracaso de la Armada Invencible (1588) «Día de las barricadas» en París y asesinato de los Guisa (1588) Batalla de Arques (1589) Batalla de Ivry (1590) Enrique IV entra en París (1594) Edicto de Nantes y Tratado de Vervins (1598)	Muerte de Tiziano (1477-1576) Muerte de Andrea Palladio (1508-1580) Muerte de santa Teresa de Ávila (1515-1582) Muerte de Pierre Ronsard (1524-1585) Muerte de Montaigne (1533-1592) Muerte de Palestrina (1524-1594)
1600	Jacobo I de Inglaterra (1603-1625) Papa Pablo V (1605-1621) Luis XIII de Francia (1610-1643) Matías, emperador (1612-1619) Fernando II emperador (1619-1637) Felipe IV de España (1621-1665)	Carta de privilegio para la Compañía Inglesa de las Indias Orientales (1600) Fundación de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (1602) Conspiración de la Pólvora (1605) Formación de la Liga y de la Unión en Alemania (1608) Expulsión de los moriscos (1609) Tregua entre España y Holanda, y fundación del Banco de Amsterdam (1609) Se evita la guerra a raíz de la muerte de Enrique IV (1610) Defenestración de Praga (1618) Asesinato de Oldenbarneveldt (1619) Batalla de White Hill (1620) Los españoles capturan a Jülich (1622) Richelieu dirige el Consejo de Ministros (1624)	Muerte de El Greco (1545-1614) Muerte de Cervantes (1547-1616) y de Shakespeare (1564-1616)

1625	Carlos I de Inglaterra (1625-1649) Federico Enrique (1625-1647) Fernando III emperador (1637-1657) Luis XIV (1643-1715) Carlos II de Inglaterra (1649-1685)	Sitio y captura de La Rochella (1627-1628) Wallenstein captura Wismar (1628) Edicto de restitución y paz de Lübeck (1629) Tratado de Bärwalde, saqueo de Magdeburgo y batalla de Breitenfeld (1631) Batalla de Lützen y ejecución de Montmorency (1632) Batalla de Nördlingen (1634) Paz de Praga y declaración de guerra de Francia a España (1635) Los españoles invaden Francia (1636) Los holandeses reconquistan Breda (1637) Los franceses toman Breisach (1638) Flota española destruida en Downs (1639) Rebelión en Portugal y Cataluña (1640) Guerra civil en Inglaterra (1642) Batalla de Rocroi (1643) Rebelión en Nápoles (1647) Tratados de Münster y de Osnabrück (1648) Ejecución de Carlos I de Inglaterra (1649) «Fronda»: movimiento de agitación popular contra Mazarino (1649)	Muerte de John Donne (1573-1631) Muerte de Lope de Vega (1562-1635) y de Jacques Callot (1592-1635) Publicación de *El discurso del método* (1637) de Descartes Muerte de Rubens (1577-1640) Muerte de Van Dyck (1599-1641) Muerte de Monteverdi (1567-1643) Muerte de Grocio (1583-1645)
1650	Leopoldo I emperador (1657-1705)	Reprimida la rebelión de Barcelona (1652) Oliver Cromwell se convierte en lord protector (1653) Inglaterra toma Jamaica (1655) Muerte de Cromwell (1658) Tratado de los Pirineos (1659) Carlos II entra en Londres (1660) Muerte de Mazarino (1661)	Muerte de Descartes (1596-1650) Muerte de Velázquez (1599-1660) Muerte de Pascal (1598-1662)

dicho. En realidad, parece que fue menos dramático de lo que se creyó. Por ejemplo, la población, según se ha comprobado, aumentó en Alemania de 16 millones en 1600 a casi 17 en 1650. Evidentemente, cabe citar momentos de gran dramatismo, particularmente en los escenarios de la guerra, pero a menudo los retrocesos poblacionales eran temporales, pues una vez se habían ido los ejércitos la gente volvía a sus casas.

En efecto, muchas regiones perdieron parte de sus habitantes no porque hubiesen muerto, sino porque emigraban a regiones que les ofrecían mejores condiciones de vida. El número de habitantes de Colonia decayó bruscamente hacia 1610; pero ello se debió a que muchos de los hombres más ricos se trasladaron con sus familias a Hamburgo, donde existían mejores perspectivas comerciales. A menudo estas emigraciones eran rápidamente compensadas por una alta natalidad; por ejemplo, Amberes perdió habitantes que se trasladaron a Amsterdam a finales del siglo XVI, pero aun así la ciudad continuó creciendo demográficamente, pasando de 45.000 habitantes en 1600 a 67.000 en el año 1700.

Las ciudades que eran directamente afectadas por las operaciones militares no sufrieron necesariamente desastres socioeconómicos. Por ejemplo, Danzig fue bloqueada varias veces a finales de la década de 1620, pero esto no impidió que se diese un fuerte aumento en su comercio. A menudo las operaciones militares incrementaron de una forma efectiva las actividades comerciales, modificando temporalmente la competencia de ciudades rivales. Este fue ciertamente el caso de la misma Danzig, que se aprovechó de los problemas de los holandeses entre 1621 y 1625 y durante la guerra anglo-holandesa de 1652-1653.

Incluso los daños físicos no parece que tuviesen unos efectos tan espantosos como los que han imaginado algunos historiadores. Por ejemplo, Leipzig presenció grandes batallas ante sus puertas (Lützen y Breitenfeld) durante la década de 1630, y tanto entonces como a lo largo del decenio posterior sufrió varios ataques con éxito de parte de los ejércitos imperiales y



suecos. No osbtante, Leipzig continuó creciendo durante este período, superando a sus rivales Nuremberg, Colonia y Frankfurt, situándose en 1650 como la segunda ciudad en importancia después de Hamburgo. Pero ha sido muy exagerada la leyenda de las destrucciones catastróficas. Los individuos que supieron adaptarse a las nuevas circunstancias no sólo pudieron sobrevivir, sino desarrollarse socioeconómicamente durante el período, y en general, la región sostuvo un marcado progreso económico entre 1600 y 1650.

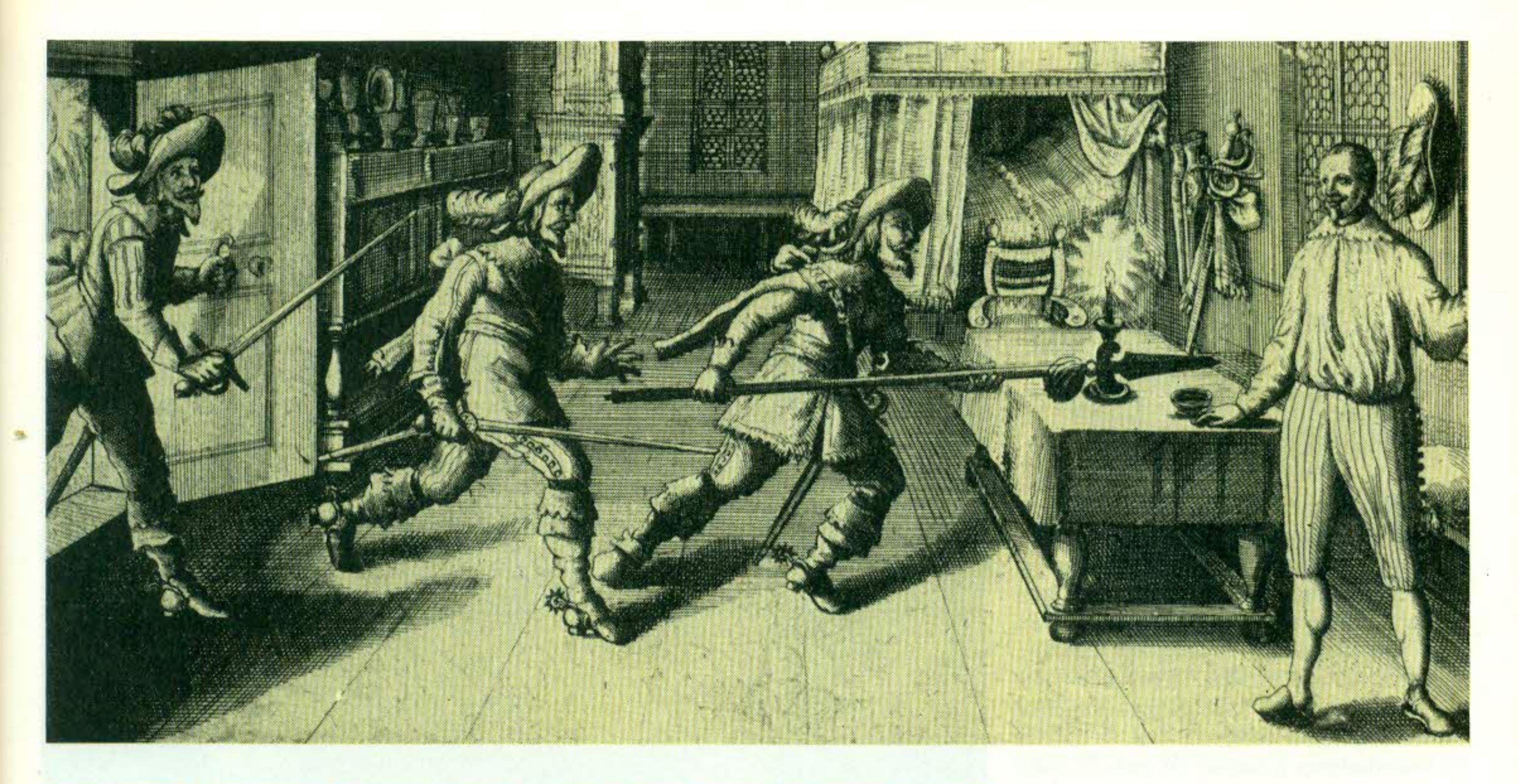
El mito de la Guerra de los Treinta Años

La leyenda de la «devastación» impulsó a escritores como Samuel Pufendorf, a quien se le encargó que engrandeciera la imagen de los soberanos de Brandenburgo-Prusia. Para historiadores como él, la contienda se dirimió entre la tiranía de los Habsburgo y los magnánimos príncipes protestantes alemanes, y en el transcurso de la misma la devastación fue tan terrorífica que sólo pudo ser reparada por gobernantes del calibre de Federico Guillermo de Brandenburgo, conocido como el Gran Elector.

En el caso de Suecia, Gustavo Adolfo y su ministro Oxenstierna estuvieron tan interesados en establecerse en las playas del sur del Báltico como en liberar a sus correligionarios alemanes. Esto mismo es aplicable al rey de Dinamarca, cuya desafortunada intervención en la guerra fue originariamente motivada por un deseo de apoderarse de las decadentes ciudades hanseáticas del mar del Norte y del Báltico.

La noción de que la contienda tuvo su origen en la defensa de las libertades constitucionales «alemanas» también debe ser descartada. El cambio de alianzas, que hacía que los príncipes se pusieran unas veces al lado del emperador y otras junto a sus adversarios, fue obviamente menos el resultado de un cálculo de interés constitucional que una derivación del impulso por aprovecharse de las posibilidades políticas a corto plazo o, tal vez, simplemente de sobrevivir. Cualquier intento de dar una explicación global puede inducir a errores, pues aquella fue una guerra simultáneamente religiosa, política, constitucional y económica, sostenida no sólo en Alemania sino en toda Europa, y que no duró treinta años, sino cincuenta.

La carrera de Wallenstein proporciona un excelente ejemplo de la noble naturaleza de los motivos y destino de los participantes en la contienda. Wallenstein ha-





Arriba, asesinato de Wallenstein en Eger, en 1634, por instigación del emperador Fernando II. (Octavilla de la época.)

Izquierda, batalla ante la ciudad de Leipzig, importante centro cultural de la época.

Página anterior, detalle del cuadro Hallazgo del cadáver de Gustavo Adolfo, *de Alfred Rethel, uno de los pintores históricos más destacados del siglo XIX.*

bía nacido en el seno de una familia de la pequeña nobleza de Bohemia, recibiendo una educación marcadamente protestante. Cuando tuvo 20 años de edad fue convertido al catolicismo por un jesuita que le introdujo en la corte imperial y le aseguró una boda ventajosa. Después de esto, su prodigioso talento como organizador financiero y militar le creó un porvenir deslumbrante: duque de Friedland en 1625, en 1630 poseía enormes territorios en el norte de Alemania y tenía arsenales con los que aprovisionaba a todos los bandos en contienda. Tuvo escasos escrúpulos en elegir a sus colaboradores, que fueron tanto católicos convencionales como rigurosos protestantes. El mismo Wallenstein estaba tan interesado en la astrología como en la teología.

Su suerte fue tan extraordinaria como su ascenso.

Convertido en una especie de co-emperador, gracias más bien a su genio personal que a su apoyo en un movimiento constitucional o religioso, fue, como hemos visto, destituido por la presión de los príncipes, restablecido en sus atribuciones cuando el emperador le necesitó, y finalmente asesinado cuando éste le consideró un peligroso rival. Por su estraordinario talento, Wallenstein se asimila a Napoleón, pero, a diferencia de éste, vivió en una época en que los principios hereditarios eran aún demasiado fuertes para aventureros que pretendían cubrir sus ambiciones con un manto de legitimidad. Cometió el error de desafiar la lógica de su época.

Francia y Europa en la época de Mazarino



La década de 1640 a 1650 marca un período de agitación en la historia de los estados europeos. En Francia hubo las revueltas de los *frondeurs* (literalmente, muchachos con *frondes*, es decir, con «hondas»). En Inglaterra, la Gran Revolución. En las Provincias Unidas, la revuelta palatina de 1650. Y en toda Europa tumultos menores que, en conjunto, han llevado a los historiadores a hablar de «seis (o más) revoluciones contemporáneas».

Esta inquietud institucional tuvo sus causas en cuestiones económicas, pues las dos décadas de mediados de siglo parecen haber sido un período más de consolidación que de expansión. Sin embargo, hacia 1660 la mayoría de los países elaboraron unas formas de gobierno más concretas, entrando la economía europea en una de sus fases más dinámicas, sólo interferida por las continuas guerras.

Después de la muerte de Richelieu, a fines de 1642, Luis XIII nombró a Mazarino primer ministro. Así, en abril de 1643, el rey hizo los preparativos para la sucesión: Ana de Austria sería la regente y Gastón de Orleáns el lugarteniente general. Pero el poder efectivo recaería en un Consejo de Regencia que incluía a Mazarino, al canciller Séguier, al ministro de Finanzas Bouthillier, y al hijo de éste, Chavigny, como secretario de Estado. Todos ellos viejos colaboradores de Richelieu. Esto fue la teoría. En la práctica, cuando Luis XIII murió en mayo de 1643, Ana de Austria persuadió al Parlamento de París para que omitiera aquellas disposiciones. Ella asumió el poder y confirmó la posición de Mazarino como primer ministro con grandes atribuciones.

Mazarino

El cardenal Mazarino, a quien sus enemigos llamaban el «embaucador siciliano», tenía entonces 41 años de edad. Nacido en 1602, de padre siciliano al servicio de la poderosa familia de los Colonna, fue





Arriba, el cardenal Mazarino (1602-1661). Su carrera se inició al servicio del Papado hasta que se unió a Richelieu en 1636. A la muerte de éste siguió con la misma línea en política y contribuyó a legar un reino poderoso al joven monarca Luis XIV, a pesar de los problemas financieros reflejados en la Fronda. (The Wallace Collection, Londres.)

Izquierda, Pierre Séguier, duque de Villemor (1588-1672), un amigo de Mazarino que llegó a canciller de Francia en 1635. Ayudó a reforzar la monarquía reprimiendo varios tumultos y conspiraciones. (Louvre, París.)

Página anterior, el hermano de Luis XIII, Gastón de Orleáns (1608-1660), líder de la Fronda desde 1648. Conspiró varias veces contra su hermano, pero sin éxito. (Musée Condé, Chantilly.)

educado por los jesuitas y después en la Universidad de Alcalá en Madrid. Con tan poderosos protectores pronto mandó una compañía de la infantería papal, sirviendo en la campaña de la Valtelina.

Fue la cuestión de la sucesión de Mantua la que decidió su futuro. Como delegado papal, fue llamado para mediar entre Francia, Saboya y España, consiguiendo satisfacer a Richelieu al mantener al duque de Nevers en Mantua y el Monterrato, y convertir a Saboya en aliada de Francia, a la que cedió la fortaleza de Pinerolo en 1630. Tras esto, su ascenso fue rápido; en 1634 fue nombrado legado papal en París, al tiempo que Richelieu le elegía como colaborador. Cinco años después abandonó su legación y se nacionalizó francés para poder entrar al servicio de sus nuevos valedores. Luis XIII le hizo cardenal en 1641. Si el rey le consideró un fiel servidor, la reina le vio como algo más, al parecer se había enamorado de él, y le confió el poder a la muerte del monarca.

Obviamente, la gran nobleza se molestó al ver que Richelieu era sucedido por otro hombre habilidoso, aunque pareciese tímido y autosuficiente. Por ello, conspiraron para asesinarle. Sin embargo, la reina se enteró del proyecto y arrestó a los cabecillas. Desde entonces Mazarino vivió protegido por una fuerte guardia.

Mazarino estaba bien capacitado para proseguir la positiva política exterior de Richelieu, que se consumó con la Paz de Westfalia. Pero también heredó del gran cardenal graves problemas internos. Los ingresos reales nunca habían sido suficientes para pagar tan costosas guerras y Mazarino se vio obligado a tomar drásticas medidas en busca de dinero. Su superintendente de Finanzas era un italiano llamado Particelli d'Émery, que no estaba satisfecho con la política económica vigente, es decir con la venta de altos cargos, por lo que creó nuevos impuestos, como el que gravaba las nuevas edificaciones. Ello ocasionó tumultos en París en 1644.

Siguieron otros impuestos fuertes y fijos. La llamada *taxe des aisés* (tasa sobre la riqueza) tuvo que ser revocada debido a las generalizadas protestas que originó, pero en 1647 d'Émery consiguió gravar con un impuesto más alto diversas mercancías que entraban en París. Estas nuevas tributaciones fueron rechazadas de una forma obstinada por los parisinos, cuyos resentimientos encontraron eco en el Parlamento.

Así, cuando en 1648 Carlos I de Inglaterra fue hecho prisionero por sus parlamentarios, el Parlamento de París —cuyo parecido con la institución inglesa radicaba solamente en el nombre— consideró que la situación era propicia para un movimiento contra la monarquía. Sus miembros propusieron un programa legislador completo, pasando por alto a la adminis-



tración real, apoyándose en la alta nobleza. Luego, convocaron una reunión general de todos los componentes de la corte para deliberar sobre las reformas a emprender. Su ejemplo fue seguido por los Parlamentos provinciales que, imitándoles, revocaron las comisiones de los intendentes, negaron la validez de los nuevos impuestos y condenaron los arrestos arbitrarios.

La Fronda parlamentaria

Animado por la victoria sobre los españoles en Lens (agosto de 1648), Mazarino arrestó al líder de los *malcontents*, un hombre llamado Broussel. Sin embargo, esta acción provocó una insurrección popular, reminiscencia del «día de las barricadas» de 1588; el joven monarca y su familia quedaron bloqueados en el Palais Royal, teniendo finalmente Mazarino que liberar a Broussel a condición de que el Parlamento no se interfiriera en los asuntos políticos durante los próximos meses. Pero era tan grande el descontento que tales medidas no resolvieron nada, entendiendo Mazarino que solamente el bloqueo militar haría retornar el sentido común a la capital.

Por lo tanto, a principios de enero de 1649 sacó de París a la familia real. Esta fue trasladada a Saint-Germain-en-Laye, y Luis II, príncipe de Condé (hijo del destacado rebelde protestante bajo Luis XIII), inició el sitio. Dentro de la ciudad, la resistencia fue dirigida por el príncipe de Conti, hermano de Condé, y por Paul de Gondi, el futuro cardenal de Retz. Gondi hizo todo lo posible para organizar la defensa, pero las tropas reales fortalecieron el cerco alrededor de París. Un enviado del monarca español ofreció ayuda a los frondistas, pero el Parlamento no deseaba ir tan lejos. Tras el fracaso de esta misión se enfrió el ardor revolucionario de los parisinos.

En abril de 1649 las dos partes en litigio llegaron a un acuerdo: el Parlamento no se reuniría durante un año y la familia real volvería a París. De este modo acabó la Fronda parlamentaria. Desde el punto de vista inmediato, el rey tenía a su favor la mayor parte de las tropas, pero a largo plazo la Fronda parlamentaria fue muy significativa: fue el último movimiento revolucionario organizado anterior a la Revolución francesa de 1789.

La Fronda de los príncipes

Con los parlamentarios temporalmente tranquilos, Mazarino debía ahora actuar contra los príncipes. El líder de estos era Condé, por lo que a principios de 1650 Mazarino no sólo le arrestó a él, sino también a su hermano Conti, esperando así sofocar la revuelta antes de que ésta empezara. La esperanza fue ilusoria, pues los amigos de Condé huyeron a sus territorios: Turena a Stenay, Bouillon al Limosín, Madame de Longueville a Normandía, etc.

Mazarino envió rápidamente tropas tras los nobles, pero tan pronto como pacificaba una zona, se levantaba otra. Con una irresponsabilidad sorprendente, Turena y Madame de Longueville firmaron





una alianza con los españoles, que por un tiempo le costó a Francia perder la estratégica ciudad fronteriza de Rehtel. Mazarino mostró en ese momento una energía digna de su maestro Richelieu, acompañando a las tropas reales por todo el país.

Por un momento pareció que lograba la victoria, pero Gondi, que conocía muy bien las posibilidades de la situación política, consiguió hacer que los miembros de la anterior Fronda parlamentaria se aliaran con los nobles *malcontents*. Cuando en enero de 1651 este frente unido pidió la libertad de Condé y Conti, y la destitución de Mazarino, el cardenal juzgó que lo mejor era complacer sus demandas y se retiró a Alemania.

Desde allí mantuvo una vinculación constante con Ana de Austria, mientras que sus previsiones se verificaban. Liberado Condé, se mostró tan arrogante y violento que no sólo rompió la alianza de las dos Frondas, sino que indujo a los nobles Bouillon, Gondi y Turena a pedir el perdón a la reina. Alejado de todos sus aliados, Condé se vio obligado a huir. Tras algunas escaramuzas indecisas, la reina volvió a París en octubre de 1652. Cuando Mazarino se reunió con ella en febrero de 1653, la Fronda ya había acabado.

Los rebeldes fueron tratados con clemencia. Muchos fueron incluidos en una amnistía general y se les permitió recuperar su antigua jerarquía social. Algunos historiadores han considerado la Fronda como parte de una demostración general del descontento causado por el estancamiento económico que afectó a muchos países europeos en la década de 1640, por cuyo motivo sus habitantes tendieron a rebelarse contra el constante aumento del costoso aparato del Estado. Esta interpretación sólo se puede aplicar claramente para explicar los sucesos de Francia. Los parlamentarios ciertamente estaban exasperados por los métodos de d'Émery para obtener dinero, pero su motivación inicial fue constitucional, pues lo que ellos temían, y por lo que se levantaron, fue por la expansión del poder real.

Lo mismo es válido para los príncipes a los que no afectaron particularmente las medidas fiscales; ambas Frondas protestaron inicialmente contra la política centralizadora que la monarquía había iniciado con gran éxito. No hubo nada de democrático en los movimientos de la Fronda, pues los líderes utilizaron a menudo argumentos falaces para ganarse al pueblo descontento. De hecho, buscaban el aumento de su propio poder y riqueza.

Acabadas las revueltas, Mazarino restableció el control real mediante los intendentes, mientras que Fouquet consiguió aumentar los fondos públicos. Mazarino también estaba comprometido con la educación del joven rey, el cual no parecía demasiado brillante. El cardenal lo llevó a reuniones del Consejo para que pudiera ver cómo se administraba el país y lo envió con el ejército para que aprendiese a

Arriba, el vizconde de Turena (1611-1675), el general francés héroe de la Guerra de los Treinta Años que se unió a la Fronda para pasarse después al bando de los realistas. Sirvió como mariscal a las órdenes de Luis XIV en las campañas contra España y los Países Bajos.

Izquierda, Luis II de Borbón, príncipe de Condé (1621-1686), el general francés que luchó contra la Fronda junto al rey para pasarse al otro bando y luchar junto a España contra la corona francesa. Posteriormente sirvió con Luis XIV en los Países Bajos, al igual que muchos otros frondistas indultados tras el fracaso del movimiento. (Musée Condé, Chantilly.)

Página anterior, el castillo de Vaux-le-Vicomte, construido de 1657 a 1661 por el que sería arquitecto de Versalles, Louis Le Vau (1612-1670), por orden del ministro Fouquet.



organizar una campaña. Parece ser que inculcó al joven monarca su propio amor por los libros, la pintura y el arte en general.

Francia y sus vecinos

La Fronda hizo mucho daño a la economía francesa, particularmente en Picardía y Champaña. Detrás de los siempre devastadores ejércitos llegaban el hambre y las pestes. Así, a principios de la década de 1650 muchas ciudades del nordeste de Francia perdieron una cuarta parte de sus habitantes, a pesar de los destacados esfuerzos de las nuevas órdenes religiosas para alimentar y cuidar a los hambrientos. El campesino fue la clase que más sufrió; sin la protección de las murallas de las ciudades, era terriblemente vulnerable.

Alrededor de las ciudades más importantes, como París, se consolidó y nacionalizó la tenencia de tierras, pero el proceso fue muy lento, por lo que la mayor parte del suelo continuó cultivado por pequeños agricultores que utilizaban métodos muy rudimentarios. Las condiciones de vida eran muy diferentes en Holanda o en Inglaterra, países donde a mediados del siglo XVII comenzaron a apuntar indicios de la inminente «revolución agraria». Los holandeses fueron los pioneros, desarrollando hábilmente cultivos de tréboles y nabos, para remediar las deficiencias de los anteriores y rudimentarios sistemas de rotación. Fue también en Holanda donde empezó a desarrollarse el drenaje, de forma que a principios del reinado de Enrique IV técnicos holandeses fueron llamados a Francia para trabajar en los pantanos de Poitou y Saintonge. En Inglaterra, a causa de la producción de lana, fue penetrando lentamente una mentalidad capitalista y racionalista. En el siglo XVII continuaron los cercados *(enclousures)*, que ya habían originado graves descontentos durante los reinados de Enrique VIII e Isabel. Sin embargo, si el cercado fue una desgracia a corto plazo, a largo término

supuso una ventaja económica, de modo que en 1650 la agricultura inglesa, basada en unas unidades más grandes que la francesa, y ajustada a las necesidades del gran capital, era mucho más efectiva.

En la industria, Inglaterra también aventajó a Francia en la primera mitad del siglo XVII. Su nueva prosperidad se basaba en la producción de carbón, que pasó de cerca de 200.000 toneladas en 1540 a 1.500.000 en 1640; en esta última fecha Inglaterra producía tres veces más carbón que el resto de Europa. La disponibilidad de combustible supuso la posibilidad de que surgieran nuevas industrias, como la del refinado de azúcar o la de fabricación de papel, y que las viejas, como la de producción de cervezas, de tintes, del refinado de la sal o de la fundición de cañones, avanzaran sin ser entorpecidas por la escasez de carbón vegetal.

El desarrollo industrial fue menos espectacular en los Países Bajos, debido tal vez a que las divisiones políticas aislaron la floreciente área del norte de los abundantes yacimientos carboníferos de la región de Lieja. Sin embargo, floreció la industria textil algodonera, cuyas manufacturas se exportaban a las posesiones holandesas de ultramar, mientras que en los astilleros de las Provincias Unidas se introdujeron sistemas productivos en serie y de normalización de piezas, resultando insuperables por los bajos costos de su producción. Las empresas marítimas inglesas y holandesas, apoyadas por las industrias de precisión, como la cartografía o la fabricación de instrumental, se situaron muy por delante de sus coetáneas francesas. Los españoles fueron los primeros pioneros de la cartografía, pero perdieron su primacía en el siglo XVII.



Arriba, retrato anónimo de Piet Heyn (1557-1626), el almirante holandés al servicio de la Compañía de las Indias Orientales que se dedicó a saquear los envíos de oro y metales preciosos de América a España. (Nederlandsch Historisch Sheepvaart Museum, Amsterdam.)

Izquierda, Ana de Austria (1601-1666), hija de Felipe III de España y esposa de Luis XIII de Francia desde 1615. Aunque enemiga de Richelieu, sucedió a su marido en la regencia de Francia (1643) y apoyó la política de Mazarino.

Página anterior, tapiz inglés del siglo XVII con motivos de la labor agrícola. Los campesinos ingleses de la época eran conscientes de su superioridad, en cuanto a condiciones de trabajo y cantidad de impuestos sobre sus contemporáneos franceses, sobrecargados de gravámenes estatales. (Victoria and Albert Museum, Londres.)

Los holandeses también estaban en primer lugar en el desarrollo de las instituciones económicas. Mientras los monarcas españoles, por ejemplo, fueron incapaces de movilizar su potencial económico, teniendo que declarar bancarrotas en 1557, 1575, 1596, 1607 y 1647, el gobierno de las Provincias Unidas pudo incluso financiar las costosas guerras de 1621-1648 de una forma regular.

Esto fue posible gracias especialmente al Banco de Amsterdam, fundado en 1609 a imitación de varios bancos italianos. La función de esta entidad era la de recibir dinero excedente y destinarlo donde fuese más provechoso. Así, actuó como un elemento regulador de los recursos monetarios del país. La base de su éxito estribó en el hecho de que los acreedores podían confiar en el Estado en caso de reclamaciones. La situación era muy diferente de la francesa, la inglesa o la española, donde los acontecimientos habían demostrado que los monarcas pobres no mostraban compasión hacia sus acreedores. La relación entre la economía y la política se hizo patente cuando uno de los estatúderes (gobernadores) no quiso ser coronado rey, alegando que ello podría arruinar a la República, pues haría peligrar la confianza en la banca.

El comercio colonial, del que dependía cada vez más la prosperidad de Holanda y de Inglaterra, se organizó por medio de grandes sociedades por acciones en comandita, asociaciones en las que se invertía individualmente y se pagaban cada año los dividendos de sus operaciones. La más grande de todas estas empresas fue probablemente la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, constituida en 1600; le siguió en 1602 su homónima holandesa. Poco después, Enrique IV hizo todo lo posible para fundar la Compañía Francesa de las Indias Orientales, pero el intento





fracasó por la oposición de los holandeses; fue con Richelieu cuando este tipo de empresas se puso en marcha en la nación gala. Sin embargo, durante el siglo XVII la institución francesa tuvo mucho menos éxito que las inglesa y holandesa. Ello fue consecuencia de la excesiva intromisión del Estado, pero también se debió a la ausencia de un grupo mercantil dinámico cuya influencia comercial pudiese presionar sobre el gobierno. La carencia de representantes de los comerciantes en el Consejo de Estado fue, sin duda alguna, una derivación de la considerable distancia que separaba París de los grandes centros comerciales, como Marsella, Burdeos y Nantes.

La falta de colaboración entre el gobierno y los grupos mercantiles explica las diferencias entre países como Francia y España con Holanda e Inglaterra. En España se perdió el interés por el comercio, pues, como se ha visto, la sociedad se orientó hacia fines no económicos, especialmente guerreros y honoríficos. Igualmente, en Francia el grupo de los comerciantes fue durante mucho tiempo ignorado en parte debido al problema de la distancia de la capital, pero también porque los franceses tuvieron que afrontar múltiples guerras civiles.

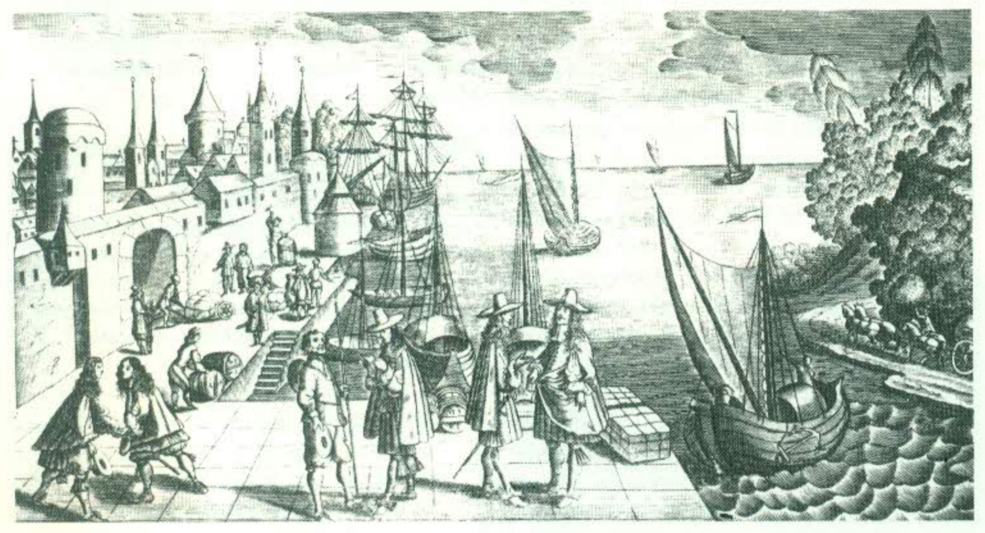
Las cosas fueron diferentes en Inglaterra y Holanda. En ambos países coincidían las capitales económicas y políticas, Londres y Amsterdam, respectivamente. A principios del siglo XVI, se les hizo muy difícil a los monarcas ingleses desoír la opinión de los comerciantes y de los banqueros de Londres, que era de hecho la ciudad más grande del país. Lo mismo ocurría con Amsterdam, donde los Estados Generales no podían ignorar a los sectores burgueses, puesto que muchos de los miembros de esta asamblean pertenecían a aquella clase.

Se llegó a un punto en que el modelo político constitucional de estos dos últimos países divergía radicalmente de los modelos francés y español, marcados por el alza del absolutismo. Ciertamente, Jacobo I de Inglaterra tenía grandes ambiciones personales, pero se preocupó siempre por no materializar sus pretensiones relativas al derecho divino. Carlos I fue menos prudente; durante un tiempo pareció que había encontrado su Richelieu u Olivares en la persona de Thomas Strafford, pero entonces sucedió lo inevitable: la monarquía se derrumbó.

Las nuevas fuerzas que surgieron en Inglaterra tenían un sentimiento «nacionalista», factor imposible de encontrar entre los elementos feudales o municipales de Francia y España. Cuando los nobles catalanes se rebelaron no fue para ponerse a la cabeza de un movimiento popular,

El mercado, *pintura barroca de Alessandro Magnasco. (Museo del Castello Sforzesco, Milán.)*

Página anterior, el cartógrafo Gerhard Mercator y el fabricante de globos terráqueos Hondius, holandeses, representantes de las nuevas profesiones técnicas que el desarrollo del comercio hizo necesarias. En Francia, sin embargo, seguían con una economía de tipo medieval, por lo que tales innovaciones eran aún desconocidas.



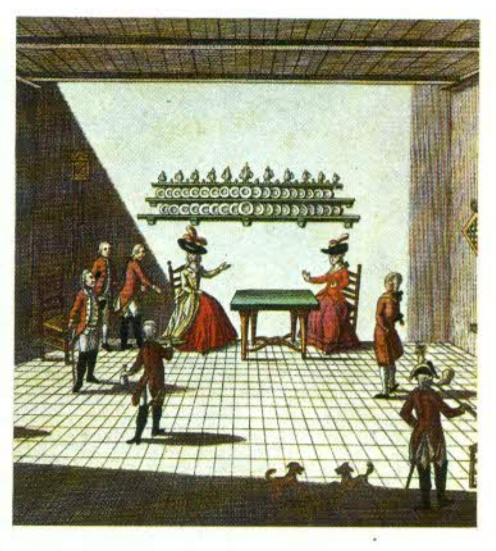
sino para reafirmar sus antiguos privilegios. Lo mismo es válido para la Fronda, tanto para la de los nobles como para la de los parlamentarios, ya que eran esencialmente reaccionarios.

En contraste con estos elementos, las clases dominantes de Holanda se sintieron hábilmente identificadas con el sentimiento popular de una revolución nacional contra España. Así fue como la bandera y el himno de la Casa de Orange se convirtieron en los símbolos más destacados de la revolucionaria República. Esto no quiere decir que no hubiese tensiones dentro de las Provincias Unidas, pero existía un consenso general acerca de la forma y función del gobierno.

A mediados del siglo XVII, Holanda era, de hecho, la «dueña de Europa», tal como lo había sido Italia durante el siglo XVI y antes. No sólo las técnicas navales y comerciales eran superiores a las del resto de Europa, sino que la pujanza se manifestó en todos los ámbitos. Entre los científicos destacaron, por ejemplo, Antonio van Leeuwenhoek y Christian Huygens, famosos respectivamente por ser el pionero del microscopio y el inventor del telescopio perfeccionado —y de los relojes de péndulo—. Los arquitectos holandeses desarrollaron un estilo completamente nuevo de urbanismo, teniendo en cuenta las necesidades prácticas de sus habitantes y utilizando materiales nacionales y eficaces. La escuela de pintura holandesa, encabezada por grandes maestros como Rembrandt van Rijn (1606-1669) y Pieter de Hooch (1629-1677), atrajo a coleccionistas y estudiantes de arte de toda Europa. Las universidades holandesas se caracterizaron por su libertad y amplitud de miras. Podría hacerse una larga lista de los estudiantes europeos que fueron alumnos de dichos centros universitarios, tal como Hugo Grotius de Leyden (1583-1645), cuyo intento de elaborar un sistema de derecho internacional entre los Estados soberanos le convirtió en el principal teórico político de su generación.

El período comprendido entre 1600 y 1660, llamado Edad del Barroco, fue una época en que aparecieron hombres geniales en muchos países europeos. Se pusieron los cimientos para la revolución en el campo de las ciencias naturales y se despejó el camino para el desarrollo del empirismo científico.

Holanda empezó a perder su superioridad hacia mediados de siglo, cuando los ingleses comenzaron a superarla en el progreso económico y los franceses iniciaron la promoción de una cultura aristocrática centrada en Versalles, que deslumbraría a medio mundo. Además, el período



Arriba, grabado de G.B. Probst sobre el cautiverio de la princesa Guillermina de Prusia en casa de A. Leeuwenhoek. El ducado de Prusia fue muy disputado por las potencias europeas a lo largo del siglo XVII, hasta que Luis XIV de Francia le confirió el rango de reino y sentó en su trono a Federico I.

Izquierda, el cardenal Mazarino, el mayor poder de Francia durante la infancia de Luis XIV, que consolidó las bases del centralismo monárquico francés que practicaría el Rey Sol. (Musée Condé, Chantilly.)

Página anterior, arriba, un puerto alemán a fines del siglo XVII. El auge del mercantilismo, según el cual cada país intentaba controlar su propio comercio y llegar a una relativa autosuficiencia, impulsó la economía y el comercio exterior de las potencias europeas.

Página anterior, abajo, un miembro de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, el organismo comercial que, junto con su homónimo inglés, obtuvo el monopolio de los productos asiáticos. La Francia de Richelieu, por su parte, intentó hacerse con el control del Canadá y las Indias Occidentales. (Grabado de 1647.)

posterior a 1660 marca una ruptura. En cuanto a la relación entre los estados europeos fue una época de tranquilidad tras grandes violencias. La larga contienda franco-española se había liquidado en 1659 por la Paz de los Pirineos, a la vez que los Tratados de Oliva y Copenhague (ambos en 1660) promovieron una etapa de estabilidad en el norte y este de Europa. La llegada de la paz permitió que a partir de 1660 se produjera un vigoroso florecimiento económico en toda Europa, especialmente en su sector atlántico. Fue en esta época cuando el comercio colonial comenzó a transformar la economía del Viejo Mundo.

En los asuntos internos de los estados, los años alrededor de 1660 marcan una línea divisoria. Esto es muy claro en Inglaterra, donde en aquel año se produjo la restauración monárquica con Carlos II, comprometido sin embargo con el desarrollo de un sistema constitucionalista. Dos años antes, Leopoldo I se convirtió en el titular del Sacro Imperio Romano-Germánico y durante su largo reinado (1658-1705) sus arruinados dominios se transformaron en la compacta y poderosa monarquía, pero los Habsburgo abandonaron coyunturalmente sus grandes proyectos. Felipe IV de España murió en 1665, siendo sucedido por Carlos II, sin que ello supusiera ningún cambio político; el enfermizo estado del nuevo rey simbolizaba perfectamente una monarquía en decadencia.

Finalmente, 1661 presenció un gran cambio en el gobierno de Francia. Murió Mazarino, y Luis XIV, a la edad de 23 años, decidió gobernar personalmente. Durante los cincuenta años posteriores, hasta 1715, la historia de Europa es esencialmente la historia de las ambiciones de Luis XIV, el «Rey Sol».



LA NUEVA EUROPA

Introducción

Diversos son los rasgos que sobresalen en la panorámica del siglo XVII, pero de ellos, sin duda, tres destacan con magnitud propia para perfilar la centuria desde unas perspectivas políticas y económicas: la imposición del absolutismo como sistema de dominación política, recogiendo así el eco profético de Maquiavelo; el fin de la potencia sueca, combinado con la decadencia polaca, y el gran desarrollo del colonialismo –sobre todo en América–, que en este siglo comportará la trágica novedad del esclavismo, practicado masivamente sobre las poblaciones negras de África.

El absolutismo adquirió perfiles paradigmáticos en Francia –también en el naciente estado prusiano–, convertida en la gran potencia europea tras la Paz de los Pirineos (1659), que simultáneamente significó el inicio de un claro declive español. La monarquía absoluta, que en el reino francés encarnó Luis XIV, el llamado «Rey Sol», superadora ya de las largas y sucesivas crisis promovidas sobre todo por la nobleza –y en menor grado por la burguesía–, asumió el poder sin cortapisas, instrumentalizando para sus objetivos de consolidación y continuidad los residuos del viejo orden feudal. Por su parte, unos y otros, es decir, aristócratas y burgueses, claudicaron frente a la omnipresencia asumida por la identidad del rey con el Estado. Los aristócratas porque, en última instancia, el nuevo marco político-jurídico garantizaba sus inmemoriales privilegios, y entre ellos los de propiedad de la tierra y exención del pago de impuestos; los burgueses, porque a pesar de soportar una fuerte presión impositiva del nuevo Estado –por su origen «llano»– no encontraban otras trabas en sus ambiciones de enriquecimiento, y en consecuencia se acomodaron a la nueva situación.

El absolutismo encontró dos mentores intelectuales en Bossuet –«un solo rey, una sola fe, una sola ley»– y en Hobbes –la necesidad del unipersonal poder absoluto como medio de impedir la «permanente guerra civil latente en la sociedad»–, y de hecho se extendió por casi toda Europa, excepto en Inglaterra, en donde en-



tre 1640 y 1661 el antagonismo real y parlamentario estalló, saldándose con la derrota monárquica. Dicha extensión se produjo mediante una inteligente instrumentalización de los mecanismos del poder: la gobernación por decreto y la estructuración de un funcionariado, una magistratura y un ejército sumamente operativos, que componían una compleja y sólida trama, cuyo mantenimiento exigía, sin embargo, fuertes inversiones económicas. Gasto, éste, aumentado por la dispendiosa ostentación de las nuevas cortes absolutistas –de las que el Versalles francés constituye una perfecta imagen simbólica–, por la política de grandes realizaciones públicas y por las necesidades impuestas por las latentes o manifiestas confrontaciones bélicas con otros estados. Tales necesidades constituyeron las bases para el desarrollo de una política económica mercantilista, orientada hacia el fomento de aquellas actividades que más rápida y directamente podían contribuir al aumento del erario público, y hacia la extensión de formas diversas de recaudación impositiva sobre el cuerpo social englobado bajo el complejo nombre de «estado llano». Resumiendo: el ordenamiento económico debía estar al servicio del poder político absoluto.

Por otra parte, es necesario aclarar que, cuando menos, resulta discutible la opinión que sustenta la pérdida de influencia de la nobleza en el curso del siglo XVII. Es evidente que en esta etapa la aristocracia desistió de sus pasados y repetidos intentos de instaurar regímenes aristocráticos para neutralizar el poder de los monarcas, pero al margen de esa clau-

Vista parcial de los jardines del palacio de Versalles, la residencia que se hizo construir Luis XIV a partir de 1661. Desde la corte francesa partirían todas las iniciativas culturales y artísticas de la Europa del siglo XVII.





dicación siguió manteniendo una primordial función política, solamente que acomodada a la nueva realidad, pues la propia monarquía absoluta necesitaba de ella como elemento cohesionador de sus aparatos gubernamentales y para robustecer su acción política. Aquella nobleza nutría la formación de una nueva clase funcionarial: la «nobleza burocrática», que desempeñaba unos cargos generosamente recompensados. Fue este el sector perteneciente a las capas más altas del estamento aristocrático; en cambio, las capas más inferiores sí se vieron sometidas a grandes presiones económicas por el despilfarro de la vida de la corte, hasta el punto de que sólo pudo afrontarlos en base a mixtificar su rango con uniones matrimoniales con miembros de la gran burguesía. Era el pacto entre el linaje y el dinero, que proliferó durante la segunda mitad del siglo XVI. En el caso inglés, en la fase anterior al inicio de hostilidades entre el rey y el Parlamento, esta parte de la nobleza acosada optó por orientar su existencia hacia actividades burguesas, comerciales e industriales. Gerard Walter denomina a esta nobleza inglesa «de segundo orden», contraponiéndola a la de «primer orden», es decir, la integrada por los titulares de las casas nobiliarias y sus primogénitos, los cuales eran los únicos receptores del patrimonio de las mismas cuando fallecía el titular, y que en consecuencia vivían como la tradición exigía. Aquella «nobleza de segundo orden», o sea, aburguesada, constituyó en Inglaterra la *gentry*, confundida con los *gentleman*, es decir, burgueses ennoblecidos por la adquisición de títulos de mediana valía mediante compra, en un mercado potenciado por la propia monarquía, que vio en él una poderosa fuente

financiera, articulada sobre las aspiraciones de grandeza de una clase social hasta entonces constreñida al mundo de los negocios.

A lo largo del siglo XVII, la gran burguesía urbana adquirió una posición clave en el nuevo orden económico-social, y en algunos casos, durante aquella centuria, no era sorprendente el que los burgueses accedieran a funciones gubernamentales, tal como ocurrió en Holanda, con los De Witt, Oldenbarneveldt y Hensius. A través de sus actividades comerciales, de sus proyectos y operaciones colonialistas, de su intensa actividad en el ámbito de una industrialización creciente, aquella burguesía tomó conciencia de la importancia esencial de su papel social. No en vano, dicha clase disponía de un poder preponderante en la dirección de los asuntos bancarios y bursátiles, lo que le permitió adquirir grandes propiedades rurales a nobles arruinados. Este hecho, desde un punto de vista económico, revistió gran importancia, especialmente en Inglaterra y Francia, operando un cambio radical en la lógica de la orientación de la economía agraria, en el sentido de que la tierra comenzó a ser considerada con una óptica capitalista, es decir, desde una perspectiva fundamentada en rendimientos crecientes. Este hecho supuso una modificación drástica del *status* del campesino, traducida en un retroceso de su condición, aumentando la explotación y la opresión a niveles impensables bajo el dominio de la vieja nobleza, esencialmente paternalista y poco preocupada por la acumulación acelerada de riqueza.

Aquella burguesía, como ya se ha indicado, encontró apoyo en los aparatos estatales del absolutismo, pues la monarquía, sometida a un ritmo creciente de gastos para potenciar su presencia en todos los sectores de la vida económica, política y social, vio en aquella clase social, escasamente refinada pero generosamente adinerada, un soporte financiero. Fue de ese modo que numerosos puestos estatales, a través de una venta-compra, serían desempeñados por burgueses. Esta asimilación de la burguesía por la monarquía absoluta permite matizar interpretaciones excesivamente dogmáticas respecto a una hipotética pureza de las perspectivas sociales de aquella clase.

Muy distinta es la perspectiva que presenta la situación de la pequeña burguesía urbana, comerciante o industrial-artesanal, víctima de la política económica concentracionaria del Estado absolutista. Escasos fueron los pequeño burgueses que sobrevivieron libres y autosuficientes. Los oficiales y *compagnons* de los gremios se fueron convirtiendo asimismo en asalariados, perdiendo en definitiva también su independencia. Algunos de ellos, en su declive, pasaron a engrosar las filas de un naciente y peculiar proletariado industrial, empleado en las grandes manufacturas estatales o burguesas. Los artesanos que pudieron escapar al proceso de proletarización se convirtieron en feroces guardianes del espíritu gremialista, y ello en una época —la de la segunda mitad del siglo XVII, especialmente en Francia— en que a causa del auge colonialista americano existían considerables opciones de negocio. Al cerrarse en sí mismos y reclamar al rey la vigencia extrema del derecho corporativo, e incapaces por otra parte de ensanchar sus talleres para absorber más trabajo, fueron creando las condiciones para que, por una parte, las grandes manufacturas asumieran aquellas potencialidades de negocio, al tiempo que bajo la protección de grandes burgueses se estructuraba un artesanado clandestino. Resultado de todo ello fue una competencia irresistible.

De las capas obreras, solamente escaparon de la tremenda lógica económica de producir al más bajo coste posible, los empleados en las manufacturas estatales, en las que, a pesar de imperar un régimen de trabajo cuartelario, con 12-14 horas de labor continuada, sus reivindicaciones salariales eran atendidas para evitar conflictividad y la generalización de un paro masivo. Aquellas reivindicaciones obreras se canalizaron a través de cofradías, y por ejemplo en Francia dieron lugar al *compagnonage* (compañerismo), precedente incipiente de un futuro movimiento obrero que todavía tardaría dos siglos en expandirse.

La precedente valoración sociológica del siglo XVII, realizada a través del análisis del absolutismo, debe ser contemplada dinámicamente junto a otras realidades insoslayables, ya citadas anteriormente: las pugnas entre diversos estados europeos, bajo la persistente amenaza turca, y por otra parte, la enorme expansión colonialista operada en este período histórico.

Aquella Europa dominada por el absolutismo parece palpitar hacia un proceso de reordenaciones nacionales y estatales, especialmente en el norte y el centro, siempre bajo la hegemónica observación del poderío francés, cuya influencia en los asuntos europeos se vio favorecida por el declive español y la problemática interna de Inglaterra.

En el norte continental, la cohesión sueca había comportado un progreso nacional hacia la calidad de gran potencia hegemónica en el mar Báltico. Creyendo sosegada y dominada aquella área, los suecos orientaron sus apetencias hacia el oeste, pues en la perspectiva de participar del gran negocio colonialista les era indis-

Página anterior, Luis XIV recibe a un embajador persa. Toda la corte está presente, intentando conseguir el favor real con sus bromas o consejos. La vida pública del Rey Sol se extendía a casi todas sus actividades, e incluso la hora de despertarse era un acontecimiento al que se daban cita los elegidos que el rey autorizaba a entrar en su alcoba.

pensable dominar los estrechos marítimos daneses, paso previo para intentar la salida al Atlántico. Frente a esta realidad, todas las potencias colonialistas, es decir, Francia, España, Inglaterra, Holanda y Portugal, coincidieron en la necesidad de ahuyentar a un nuevo competidor, auspiciando un frente de apoyo a Dinamarca que, en última instancia, acabaría por impedir el propósito de los monarcas suecos. Al mismo tiempo, se favorecían las pretensiones polacas sobre el litoral báltico, abriendo así un nuevo frente de preocupaciones y conflictos a Suecia. De un modo u otro, los intentos expansionistas de Carlos Gustavo de Suecia fueron desbaratados, pero la colisión entre Suecia y Polonia propició la crisis de la nación polaca, amenazada también por apetencias territoriales de Rusia y Austria. Al iniciarse la segunda mitad del siglo XVII Polonia se encontraba prácticamente desmembrada —víctima en definitiva del cálculo político de las potencias occidentales del continente, que la sacrificaron para frenar a Suecia— y carente de una cohesión nacional. La amenaza turca propició, sin embargo, aunque sólo momentáneamente, una pasajera recuperación del estado polaco bajo la figura de Juan Sobieski, un noble que consiguió aunar voluntades en la lucha contra los otomanos, a través de sus sucesivas victorias, proceso en el cual llegó a proyectar la definitiva expulsión turca de Europa en una acción conjunta con los Habsburgo. Proyecto que hubo de abandonar por presiones de Francia, pues el «Rey Sol» vio en él la posibilidad de una potenciación del poder de los Habsburgo. Para los planes políticos y económicos de Francia, la amenaza latente de los turcos sobre Europa central era un factor de presión sobre Austria. Quizá si Juan Sobieski hubiera podido llevar a cabo su proyecto, el destino de Polonia hubiera sido muy distinto.

En este mundo constituido en mosaico de contradicciones, otro hecho reviste una importancia fundamental, especialmente por sus efectos a largo plazo: la lenta, pero creciente penetración occidental hacia otras regiones lejanas del planeta, que conformó así, por una parte, la fase de mayor plenitud del llamado «primer colonialismo», y por otra sentó las bases de una influencia que, a través de diversas renovaciones, se prolongaría hasta más allá de la mitad del siglo XX.

Inglaterra, España, Francia, Holanda y Portugal integran el cuadro de potencias colonialistas, y sus aspiraciones de dominio se dirigieron tanto hacia el este, es decir, Asia, como hacia el oeste, esto es, América. Sin embargo, especial relieve cobró la orientación hacia el llamado Nuevo Mundo, en donde la explotación



generalizada y sin escrúpulos de la mano de obra amerindia, a mediados del siglo XVII amenazaba con generar una crisis producida por una muerte masiva de la población autóctona. Tan drástico resultó este proceso que las grandes potencias concluyeron en la necesidad de buscar sucedáneos para la prosecución de la explotación del exuberante mundo de las especies y de la prodigiosa riqueza minera. La reserva, la gran reserva de mano de obra, era el continente africano y más concretamente su área de población negroide situada en los litorales del Atlántico. Se inició con ello una nueva dialéctica que tendría esenciales repercusiones en el mundo del futuro. Grandes expediciones de traficantes devastaron a las poblaciones africanas, extirpándoles sus generaciones más jóvenes, es decir, más aptas para el trabajo, a las que en condiciones brutales transportaron a América, originándose así una nueva «industria» que añadir a todas las derivadas del proceso colonialista: la del tráfico de esclavos. España, Francia y Portugal organizaron estatalmente la captura y tráfico de negros africanos, en tanto que en Inglaterra y Holanda éste lo asumieron compañías privadas. De hecho, cabe resaltar la existencia también de un colonialismo estatal y otro de carácter «privado», correspondientes a la misma división que había sido trazada para el tráfico esclavista.

En torno al tráfico esclavista y a la explotación de la mano de obra autóctona americana, tanto en el hemisferio norte como en el del sur, se amalgamó un complejo mundo de economía, opresión, religión y utopía. Por una parte, la explotación económica de las riquezas americanas siguió a ritmo creciente, generando intensas rivalidades entre las potencias colonialistas, las cuales tomaron formas tan peculiares como la piratería, organizada en gran escala por ingleses y holandeses, especialmente contra los galeones españoles. A pesar de ello, España poseyó, de un modo u otro, las 4/5 partes de la plata de origen americano que circuló por Europa, sin que los gobernantes absolutistas supieran sentar las bases de una sociedad preindustrial sólida que augurara un futuro sosegado.

La opresión a que fueron sometidos los autóctonos americanos y los esclavos negros fue objeto de crítica por algunos sectores religiosos, especialmente católicos, y los testimonios dejados por fray Bartolomé de Las Casas constituyen buena muestra de un interés absolutamente minoritario, del cual no participó la Iglesia católica como institución. También en Inglaterra y Holanda se levantaron voces críticas contra las atrocidades cometidas, pero el interés de las compañías privadas prevaleció por encima de cualquier otra consideración.



Inglaterra en el siglo XVII

En marzo de 1603, a la muerte de la reina Isabel, el rey Jacobo VI de Escocia se convirtió en Jacobo I de Inglaterra. Cuando se dirigió hacia el sur al mes siguiente, recibió una acogida entusiasta por parte de sus nuevos súbditos. Este clamor reflejaba claramente la opinión generalizada sobre los últimos años del reinado de Isabel. A medida que avanzaba el siglo XVII, la gente consideró la época de Isabel como una «edad de oro», pero en 1603 había ya un gran descontento en Inglaterra. La última década del siglo XVI trajo dificultades al país: guerra con España –que había empezado en 1585–, problemas financieros, tensas relaciones de la corona con el Parlamento, la creciente corrupción en la administración, y miseria social, producto de una serie de malas cosechas a mediados de la última década del siglo XVI. La reina y su primer ministro, lord Burghley, un personaje que aumentó su conservadurismo con el paso de los años, pero cuya política había sido muy beneficiosa anteriormente para el país, no tenían ahora alternativas que ofrecer para resolver los problemas originados por las nuevas circunstancias; cuando Isabel murió, su titularidad estaba en el nivel de aceptación popular más bajo de todo el reinado.

Por tanto, Jacobo I fue acogido con grandes esperanzas. Ningún grupo del país estaba más esperanzado ante el nuevo monarca que los católicos, víctimas de constantes persecuciones durante la época isabelina. Jacobo dio al principio indicios de flexibilizar las severas leyes penales de su antecesora –que amenazaban a las propiedades e incluso las personas–, pero ante el aumento del número de los que se declaraban abiertamente católicos, el monarca se alarmó y reemprendió una política de persecuciones.

Algunos de los individuos más decididos de entre los católicos, dirigidos por Robert Catesby, señor del condado de Warwick, y Guy Fawkes, un inglés que había servido en los ejércitos españoles, organizaron a la desesperada el «Motín de la Pólvora», un proyecto de conspiración contra el rey, los lores y los comunes ha-

Jacobo I de Inglaterra (1556-1625) y su esposa Ana de Dinamarca en un cuadro de Nicolás Hilliard. La actitud indolente del monarca favoreció la posición de la nobleza parlamentaria inglesa, que vio incrementado su número por la venta de títulos a la gran burguesía mercantil, llamada gentry. *La alianza entre estado y economía mercantil sentó las bases del desarrollo posterior de los estados modernos con el reconocimiento del capitalismo como principal fuente de creación de riqueza.*

Página anterior, familia campesina francesa pintada por Louis Le Nain en 1642. Los excesivos impuestos estatales y las malas condiciones de vida favorecidas por el desinterés de las clases dominantes sumieron al campesinado francés en la miseria durante el reinado de Luis XIV.



ciendo volar el Parlamento en su apertura en noviembre de 1605.

Los conspiradores alquilaron un sótano situado bajo el edificio del Parlamento, donde colocaron veinte barriles de pólvora unidos en su parte superior por barras de hierro para que actuasen de metralla e hicieran la explosión más destructiva. El gobierno supo de la conspiración, fue descubierto el sótano y los cabecillas ejecutados. En 1606, con la consiguiente histeria anticatólica, el Parlamento aprobó dos nuevas leyes penales contra éstos.

La reticencia inicial de Jacobo I a perseguir a sus súbditos católicos reflejó su aversión por la violencia y una admirable cualidad personal que implicaba su rechazo de las guerras. Decidió acabar rápidamente el conflicto con España. Esto lo consiguió en agosto de 1604. Los términos del tratado firmado en Londres, tras una serie de negociaciones, pusieron de manifiesto la situación de equilibrio en que había permanecido el conflicto. Jacobo I prácticamente no regaló nada, manteniendo sus argumentos especialmente en lo referente a las aspiraciones inglesas de obtener derechos comerciales en el Nuevo Mundo.

El final de la guerra, con la supresión de los grandes gastos que generaba, más la mejoría de las cosechas en las primeras décadas de siglo XVII y la inicial popularidad de Jacobo, auguraban un fructífero reinado. Sin embargo, no fue así. El rey poseía un carácter difícil. Era perezoso, extravagante, pero sobre todo exaltó las ideas del «origen divino» de los reyes, lo cual le enfrentó con el Parlamento. La indolencia del rey –prefería la caza al duro y rutinario trabajo del gobierno– fue en parte compensada, al principio, por la eficacia de su principal ministro, Robert Cecil, nombrado conde de Salisbury en 1605. Como secretario de Estado, y también después como ministro de Finanzas, trabajó incansablemente mientras el rey cazaba y organizaba fiestas.

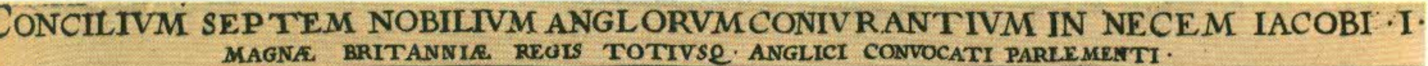
La extravagancia de Jacobo tuvo efectos graves a corto plazo. Su antecesora había dejado una deuda estatal de unas 350.000 libras. Pero el primer Estuardo, derrochando el dinero generosamente entre los favoritos escoceses que le acompañaron a Inglaterra, gastó del patrimonio real en poco tiempo mucho más de lo que hubiese podido hacerlo Isabel a lo largo de todo su reinado. En 1608, cuando Salisbury se convirtió en ministro de Finanzas, el déficit ascendía a 600.000 libras. Consiguió reducirlo a 300.000 en 1610, pero continuaba existiendo un desequilibrio anual en el presupuesto de más de 100.000 libras.

En estas circunstancias, Salisbury presentó el «Gran Contrato», un proyecto que fue discutido por el Parlamento en 1610. Proponía la abolición de algunas antiguas prerrogativas reales, muy gravosas para los súbditos de la corona, por las que habían de entregar una compensación fija anual de 200.000 libras. El proyecto fue abandonado, posiblemente a causa de las tensiones entre la corona y la Cámara de los Comunes. El fracaso del «Gran Contrato» supuso el fin del poder político de Salisbury. Este permaneció en el cargo hasta su muerte en 1612, pero el rey había perdido su confianza en él.

El rey y los Comunes

En 1611, Jacobo disolvió su primer Parlamento. Sus duras palabras a Salisbury reflejaban su desilusión tanto respecto a su principal ministro como respecto a la Cámara de los Comunes.

Los conflictos entre la corona y los Comunes en el Parlamento, a lo largo del período 1604-1611 –hubo además otras muchas diferencias aparte de ésta del Gran Contrato–, demostraron muy claramente que ya en la primera década del siglo XVII existían fuertes controversias entre ambas instituciones, –la segunda incluía en su mayoría a representantes de la gentry–. En esta época, casi todos los pares fueron leales defensores del rey y del gobierno, pero con Jacobo I y Carlos I hubo un generoso incremento de títulos, pasando de 81 en 1615 a 126 en 1628, lo cual produjo una división dentro de las filas de la aristocracia. Muchos de los miembros de la antigua nobleza despreciaban a los «advenedizos», existiendo en los Parlamentos de la década de 1620 un





Los conspiradores del «Motín de la Pólvora» se reúnen para realizar un atentado contra el rey y las Cámaras del Parlamento en noviembre de 1605. La conjuración fue descubierta y seguida de una reacción popular anticatólica que culminó con la persecución legal de este culto.

Página anterior, La pesca de almas, *pintura alegórica del holandés Adriaen van de Venne en la que se refleja la profunda división de los holandeses en materia religiosa durante la Tregua de los Doce Años de la guerra con España a lo largo del siglo XVII. Los campamentos militares disponían de dos sectores distintos para católicos y protestantes. En el centro del cuadro, en el agua, están los sacerdotes y predicadores rescatando a los indecisos y disidentes. (Rijksmuseum, Amsterdam.)*

significativo grupo opositor a la corona, tanto en la Cámara de los Lores como en la de los Comunes.

Los Lores y la gentry llegaron a unirse y formaron la clase política inglesa. El monarca dependía de su cooperación para la buena marcha del país. Pero aquella colaboración se resquebrajó durante la segunda y tercera décadas del siglo XVII por diversos motivos.

Una de las causas de la tensión general era el creciente distanciamiento entre la «corte», es decir el rey y su séquito, y el «país», cuyos miembros de la aristocracia y de la gentry no tenían acceso a los beneficios de los cargos o a las larguezas que Jacobo I distribuía tan generosamente entre sus favoritos, como el indigno Robert Carr, nombrado conde de Somerset, y a quien el monarca concedió prebendas y honores entre 1611 y 1615. Somerset cayó en desgracia en 1616, cuando se descubrió su complicidad en un sórdido caso de asesinato. Pero pronto fue reemplazado por un nuevo favorito, George Villiers, convertido en duque de Buckingham en 1623, y cuya influencia dominó el reino entre 1618 y 1628. Con los gobiernos de Carr y Buckingham la corrupción en la corte y en la administración fue escandalosa. Por ejemplo, se vendían abiertamente cargos y honores según el nivel de favoritismo.

Los nobles y caballeros marginados de ese círculo cortesano, e incluso algunos miembros del mismo, veían la situación con creciente disgusto. En 1628, la posición de Buckingham, que se había asegurado la amistad de Carlos I (1625-1649) como antes lo había hecho con Jacobo I, se había convertido en el mayor agravio contra el reino y el principal obstáculo para la mejora de relaciones entre el rey y sus súbditos. Sin embargo, no era la única traba, pues las diferencias entre la corona y los Comunes en 1629, un año después del asesinato de aquél, lo demostraron muy claramente.

Otra causa del conflicto eran las continuas necesidades financieras de la corona, especialmente después del inicio de la guerra contra España en 1624, conflicto que duró hasta 1630. Los Parlamentos de 1624 y 1625 votaron algunos créditos —aunque no los suficientes— para proseguir las hostilidades, pero en 1626 los Comunes se negaron a conceder ninguna ayuda más hasta que sus agravios no fuesen reparados. Procedieron a enjuiciar formalmente al duque de Buckingham, y Carlos I tuvo que disolver el Parlamento para evitar que continuasen los ataques contra su favorito. Al no haber obtenido subvenciones para la continuación del esfuerzo bélico, recurrió a un préstamo forzoso, lo que motivó un amplio resentimiento. Algunos caballeros se negaron a pagar y fueron encarcelados. Las apelaciones de éstos a los tribunales fueron rechazadas en 1627, cuando el Tribunal del Rey sostuvo que éste tenía derecho a encarcelar a las personas sin tener que dar

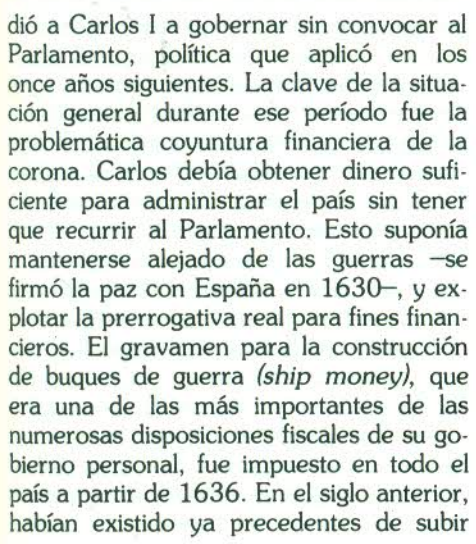


ningún tipo de explicación. Esta decisión, junto a la tributación no parlamentaria, fueron atacadas en la «Petición de Derechos», una declaración de las libertades de los súbditos redactada por los Comunes en 1628. Carlos I aceptó forzado la petición, pero dejó bien claro que la interpretaba como una mera confirmación de las libertades existentes (según como él las entendía) y no como la conquista de otras nuevas. Por tanto, en 1628 la guerra y los problemas financieros condujeron a enfrentamientos entre la corona y los Comunes. Las ideas religiosas de Carlos I también provocaron problemas con muchos de sus súbditos, reflejándose la tensión en los Parlamentos durante la década de 1620. El rey, dentro de la Iglesia, apoyaba al «Partido Arminiano», un grupo dirigido por William Laud, que había sido nombrado obispo de Londres en 1628 y arzobispo de Canterbury en 1633. Laud y sus seguidores subrayaron la total libertad de los impulsos humanos en oposición al tradicional énfasis de la Iglesia anglicana en la predestinación, idea por la que Dios determinaba el destino de cada alma de antemano y por la que los hombres eran incapaces de ayudar a su propia salvación a través de sus esfuerzos personales.

Muchos anglicanos moderados observaban la teología de Laud con mayor recelo que la teología puritana de la Iglesia oficial, pero fueron los puritanos los que se pusieron a la cabeza de la oposición, no sólo por las ideas de Laud, sino también por su cambio de liturgia, que pretendía restablecer la belleza del ritual anterior a la Reforma. Para ellos, algunas de estas innovaciones, tales como separar el altar con una barandilla y la insistencia en arrodillarse durante la comunión, sugerían la doctrina de «la presencia real de Dios en el sacramento», uno de los fundamentos básicos del catolicismo. Esto explica el rencor de su oposición tanto dentro como fuera del Parlamento. Jacobo I había hecho la vida bastante difícil a los puritanos, y en 1620 un grupo de ellos tuvo que emigrar a América, donde esperaban poder practicar su religión libremente. Cuando en marzo de 1629 se cerró el Parlamento en medio de violentas escenas, los motivos religiosos exacerbaban las pasiones de sus miembros. La Cámara aprobó una resolución señalando que cualquiera que propusiera innovaciones religiosas debía ser considerado como «un traidor a las libertades de Inglaterra y un enemigo de ella».

El gobierno absolutista de Carlos I

La crisis de las relaciones entre la corona y los comunes en 1628-1629, deci-





Arriba, William Laud (1573-1645), arzobispo de Canterbury desde 1633 y fundador del «Partido Arminiano», grupo religioso protestante que proponía radicales cambios en la liturgia y las bases teológicas de la religión oficial inglesa. Sus seguidores fueron perseguidos, pues en muchas mentes se les asoció a los odiados católicos por sus procedimientos en materia de culto. La crisis política que vivía el país radicalizó más aún las posturas puritanas.

Izquierda, retrato de Carlos I de Inglaterra (1600-1649) realizado por el pintor holandés Anton van Dyck. El mandato de este monarca estuvo marcado por las tensiones con el Parlamento, que disolvió varias veces hasta su total abolición en 1629. Presionado por sus necesidades financieras, el rey se vio obligado a convocarlo de nuevo en 1640, y aunque pretendió controlarlo y llegó a disolverlo de nuevo, el Parlamento fue cobrando fuerza y consiguió la ejecución del monarca tras derrotar a su ejército con fuerzas de la nobleza al mando de Cromwell en 1644 y 1645. (Museo de Dresde.)

Página anterior, la conferencia de Somerset House, en Londres, en agosto de 1605, en la que España e Inglaterra firmaron la paz en condiciones más que aceptables para los ingleses, en delicada postura debido a sus problemas internos. (National Portrait Gallery, Londres.)

dió a Carlos I a gobernar sin convocar al Parlamento, política que aplicó en los once años siguientes. La clave de la situación general durante ese período fue la problemática coyuntura financiera de la corona. Carlos debía obtener dinero suficiente para administrar el país sin tener que recurrir al Parlamento. Esto suponía mantenerse alejado de las guerras –se firmó la paz con España en 1630–, y explotar la prerrogativa real para fines financieros. El gravamen para la construcción de buques de guerra *(ship money)*, que era una de las más importantes de las numerosas disposiciones fiscales de su gobierno personal, fue impuesto en todo el país a partir de 1636. En el siglo anterior, habían existido ya precedentes de subir los impuestos de los condados costeros en épocas de emergencia nacional. El dinero se destinaba al equipamiento de la flota para defender estas zonas contra posibles ataques del exterior. Carlos I afirmaba que todo el país se beneficiaría, al menos indirectamente, de la protección que tales medidas aportaban, por lo cual todos los condados deberían contribuir con dicho impuesto. También sostenía que sólo él tenía el derecho de decidir cuándo existía una emergencia. Los jueces mantuvieron los puntos de vista del rey en 1637, en el caso Hampden (diputado que fue procesado por no querer pagar el *ship money*), pero sólo por una mayoría de 7 a 5.

El impuesto para la construcción de barcos y todos los demás expedientes fi-

nancieros que se emplearon, aumentaron los ingresos de la corona, que ascendieron a 600.000 libras anuales al principio de la década de 1630 y a casi 900.000 al finalizar este período. Sin embargo, a pesar del aumento, estas percepciones no eran suficientes para cancelar las grandes deudas del monarca, y Carlos I tuvo que buscar más empréstitos para poder liquidar los compromisos anteriores.

En otras palabras, su continua solvencia dependía de la habilidad que poseyese para obtener préstamos, siendo obvio que a causa de cualquier gran necesidad financiera que apareciese súbitamente —una guerra, por ejemplo— tendría que convocar al Parlamento. El punto crítico llegó para el rey en 1638, cuando sus súbditos escoceses desafiaron abiertamente su autoridad.

Los problemas de Escocia fueron originados por las acciones de Carlos I y Laud para imponer allí sus ideas religiosas. La chispa que inició el conflicto se produjo en 1637, con la decisión real de introducir un nuevo libro de oraciones basado en el de la Iglesia de Inglaterra. Los escoceses se negaron a aceptarlo, y a principios de 1638 el «National Convenant», un documento reafirmando los derechos de Escocia a sus tradicionales libertades religiosas y civiles, fue firmado por un gran número de personas. El rey decidió reprimir a los rebeldes. Fatídica decisión, pues puso en marcha los acontecimientos que condujeron a la guerra civil. Pronto se vio con claridad que Carlos I no tendría suficientes recursos financieros para imponer su voluntad en Escocia. Por tanto, en 1640 se vio forzado a convocar al Parlamento. Al poco tiempo, el «Parlamento Corto», fue disuelto sin que concediera ningún subsidio al monarca. El siguiente, el famoso «Parlamento Largo», que se abrió en noviembre de 1640, fue protagonista de uno de los más importantes episodios de la historia de Inglaterra.

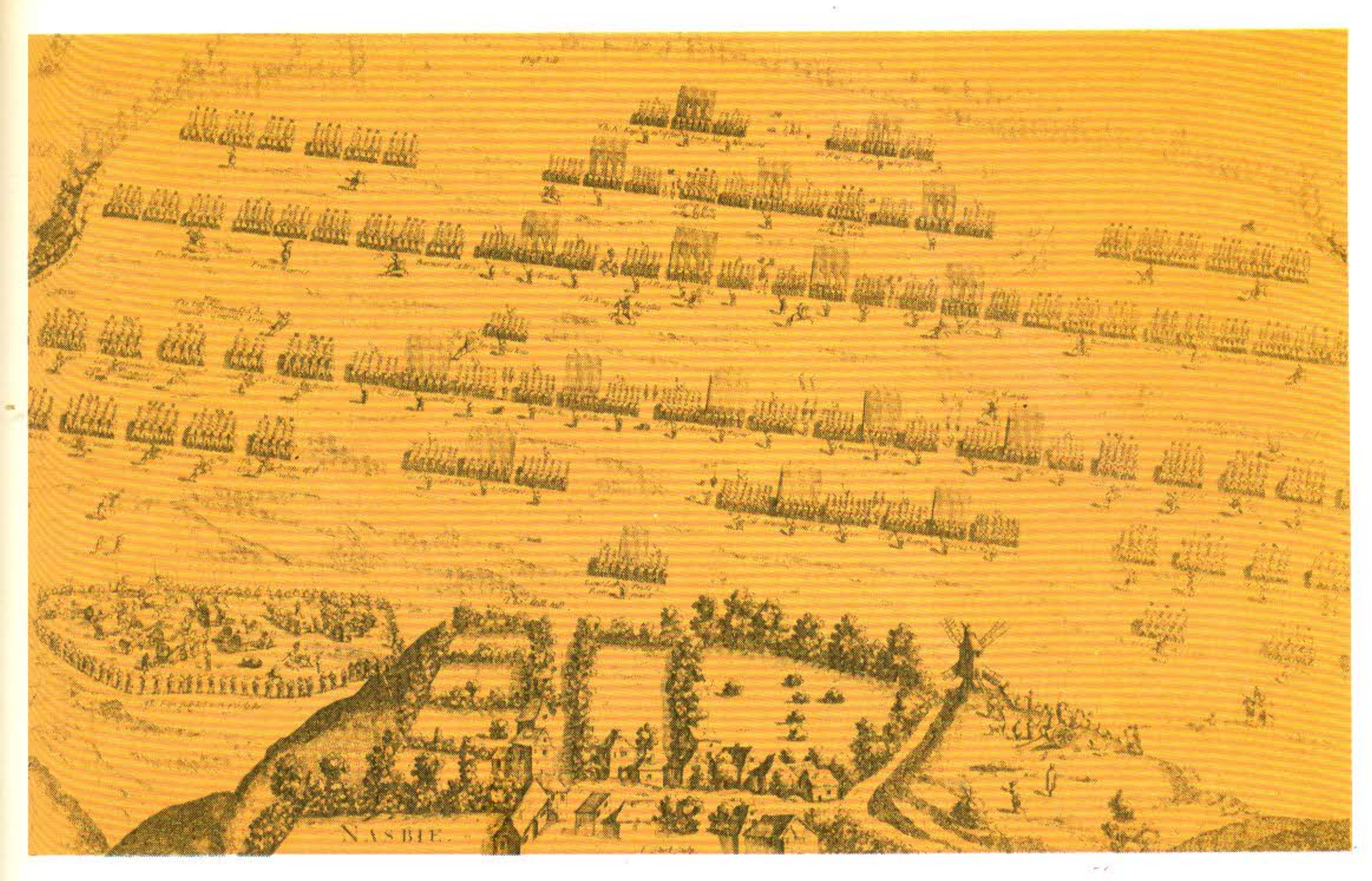
En las primeras sesiones del «Parlamento Largo» el soberano contaba aún con algunos diputados adeptos en la Cámara de los Comunes, pero en 1641 tuvo que aceptar una serie de medidas cuya consecuencia fue la modificación profunda y definitiva de las estructuras del Estado inglés. Las instituciones de gobierno creadas durante el período de los Tudor, especialmente los tribunales de la Cámara Estrellada, el de la Alta Comisión y otros similares, de los que habían dependido Jacobo I y Carlos I para reforzar sus políticas, fueron abolidos, a la vez que el Parlamento se embarcó en una política radical para intentar recuperar sus antiguas atribuciones frente a la corona.



La muerte de Strafford

Los comunes consiguieron en 1641 destituir a Thomas Wentworth, conde de Strafford, el ministro más eficaz del rey, que fue condenado a muerte y ejecutado en mayo. Los comunes determinaron su muerte porque temían que Strafford consiguiera reforzar la autoridad de la corona mediante crueldades similares a las mostradas durante su gobierno en Irlanda, donde había representado al rey como lord comisionado en la década de 1630.

Los sucesos de Irlanda contribuyeron a la ruptura de la virtual unanimidad que, excepcionalmente, se dio en la Cámara de los Comunes durante los primeros meses de 1641. Ello se debió a las diferencias religiosas entre los miembros del Parlamento. Los Comunes estaban unidos en sus deseos de acabar con las prácticas de los arminianos —Laud fue encarcelado en 1641—, pero algunos de los diputados quisieron ir más lejos y abolir totalmente al episcopalismo. Esta política puritana fue rechazada por muchos anglicanos, más moderados, que desempeñaron un importante papel contra la reacción antimonárquica que surgió en otoño de 1641. Estas actitudes están claramente reflejadas en la votación de la *Grand Remonstrance* («Memorial de Reivindicaciones Públicas»), un sumario de antiguos agravios de la corona contra el Parlamento y una relación de las medidas necesarias para satisfacer sus deseos. John Pym, el más hábil de los líderes parlamentarios y ferviente defensor de esta política intransigente, obtuvo una mayoría de 11 votos (159 contra



148) para el documento, que fue aprobado en noviembre. Los que votaron por la *Grand Remonstrance* deseaban cambios radicales en la Iglesia y en el Estado, mientras los que lo hicieron en contra, estaban convencidos de que las medidas adoptadas hasta aquel momento eran ya suficientes.

Mientras se discutía la *Grand Remonstrance* llegaron noticias a Londres de una gran revuelta católica en Irlanda contra la autoridad inglesa. La rebelión se convirtió en un eslabón muy importante de la cadena de acontecimientos que condujeron a Inglaterra a la guerra civil. Era evidente que se debía organizar un ejército para aplastar la revuelta, pero los Comunes, en su conjunto, no estaban dispuestos a ceder el control de las operaciones al rey. Temían que se volviesen en su contra. El monarca, a su vez, no estaba dispuesto a abandonar el control de las fuerzas armadas, una de las más valiosas prerrogativas reales.

En enero de 1642 Carlos I intentó personalmente arrestar a cinco de sus máximos oponentes en los Comunes, pero éstos fueron avisados y huyeron. La intentona fue una imprudencia. Con ella Carlos perdió el favor de gran parte de los moderados, creando un ambiente de temores y sospechas. Poco después abandonó Londres. Las hostilidades se generalizaron en septiembre de aquel mismo año.

La guerra civil

Pocos sucesos históricos han provocado tantas discusiones y tan grandes desacuerdos entre los especialistas como las causas de la guerra civil inglesa. La mejor interpretación de los orígenes de la guerra es probablemente la que combina el análisis de la revolución inglesa con el contexto europeo. Recientemente, se ha dado mucha importancia a los antecedentes económicos y sociales detrás de los hechos políticos, y señalan que el liderazgo en la contienda contra la corona fue protagonizado por la gentry y sus aliados, los hombres de leyes, más que por la aristocracia. Todo ello es verosímil, pues reflejó un relativo aumento de la riqueza y de la madurez política de las clases medias de la sociedad —principalmente la gentry rural—, cada vez más resentidas por las exacciones de la corona. Ellos fueron los que vieron en la ley común la defensora de sus intereses y los que finalmente se arriesgaron a sostener un conflicto abierto contra el rey.

Ninguna explicación sería mínimamente válida sin considerar la creciente división entre los partidarios de Laud y los puritanos durante los años anteriores a la guerra civil, los conflictos constitucionales de los reinados de Jacobo I y Carlos I, y la significación de la política exterior de los dos primeros Estuardo. A pesar de las

La batalla de Naseby, en 1645, en la que Fairfax y Cromwell derrotaron a Carlos I gracias a los esfuerzos de Cromwell al organizar un ejército eficaz, basado en las innovaciones establecidas por Gustavo Adolfo de Suecia en la década de 1630.

Página anterior, retrato de Enriqueta María de Francia, (1609-1669), hermana de Luis XIII y esposa de Carlos I de Inglaterra. Animó al rey a gobernar sin el Parlamento, pero su adhesión a la fe católica la hizo sospechosa para los protestantes, ya enemistados con el monarca. (Royal Collection, Londres.)

guerras de 1624 a 1630, hubo unas relaciones de amistad estables con España, todavía la cabeza del catolicismo militante, lo cual era un anatema para muchos ingleses.

La primera guerra civil duró de 1642 a 1646. Acabó con la derrota del rey, y durante su curso apareció Oliver Cromwell como figura relevante que dominaría la historia de Inglaterra en la década de 1650. Cuando empezó la contienda, Carlos I controlaba el norte y el oeste, las partes más pobres del país, mientras que las ricas regiones del sur y del este del reino apoyaban al Parlamento. El monarca contó con una superioridad inicial por la calidad de sus tropas, especialmente la caballería, pero fracasó en la utilización efectiva de las mismas, mientras que los parlamentarios, que firmaron una alianza con los escoceses en 1643, tomaron la iniciativa a partir de aquel año. Las fuerzas reales fueron derrotadas en el norte, en Marston Moor, en 1644, y al año siguiente el propio ejército del rey fue batido en el centro del país, en Naseby. En 1646 Carlos comprendió que ya no era posible resistir, por lo que se rindió a los escoceses.

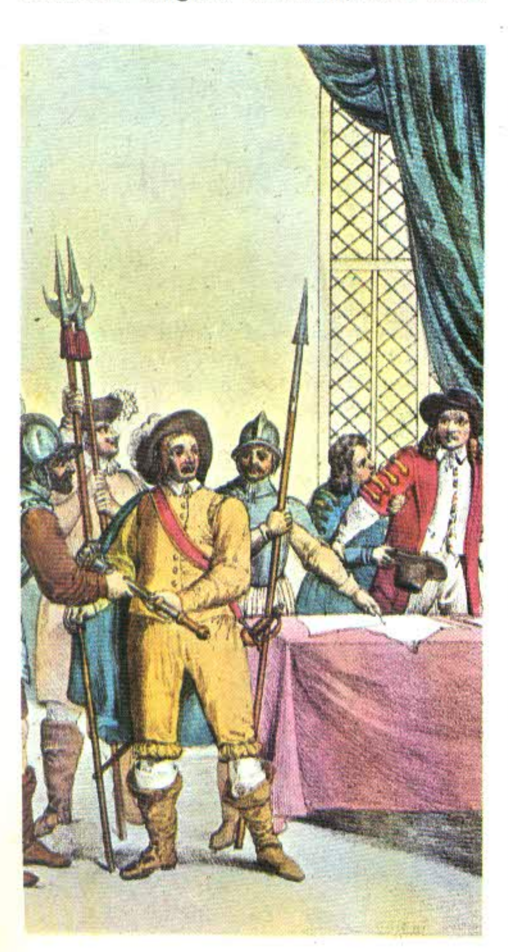
Fue durante las últimas etapas de la guerra cuando Oliver Cromwell comenzó a destacar. Cromwell, que provenía de la gentry del este del país, era un «independiente» en religión. Como tal, creía en el derecho de cada Iglesia para elegir a sus propios ministros y decidir el culto de una forma autónoma. La gran contribución de Cromwell a la victoria del Parlamento en la guerra fue su capacidad organizativa y su eficaz dirección de la caballería. Al final de la contienda era el segundo comandante del ejército del *New Model,* una eficaz fuerza militar que fue organizada en 1645 bajo la dirección de sir Thomas Fairfax. La independencia del ejército era considerable, pero en el Parlamento su fuerza era más débil, ya que éste estaba dominado por los presbiterianos, reforzados por su alianza con los escoceses.

La ejecución del rey

Los dos años siguientes, 1646-1648, estuvieron ocupados por una serie de tortuosas intrigas en las que los protagonistas fueron Carlos I, el ejército, el Parlamento y los escoceses. El resultado fue una segunda guerra civil, sostenida en 1648 contra los escoceses, que se habían aliado al rey y prescindido del ejército. Los escoceses fueron pronto derrotados y los jefes militares decidieron derrocar a Carlos I, cuyas intrigas habían provocado la reactivación del conflicto. Esto ocasionó un enfrentamiento en el Parlamento con los presbiterianos, que habían mantenido una actitud equívoca durante la segunda guerra civil, pues habían reanudado provisionalmente las negociaciones con el rey. El ejército tomó una decisión drástica. En diciembre de 1648, los parlamentarios presbiterianos fueron excluidos de los Comunes y sólo se permitió la permanencia de setenta miembros partidarios de las fuerzas armadas. El Parlamento depurado, en alianza con el ejército, organizó un tribunal especial para juzgar al rey, que fue ejecutado en 1649. Inmediatamente después fueron abolidas la monarquía y la Cámara de los Lores.

Durante el período de 1642 a 1648 Carlos I había enfrentado a sus oponentes entre sí con una total falta de escrúpulos que él mismo justificaba, argumentando que tenía derecho a usar virtualmente cualquier tipo de medios para salvaguardar a la monarquía y a la Iglesia de Inglaterra. En esa perspectiva, inevitablemente, perdió cualquier posibilidad de entendimiento con sus opositores. Aunque el rey provocó en parte su propia muerte, el mismo hecho de la ejecución fue una pesada carga que tuvieron que soportar los regicidas. En la misma Inglaterra mucha gente quedó horrorizada con su muerte.

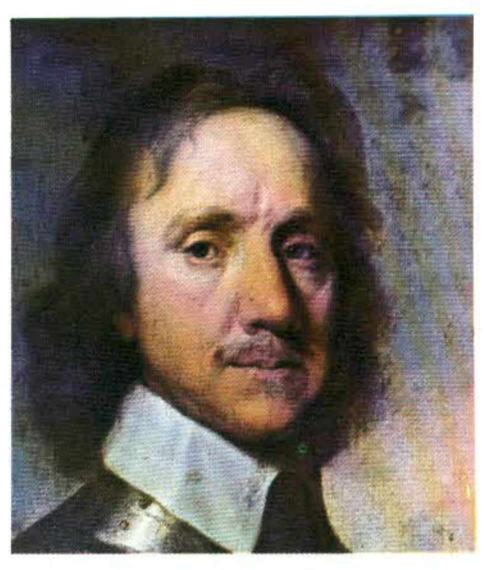
En el extranjero, la reacción fue en general hostil, y en las Provincias Unidas y en España los enviados del nuevo gobierno fueron asesinados por el populacho encolerizado.





El nuevo gobierno tomó la forma de Commonwealth (Comunidad de Naciones) e incluyó a los miembros que quedaban de la Cámara de los Comunes, el Rump, «cuarto trasero», como luego se le llamó, que asumió la suprema autoridad del Estado. Entre 1649 y 1651 Cromwell reconquistó Irlanda y volvió a derrotar a los escoceses que intervinieron en nombre del hijo de Carlos I, el futuro Carlos II. Estas victorias hicieron de Cromwell el más renombrado jefe del ejército, el hombre más poderoso del Estado, aunque en muchas cuestiones se le oponía el Rump. Hubo disputas sobre la política exterior –Cromwell no estaba de acuerdo con la guerra que estalló en 1652 entre Inglaterra y las Provincias Unidas–, por la lentitud del Rump en reformar el arcaico sistema político del país y, sobre todo, por su determinación de perpetuar la propia existencia de su autoridad. Cromwell y el ejército deseaban la elección de un nuevo Parlamento, pero en abril de 1653 el Rump decidió convocarlo poco a poco por medio de comicios parciales con los miembros existentes en posesión de escaños. Entonces Cromwell disolvió el Rump por la fuerza.

Entre julio y diciembre de 1653 intentó lo que tal vez sea el experimento constitucional más extraordinario de la historia de



Arriba, Oliver Cromwell, el político y militar inglés que hizo posible la revolución constitucional en su país. Sus reformas abarcaron desde la estrategia militar hasta la instauración del proteccionismo mercantil, que aseguraría el desarrollo económico de Inglaterra para la posteridad. Era partidario de un Estado puritano basado en la moral cristiana y la observancia de la ley, pero a su muerte sucedió un período de relajación moral bajo el reinado de Carlos II. (National Portrait Gallery, Londres.)

Izquierda, Inglaterra y Gales durante la guerra civil de 1644. Mientras que el rey estaba apoyado por los territorios del norte, los parlamentarios controlaban el sur y el este, mucho más ricos en capital y recursos.

Página anterior, izquierda, Cromwell clausura el Parlamento en 1654, según un grabado de Bruno Bramati. Única autoridad del país, Cromwell se nombró Lord Protector e inició una serie de reformas que culminarían con el reconocimiento internacional de la supremacía marítima inglesa en el mundo.

Página anterior, derecha, la ejecución de Carlos I de Inglaterra el 29 de enero de 1649. Por ser el primer juicio y ejecución de un monarca europeo, el acto fue juzgado como revolucionario en todo occidente, y el rey considerado como mártir de la causa absolutista.



Inglaterra, el «Parlamento Nominado», a veces llamado el «Parlamento de Barbon», pues tomó el nombre del visionario Barbon, o Barebone, comerciante de Londres y parlamentario por esta ciudad. Sus miembros no fueron elegidos de una forma normal. Eran hombres piadosos elegidos por los principales oficiales del ejército. El Parlamento Nominado reveló ahora claramente la creencia de Cromwell en la eficacia de la religión para resolver los problemas de la sociedad humana; pensaba que si reclutaba un grupo de hombres devotos, éstos ordenarían el país. Sin embargo, el nuevo Parlamento se dividió en dos bandos, los moderados y los radicales, presionando estos últimos para la abolición de los diezmos. La alarma de los moderados ante tales propuestas les condujo, junto al envalentonamiento de algunos de los oficiales más conservadores, en especial el general Lambert, a encontrarse inusualmente temprano una mañana de diciembre y, en ausencia de muchos de sus colegas radicales, a ceder toda su autoridad a Cromwell.

Este hubo de elaborar, por tanto, en diciembre de 1653, otra solución constitucional. El nuevo gobierno se basó en una constitución escrita por Lambert. Este «Instrumento de Gobierno», como se le llamó, fue el fundamento de la autoridad de Cromwell hasta que fue sustituido en 1657 por la «Humilde Petición y Consejo». Por este Instrumento, Cromwell, con el título de Lord Protector, compartió el poder con un Parlamento unicameral. Bajo la «Humilde Petición y Consejo» sus poderes fueron aumentando, instituyén-



dose una especie de bicameralismo con la llamada «Otra Cámara». Originariamente, esta segunda constitución proponía la restauración de la monarquía con Cromwell como rey. Éste dudó, pero al final, bajo la presión del ejército, rechazó la corona. Obviamente, Cromwell, que a través de su carrera había probado tantos experimentos constitucionales, no se sentía identificado con ninguna forma concreta de gobierno. La estructura del poder fue siempre secundaria para él. Pensaba que era «una cosa terrenal», solamente «escoria y estiércol» comparada con Cristo. Para él primaban las consideraciones religiosas.

Cromwell el radical

Cromwell tenía una profunda y respetuosa creencia en el derecho de los hombres a la libertad de conciencia, y durante su protectorado intentó asegurar lo máximo posible una cierta tolerancia reli-

Oliver Cromwell tras la batalla de Naseby, en 1645; detalle de un cuadro de Charles Landseer. El vencido Carlos I huyó a Escocia, pero fue entregado a los parlamentarios y ejecutado públicamente en 1649.



giosa, siempre en función de la seguridad del Estado. La Iglesia cromwélliana, creada en 1654, cubría un amplio espectro de creencias religiosas. No había imposiciones a sus miembros ni en el ritual ni en la doctrina, a excepción de la aceptación de los principales dogmas del cristianismo. En palabras de un distinguido historiador, «más que una Iglesia era una confederación de sectas cristianas trabajando conjuntamente por la moralidad bajo el control del Estado».

Fuera de esta tolerante institución, se permitía a los disidentes la libertad de culto en tanto su conducta no amenazara la seguridad del Estado. El anglicanismo, que era una amenaza, fue teóricamente prohibido, pero en la práctica gozó de tolerancia. Incluso los católicos, considerados como «idólatras» por muchos ingleses contemporáneos, y que tampoco eran oficialmente tolerados, fueron tratados con gran indulgencia. La actitud de Cromwell sobre la libertad religiosa fue muy distinta a la de los dos Parlamentos del «protectorado» de 1654 y 1656, dominados por presbiterianos moderados e independientes conservadores, quienes buscaban una definición más clara de la doctrina de la Iglesia estatal y deseaban excluir del reconocimiento y protección legal a amplios sectores del protestantismo inglés.

Cromwell era profundamente conservador en lo social. Concebía la sociedad secular como una ordenada jerarquía, basada en la propiedad privada, y contemplaba con aversión las ideas democráticas o criptodemocráticas. Mostró duramente esta actitud con los *Levellers* («niveladores»), un grupo de hombres igualitaristas de dentro y fuera del Parlamento que tuvo cierta importancia en Inglaterra entre 1647 y 1649: «No hay otra manera de tratar a estos hombres que hacerlos pedazos... Si no los destruís, ellos os destruirán». Así, procedió contra los Levellers de Londres; reprimió los motines de éstos en el seno del ejército. El año 1649 supuso el final de los Levellers como fuerza política y foco potencial de revolución social. Durante la década de 1650 la jerarquía social tradicional permaneció estable en la Inglaterra de Cromwell.

Éste siguió una activa política exterior. Inglaterra era una potencia de segunda fila durante los reinados de Jacobo I y Carlos I, pero Cromwell hizo que el país fuese respetado en el extranjero. Como en el interior, el idealismo religioso desempeñó un papel muy importante en su política. Se apresuró a hacer la paz con las protestantes Provincias Unidas en 1654, y en 1656 se involucró en una guerra contra España, considerada aún como la base de operaciones contra el protestantismo, batalla librada en las Indias Occidentales y en Europa. En 1658 Cromwell consiguió una plataforma en el continente, cuando después de la victoria anglo-francesa en la batalla de las Dunas, los aliados conquistaron la ciudad de Dunquerque, que luego fue entregada a Inglaterra.

En septiembre de 1658 murió Cromwell, y el Protectorado, que dependía de su personalidad, no le sobrevivió mucho tiempo. Su hijo y sucesor, el inepto Richard Cromwell, que no tenía el apoyo de los jefes del ejército, fue obligado a retirarse en 1659, al ser restaurado el Rump del Parlamento Largo. Esto representaba una alianza entre los jefes del ejército y los republicanos enemigos del Protectorado, pero pronto se enfrentaron los militares y los parlamentarios. Pareció que el país era arrastrado hacia la anarquía. George Monck, comandante en jefe de Cromwell en Escocia, salvó la situación. Dirigió su disciplinado ejército hacia el sur y restauró a los miembros de los Comunes que habían sido excluidos en 1648. Pronto se votó la disolución de este Parlamento, y cuando tuvieron lugar las elecciones para uno nuevo, los monárquicos obtuvieron una amplia mayoría. Estaba abierto el camino para la restauración de Carlos II, que llegó a Londres en mayo de 1660.

El período entre 1642 y 1660 fue un intervalo de tiempo único en la historia de Inglaterra. Durante estos años los puritanos se aprovecharon de la victoria sobre el gobierno establecido en el país para imponer un código moral detestado por la gran masa de la población, pero que satisfacía a la opinión puritana, desde los conservadores presbiterianos del Parlamento Largo hasta los sectarios radicales de la Commonwealth y del Protectorado.

Aceptaban las Escrituras como un código de conducta con carácter absoluto, exigiendo castigos bíblicos para las ofensas morales; por ejemplo, una ley de 1650 impuso la pena de muerte contra el adulterio.



Otra legislación intentó erradicar la embriaguez, la blasfemia y el juego, y garantizar la inviolabilidad del domingo. Sin embargo, tales intentos de interferir en los hábitos de la vida cotidiana no tuvieron mucho éxito. Estas medidas hicieron que gran parte de la población se convirtiera en enemiga de la moralidad puritana, lo cual preparó el terreno para el ambiente hedonista del reinado de Carlos II.

Con la restauración monárquica de 1660 regresaron al marco institucional la Cámara de los Lores y la Iglesia anglicana. Pero, los acontecimientos de 1640-1660 no pudieron ser ignorados. La monarquía de Carlos II y el restablecimiento de las formas eclesiásticas de Juson y Sheldon no tenían nada que ver con las instituciones anteriores a la guerra civil, ni con el reinado de los dos primeros Estuardo, ni con la Iglesia episcopaliana de Laud.

En lo concerniente a la monarquía, Carlos II no tuvo ninguno de los instrumentos de gobierno personal de los que habían gozado sus predecesores de los siglos XVI y XVII. Los tribunales de pre-



rrogativas, abolidos por el Parlamento Largo en 1641, no fueron restablecidos, actuando como instancias superiores los tribunales comunes. Los sucesos de 1640-1660 también redujeron el prestigio y el poder de la corona, que perdió parte de su carisma. Un grupo de la comunidad política inglesa había sostenido una guerra victoriosa contra Carlos I, al que luego ejecutó públicamente. Así, su muerte en el patíbulo fue un continuo recuerdo para los monarcas posteriores.

En la Iglesia, la idea de la «comprensión» –según la cual todo inglés debía pertenecer a la comunidad religiosa oficial del mismo modo que era miembro del Estado– fue superada poco después de la Restauración. Ello se debió a que los puritanos –que habían dominado la vida religiosa durante el interregno– y la restablecida jerarquía anglicana no podían salvar sus diferencias. Se hicieron esfuerzos con tal fin en la Conferencia de Savoy en 1661, pero no se llegó a ningún acuerdo, por lo que, cuando los obispos presentaron una versión revisada del libro de oraciones, los líderes puritanos la encontraron inaceptable. Sin embargo, este nuevo texto fue incorporado al Acta de Uniformidad aprobada en 1662. Todos los ministros fueron obligados a usar este texto y a declarar públicamente su «asentimiento y consentimiento sincero» a su contenido. A fines de 1662, casi 2.000 pastores perdieron sus beneficios.

Muchos de estos ministros crearon congregaciones independientes, sometidas a persecución por el Código Clarendon, una serie de leyes represivas contra los disidentes, aprobadas entre 1661 y 1665. Sin embargo, la intensidad de la represión era variable, por lo que sobrevivieron muchas de estas comunidades. Su existencia continuada simbolizó el fin del ideal de los Tudor y de los primeros Estuardo sobre una sociedad cristiana en la que se identificaran Iglesia y Estado.

La Cámara de los Lores, al igual que la corona, perdió prestigio. Ni los nobles ni los Comunes olvidaron que entre 1649 y 1657, había sido abolida la cámara alta. En última instancia, Inglaterra podía vivir sin esta institución.

El nuevo rey

Carlos II nunca olvidó que el país había permanecido sin rey durante once años.

La batalla de Livorno acaecida el 14 de marzo de 1653; detalle de un cuadro de Van de Velde. El predominio naval en Europa se discutió de 1652 a 1654 entre ingleses y holandeses. La victoria británica abrió las puertas al expansionismo colonial que había de hacer llegar las fronteras del Imperio hasta la India y América.

Página anterior, Jacobo, duque de York (1633-1701), retratado en 1661. Era hermano de Carlos II y su legítimo heredero por carecer de hijos el monarca, pero el hecho de ser católico provocó el descontento de los parlamentarios puritanos más radicales. Sin embargo, accedió al trono en 1685. (Victoria and Albert Museum, Londres.)



Por ello decidió no emprender nuevas aventuras, lo cual explica por qué nunca mantuvo posturas heroicas en los asuntos de conciencia, excepto cuando se intentó excluir a su hermano Jacobo del trono, ya que ello implicaba la destrucción del principio del derecho hereditario. Carlos, en definitiva, deseaba gozar de la vida, a la vez que el país era comprensivo con una monarquía y una corte que rechazaban los rigores de la moral puritana. El rey, modesto y amigable, rodeado por sus perros y sus amantes, era una personalidad popular.

En 1660, Carlos II eligió como primer ministro a Edward Hyde, conde de Clarendon, líder del partido realista en el exilio. Cayó del poder tras la guerra con Holanda de 1665-1667, que reveló la asombrosa ineficacia de su administración, marchando al exilio, donde escribió la *Historia de las guerras de rebelión y civil en Inglaterra*, una de las mejores obras de la literatura histórica inglesa.

Fue durante la guerra con Holanda cuando tuvieron lugar dos de los más dramáticos episodios de la historia de la Restauración: la Gran Peste y el Gran Incendio de Londres. La plaga, que hizo estragos entre la primavera de 1665 y las postrimerías de 1666, fue la última de una serie de epidemias que se sucedieron en Inglaterra a lo largo de tres siglos, tras la peste negra de 1348. En su momento álgido, en el otoño de 1665, en Londres morían miles de personas cada semana, muchas de ellas cubiertas de grandes llagas.

Cuando la epidemia ya casi había sido vencida, se produjo el Gran Incendio, que se extendió por toda la ciudad de Londres durante cinco días en septiembre de 1666, destruyendo más de 13.000 casas y de 80 iglesias, incluyendo la histórica catedral, la vieja San Pablo. La tragedia del incendio proporcionó la posibilidad de reconstruir Londres. Así nació una urbe con edificios superiores a los anteriores y con una serie magnífica de iglesias, unas 50 en total, incluyendo la obra maestra de la nueva San Pablo.

Entre 1667 y los inicios de la década de 1670, mientras la capital comenzaba a recuperarse de la peste y del fuego, Carlos II dependió del consejo personal de un grupo de ministros —los cuales mantenían puntos de vista antagónicos en muchos aspectos—, que fueron conocidos como la Cábala. Sin embargo, en 1673, sir Thomas Osborne, que había mostrado una notable habilidad financiera como tesorero de la Marina, fue nombrado ministro de Finanzas, consiguiendo pronto la preeminencia en los consejos del rey. Fue nombrado conde de Danby en 1674, permaneciendo en el cargo hasta 1679. Danby intentó apartar a Carlos II de su política exterior francófila, que era ilógica si se tenían en cuenta los temores de la mayoría de sus súbditos respecto a las ambiciones expansionistas de Luis XIV. Carlos II había firmado con Francia el Tratado de Dover en 1670. En él se acordó la alianza de ambos reinos contra Holanda a cambio de un subsidio que recibiría el monarca inglés. En unas cláusulas secretas, éste prometía declarar abiertamente, en el momento que considerase más oportuno, su fidelidad a la religión católica.

Como consecuencia de este pacto, Inglaterra se unió a Francia en su ataque contra las Provincias Unidas en 1672, pero en el otoño del año siguiente los Comunes, sospechando de la alianza con los galos, se negaron a votar subsidios para la continuación de la guerra. Carlos fue obligado a firmar la paz por separado con los holandeses en 1674. Durante el resto de su mandato Danby intentó persuadir al rey para que adoptase una política netamente protestante en los asuntos exteriores, pero éste se retractó respecto a una ruptura total con Francia. Desde 1678, el ministro fue progresivamente eclipsado por un complot papal.

En 1678, el farsante Titus Oates anunció que tenía información acerca de una intriga del papa y de los jesuitas para matar al rey y entronizar a su hermano Jacobo, duque de York, que era abiertamente católico. Los protestantes ingleses se alertaron y la situación se hizo muy tensa cuando, en octubre, se reunió el Parlamento en Londres. El único objeto

de la discusión era tratar sobre la conjura, y cuando Oates obtuvo el apoyo del conde de Shaftesbury, un político hábil y sin escrúpulos, que creía en una monarquía muy limitada, la situación se hizo insostenible para el gobierno. Shaftesbury se aprovechó del sentimiento anticatólico producido por la conjura para intentar asegurar la exclusión de Jacobo al trono. Obtuvo el apoyo de las tres legislaturas de los Comunes entre 1679 y 1681, pero Carlos II se negó a considerar la anulación de los derechos de su hermano a la sucesión. Cuando disolvió el Parlamento de 1681, los *whigs* –partidarios de la exclusión, y que se distinguían de los *tories* respecto a la cuestión del derecho hereditario– comenzaron a hablar de una resistencia armada. Sin embargo, no llegaron a actuar. Carlos II había vencido.

El monarca se aprovechó de la reacción realista que siguió a la derrota del movimiento exclusionista, para remodelar los entes municipales, otorgándoles más diputados. Muchos de éstos eran baluartes de los whigs, pero las nuevas actas parlamentarias creadas por Carlos II permitieron que en las futuras elecciones también fuesen elegidos más diputados realistas.

Un monarca católico

Jacobo II se benefició inmediatamente de estas medidas tras su ascensión al trono en 1685. Su primer Parlamento fue leal hasta el servilismo. Sin embargo, su reinado sólo duró tres años. El motivo de tan breve gobierno fue su deseo de restaurar la fe católica a un nivel oficial y respetado por la sociedad inglesa, en una época en que la mayoría de sus súbditos la temían y la detestaban. Estalló, pues, un grave conflicto.

Jacobo II intentó favorecer la causa católica mediante una serie de medidas que, en su conjunto, crearon una oposición generalizada contra la corona en todo el país. Nombró a católicos para desempeñar altos cargos, tanto en la administración civil como en el ejército, creó un consejo eclesiástico, reminiscencia del antiguo Tribunal de la Alta Comisión, recibió a un enviado papal en Whitehall y promulgó declaraciones de indulgencia, suspendiendo las leyes penales contra sus correligionarios y los disidentes. Pretendía persuadir al Parlamento para que revocara por completo dicha legislación, pero para conseguirlo tuvo que remodelar por completo las corporaciones locales. Las reformas de Carlos II proporcionaron el control de los municipios a los más fervientes tories, pero éstos, que eran anglicanos convencidos, no estaban dispuestos a per-



judicar la situación de la Iglesia de Inglaterra. Las reformas de Jacobo II supusieron que en muchos municipios las franquicias parlamentarias y la administración de justicia fuesen controladas por católicos y disidentes.

Entre 1686 y 1687 la mayoría de los jueces de paz nombrados en Inglaterra y Gales, que eran los gobernantes efectivos a nivel local, fueron sustituidos por hombres de más baja categoría social. Tales cambios motivaron un profundo resentimiento entre las clases adineradas. La chispa que encendió su cólera fue el nacimiento de un hijo –y heredero– de Jacobo II en junio de 1688. Hasta entonces la oposición a la corona había estado tranquila, convencida de que al rey le sucedería una de sus hijas protestantes.

En esta situación, siete prohombres ingleses firmaron una invitación a Guillermo de Orange –estatúder de Holanda, nieto de Carlos I y marido de la hija mayor de Jacobo II, María–, para que fuese a Inglaterra y la salvara de la política del rey. Guillermo desembarcó en la isla en noviembre y un mes después Jacobo huyó a Francia. Guillermo y María, por el acuerdo de 1689, accedieron conjuntamente al trono.

La historia política de Inglaterra durante el siglo XVII estuvo dominada por los conflictos entre la corona y gran parte de sus súbditos. Sin embargo, estas luchas no impidieron la expansión exterior del país ni el desarrollo literario y científico. La centuria presenció la fundación del imperio colonial inglés en América y el gran crecimiento, tanto en volumen como en variedad, de los productos comerciales. Este desarrollo preparó los futuros avances del siglo XVIII, cuando Inglaterra surgió como una gran potencia colonial, comercial y financiera. En los ámbitos de la cultura y de la ciencia, los ingleses hicieron contribuciones excepcionales. Los nombres de Shakespeare, Bacon, Milton, Hobbes, Locke, Dryden y Newton justifican que a finales del siglo XVII Inglaterra disputara a Francia el liderazgo intelectual de Europa.



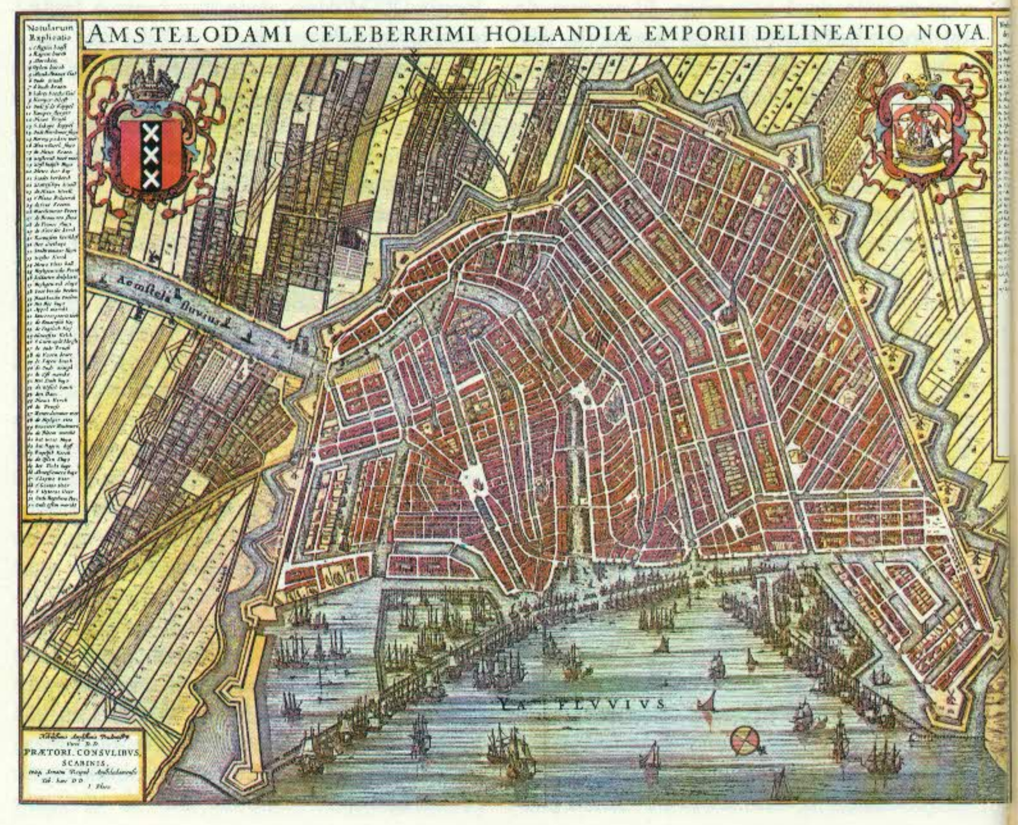
Arriba, retrato de Carlos II de Inglaterra realizado por J.M. Wright. Tras once años sin rey, Inglaterra había desarrollado un gobierno parlamentario eficaz gracias a la labor de Oliver Cromwell. El nuevo monarca puso mucho interés en mantener el nivel alcanzado y promovió un mayor desarrollo tanto económico como artístico y literario. (National Portrait Gallery, Londres.)

Izquierda, plato inglés de 1691 decorado en honor a los reyes Guillermo y María, sucesores de Jacobo II, el rey católico que intentó establecer su fe en el territorio y fue por ello destronado en 1688. (Ashmolean Museum, Oxford.)

Página anterior, el gran incendio de Londres en septiembre de 1666, en el que la mitad de la población perdió su hogar. Ello posibilitó la reconstrucción de la ciudad con un diseño más moderno y espacioso, en beneficio de la higiene y la comodidad. Las pestes de años anteriores ya no iban a repetirse.

CVRIA HOLLANDIÆ
INTERIOR.

La Edad de Oro de las Provincias Unidas



En 1609 el gobierno español firmó una tregua militar con las siete Provincias Unidas de los Países Bajos, en rebeldía contra su autoridad desde 1570. Felipe III de España no estaba dispuesto a reconocer la completa soberanía que sus súbditos rebeldes reclamaban desde 1580, pero sus representantes negociaron con éstos «como si» fueran un poder independiente. España fue finalmente forzada por el desgaste militar y financiero a conceder, lo que suponía en la práctica, el reconocimiento de la autoridad soberana del norte



La ejecución de Oldenbarnevelt (1547-1619) en la plaza Binnenhof de La Haya en mayo de 1619. El fundador de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales fue acusado de alta traición por su línea pacifista en el conflicto hispano-holandés. (Atlas van Stolk, Rotterdam.)

Página anterior, arriba, la plaza Binnenhof de La Haya, sede del Parlamento y las Cortes holandesas, en un cuadro de Joan Blaeu de 1649.

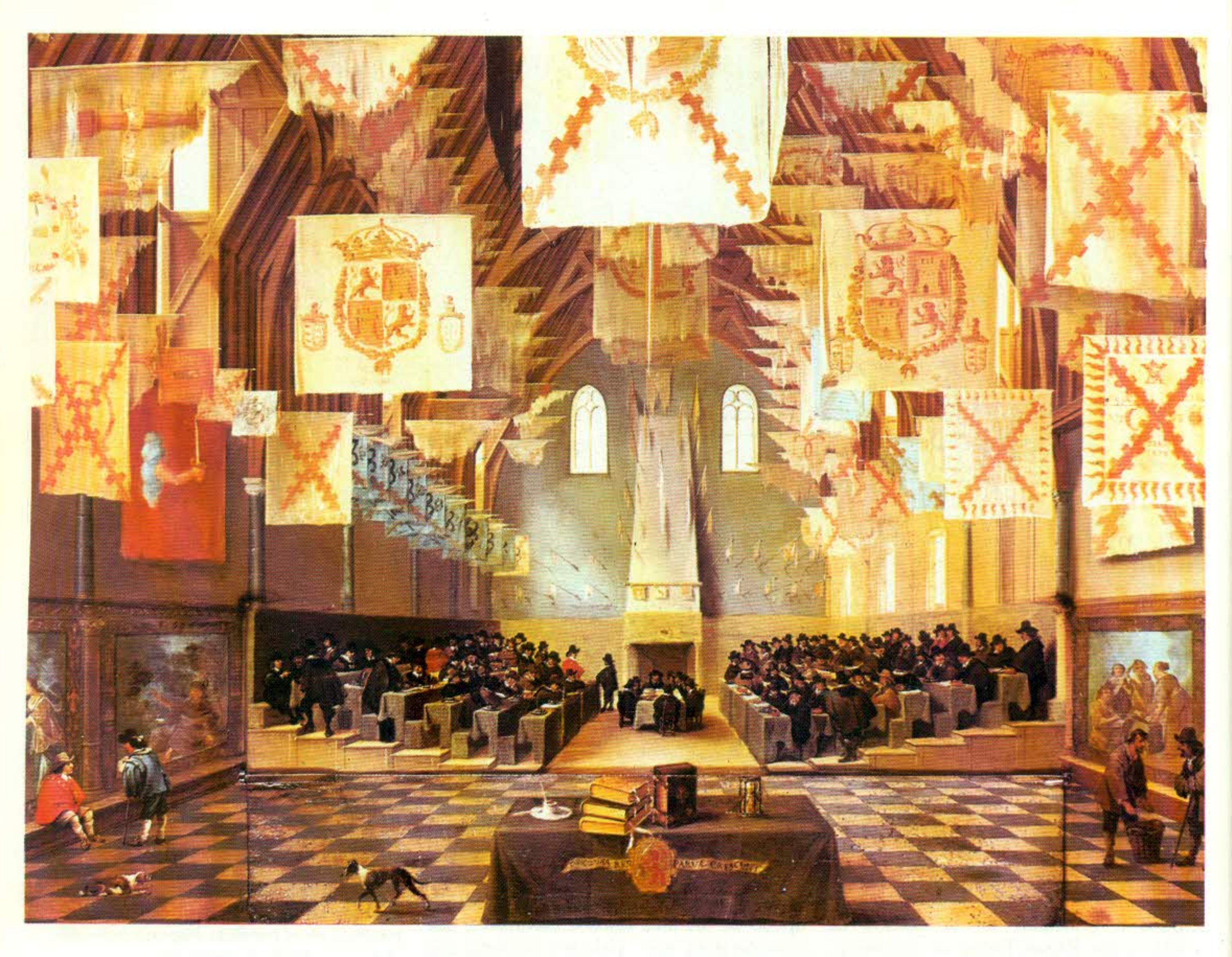
Página anterior, abajo, plano de Amsterdam en el siglo XVII, en el que se muestran sus canales, puertos y fortificaciones. A los lados se indican los principales edificios de la ciudad: el Ayuntamiento, el Banco y los locales de las dos Compañías Holandesas de las Indias.

de los Países Bajos. Sin embargo, gracias al genio militar del duque de Parma, el sur de los Países Bajos, también predispuesto a separarse en 1570, fue recuperado para España a principios de la década de 1580, y los Países Bajos se dividieron. Los factores que determinaron la línea de demarcación no fueron ni lingüísticos ni religiosos —había muchos que hablaban holandés en los territorios españoles y numerosos católicos en el norte—, sino geográficos y militares: la situación de las fuerzas españolas y holandesas en el momento que se firmó la tregua determinó la frontera.

Las siete provincias que habían luchado contra España durante cuarenta años para conseguir su libertad, gozarían de un excepcional desarrollo en el siglo XVII, como principal potencia comercial del mundo, pero en 1609 las fuerzas dominantes del país temían ya que tal independencia fuera breve. Los que tenían este punto de vista opinaban que la tregua había sido un gran error. Argumentaban que el gobierno español la había firmado por hallarse en un momento de debilidad, pero con vistas a reanudar la lucha más tarde, pues un período de paz permitiría a España movilizar nuevos recursos.

El principal protagonista de esta corriente de opinión era el príncipe Mauricio de Orange, hijo de Guillermo el Taciturno. Ocupaba el puesto de gobernador en cinco de las siete provincias, cargo que le dio una considerable influencia en los asuntos del país. Gobernó con el decidido apoyo de los más celosos calvinistas, que consideraban que cualquier acuerdo con España era un signo de debilidad.

Por otra parte, estaban las familias que gobernaban como «regentes» y que dominaban las asambleas de gobierno de cada una de las provincias y también los Estados Generales de la República. Los regentes eran una oligarquía de poderosos burgueses —particularmente fuertes en Holanda, la provincia dominante de la unión—, que opinaban en su mayoría que el provecho del Estado sería mejor servido con la paz. Creían firmemente en la necesidad de subordinar la Iglesia calvinista al poder secular. Los ministros de esta confesión y los miembros más entusiastas de sus congregaciones defendían, por el contrario, los derechos a la independencia de sus comunidades; no sólo criticaban la impaciencia de los regentes para negociar con los herejes españoles, sino también por extender la tolerancia a nivel nacional en favor de gran número de disidentes católicos y protestantes. El líder del partido de los regentes y el principal responsable de la negociación de 1609 fue Oldenbarnevelt, abogado (es decir, funcionario principal) de los Estados de



Holanda. Su desacuerdo con el príncipe Mauricio sobre la conclusión de la tregua fue el principio de un conflicto entre ambos que acabó trágicamente en 1619.

Las divisiones religiosas

La historia interior de la República hasta la reanudación de la guerra con España en 1621 estuvo dominada por disputas en las que la religión y la política se mezclaron de forma muy compleja. La faceta religiosa del conflicto se basó en una disputa teológica entre dos profesores de la Universidad de Leyden, en Holanda. Uno de ellos, Arminio, sostenía que el «libre albedrío» permitía ayudar a determinar el destino del alma, a través de los propios esfuerzos del individuo. El otro, Gomarus, insistía en el concepto tradicional calvinista de la «predestinación», la idea de que Dios había decidido de antemano el destino de cada alma y de que el hombre apenas podía salvarse si sólo contaba con sus esfuerzos personales.

Estas ideas contrapuestas se mezclaron con la política a partir de 1610, cuando los defensores de Arminio, que eran una minoría entre los pastores, expusieron sus puntos de vista en una protesta que presentaron ante los Estados de Holanda junto a una solicitud de protección respecto a sus rivales. Los Estados, con sus firmes opiniones acerca de la responsabilidad del poder secular en los asuntos eclesiásticos, no podían prácticamente rechazar una apelación redactada en tales términos. Bajo el liderazgo de Oldenbarnevelt, se les concedió la protección deseada, lo cual enfureció a la mayoría de los ministros calvinistas, fervientes seguidores de Gomarus. En esta atmósfera caldeada se aunaron esfuerzos para una mediación entre ambas partes, pero fueron infructuosos, y los gomaristas presentaron en 1611 una relación de agravios. Durante los siguientes años, los argumentos de los arminianos y de sus rivales tuvieron amplio eco tanto en Holanda como en el resto de la Provincias Unidas. El príncipe Mauricio, que tenía diferencias con Oldenbarnevelt a causa de la tregua de 1609, se unió abiertamente al bando gomarista en 1617. De este modo estalló un conflicto entre Mauricio y Oldenbarnevelt por la hegemonía sobre el Estado, disputa camuflada bajo el ropaje de los principios religiosos.

Los partidarios de Arminio tenían poco apoyo fuera de Holanda, pues los otros estados tendieron a seguir los dictados de los ministros gomaristas. La mayoría de los Estados Generales apoyaba a éstos contra los Estados de Holanda que, a pesar de la fuerte oposición de Amsterdam, se inclinaron por el partido arminiano. Las cosas empeoraron en agosto de 1618, cuando Mauricio, actuando como garante de los Estados Generales, ordenó el arresto de Oldenbarnevelt. La medida fue seguida de una purga de los partidarios de este político en los consejos municipales de Holanda, siendo sustituidos por gomaristas. Así transformados, los Estados de Holanda autorizaron un proceso contra Oldenbarnevelt ante un tribunal extraordinario, que en mayo de 1619 le condenó a muerte por comprometer «la posición de la fe... y la del Estado». Fue ejecutado al

día siguiente. Era una triste recompensa para un hombre que probablemente habría hecho más que otros, a excepción del mismo Guillermo el Taciturno, para establecer una República holandesa.

El príncipe Mauricio

Antes del proceso y ejecución de Oldenbarnevelt, en un sínodo nacional de la Iglesia reunido en Dort, fueron excluidos los arministas y su doctrina condenada. Los ministros más destacados de este grupo fueron desterrados del país y sus seguidores excluidos de los cargos públicos, negándoseles el derecho a la libertad de culto, aunque conservaron la libertad de conciencia. Los sucesos de 1618-1619 supusieron un gran triunfo para el príncipe Mauricio. Desde aquel momento hasta su muerte en 1625 fue el primer mandatario del país. Sin embargo, en 1621 tuvo que desviar su atención de los asuntos internos de la República y centrarse en la guerra contra España, que estalló de nuevo en aquella fecha, al expirar la Tregua de los Doce Años.

Este conflicto, es decir, el segundo episodio de la contienda contra España, duró hasta el Tratado de Münster de 1648, cuando Madrid reconoció formalmente la soberanía de las Provincias Unidas, lo mismo que sus territorios del sur de los Países Bajos —parte de Flandes y Brabante— que habían sido conquistados durante la guerra. Ciertamente, durante la década de 1640, el sucesor de Mauricio, su hermano Federico Enrique, estuvo cada vez más comprometido en una política exterior personal que casi no tenía en cuenta los intereses de la República. Esta actuación, combinada con la ayuda a los realistas ingleses —su hijo Guillermo se había casado con la princesa María, hija de Carlos I, en 1641—, se complicó con una dependencia servil respecto al creciente poder de Francia, que era aliada de las Provincias Unidas en la guerra. Alianza que, como más tarde se comprobó, suponía una grave amenaza para las libertades de Holanda. Por ello, su muerte llegó en el momento más oportuno para el partido pacifista, pues su hijo y sucesor Guillermo II carecía de la influencia y experiencia necesarias para impedir la firma de los acuerdos que ponían fin a la contienda contra España sin la ayuda de la provincia de Holanda.

Sin embargo, Guillermo no aceptó la situación. Estaba decidido a reanudar la guerra y también, si era posible, a asegurar la restauración de su cuñado Carlos Estuardo, en Inglaterra. Sus ambiciosos planes, que exigían el mantenimiento de un gran ejército, condujeron a un amargo conflicto con los Estados de Holanda, pensándose por un momento en una inminente guerra civil. Pero en noviembre de 1650 murió Guillermo. Ocho días más tarde nació su hijo, el futuro Guillermo III. Por su corta edad no se planteó su posible nombramiento como sucesor, por lo que entre 1650 y 1672 la mayoría de las provincias de la República estuvieron sin estatúder.

Este fue el período «republicano», una fase característica en la historia holandesa. Se inició con la Gran Asamblea reunida en La Haya en 1651. Los Estados de Holanda esperaban que este cuerpo, que representaba a todos los estados provinciales, daría lugar a una nueva forma de gobierno para la República. La pretensión resultó frustrada, pero la Asamblea tomó importantes decisiones que reforzaron el control del ejército en las provincias, pero por separado en cada una de éstas. Así, las fuerzas armadas del país quedaron virtualmente divididas en siete partes. Tales medidas supusieron un triunfo de las tendencias centrífugas dentro de las Provincias Unidas. Ciertamente, después de 1651 el país se parecía más a una unión de estados independientes que a una República Federal.

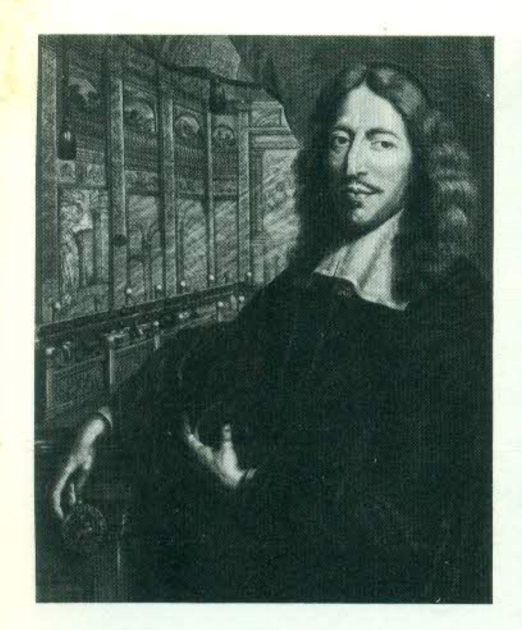
El poder y la riqueza en las Provincias Unidas

Los años 1650-1651 presenciaron una «revolución» en las Provincias Unidas. El intento de Guillermo II para reforzar una política exterior personal, pretensión que



La batalla de Sund (1658), en la que la flota sueca fue prácticamente destruida por los holandeses, poniendo fin al dominio sueco del Báltico. (Rijksmuseum, Amsterdam.)

Página anterior, reunión de los representantes de los Estados Generales en La Haya, en 1651. Del techo cuelgan las banderas conquistadas durante la guerra de ochenta años contra España. (Rijksmuseum, Amsterdam.)

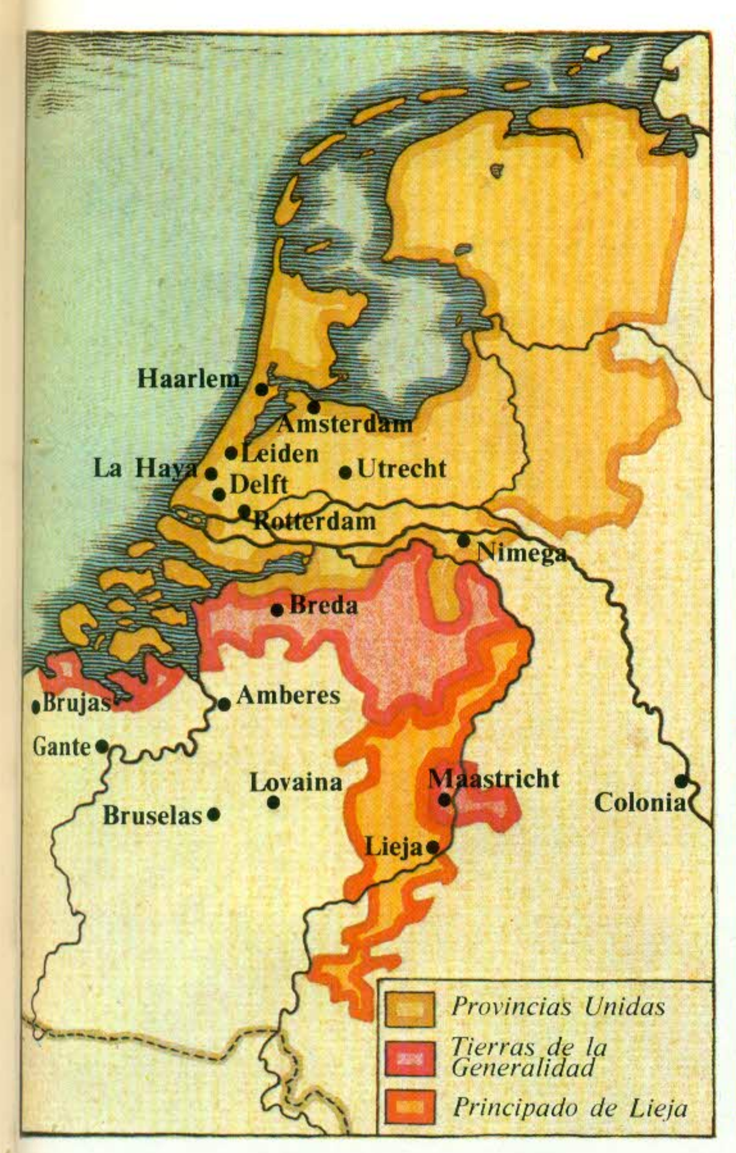


si hubiese triunfado seguramente habría tenido importantes consecuencias constitucionales, fue seguido por su pronta e inesperada muerte, así como por una reacción en la que se impuso la oligarquía de los regentes dominante en Holanda. Ciertamente, en la República descentralizada de 1651 a 1672, Holanda cada vez tuvo un papel más importante. Esto se debió en parte a su intrínseca fuerza económica –era en gran medida la provincia más rica, contribuyendo con un 58 % al total de los impuestos de la unión –y también por la aparición, en 1652, de Jan de Witt, un destacado hombre de Estado, como Gran Pensionario de Holanda.

La política de Witt era fundamentalmente conservadora. Deseaba mantener el *statu quo* de 1651 tanto a nivel interior como exterior. Los peligros que podían amenazarle provenían de la Casa de Orange en el interior, y de Francia e Inglaterra en el exterior. La familia Orange no se resignaba a perder su gran influencia en la República. Inglaterra estaba celosa del dominio comercial de las Provincias Unidas, y después de 1668, la Francia de Luis XIV estaba decidida a humillar a la nación que se opuso a sus ambiciones políticas en los Países Bajos españoles durante la Guerra de Devolución. El sistema de Witt se derrumbó en 1672 con el ataque anglo-francés contra la República y la restauración del cargo de estatúder en la Casa de Orange, en la persona de Guillermo III. El pueblo hizo responsable a de Witt de los desastres de la invasión francesa, por lo que en agosto de 1672 él y su hermano fueron linchados en La Haya. Como Oldenbarnevelt, tuvo un trágico final. Había servido fielmente a la República.

Desde 1672 hasta su muerte treinta años después, Guillermo III presidió la historia de las Provincias Unidas. Cuando asumió el cargo parecía que los éxitos de los ejércitos franceses contra la República la derribarían. Sin embargo, en 1674 los galos ya se habían retirado del suelo holandés gracias a la enérgica actuación de Guillermo III, lo cual le fue muy útil en los años siguientes. Tras finalizar la guerra en 1678, las Provincias Unidas vivieron una década de paz, pero el régimen de Guillermo en la República, así como su gobierno en Inglaterra –desde 1689– estuvieron dominados por la enemistad con Luis XIV de Francia. Tuvo la satisfacción de presenciar la mayor derrota del poderío galo en la guerra de 1688-1697, muriendo en 1702, al principio de la larga y costosa contienda por la sucesión española. Este conflicto puso fin a las esperanzas francesas de dominar Europa, pero al mismo tiempo impuso un esfuerzo a los recursos holandeses del que la República ya no se podría recuperar.

Los efectos de la guerra en los años 1690 redujeron la popularidad de Guillermo, que había alcanzado su cenit veinte años antes. En 1674 los Estados de Holanda y Zelanda hicieron de su título un cargo hereditario y en 1675 los Estados Generales hicieron lo mismo con sus atribuciones como capitán general y almirante general de la Unión. Sin embargo, en 1700 las clases medias bajas





sufrieron muy duramente el aumento de las cargas impositivas a causa de la guerra; apareció el resentimiento contra el poder de la oligarquía de los regentes y contra la creciente corrupción en la designación de cargos oficiales que aseguraban la preeminencia de sus propios seguidores.

El sistema social

Las luchas religiosas y los continuos conflictos entre la Casa de Orange y el partido republicano ensombrecieron el panorama de una época de desarrollo. A pesar de todo no hay duda de que aquel siglo fue el período más grande de la historia de los Países Bajos. Generó una expansión comercial e imperial y un florecimiento cultural que maravillaron a los contemporáneos.

La expansión imperial de las Provincias Unidas tuvo unos antecedentes sociales completamente diferentes de los de cualquier otro país de Europa. No es correcto hacer generalizaciones acerca de la estructura social de la República, que variaba en gran medida entre las diferentes provincias. Por ejemplo, la nobleza era más importante en Güeldres que en Holanda, donde era numéricamente débil y económicamente insignificante. Pero Holanda dominaba políticamente la Unión, por lo que es interesante analizar su situación específica.

Holanda estaba dominada por su patriciado urbano, la clase «regente», que a mediados del siglo XVII se había consolidado firmemente como una oligarquía burguesa en el control de la administración y de la vida económica de la provincia. Las familias regentes formaban una pequeña pero sólida minoría dentro de la población, seguida en la jerarquía social de una gran clase media, con diversos ingresos y *status*, pero compartiendo todos sus miembros parte de la prosperidad promovida por la expansión económica. Incluso los artesanos y otros miembros de las clases bajas, que se amontonaban en las villas y ciudades de la provincia, gozaron de un nivel de vida que hubiese cau-

Arriba, mapa de los territorios holandeses en las Indias Orientales, ganados para la corona a principios del siglo XVII por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales.

Izquierda, las Provincias Unidas, según el Tratado de Münster de 1648, en el que España reconocía por fin su independencia. Los Estados Generales quedaron como parte de los Países Bajos, y el principado de Lieja se mantuvo bajo la administración del Sacro Imperio Romano-Germánico.

Página anterior, izquierda, Jan De Witt (1625-1672), el líder de la oposición al poder de la Casa de Orange. Sus intentos de acercamiento a la Francia de Luis XIV le llevaron a la muerte a manos del pueblo, que le hizo responsable de la coalición anglo-francesa contra la República.

Página anterior, derecha, Guillermo II de Orange (1626-1650) junto a su esposa María Estuardo, según un retrato de Gerard van Honthorst de 1650. (Gemeentemuseum, La Haya.)



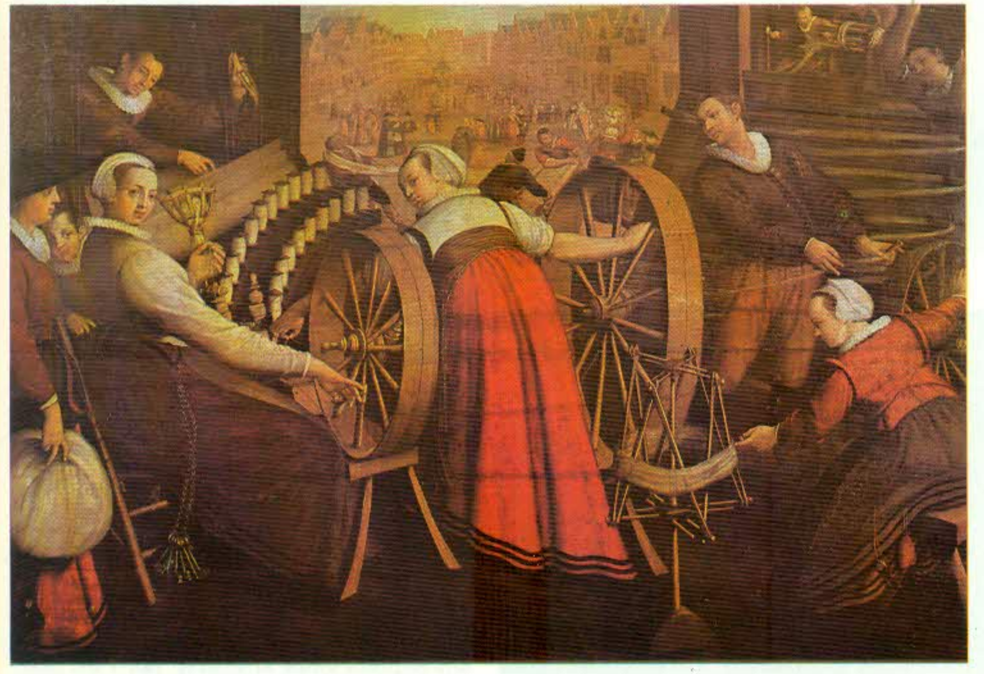
sado envidia a sus homónimos de otros países europeos. Es más, incluso los más pobres no estaban olvidados. Los asilos, orfanatos y otras instituciones de caridad holandesas, que ahora nos parecerían primitivas, estaban muy avanzadas en aquella época en relación a las de otros países.

Esta abigarrada población asumía diversos credos religiosos. Aproximadamente, un tercio de la misma pertenecía a la Iglesia reformada oficial que surgió del Sínodo de Dort; una mitad era católica, y el resto arminianos, luteranos, baptistas y seguidores de numerosas sectas menores. Había libertad de conciencia, pero si bien la Iglesia estatal no hizo esfuerzos sistemáticos para reforzar el calvinismo, se redujo la libertad de culto y los disidentes encontraban a menudo dificultades para ocupar puestos administrativos. Sin embargo, a pesar de todo, la política religiosa de los estados holandeses era liberal. Ciertamente, si la comparamos con la Francia del momento, donde los hugonotes estuvieron sujetos a una violenta persecución, era un modelo de ilustración.

La población de las Provincias Unidas gozó así de una combinación de libertad religiosa y prosperidad económica únicas en Europa. Esta última se basaba en el éxito del comercio holandés. Aunque los fundamentos de la riqueza mercantil provenían de la Edad Media, fue sólo durante el período de la rebelión contra España, especialmente entre 1590 y 1620, cuando los Países Bajos se convirtieron en la principal nación del mundo en cuanto a navegación y comercio. La preponderancia holandesa en el campo de las transacciones y de los transportes durante el siglo XVII se basaba en una combinación de factores: la situación geográfica de la República, situada idealmente para actuar como centro mercantil del norte y centro de Europa; la larga tradición marinera de las provincias costeras del país; la ausencia de interferencias estatales en la vida económica; el hecho de que los Estados Generales no tenían la autoridad ni deseaban introducir planes económicos, y la ausencia, al menos durante casi todo el siglo, de verdaderos competidores.

Los puertos franceses, ingleses y mediterráneos rebosaban de buques holandeses. Obtenían cereales y material para la navegación en el Báltico; paños en Inglaterra; lino en Alemania; sal y vino en Francia; aceite, frutas y sedas en el Mediterráneo; de América traían azúcar, y de las Indias Orientales especias y otros productos de lujo.

El gran comercio holandés se centraba especialmente en la ciudad de Amsterdam, que era una de las mayores urbes europeas, con una población de unos



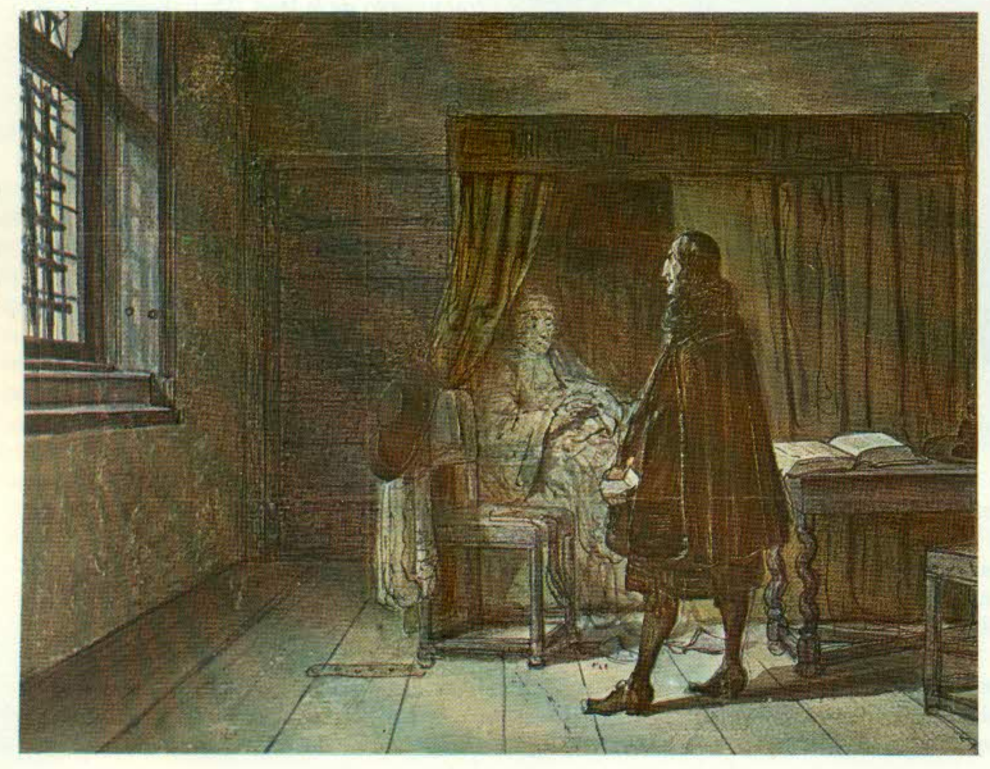
Arriba, La batalla de Livorno, *en 1653; panel de madera del pintor Johannes Lingelbach. La flota holandesa, a las órdenes de Jan van Galen, se impuso a la británica en el transcurso de la primera guerra anglo-holandesa. (Rijksmuseum, Amsterdam.)*

Izquierda, escena de un taller familiar de manufactura de tejidos, cuadro de I.N. Swanenburg hacia el año 1600. Se empezaban a usar las primeras máquinas de tratamiento de la lana. (De Lakenhal, Leiden.)

Página anterior, izquierda, los holandeses incendian la flota británica anclada en el río Medway duante la segunda guerra anglo-holandesa, en 1667.

Página anterior, derecha, el Sínodo de Dort, el 13 de noviembre de 1618. Los principales mandatarios, profesores y predicadores de las Provincias Unidas se reunieron para poner fin a la división religiosa del país. La Iglesia Reformada fue el resultado. (Atlas van Stolk, Rotterdam.)

150.000 habitantes. Amsterdam fue el centro del comercio del Báltico y de las Indias Orientales y Occidentales, que le servían como fuente de prosperidad. Por ello, durante el siglo XVII Amsterdam se covirtió en el puerto más grande del mundo. También se transformó en el centro del mercado internacional de valores, desplazando a Venecia y Génova. La acumulación de capital en las Provincias Unidas, que hizo posible su desarrollo, se basaba en los éxitos comerciales del país y la ayuda del gobierno de la ciudad de Amsterdam, que en 1609 fundó un banco destinado a financiar el tráfico internacional de mercancías. Esta entidad tuvo un gran éxito, por lo que a mediados del siglo XVII la República era claramente la potencia dominante en el mundo, tanto financiera como comercialmente. Esta situación era obvia durante la invasión de Luis XIV en 1672. En tal coyuntura el tipo de interés de la deuda nacional holandesa ascendía sólo al 3,75 %, siendo in-

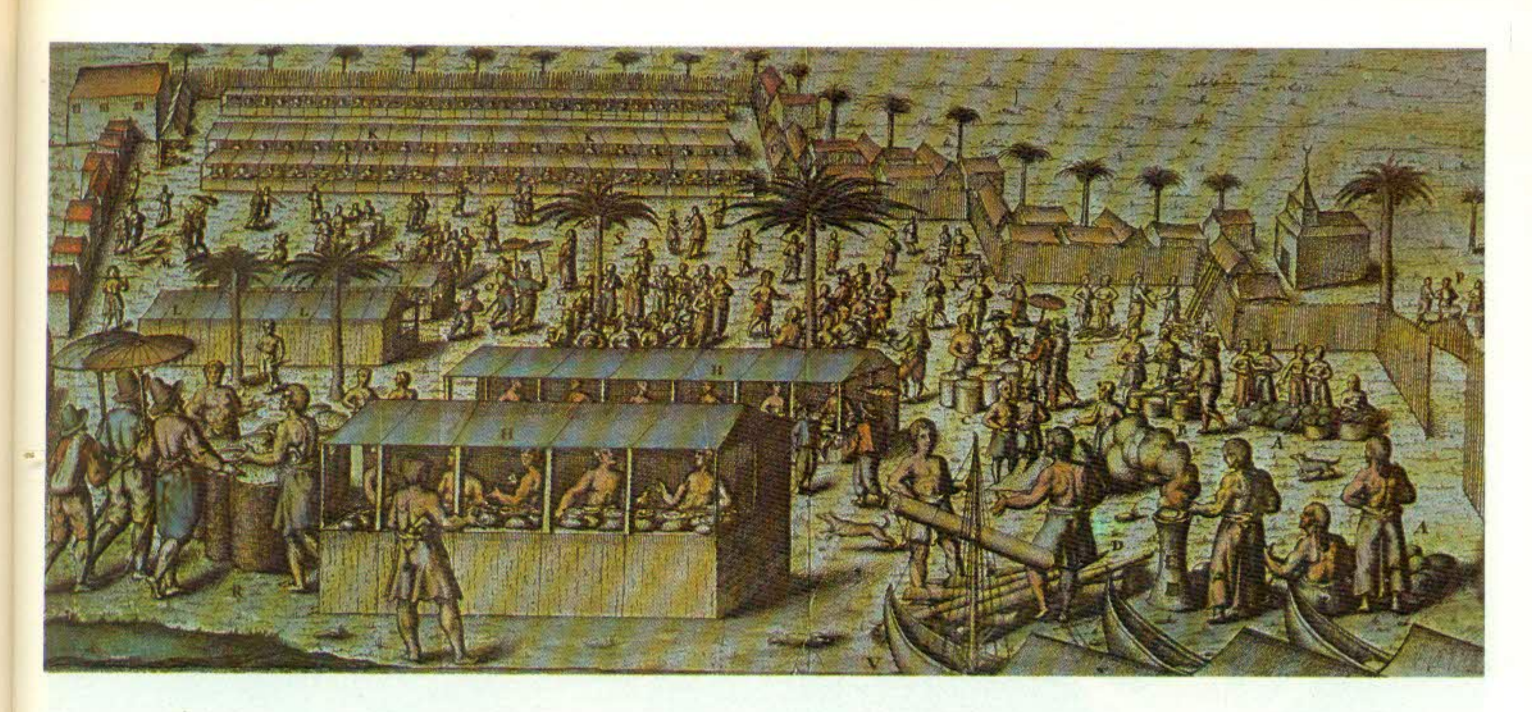


significante en comparación al préstamo público francés, incluso cuando éste se ofreció al 5,5 %.

La mayoría de los barcos que continuamente circulaban por el puerto de Amsterdam estaban relacionados con el comercio europeo, pero un número creciente de ellos zarpaba hacia otros continentes, en especial América y Asia. En el siglo XVII, la República conquistó dos imperios, uno en América y otro en las Indias Orientales. Pronto perdió la mayoría de sus adquisiciones africanas, pero sus grandes dominios asiáticos permanecieron hasta el siglo XX.

Las Islas de las Especias

Las posesiones de la República en el este de Asia estaban controladas por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, que en el siglo XVII se convirtió en la más poderosa institución europea en dicho continente y en la mayor compañía





Arriba, el mercado de Bantam en Java una de las posesiones holandesas en las Indias Orientales. (Atlas van Stolk, Rotterdam.)

Izquierda, el puerto de Bantam a finales del siglo XVII. Los holandeses organizaron el cultivo de especias a gran escala en Oriente, y fundaron la ciudad de Batavia como sede de su imperio comercial de las Indias.

Página anterior, arriba, una expedición comercial abandona el puerto de Amsterdam. Estas escuadras estaban financiadas por compañías asociadas, y protegidas por compañías de seguros. Así el riesgo era mucho menor que en otros países europeos. (National Maritime Museum, Londres.)

Página anterior, abajo, los hermanos De Witt esperan la muerte, prisioneros en La Haya. (Museum Simon van Gijn, Dort.)

comercial del mundo. Fue fundada en 1602 para regular y proteger el ya considerable comercio que llevaban a cabo los holandeses en los mares orientales. Su fundación fue necesaria porque las actividades comerciales estaban amenazadas por el tradicional dominio de Portugal en aquella área, y al ser entonces este reino una posesión española, se vio inevitablemente envuelto en la guerra que España sostenía contra sus provincias rebeldes en los Países Bajos.

La compañía tuvo plena autoridad en Oriente, con derecho a mantener fuerzas militares terrestres y marítimas, hacer la guerra y firmar la paz, acuñar moneda y fundar colonias. Bajo dos grandes gobernadores, Coen y Van Diemen, cuyos mandatos en las Indias Orientales se extendieron entre 1618 y 1645, esta empresa hizo espectaculares progresos. Fundó su capital, Batavia, en la isla de Java, y consolidó el dominio sobre las Molucas, las fabulosas «Islas de las Especias», la zona más valiosa de todo el sistema comercial de Oriente, expulsando de allí a los portugueses. En 1652 se fundó una colonia en el cabo de Buena Espe-



ranza, en el extremo sur de África, consolidándose, a partir de 1660, su posición en todas las Indias Orientales.

Las principales importaciones de la compañía en Holanda eran las especias y los tejidos. Entre éstos, destacaban las telas de seda y de algodón, que cobraron mayor importancia a medida que avanzaba el siglo, llegando a constituir en 1700 la mayor partida del comercio con Oriente. Aunque era esencialmente una organización mercantil, las conquistas y la necesidad de controlar y supervisar a los gobiernos nativos involucraron a la compañía en grandes gastos. En 1669 poseía cuarenta barcos de guerra y 10.000 soldados, junto a 150 naves de transporte. Estos gastos militares redujeron sus beneficios y, además, sufrió las ambiciones de sus funcionarios, que tendían a promocionar sus propios intereses comerciales a expensas de los de la compañía. Por tanto, en 1700 la compañía empezó a declinar.

La decadencia era, a pesar de todo, relativa. Aunque sus beneficios eran menores a los de los grandes años del siglo XVII, se mantuvo su importante estructura casi hasta 1800.

La Compañía de las Indias Orientales se fundó básicamente como una empresa comercial. Los orígenes de la Compañía de las Indias Occidentales en 1621 fueron muy diferentes. Fue creada esencialmente para luchar contra Portugal y España, en América, actuando más como un instrumento bélico que como un ente mercantil. Pronto conquistó algunas islas de las Indias Occidentales, pero sus principales esfuerzos se dirigieron hacia Brasil y Nueva Holanda, una colonia situada en la isla de Manhattan, que había sido ocupada en 1623. Nueva Holanda fue cedida a Inglaterra en 1667, tras la segunda guerra anglo-holandesa, y las importantes conquistas del nordeste del Brasil tuvieron que ser devueltas a los portugueses en la década de 1650. El proyecto de un posible imperio holandés en América, factible en los primeros años del siglo XVII, se colapsó a partir de 1660.

Las artes

La expansión holandesa en ultramar, simbolizada por la creación de las Compañías de las Indias Orientales y Occidentales, fue paralela al ensanchamiento de los horizontes culturales holandeses a nivel nacional. El siglo XVII fue la gran época del arte y de la literatura de las Provincias Unidas.

La amplitud y pujanza de las clases medias condujeron a un crecimiento en la demanda de la satisfacción estética, una solicitud que produjo formas de expresión artística diferentes a las que se daban en la cultura absolutista y barroca que dominaba la mayor parte de Europa occidental.

La pintura era, con mucho, la principal expresión artística holandesa. La arquitectura y la escultura carecieron de su importancia. Incluso aquellos que gozaban de una modesta prosperidad, podían aspirar a poseer cuadros, cosa que hicieron miles de holandeses. Las pinturas que adquirían se caracterizaban por un realismo y una infinita variedad: bodegones, paisajes, marinas, retratos individuales y de grupo, vistas de ciudades, estudios de animales, interiores de iglesias. Hubo docenas de grandes pintores durante aquel siglo; algunos verdaderos maestros —como Frans Hals, que pintó espléndidos retratos de



Arriba, retrato de Michiel de Ruyter (1607-1676), el almirante holandés que apoyó a Dinamarca durante el conflicto de 1658-1659; fue comandante de la flota de su país durante la segunda guerra anglo-holandesa.

Izquierda, Interior con soldados, *pintura de Pieter de Hoogh. La escasez de recursos de los Estados del siglo XVII hacía imposible el mantenimiento continuado de un ejército profesional a su costa, por lo que las tropas debían ser alimentadas por el pueblo durante las campañas nacionales. (National Gallery, Londres.)*

Página anterior, Retrato colectivo de los oficiales de la Milicia de san Adrián; *pintura de Frans Hals de 1633. (Frans Halsmuseum, Haarlem.)*

grupo, y Jan Vermeer de Delft, que produjo magníficas escenas de los rincones de su ciudad natal; y un genio incuestionable: Rembrant.

La grandeza de la literatura holandesa en el siglo XVII ha tenido, por lo general, un reconocimiento inferior al de la pintura, pero tanto en prosa como en poesía fue aquella una época de grandes logros. Cats, Huygens, Hooft y Vondel, por mencionar sólo cuatro nombres, escribieron versos y prosa de gran calidad. Vondel, considerado por los holandeses contemporáneos como su más gran poeta, paralelo a Shakespeare, nunca ha tenido este reconocimiento en otros países, pero la fascinación perenne que ha ejercido en las mentes holandesas a través de obras como *Lucifer* (1654) y *Jephta* (1659), le convierte en un líder de la literatura universal.

La inspiración cultural de las Provincias Unidas, así como su poderío económico y político, declinaron en el siglo XVIII. La República entró en la Guerra de Sucesión Española como gran potencia y su predominio comercial y financiero se prolongó durante el siglo XVIII. Pero ya en los albores del año 1700 habían signos de que el ascendente poderío de Inglaterra, con mayor población y superiores recursos naturales, la desbancaría tanto en el área del comercio como en las finanzas.

La decadencia cultural llegó antes y fue, si cabe, todavía más dramática. En 1680 los grandes genios habían muerto sin dejar sucesores.

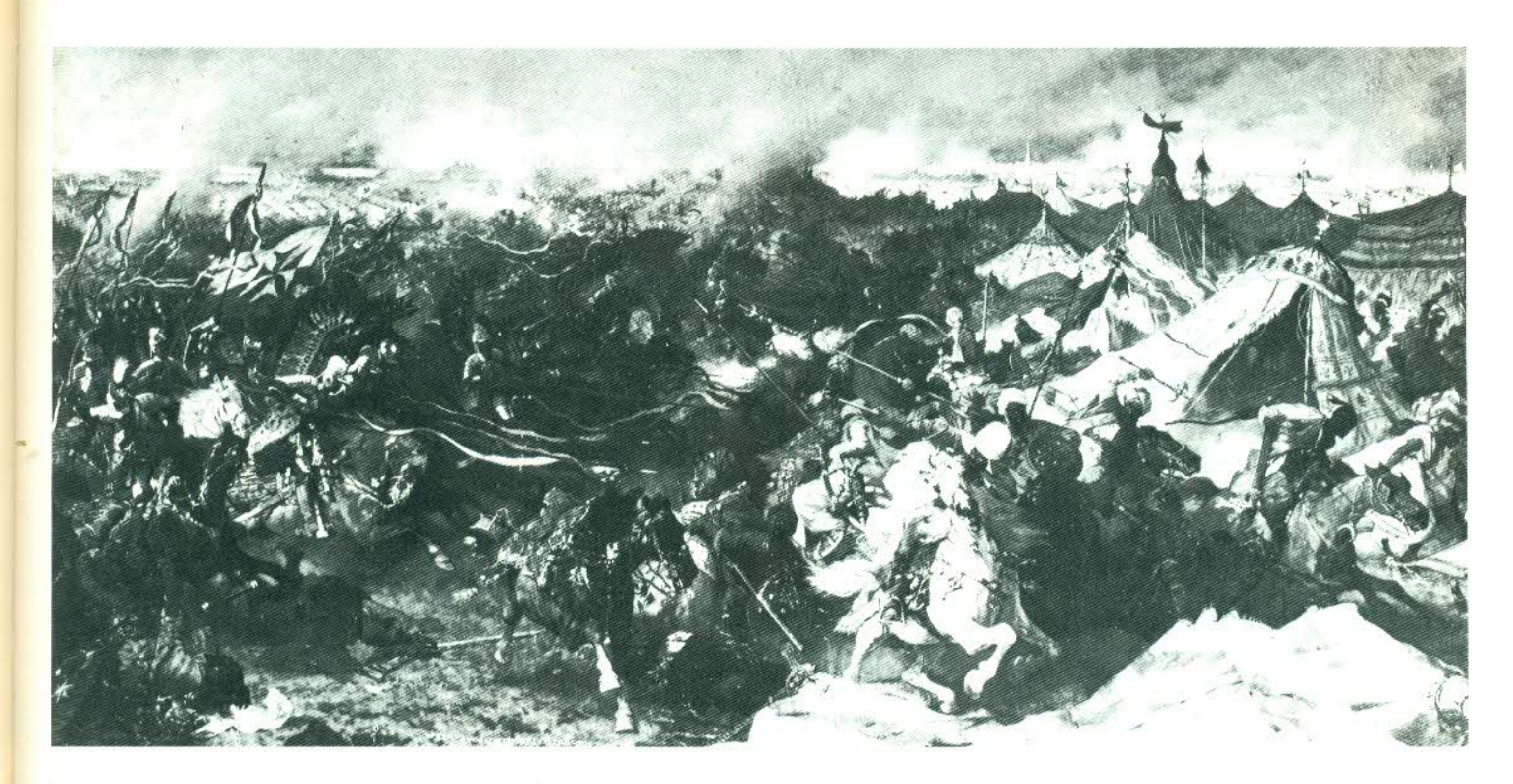


El nuevo sistema europeo

Cuando Luis XIV asumió personalmente el poder en 1661, Francia era la potencia más fuerte de Europa. Había conseguido esta posición como resultado de su larga lucha contra las ramas austríaca y española de los Habsburgo, conflicto que en su más reciente fase había durado desde 1635 hasta 1659. Los Habsburgo austríacos, encabezados por el titular del Sacro Imperio Romano-Germánico, fueron humillados con la Paz de Westfalia en 1648, en la que Francia consiguió los tres arzobispados de Metz, Toul y Verdún, que comprendían importantes territorios en su frontera del Rhin, y además los derechos del Sacro Imperio sobre Alsacia. Por la Paz de los Pirineos, que acabó con la fase española de la guerra, consiguió los condados del Rosellón y de la Cerdaña, territorios de los Habsburgo hispanos situados en la vertiente norte de los Pirineos, así como gran parte de la zona del Artois en los Países Bajos españoles.

El Tratado de los Pirineos señala el fin de la hegemonía española. En el siglo XVI España había sido la potencia dominante. Tras la anexión de Portugal en 1580, controlaba unas extensiones territoriales hasta entonces nunca vistas, con amplias posesiones en Europa, África, Asia y América. Este Imperio había sido creado esencialmente por Castilla. Sin embargo, entre los años 1590 y 1620 se erosionaron las tres bases fundamentales de la grandeza de Castilla: aumento de la población, baja productividad y dominación de los ingresos que obtenía de sus colonias americanas. La disminución de la capacidad del reino para soportar las cargas del Imperio hizo que el conde-duque de Olivares, el principal ministro de Felipe IV entre 1621 y 1643, presionara económicamente a los reinos de Portugal y Aragón. Ello originó revueltas en dichas zonas, que debilitaron el Imperio. En 1661, España estaba ya claramente en decadencia.

La grandeza de Francia en 1661 se basaba en la debilidad de los otros estados europeos. El recientemente restaurado Carlos II de Inglaterra estaba preocupado por la normalización de su reino



después de las agitaciones de 1640 a 1660. Las Provincias Unidas, bajo Jan de Witt, estaban preocupadas en la defensa de su hegemonía comercial y en evitar el retorno al poder de la Casa de Orange. Es más, habían luchado junto a Francia contra España durante los años 1630 y 1640 y, aunque estaban alerta frente a la creciente amenaza del poderío francés, mantuvieron su tradicional postura antiespañola.

Luis XIV no tenía, pues, nada que temer ni de Inglaterra ni de Holanda. Igualmente, carecía de motivos para preocuparse por el emperador Leopoldo I. Desde 1660 a 1680, el principal problema de Leopoldo era la defensa de sus dominios patrimoniales de Austria y Hungría contra los turcos otomanos. El Imperio turco, declinante a principios del siglo XVII, se reavivó a partir de 1656, con las campañas contra Austria y Hungría, que culminaron con el sitio de Viena, la capital imperial, en 1683. Leopoldo, fuertemente amenazado en el este, se hallaba en una posición muy débil para resistir a las ambiciones francesas en el oeste.

El vasto Imperio ruso a mediados del siglo apenas era parte de Europa. Tenía una gran población y fabulosos recursos naturales aún no explotados, con un ejército ineficaz desde el punto de vista de los modelos occidentales y una administración rudimentaria. La política exterior rusa se centraba sobre sus vecinos más próximos, el Imperio otomano, Polonia y Suecia. Este último país, en 1661 era aún la potencia dominante en el Báltico, posición que alcanzara bajo Gustavo Adolfo gracias a su alianza con Francia durante la Guerra de los Treinta Años. Sin embargo, en 1660 perdió a un notable rey guerrero, Carlos X, iniciándose una regencia durante la minoría de Carlos XI. El principal objetivo político exterior sueco fue entonces conservar el dominio en el norte.

La debilidad de la mayoría de los estados europeos era dramática si se la comparaba con el poderío francés. La población gala era de unos 18 millones de habitantes, tres veces más que Inglaterra o España, y ocho más que las Provincias Unidas o Suecia. Incluso el vasto Imperio ruso tenía menos habitantes. Francia poseía, además, recursos naturales impresionantes, con un suelo muy fértil, por lo que durante los primeros años del gobierno personal de Luis XIV, y bajo la dirección de Colbert, las reformas financieras y el desarrollo industrial ayudaron a fortalecer el país. El ejército aumentó considerablemente sus efectivos, pasando de 100.000 hombres, a principios del año 1660, a 400.000 durante la Guerra de Sucesión Española. Además, bajo la tutela de dos geniales administradores, Michel Le Tellier y su hijo, el marqués de Louvois, aumentaron sus reservas de municiones y los servicios de abastecimiento. Es más, Luis XIV, al principio de su reinado, tenía a los dos más grandes generales de Europa, Turena y Condé. No había una tradición naval en Francia paralela a su gran reputación militar que databa de la Edad Media, pero Colbert quiso hacer de Francia una potencia marítima. Construyó astilleros y desarrolló una compleja burocracia para la dirección de la marina. A su muerte en 1683, Francia estaba ya pre-

La defensa de Viena contra los turcos, acción realizada por el rey polaco Juan II Sobieski en 1683. Con esta victoria las potencias del este de Europa se libraban de un antiguo peligro, y así pudieron volver sus intereses de nuevo hacia occidente.

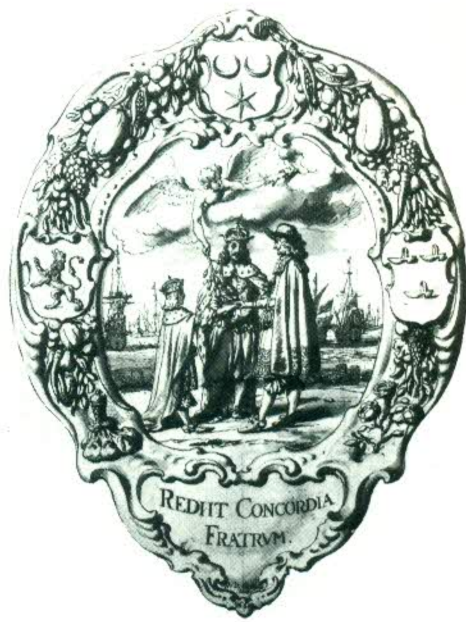
Página anterior, Luis XIV al mando de sus ejércitos cruza el Rhin; detalle de un cuadro de van der Meulen. La cambiante política de alianzas de las potencias europeas impidió al Rey Sol finalizar con éxito las campañas que lanzó contra sus vecinos ingleses, holandeses, alemanes y españoles.



Territorios conquistados por Francia en el periodo 1643-1715

parada para desafiar a Inglaterra y Holanda en el control de los mares. Efectivamente, al principio de la Guerra de la Liga de Augsburgo, en 1688, parecía que Francia podía convertirse en la potencia naval dominante. Esta posibilidad se desvaneció en 1692, en la batalla de La Hogue, cuando los franceses, dirigidos por el almirante Tourville, fueron aplastados por una flota anglo-holandesa. La marina gala nunca se recuperó de este golpe, y al final del reinado de Luis XIV Inglaterra había superado claramente a Francia, convirtiéndose en el país con la escuadra de guerra más fuerte del mundo.

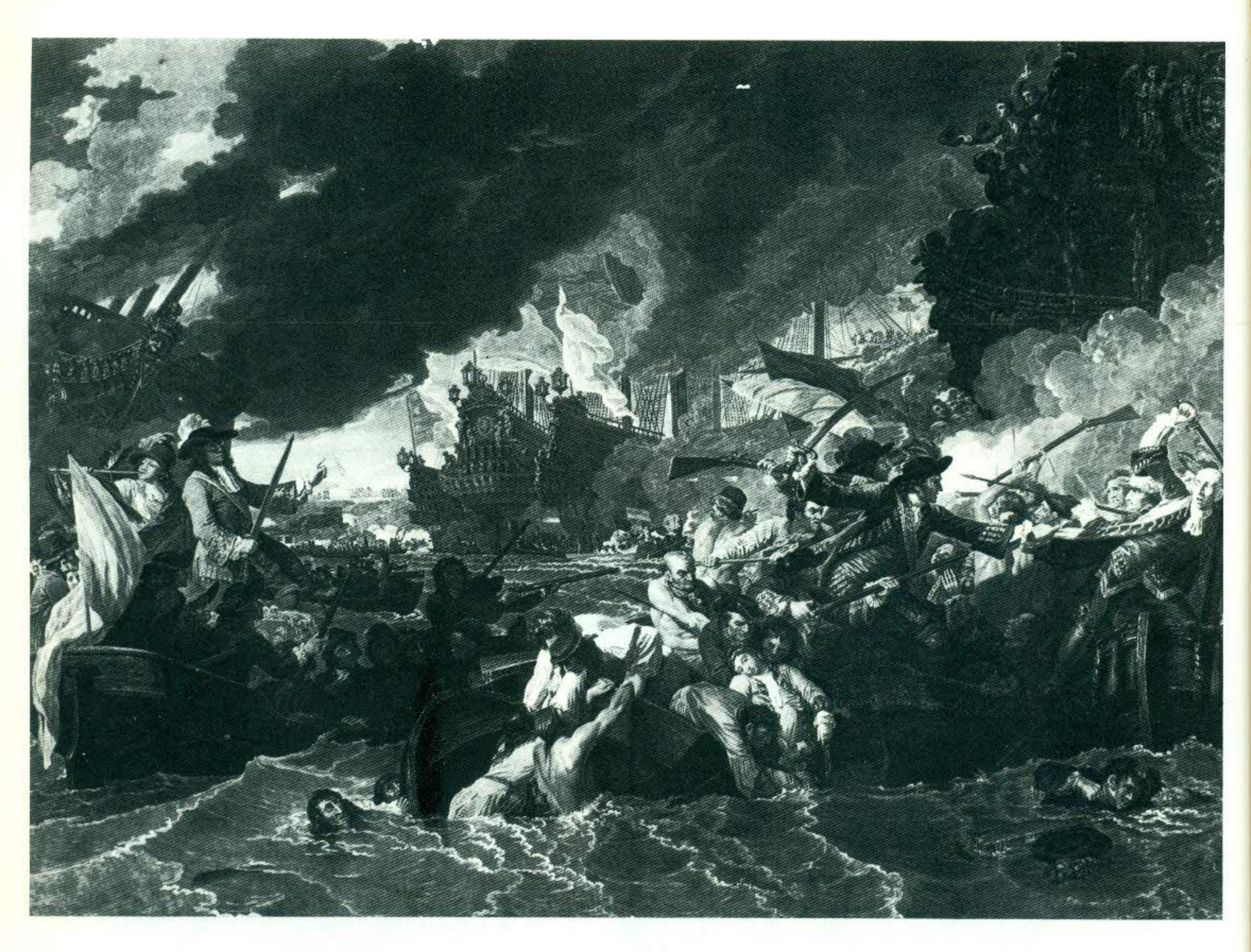
El ejército y la marina fueron las últimas armas del «Rey Sol» en los asuntos internacionales, pero también utilizó otro instrumento muy sutil. El servicio diplomático de este monarca no tenía rival en Europa. Cuando asumió su poder personal, el Ministerio del Exterior tenía muy pocos



Arriba, dibujo alegórico de la alianza entre ingleses, holandeses y suecos contra Francia en 1668. Esta unión de estados protestantes fue rota por Carlos II de Inglaterra, que se alió secretamente con Luis XIV en 1670.

Izquierda, Francia en tiempos de Luis XIV. El rey ensanchó sus fronteras hacia el este y estableció numerosos fortines en esta disputada región.

Página anterior, el Rey Sol en la inauguración de la Academia de Ciencias y la fundación del Observatorio en 1667; cuadro de Henri Testellin. Bajo Luis XIV, Francia alcanzó el mayor esplendor cultural de todos los tiempos. (Château de Versalles.)



empleados; cuando murió, contaba con complejos archivos y un enorme ejército de burócratas que suministraba la mayor parte de la información sobre la que se basaban las decisiones políticas reales. En el exterior, Luis XIV mantuvo embajadores permanentes en los principales países europeos, excepto Rusia, y residentes de rango subordinado en las potencias secundarias, como los principados alemanes e italianos. Estos representantes eran hombres muy capacitados y conscientes de su misión. Ningún otro Estado igualaba a Francia en el número y calidad de sus agentes exteriores, ni proporcionaba a sus diplomáticos tan generosos subsidios como los que distribuía el rey para ganarse amigos.

La búsqueda de la gloria

Respaldado por todos estos recursos, el Rey Sol podía embarcarse en una ambiciosa política exterior. ¿Cuál era su verdadero objetivo? Se ha dicho que la cuestión de la sucesión española fue la base de toda su política exterior, pero este problema sólo tuvo importancia en los últimos años de su reinado. Otras interpretaciones de que su política estaba determinada por un deseo de extender las fronteras naturales de Francia, o por su ansia de aumentar la influencia gala en Alemania, son meras hipótesis. Sería más realista pensar que Luis XIV, ante todo, estaba decidido a reducir el poderoso pero decadente poder de los Habsburgo, aunque este punto de vista choca con su decisión de aplastar a las Provincias Unidas a principios de la década de 1670. Probablemente, el motivo principal de sus acciones era su deseo de gloria: gloria para Francia, pero, sobre todo, gloria para él mismo.

El resultado de su ambición fueron cuatro guerras: la Guerra de Devolución (1667-1668), la Guerra de Holanda (1672-1678), la Guerra de la Liga de Augsburgo (1688-1697) y la Guerra de Sucesión de España (1701-1713).

En la Guerra de Devolución Luis XIV luchó contra España amparándose en la salvaguarda de los derechos de su mujer, la infanta española María Teresa, sobre los territorios de los Países Bajos españoles, pero en realidad deseaba conquistar territorios para Francia. Consiguió triunfos considerables, especialmente aislando a España internacionalmente, a través de la diplomacia y de las armas. Sin embargo, estos éxitos alarmaron a Inglaterra, Holanda y Suecia, que en 1668 formaron la Triple Alianza, destinada a forzar a Francia para que firmase la paz. Luis XIV aceptó concluir las hostilidades en 1668, aunque no se sabe muy bien de qué modo influyó la Triple Alianza sobre esta decisión. Lo que sí es claro es que nunca perdonó a los holandeses sus intrigas contra él.

Como resultado de la Guerra de Devolución obtuvo para Francia un número importante de ciudades en los Países Bajos españoles y planeó desde 1668 extender aún más la influencia francesa en el nordeste, esta vez atacando a los propios holandeses. Procuró aislar a las Provincias Unidas, como había hecho con España durante el período anterior a 1667, obteniendo el mismo éxito, pues el único aliado con que contó dicha República en 1672 fue Brandenburgo. El mayor éxito





de sus diplomáticos fue la ruptura de la Triple Alianza. En 1670, por el secreto Tratado de Dover, que reflejaba el punto de vista personal de Carlos II en política exterior, Inglaterra se alió a Francia contra Holanda, y en abril de 1672 los suecos, a cambio de un subsidio, acordaron oponerse a cualquier príncipe alemán que ayudase a los holandeses. De este modo Luis XIV podía, junto a Inglaterra, en 1672 atacar a las Provincias Unidas sabiendo que la situación diplomática le era completamente favorable. Con su enorme ejército de 120.000 hombres, dirigido por brillantes generales, consiguió una serie de grandes victorias.

En el verano de 1672 parecía inminente la toma de Amsterdam y la misma existencia de las Provincias Unidas peligraba. En tal situación, la República se salvó al destruir los diques de muchos de sus canales y ríos, quedando así inundada una amplia zona que rodeaba Amsterdam. Esto dio a los holandeses un respiro momentáneo, consiguiendo entre 1672 y 1674 nuevos aliados. Fue una verdadera revolución diplomática la que se produjo durante estos años, ya que las otras potencias europeas, asustadas ante una posible victoria total francesa, se apresuraron a ayudar a Holanda. A finales de 1674 Luis estaba en guerra contra el emperador, España y los principales príncipes alemanes. Además, había perdido el apoyo inglés, ya que en 1674 Carlos II fue forzado por las presiones parlamentarias a firmar la paz con los holandeses. Como resultado de estos cambios en el escenario internacional, Luis fue forzado a retirarse del territorio holandés, entablando, a partir de 1674, una guerra dirigida principalmente contra los Habsburgo.

La contienda acabó con una serie de tratados firmados en Nimega entre 1678-1679. El Rey Sol obtuvo unos resultados muy favorables para Francia. Se confirmó la anexión del gran territorio del Franco-Condado, y aunque algunas de las ciudades de los Países Bajos españoles, obtenidas por Francia en la Paz de Aquisgrán, fueron devueltas, obtuvo a cambio otro conjunto de plazas fuertes que incluían Saint-Omer e Ypres.

La paz con los holandeses no fue del completo agrado de Luis XIV, ya que no obtuvo ningún territorio a costa de la República holandesa. Sin embargo, la Paz de Nimega representa la sumisión de Europa a su poder. En la última etapa de la guerra tuvo que luchar contra una gran coalición y aún así sus ejércitos permanecieron imbatibles. Tras Nimega, su idea era explotar las interpretaciones ambiguas de los recientes tratados —como por ejemplo el de Westfalia—, en los que se cedían territorios a Francia, quedando a veces confusos los límites de las zonas cedidas. Desde 1679 en adelante creó toda una serie de «cámaras de reunión», las cuales asignaron a la monarquía gala grandes franjas de territorios del oeste de Alemania. En 1681 se había proclamado la soberanía francesa en Alsacia, incluida la ciudad de Estrasburgo, y en 1684 se había conquistado Luxemburgo.

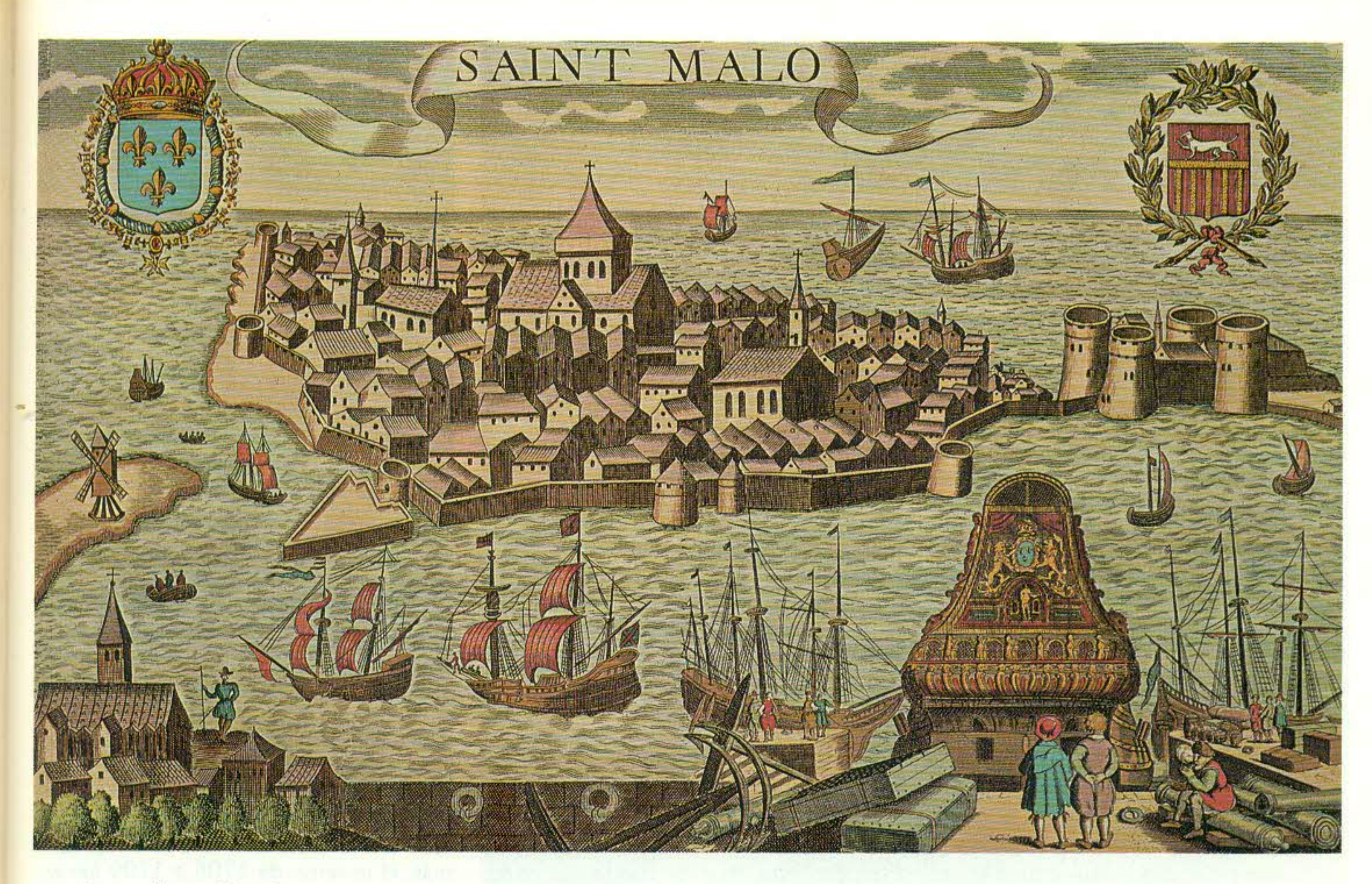
España, furiosa por los ataques franceses contra sus posesiones, le declaró la guerra en 1683, pero era demasiado débil. En 1684 tuvo que aceptar una tregua de veinte años por la que Francia se quedó con las regiones de Alsacia, Estrasburgo, Luxemburgo y parte del territorio del Flandes español. España no podía encontrar aliados contra Francia debido a que la situación diplomática general euro-

Arriba, pintura alegórica de Guillermo III, paladín de la causa protestante, liberando a Europa de la amenaza católica, realizado por James Thornhill en la década de 1720. Su llegada al trono tranquilizó a los reformistas, que necesitaban un respaldo estatal a sus actividades, principalmente comerciales y financieras. (Royal Naval College, Greenwich.)

Izquierda, La batalla de Turín, *el 7 de septiembre de 1706, en la que el general austríaco Eugenio de Saboya se unió al duque de Saboya para levantar el cerco a que los ejércitos aliados de Francia y España tenían sometida la ciudad. Pintura de G. Huchtenburg. (Galleria Sabauda, Turín.)*

Página anterior, la batalla de La Hogue, en 1692, decisiva confrontación naval entre las flotas francesa y anglo-holandesa combinada. La derrota francesa retrasó los intentos expansionistas de Luis XIV, a la vez que terminaba el sueño del monarca de conseguir la mayor armada del mundo, papel que correspondía a sus oponentes en esta guerra. (National Maritime Museum, Londres.)





pea aún era favorable a Luis, aunque éste fue el último período en que se dio tal coyuntura. En 1683, los Habsburgo austríacos luchaban contra los turcos por su supervivencia y Carlos II de Inglaterra estaba subvencionado por Francia. A finales de 1688, cuando estalló el siguiente gran conflicto militar en Europa occidental, el emperador obtenía importantes victorias en el este contra el ejército otomano.

El cerco de Francia

Entre 1684 y 1688, Luis XIV tomó una serie de medidas que influyeron de forma decisiva en la alianza de sus enemigos contra él. En 1685, la revocación del Edicto de Nantes, que había salvaguardado los derechos de los hugonotes, enfureció a las potencias protestantes de Europa. En 1687 Luis XIV se enfrentó violentamente al papa a través del embajador francés en Roma, ya que el rey francés intentaba en 1688 imponer su propio candidato, el cardenal Fustenberg, en el importante Electorado de Colonia, frente a los deseos del papa y del emperador. Es más, invadió y devastó el Palatinado en ayuda a los dudosos derechos de su cuñada Isabel Carlota sobre dicho territorio.

La agresión final condujo a una apertura de hostilidades contra el emperador. En 1689-1690 se formó una gran coalición contra Luis, integrada por Inglaterra, Holanda, el emperador, España, Sajonia, Saboya, Hannover y Brandenburgo.

La guerra se libró en Flandes, Alemania, Italia y España. Francia obtuvo algunos éxitos militares notables, pero la derrota naval en La Hogue, en 1692, marca el inicio del declive de su fuerza marítima, mientras que en el propio país la mala cosecha de 1693 produjo hambre y agitación. En 1695 estaba claro que el esfuerzo de dirigir una guerra contra la mayor parte de Europa era excesivo, incluso para Francia, firmándose entonces la Paz de Ryswick, en 1697. Luis XIV hizo grandes concesiones. Aceptó ceder todas las anexiones obtenidas desde 1679, excepto las ciudades de Estrasburgo y Landau, y abandonar a sus candidatos para los gobiernos de Colonia y del Palatinado. Reconoció a Guillermo III como rey de Inglaterra. Aceptó que los holandeses ocuparan para su propia protección una serie de fortalezas en la frontera de los Países Bajos españoles. La cuestión de la sucesión española, la más importante para Luis XIV desde 1697, dominó el resto de su reinado. Carlos II de España no tenía hijos ni hermanos, pero sí dos hermanastras —hijas de Felipe IV y de su primera mujer—, casadas con miembros de las casas reinantes en Francia y Austria. La mayor, María Teresa, había contraído

La fortaleza de Saint-Malo, en la costa de Bretaña. En el siglo XVI Francia reclutaba allí sus mejores corsarios. Era el punto de partida para las expediciones al Nuevo Mundo y la ciudad se enriqueció con el comercio de altura bajo Luis XIV, aunque posteriormente su puerto fue perdiendo importancia comercial. (Grabado del siglo XVII.)

Página anterior, Carlos II según un retrato ecuestre hecho por Luca Giordano. (Prado, Madrid.)

matrimonio con Luis XIV, y la más joven, Margarita Teresa, lo había hecho con el emperador Leopoldo I. Luis y Leopoldo tenían otros vínculos dinásticos con los Habsburgo españoles por sus madres, pues ambas eran hijas de Felipe III. Así, la casa real de Francia y la familia imperial de Austria tenían los derechos más cualificados para acceder al trono español, y a principios de 1668 Leopoldo y Luis XIV firmaron un tratado de partición de los dominios españoles a la muerte de Carlos II. Sin embargo, en 1698, después de muchos regateos, Francia, Inglaterra y las Provincias Unidas acordaron que gran parte de los dominios españoles debían pasar al príncipe elector de Baviera. Este era nieto de Leopoldo I, pero tenía pocas posibilidades de heredar los dominios patrimoniales de los Habsburgo austríacos a la corona imperial. Era evidente que España no se debía unir ni a Francia ni al Imperio. Sin embargo, Luis XIV obtendría Sicilia, Cerdeña y parte de Toscana para el delfín, una espléndida herencia que en su momento habría pasado a la corona gala, convirtiéndose Francia en la potencia dominante en Italia. Se aceptó que el archiduque Carlos, el segundo hijo de Leopoldo, recibiese el ducado de Milán. No es necesario decir que semejantes condiciones eran inaceptables para el emperador.

El destino de un Imperio

El éxito del arreglo acordado en 1698 se frustó al morir, en febrero de 1699, el príncipe elector de Baviera. Pocos meses después, Francia, Inglaterra y las Provincias Unidas firmaron un segundo tratado por el que el archiduque Carlos obtenía España, los Países Bajos españoles y el Imperio de ultramar, y el delfín recibiría Milán (que podría cambiar por el ducado de Lorena), así como los territorios que se le habían prometido en 1698. Sin embargo, el emperador se negó a aceptar estas disposiciones, pues temía la expansión de Francia en Italia.

En España, el tratado produjo indignación. Era inadmisible que los extranjeros decidieran el destino de su Imperio sin que se les consultase. El mismo Carlos II estaba decidido a que la herencia hispana fuese conservada intacta. En octubre de 1700, después de muchas dudas, firmó un testamento en el que hacía a Felipe, duque de Anjou y segundo hijo del delfín, su único heredero. Si Felipe lo rechazaba, la herencia debía pasar a su hermano más joven, el duque de Berry. Si éste también renunciaba, pasaría al archiduque Carlos. Luis XIV aceptó el testamento en nombre de su nieto. La hostilidad del emperador fue total, en tanto que los gobiernos inglés y holandés reconocieron a Felipe como futuro rey de España.

Fueron una serie de acciones imprudentes de Luis XIV –difíciles de entender en la delicada situación diplomática de aquel momento– las que condujeron a la Guerra de Sucesión Española. El rey francés tomó medidas para salvaguardar los derechos de Felipe al trono francés: expulsó a los holandeses de las fortalezas de los Países Bajos en las que se les había permitido mantener guarniciones en 1697; obtuvo ventajas comerciales para Francia en las colonias españolas de América, y en septiembre de 1701, a la muerte de Jacobo II, reconoció al pretendiente Jacobo III como rey de Inglaterra. La guerra se declaró oficialmente en mayo de 1702, aunque franceses y austríacos ya habían comenzado las hostilidades en Italia, en la primavera del año anterior.

En este conflicto Luis XIV sufrió grandes reveses. Sus tres principales oponentes, Inglaterra, las Provincias Unidas y Austria, contaban con el apoyo de Brandenburgo, Hannover, Dinamarca y el Palatinado, mientras que él sólo disponía de las alianzas con España, Saboya, Potugal, Baviera y Colonia. En 1703 Saboya y Portugal cambiaron de bando. La deserción portuguesa fue un duro golpe para Luis XIV. Proporcionó a sus enemigos una base territorial desde la cual se podía asaltar España, ya vulnerable ante los numerosos ataques de las poderosas naves holandesas e inglesas que dominaban los mares.

El ejército francés, con menos tropas que los aliados, tenía que llevar a cabo operaciones en España, Italia y toda la frontera oriental de su propio país. Con tan considerables compromisos, Luis XIV tuvo que colocarse a la defensiva, postura inusual para Francia. Es más, por primera vez en su reinado, los generales de sus oponentes eran mejores estrategas que los suyos. Marlborough y Eugenio de Saboya, los principales comandantes aliados, demostraron que eran geniales militares, mientras que Francia, aunque contaba con los distinguidos servicios del mariscal Villars, ya no disponía de oficiales de la talla de Turena o Condé. En 1704, en Blenheim, en Alemania, Eugenio de Saboya y Marlborough infligieron una aplastante derrota a los ejércitos francés y bávaro. Fue el primer revés realmente grave sufrido por Francia en el campo de batalla durante todo el reinado de Luis XIV. Se combinaban ahora una serie de circunstancias.

Las siguientes derrotas en Holanda, en Ramillies (1706), Oudenarde (1708) y Malplaquet (1709) condujeron a Francia a



una crítica situación. Para complicarlo más, el invierno de 1708 a 1709 fue extremadamente duro, y el hambre acosó al campesinado.

En esta situación Luis XIV estaba dispuesto a hacer cualquier concesión para obtener la paz, pero las peticiones de los aliados de que proporcionara ayuda militar para expulsar a su nieto de España eran demasiado humillantes. La nación francesa se unió a su rey para superar esta situación tan desesperada, haciendo esfuerzos colosales para conseguir más tropas.

Los aliados se habían extralimitado en sus pretensiones, pero la reacción gala hizo cambiar la situación a partir de 1709. España apoyó casi en su totalidad a Felipe V, rechazando la posibilidad de un rey austríaco. En 1710, en Inglaterra subió al poder un gobierno tory, deseoso de restaurar la paz. Después de todo, en 1711, a la muerte del emperador José I, el archiduque Carlos accedió al trono imperial, y si también se le soronaba como rey en España, el equilibrio continental se alteraría en gran manera.

Estos acontecimientos y la importante victoria francesa en Denain, en Holanda, en 1712, hicieron que Luis XIV pudiese obtener en el acuerdo de paz de 1713-1714 un tratamiento más favorable que en 1709. Por los Tratados de Utrecht (1713) y Rastadt (1714) se permitió a Felipe V conservar España y su Imperio en el Nuevo Mundo, aunque pasaron a

Austria las posesiones hispanas de Italia y de los Países Bajos. Se confirmó el derecho de los holandeses a mantener sus guarniciones contra Francia. Luis XIV reconoció a Ana como reina de Inglaterra y tuvo que hacer importantes concesiones comerciales y coloniales a este país en el continente americano.

Así, cuando Luis XIV murió en 1715 tuvo la satisfacción de ver a su nieto situado en el trono de España y dejar a su sucesor, Luis XV, una Francia más extensa que la que él había heredado en 1643. Sin embargo, es obvio que entre 1685 y 1715 el equilibrio del poder había basculado de forma clara contra Francia. En 1683-1684, años del sitio de Viena por los turcos y de la Tregua de Ratisbona, Francia había sido el estado más poderoso de Europa. En 1715, debido a su población y a sus recursos materiales, aún era la potencia más fuerte, pero los reveses militares sufridos entre 1688 y 1713 acabaron con su hegemonía. Es más, los tratados de 1713-1714, junto al de Nystadt, que acabó con la Gran Guerra del Norte de 1700-1721, marcan el movimiento ascensional de Inglaterra, Austria y Rusia al *status* de grandes potencias, posición que ninguna de ellas tenía en 1683.

El ascenso de Inglaterra

A principios de 1680 la Inglaterra de Carlos II era un estado tributario de Francia. Sin embargo, entre 1688 y 1713, bajo Guillermo III y la reina Ana, se desarrolló a un ritmo sorprendente. Inglaterra inspiró todas las coaliciones que derrotaron a Luis XIV de Francia. En 1715 era una potencia de primer rango y la mayor fuerza naval del planeta.

En 1680, Austria también estuvo en una situación comparativamente débil, controlando sólo, en el este, una parte muy pequeña de Hungría, pero en 1715 el panorama había cambiado. Tras una serie de brillantes victorias sobre los turcos a partir de 1683, consiguió el control de toda Hungría. En Occidente, como consecuencia de los acuerdos de 1713-1714, obtuvo los Países Bajos españoles, Milán, parte de Toscana, Nápoles y Cerdeña. En 1715, Austria, lo mismo que Inglaterra, era incuestionablemente una de las más grandes potencias.

Rusia apenas podía ser considerada en 1680 un país occidental, pero en 1715, como consecuencia de las importantes victorias de Pedro el Grande sobre los suecos, controló el litoral sur de la costa báltica, —posición que consolidó por el Tratado de Nystadt en 1721— pasando a ser la mayor potencia del norte de Europa. En 1715, las Provincias Unidas entraron en un período de relativa decadencia política y económica, mientras que Suecia, una gran potencia en la década de 1680, pasó a la categoría de estado de tercer orden. España, bajo la nueva dinastía de los Borbones, tuvo un cierto resurgimiento a principios del siglo XVIII pero de no mucha importancia en el contexto europeo.

Ninguno de estos cambios, a excepción del declive holandés y, tal vez, la tímida recuperación española, suponían amenazas para Francia. En la época de Luis XIV había sido la primera potencia internacional, pero en el transcurso del siglo XVIII otras naciones intentarían arrebatarle su hegemonía.



Retrato de John Churchill, duque de Marlborough (1650-1722), el general inglés que organizó una armada eficaz y consiguió la independencia necesaria para dirigirla según su criterio en la campaña de Blenheim de 1704. La guerra se hizo impopular, y el general sufrió violentos ataques por parte de sus compatriotas. (National Portrait Gallery, Londres.)

Página anterior, retrato de Ana I de Inglaterra (1665-1714), de la familia Estuardo, atribuido al pintor sueco Michael Dahl, quien desde 1682 entró al servicio de la corte británica como retratista oficial.



Francia bajo Luis XIV

En marzo de 1661 murió el cardenal Mazarino. Fue el hombre más poderoso de Francia durante casi veinte años, posición que debía, por una parte, a su habilidad personal, y por otra, a la influencia que ejercía sobre la reina madre, Ana de Austria. Mientras el purpurado vivió, el joven Luis XIV no jugó ningún papel importante en los asuntos de Estado, pero a su muerte, el rey, que entonces contaba 22 años de edad, anunció que a partir de aquel momento él sería su propio primer ministro. Fue una promesa que mantuvo durante los cuarenta y cinco años restantes de su vida.

Luis XIV fundó su gobierno sobre dos bases esenciales: una agotadora entrega personal y la firme convicción del «origen divino» de los reyes. Dedicaba nueve horas diarias a los asuntos de Estado, preparando su trabajo metódicamente. «Dame un almanaque y un reloj —escribió el duque de Saint-Simon, el gran cronista del reino— y aunque esté a 300 leguas, te diré qué está haciendo el rey.»

Luis XIV creía firmemente que debía asumir personalmente el gobierno. Con ello engrandecería a Francia y beneficiaría a sus súbditos. El papel de éstos consistía en obedecer las órdenes del rey sin más. Durante su reinado se publicó el más importante de todos los tratados sobre el



Galería de los Espejos en Versalles, famoso palacio real, mandado construir por Luis XIV y transformado en museo histórico nacional por Luis Felipe. Desde 1682 fue residencia de los reyes de Francia, y en 1789 se reunieron en él los Estados Generales.

Página anterior, Luis XIV con sus dignatarios. La política del rey, fuertemente centralista, procuró la afirmación del prestigio francés, reorganizó la administración financiera, reforzó el ejército y combatió contra España, Holanda, Luxemburgo, Alsacia y Lorena. (Musée de Versalles.)

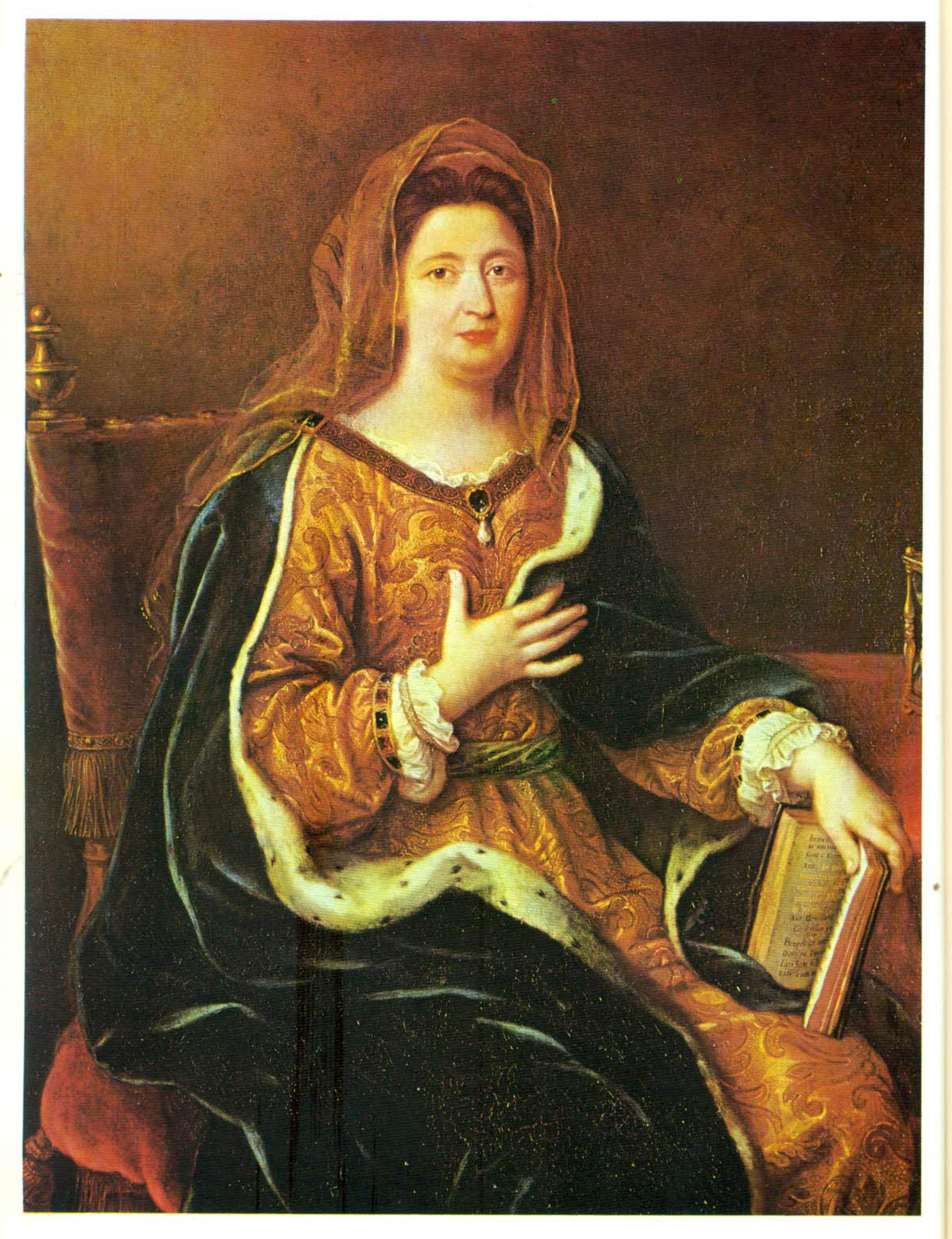
«derecho divino» de los reyes, *Politique tirée des propes paroles de l'Écriture Sainte,* del obispo Bossuet, redactado para ilustrar al heredero del rey, el delfín Luis, sobre el verdadero concepto de realeza: «Los príncipes... actúan como ministros de Dios y son sus lugartenientes en la Tierra... El trono real no es el trono de un hombre, sino el trono del mismo Dios... El príncipe puede corregirse a sí mismo cuando se aperciba de haber obrado mal, pero contra su autoridad no hay otro remedio que su propia autoridad».

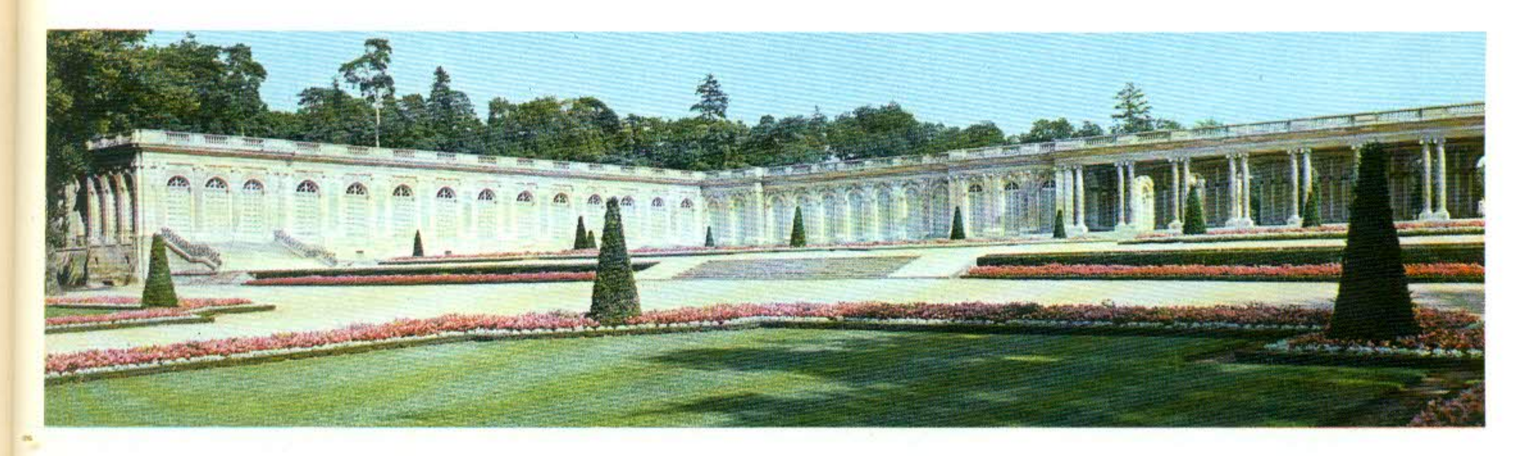
Estas palabras de Bossuet representan las ideas de Luis XIV.

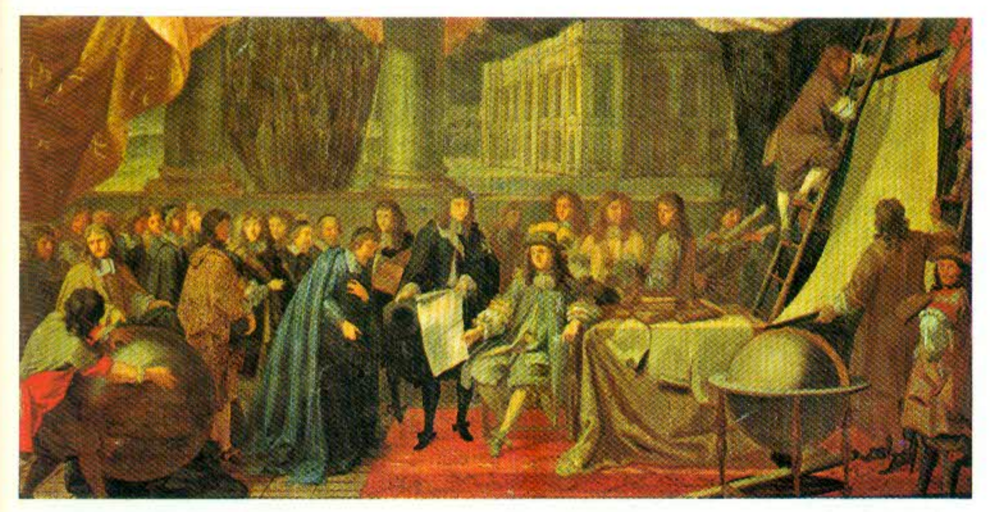
Un corolario de los puntos de vista del Rey Sol sobre el derecho divino era su creencia en la necesidad de subordinar rígidamente cada una de las instituciones del país al poder de la corona. Esto le indujo a una larga disputa con el Papado sobre los derechos de la Iglesia. En los asuntos seculares, esta actitud suponía una serie de esfuerzos para extender su poder efectivo a todos los entes del reino que hubiesen podido limitar en la práctica la autoridad de la monarquía. Los Estados Generales, es decir, el Parlamento francés, no fueron abolidos, pero tampoco convocados. Los Parlamentos provinciales, los tribunales supremos de justicia del reino, que habían jugado un importante papel en la resistencia a la autoridad de la corona durante la minoría del rey, fueron desprovistos de influencia política efectiva mediante una serie de edictos que culminaron en un decreto de 1673. Los gobernadores provinciales, los Estados provinciales (allí donde continuaron existiendo) y las ciudades con jurisdicciones especiales perdieron las funciones de que habían gozado anteriormente, siendo subordinados cada vez más a los *intedents,* agentes controlados estrictamente por el gobierno central y enviados a las provincias para imponer en éstas los deseos de la corona.

El esplendor de Versalles

En la última etapa de su reinado, Luis XIV gobernó sus estados desde el gran palacio de Versalles, símbolo de la monarquía absoluta. Al Rey Sol no le gustaba París, pues le recordaba las revueltas de la Fronda y la guerra civil de 1649-1653, cuando la muchedumbre irrumpió en sus habitaciones del Palais Royal; y además, en Versalles, podía satisfacer su pasión por los paseos y la caza. La construcción del palacio fue una tarea gigantesca que debió costar muchas vidas humanas. Muchos obreros murieron a causa







Arriba, detalle del Gran Trianón, del arquitecto J.H. Mansart, en Versalles.

Izquierda, Fundación de la Academia de las Ciencias, *pintura de Charles Le Brun, creador de la Real Academia de Bellas Artes, director de la manufactura de los Gobelinos y artista más importante del estilo Luis XIV, a cuyo servicio estaba. (Musée de Versalles.)*

Página anterior, Madame de Maintenon (1635-1719). Íntima colaboradora de María Teresa, esposa de Luis XIV, y esposa morganática del rey después de 1684. (Musée de Versalles.)

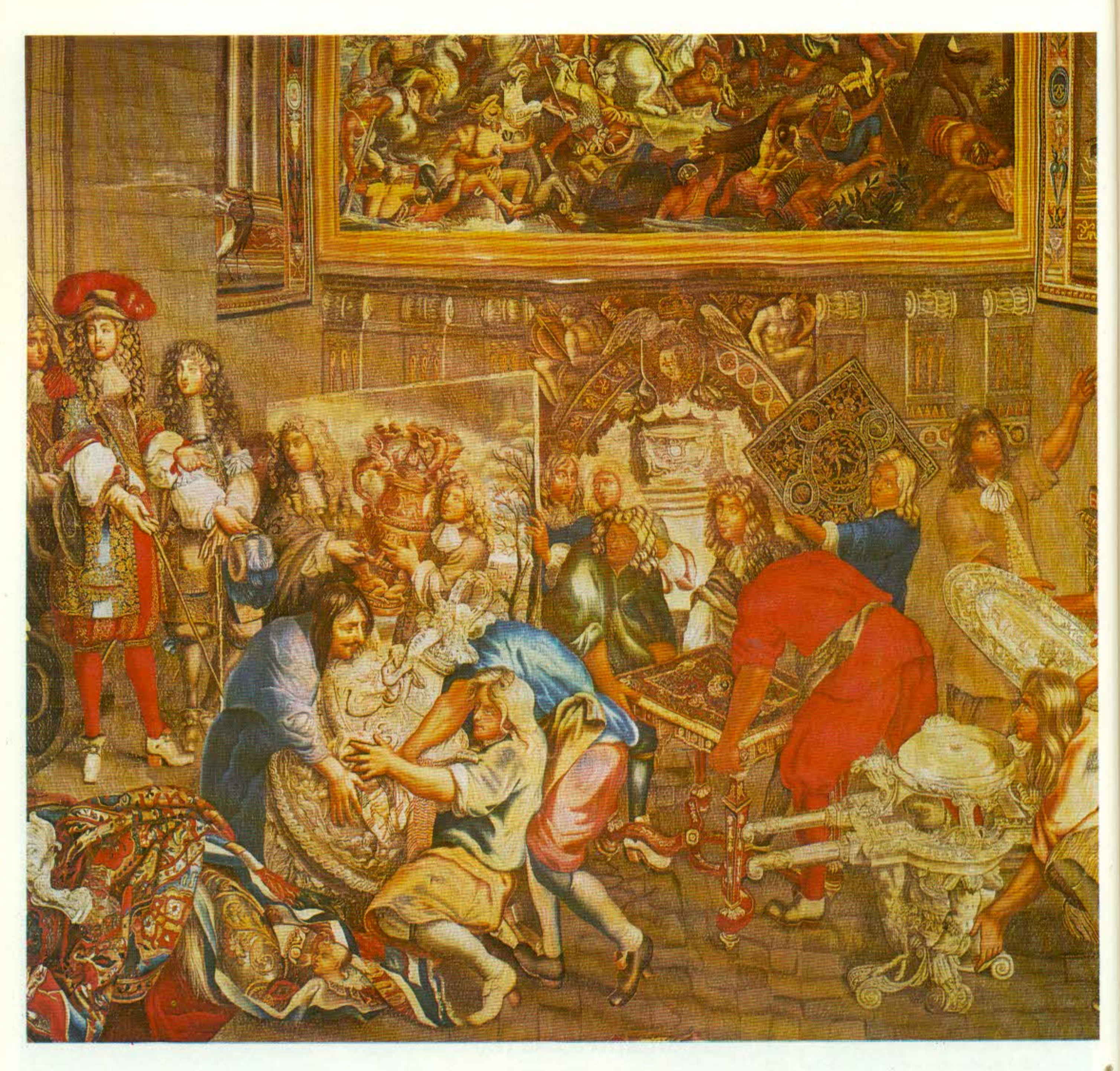
de la malaria, pero ello no impidió la continuación de las obras. Los trabajos se aceleraron a finales de 1660, cuando se hicieron modificaciones fundamentales en un pabellón de recreo que Luis XIII había mandado construir en 1634. La construcción y la decoración progresaron a lo largo del reinado, y el palacio, rodeado de magníficos jardines, se convirtió en un espléndido escenario para la corte, que se trasladó allí definitivamente en 1682, aunque apenas existían servicios higiénicos. Después del traslado, Luis XIV visitó raras veces la capital.

Los embajadores extranjeros se sorprendían de la rígida etiqueta que prevalecía en la corte. Todos los nobles y sus séquitos tenían exactamente señalados sus puestos y funciones. Era muy importante observar la máxima distinción en las conductas. La barroca etiqueta incidía en aspectos tan minuciosos como la forma de vestir al rey cada mañana. Tal actitud demostraba la rigidez del soberano, y reflejaba la jerarquía sobre la que había construido su sistema de gobierno. Cada hombre tenía un superior a quien debía respeto y un inferior a quien debía hacerle respetar su posición. Solamente el rey estaba exento de dependencias. Por encima de él sólo estaba Dios.

La vida privada de Luis XIV en Versalles, y antes en los demás palacios de dentro y fuera de París, giró alrededor de su familia y de sus amantes. Tuvo tres grandes devaneos amorosos a lo largo de su vida. La reina, la infanta española María Teresa, con la que había contraído matrimonio en 1660, adoraba a su marido, pero el Rey Sol, aunque sintiese cierto afecto por ella, nunca correspondió a sus sentimientos; reservó su pasión para sus amantes.

Las amantes del rey

Su primer amorío importante alrededor de 1660 fue Louise de la Vallière, rubia y de belleza serena, pero dubitativa entre sus escrúpulos religiosos y su genuino amor por el rey. Pocos defectos se podían encontrar en ella. Incluso Saint-Simon le dedicó grandes elogios, describiéndola como «modesta, desinteresada, gentil, buena hasta el último grado, luchando incesantemente contra sí misma». En 1664, después de que el monarca le olvidara, tomó los hábitos y acabó sus días como hermana Luisa de la Misericordia. Había sido reemplazada por la muy atractiva Madame de Montespan. Con sus bonitos ojos azules y su espléndida figura era la consorte ideal para Luis XIV en la época de sus triunfos, en la década de la Guerra



de Holanda, que representaba la más alta cota de su éxito en Europa. Simbolizó el mejor momento de la vida del rey, pero su temperamento no se correspondía con su belleza. Era desdeñosa y caprichosa e incluso descargaba sus iras sobre el mismo monarca. Luis XIV confiaba sus penas a Madame Scarron, una atractiva viuda a quien había encargado el cuidado de sus hijos ilegítimos. En 1680 se separó de Madame de Montespan, después de descubrir su interés por la magia negra. Un año después de la muerte de la reina, que tuvo lugar en 1683, se casó secretamente con Madame Scarron, más conocida como Madame de Maintenon.

Además del episodio con Madame de Montespan, tuvo otras aventuras de breve duración durante la década de 1670, destacando la mantenida con Mademoiselle de Fontanges, que tenía 18 años de edad cuando se convirtió en su amante, en 1679. Era extremadamente cariñosa y «bella como un ángel», según un contemporáneo, apostillando a continuación que era «estúpida como un cesto», lo cual desmerecía la primera impresión. Durante un tiempo el rey pareció estar completamente cautivado, pero cuando después de un año dio a luz un niño muerto y se puso enferma, fue recluida en un convento. Murió en marzo de 1681, sacrificada por la lujuria del monarca y víctima de la primitiva medicina de la época. Tras su segunda boda en 1684, Luis XIV abandonó la persecución de las mujeres. Bajo la vigilante mirada de Madame de Maintenon y rodeado por sus hijos —la mayoría de éstos de ascendencia ilegítima de la Vallière y Montespan— se predispuso para una tranquila y digna vejez. Madame de Maintenon ejerció alguna influencia en la política real, siendo la única mujer que lo logró. Las demás amantes nada tuvieron que decir acerca de los asuntos de Estado.

La única responsabilidad para decidir su política, tanto a nivel exterior como interior, la asumió él mismo. Cuando deseaba consejo, consultaba a los hombres que junto a él formaban el *Conseil d'en Haut* o Consejo Supremo. Antes del gobierno personal de Luis XIV, este organismo interno había tenido miembros pertenecientes a la familia real y a la gran

nobleza. A partir de 1661 hubo cambios drásticos. Todos los que podían reclamar poder político por razones de nacimiento fueron excluidos. La pertenencia a este organismo comportaba el codiciado título de «ministro de Estado», siendo otorgada tal merced a aquellos cuyos consejos eran considerados dignos por el monarca. Sólo hubo dieciséis ministros entre 1661 y 1715, de los cuales cuatro o cinco permanecieron en el poder durante todo el período. Un hombre se convertía en ministro cuando era convocado al Consejo por un ujier. Dejaba de serlo cuando no se le llamaba más. Este organismo se reunía dos o tres veces por semana, siempre bajo la presidencia del rey. Los ministros, salvo dos excepciones poco relevantes, pertenecieron a la clase media. Este «reino de la hábil burguesía», del que Saint-Simon y la vieja nobleza recelaban tan amargamente, expresaba la determinación del soberano de ser dueño absoluto de su gobierno y de su reino.

Las rivalidades por el poder

Esta decisión también se puede comprobar en la forma en que Luis XIV alentó las rivalidades de las dos grandes familias ministeriales de los Colbert y los Le Tellier, quienes dominaron el Consejo durante casi todo el reinado. Luis XIV veía esta competencia como una garantía de su propio poder. Entre 1679 y 1683, por ejemplo, hubo cuatro ministros, Colbert y su hermano, el marqués de Croissy, y Le Tellier con su hijo, el marqués de Louvois. Sus disputas aseguraban al monarca dos fuentes de información, ideas y consejos independientes y opuestos. Todos los ministros de 1660 a 1680 estaban muy capacitados, y algunos –Colbert, Lionne, Le Tellier y Louvois– poseían cualidades sobresalientes. La situación empeoró en los últimos años de la vida del rey, cuando sus consejeros eran mediocres.

El *Conseil d'en Haut* asesoraba al monarca en los asuntos de Estado. Sin embargo, la mayoría de sus miembros también ocupaban uno o más de los seis grandes puestos ejecutivos del país. Estaban los cargos de canciller y de ministro general de Finanzas y cuatro secretarías de Estado para los Asuntos Exteriores, Marina, Guerra y Asuntos Interiores. El canciller era el juez supremo del reino; el ministro general de Finanzas, como su título indica, se ocupaba principalmente de los ingresos y gastos de la corona, y cada uno de los secretarios de Estado, además de su cargo específico, era el principal responsable de una cuarta parte de las provincias del país.

Estos seis grandes funcionarios eran figuras prominentes en toda una serie de consejos menos relevantes que el Supremo, ocupándose éstos de la administración general del reino. El Consejo de los Despachos, que se reunía cada quince días bajo la presidencia del soberano, trataba asuntos locales. De hecho, era el cuerpo responsable de la administración general interna del país, y como tal sus principales miembros eran los secretarios de Estado. Sin embargo, la importancia de este Consejo no debe ser exagerada. Fue una institución formal, ya que el monarca decidía de antemano casi todas las

Jean Baptiste Colbert (1619-1683). Estimuló la industria y el comercio francés con la introducción del mercantilismo y la imposición de altas tarifas a las importaciones. Esta política condujo a un conflicto con los holandeses. (Musée de Versalles.)

Página anterior, detalle de un tapiz de los Gobelinos que muestra a Luis XIV visitando el taller de esta manufactura, de la familia de tintoreros Gobelin.



cuestiones importantes mediante consultas individuales con cada uno de los secretarios de Estado. Algo similar sucedía en los asuntos financieros, donde Luis XIV tomaba sus decisiones tras entrevistas privadas con su ministro general de Finanzas. El Consejo de Finanzas, que se reunía dos veces por semana, ejercía funciones rutinarias.

También había un Consejo Privado presidido por el canciller, que era el principal intérprete de la ley y de los privilegios del reino, así como un Consejo de la Conciencia, responsable de los asuntos religiosos. Los confesores jesuitas del soberano, sobre todo los padres La Chaise y Le Tellier, ocuparon a su vez importantes cargos en esta última institución.

Las decisiones del monarca eran ejecutadas en las provincias por los intendentes de justicia, policía y finanzas, que fueron los más importantes cargos en el gobierno local bajo el reinado de Luis XIV. Como tales, eran los responsables de evitar abusos en la administración de justicia en las regiones que controlaban, de la supervisión del mantenimiento de la ley y del orden, y de muchas funciones relacionadas con la valoración y recaudación de la *taille*, el impuesto directo más importante del país.

Colbert, el «hijo del pañero»

Colbert fue el ministro más importante del reinado. Era hijo de un comerciante de paños y durante su juventud trabajó para un notario de París. En 1640, cuando tenía 21 años de edad, aprovechó la boda de su tío con una mujer de la familia de Michel Le Tellier, para entrar en la administración del ejército. En 1651 fue trasladado al servicio del cardenal Mazarino, dirigiendo los asuntos internos del país con notable éxito. Mazarino lo recomendó al rey, haciéndole observar que algunos de los compromisos que tenía la corona podían ser descargados sobre la persona de Colbert.

Éste se ganó la confianza del monarca a través de su actuación en la caída de Nicholas Fouquet, que en 1661 contaba con un gran poder en el reino como superintendente de Finanzas, cargo que le daba grandes oportunidades para obtener provecho personal a costa del Estado. Colbert denunció estos abusos en una serie de intrigas que condujeron al arresto y proceso de Fouquet, durando el trámite tres años y acabando en una sentencia de destierro que el rey alteró por la de reclusión de por vida. El cargo de superintendente fue abolido con la caída de Fouquet, pero Colbert ejerció la mayoría de sus poderes, siendo confirmado en 1665 en su posición cuando se le nombró ministro general de Finanzas. También tuvo otros cargos. Fue superintendente de Vivienda, Artes y Manufacturas en 1664 y secretario de Estado para la Marina en 1669. De hecho, ejerció su influencia sobre casi todos los asuntos internos, excepto el ejército, que fue el feudo de Le Tellier y Louvois.

El objetivo de Colbert era incrementar el poder y la gloria de Francia, aumentando los ingresos y la riqueza del país. Intentó llevar a cabo las reformas financieras, mediante la aplicación de los principios mercantilistas en el comercio y en la industria, así como la mejora de las comunicaciones interiores del reino. Sentía gran pasión por las estadísticas, pues

creía que las reformas administrativas se debían basar en el conocimiento exacto de las condiciones del país. En 1663 se formaron funcionarios para que proporcionasen informes detallados de todos los aspectos de la vida local que pudieran tener algún interés para la documentación de los asuntos militares, eclesiásticos, financieros y económicos. De hecho, fue un protagonista de la «ciencia de gobernar», aunque, comparativamente, la calidad de las estadísticas que obtuvo era primaria.

Colbert tuvo un considerable éxito al aumentar en poco tiempo los ingresos efectivos de la corona, aunque parte de los impuestos pagados por el pueblo fueron a parar a los bolsillos de los recaudadores. Por ello, abordó un sistema de control de éstos. Reorganizó el sistema presupuestario, y obligó a los recaudadores a devolver sus ganancias ilícitas.

Estas y otras medidas fueron importantes, pero eran esencialmente pequeñas reformas. No se hizo ningún intento para promover cambios fundamentales, como obligar a los estamentos privilegiados —el clero y la nobleza— a pagar tributación. En estas circunstancias los ingresos sólo podían crecer hasta ciertos límites.

El desastre financiero

El inicio de la Guerra de Devolución en 1667 y, sobre todo, la Guerra de Holanda en 1672, tuvieron un efecto desastroso sobre los proyectos de Colbert. La necesidad de grandes sumas de dinero a corto plazo promovió numerosos expedientes financieros que frustraron los objetivos de aumentar la prosperidad del país. En 1680, tras la restauración de la paz, y a pesar de los esfuerzos de Colbert, los ingresos netos fueron insuficientes para cubrir el déficit de la Hacienda. Las cosas empeoraron a partir de la muerte de Colbert en 1683.

La teoría mercantilista de este político se basaba en la creencia de que Francia podría reforzar su economía a expensas de sus vecinos, en especial los holandeses. Esta fue la idea que le indujo a imponer fuertes trabas arancelarias sobre las importaciones extranjeras, destacando su famosa «Tarifa de 1667», que fue una virtual declaración de guerra económica contra Holanda. También adoptó medidas positivas para aumentar el tráfico comercial francés, mediante la fundación de compañías comerciales y alentando el desarrollo de una fuerza naval mercante. Las cuatro principales sociedades, las Compañías de las Indias Orientales, de las Indias Occidentales, de Levante y del Norte, fracasaron todas en vida de Colbert, presionadas por los esfuerzos de la Guerra de Holanda; en cambio tuvo éxitos en proyectos más generales, como por ejemplo para incrementar la construcción de buques mediante sustanciosos subsidios a los armadores. El aumento resultante en el volumen de la marina mercante gala condujo a un considerable incremento del comercio con el norte de Europa, España y el Mediterráneo.

Las tarifas de Colbert, que aumentaban los precios de las mercancías extranjeras que llegaban a Francia, hicieron que éstas fuesen prohibitivas, siendo tal medida destinada a estimular la industria nacional y hacer al país autosuficiente. También proporcionó ayudas especiales a la expansión manufacturera. Creó varias factorías estatales, como los famosos talleres Gobelinos de París. Las manufacturas reales tuvieron éxito particularmente en la industria de lujo; pero más importantes, desde el punto de vista del desarrollo fabril en general, fueron los subsidios, monopolios y préstamos sin interés que Colbert concedió a empresarios privados. En colaboración con éstos aumentó considerablemente la producción, desde la textil a la minera, la metalúrgica y la producción de armamentos. Gran parte de tal expansión se debió a expertos obreros extranjeros a los que hizo venir de toda Europa para que aportasen sus técnicas; cabe destacar la intervención de alemanes y suecos en las minas y las industrias metalúrgicas; los holandeses jugaron un importante papel en el desarrollo textil y los italianos hicieron revivir las languidecientes industrias sederas de Lyon. A pesar del retroceso económico que siguió a su muerte, en los últimos años del reinado de Luis XIV, su gestión sentó las bases del progreso industrial francés del siglo XVIII.

Uno de los medios de ayuda que Colbert proporcionó a la industria fue el desarrollo de las comunicaciones internas. El sistema de carreteras siguió siendo malo, pero hizo mucho para mejorar el transporte fluvial y la construcción de canales. El más famoso de estos proyectos fue el *Canal des Deux Mers,* que unía el Mediterráneo y el Atlántico, terminado en 1681, dos años antes de su muerte. Estas mejoras también beneficiaron a la agricultura, la principal ocupación del pueblo francés. Sin embargo, Colbert hizo poco para desarrollar nuevas técnicas agrarias; el desarrollo industrial y comercial proporcionaba beneficios más rápidos y prestigio internacional.

En general, Colbert tuvo menos éxito del que esperaba. Su política comercial e industrial no hicieron de Francia la primera potencia económica de Europa, pues su esfuerzo financiero fue arruinado por las guerras de Luis XIV. Sin embargo,



Efigie en cera de Luis XIV (1638-1715), el Rey Sol, con una de sus pelucas. El comportamiento en Versalles era extraordinariamente refinado. El lema de este rey era: «El Estado soy yo». (Musée de Versalles.)

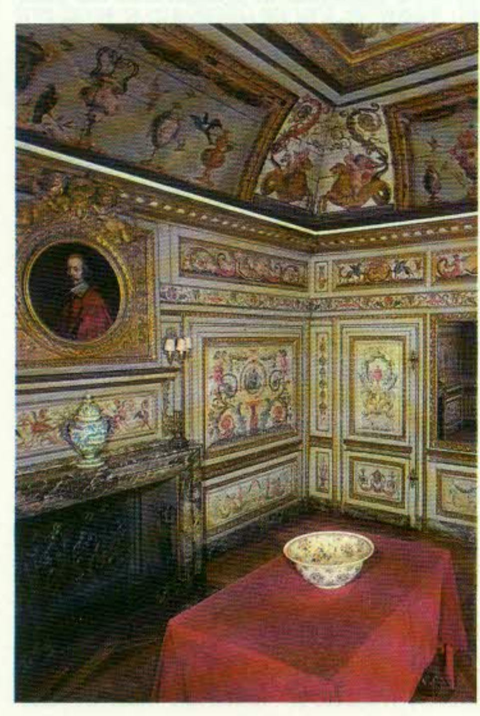
Página anterior, Alegoría del poder temporal, *por Gregorio Lazzarini. (Museo Correr, Venecia.)*

sería erróneo suponer que Colbert se oponía rotundamente a estas contiendas que tanto perjudicaron a sus proyectos. Comprendía perfectamente que su agresiva política comercial podía conducir a un conflicto armado, aceptando esta posibilidad. En realidad, tenía pocas oportunidades de elección; siempre se mantuvo como un fiel servidor del rey, tomando éste sus propias decisiones acerca de la guerra y de la paz.

Durante el ministerio de Colbert, los asuntos religiosos ocuparon una considerable parte de la atención del monarca. Luis XIV estaba enfrentado con tres problemas religiosos: sus relaciones con el Papado, el papel de los jansenistas en la Iglesia gala y la oposición de los hugonotes.

El rey fue siempre un devoto católico, infatigable en su asistencia a todos los servicios religiosos, pero exigía una semi independencia en los asuntos eclesiásticos que para el papa era difícil de aceptar. Tradicionalmente, la Iglesia galicana (la Iglesia de Francia) mantenía acerca de la autoridad papal puntos de vista que eran considerados anatema en Roma, especialmente la idea de que el Concilio General era superior al papa. Las reclamaciones galicanas fueron fuertemente defendidas por los juristas de los Parlamentos, que mantenían que las bulas papales no eran válidas en Francia hasta que no hubiesen sido adecuadamente registradas.

Luis XIV recogió algunas de las posiciones tradicionales de los galicanos, rechazando otras que no le convenían en el transcurso del conflicto con el Papado, que duró casi todo el reinado. La corona gozaba desde hacía tiempo, del derecho de recibir los ingresos de los obispados del norte de Francia cuando se hallaban vacantes, la llamada *régale temporelle.* Sin embargo, en 1673, Luis XIV extendió este privilegio a todo el reino, solicitando también la *régale spirituelle*, es decir, el derecho a conceder los beneficios de las parroquias vacantes de sacerdotes. Dos



obispos se negaron a aceptar este decreto, apelando cuatro años después a Roma, donde fueron escuchados comprensivamente por el papa Inocencio XI. Se llegó a un punto muerto, que ni el sumo pontífice ni el Rey Sol estaban dispuestos a superar, convocando Luis XIV, en 1681, la Asamblea General del Clero Francés para que considerase esta situación.

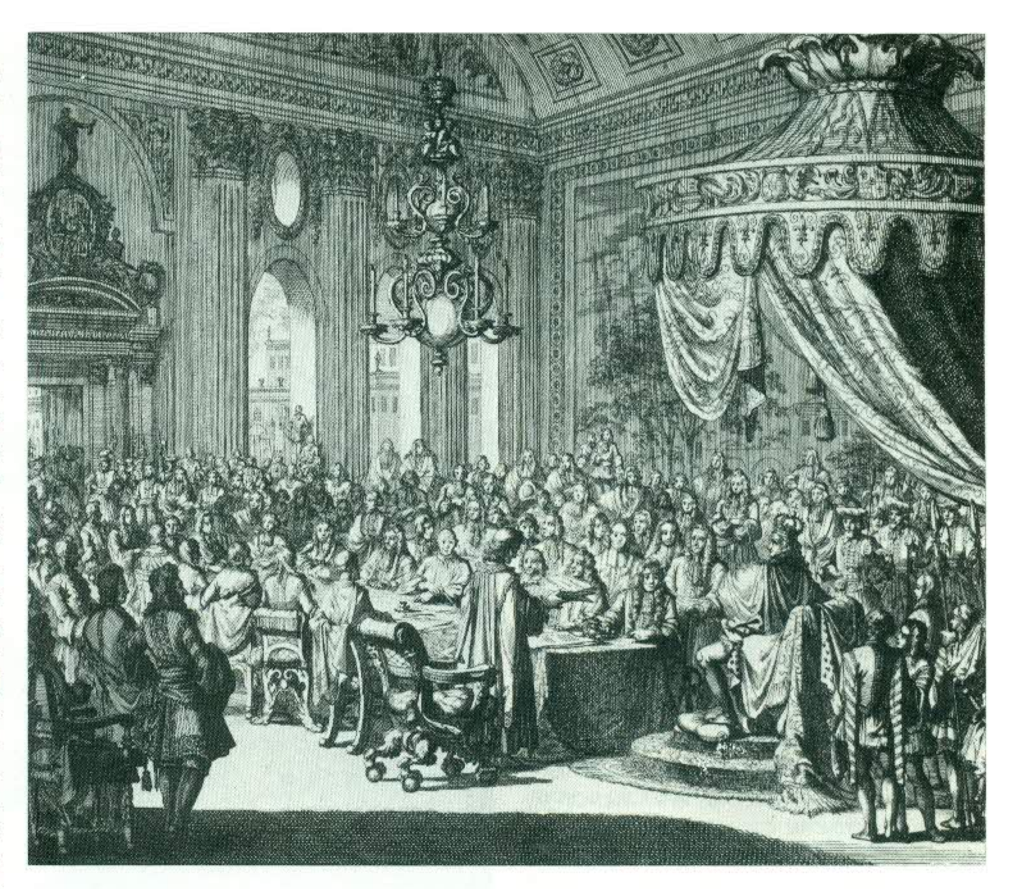
La Asamblea aumentó la división entre la corona y el Papado al votar los famosos Cuatro Artículos, que pasaron a formar parte integrante de la enseñanza teológica en el país por un real decreto de marzo de 1682. Los tres primeros artículos afirmaban que los reyes no estaban sujetos a la autoridad eclesiástica en los asuntos temporales, que los Concilios Generales eran superiores al papa y que las costumbres de la Iglesia galicana eran inviolables. El cuarto admitía que la principal función del papa era «determinar el contenido de la fe», pero también mantenía que sus decisiones «no eran irrevocables» salvo si asentía la Iglesia en general. El sumo pontífice, furioso, se negó a emitir bulas de institución para aquellos miembros del bajo clero que habían tomado parte en la Asamblea y que más tarde habían sido promocionados a obispos «por la gracia del rey».

La paz con el papa

En consecuencia, a la muerte de Inocencio XI en 1689, más de una tercera parte de los obispados de Francia estaban vacantes. Sus sucesores, Alejandro VIII e Inocencio XII, fueron más conciliadores, llegándose a un compromiso en 1693, por el que los obispos que habían tomado parte en la Asamblea fueron confirmados en sus sedes después de que hubiesen enviado cartas de disculpa al papa. Luis XIV revocó su orden de extender a toda Francia los Cuatro Artículos, aunque no fueron formalmente retirados. La cuestión referente a la regalía, que había originado todo el conflicto, languideció hasta su extinción, aunque en la práctica Luis XIV fue el vencedor, ya que retuvo algunos de los derechos que había reclamado en 1673.

Su predisposición al compromiso en 1693 fue, en parte, debida al creciente pietismo del monarca durante su vejez. Cada vez era más reacio a tener diferencias con la cabeza de la Iglesia. A nivel práctico, también necesitaba la ayuda papal contra los jansenistas, que habían originado el segundo gran conflicto religioso del reinado. Éstos debían su nombre al prelado flamenco Cornelius Jansen, obispo de Ypres, que murió en 1636. Dos años después apareció la publicación póstuma de su libro, el ***Augustinus***, un comentario de la obra de san Agustín en el que decía que el hombre era tan pecador, que «no podía colaborar con Dios para conseguir su salvación», sino que ésta dependía estrictamente de la «gracia del Altísimo». Así, ni la devoción ni las buenas obras ayudaban a la persona a «entrar en el Cielo». Tales enseñanzas eran muy parecidas a la teoría de la predestinación de Calvino, y fueron duramente atacadas por otros teólogos, especialmente por los jesuitas. Tanto Richelieu como Mazarino combatieron el jansenismo, manteniendo Luis XIV esta oposición. Influenciado por sus confesores jesuitas el rey se convenció de que los jansenistas eran herejes y de que constituían una amenaza política a su autoridad.

El jansenismo había sido ya condenado por Roma en 1653. Inocencio X declaró que cuatro proposiciones adscritas por los jansenistas eran heréticas y otra falsa. Éstos concedieron al sumo pontífice el derecho para que se pronunciase sobre la ortodoxia de dichas proposiciones, pero al mismo tiempo negaron que estuvieran en el *Augustinus*. Sin embargo, en 1656 el papa Alejandro VII cortó la discusión y Luis XIV impuso disciplina. Entre 1661 y 1664 intentó hacerlo así en el convento de Port Royal des Champs, situado cerca de Versalles, centro de la influencia jansenista en Francia. Las monjas, dirigidas por



Revocación del Edicto de Nantes en 1685. Luis XIV anuló la relativa independencia de que gozaban los hugonotes desde 1590. Estos se vieron obligados a refugiarse en Inglaterra y Holanda, propagando desde allí una imagen tiránica del rey de Francia.

Página anterior, arriba, interior de la basílica de San Pedro, pintura de Giovanni Paolo Pannini. (Cà Rezzonico, Venecia.)

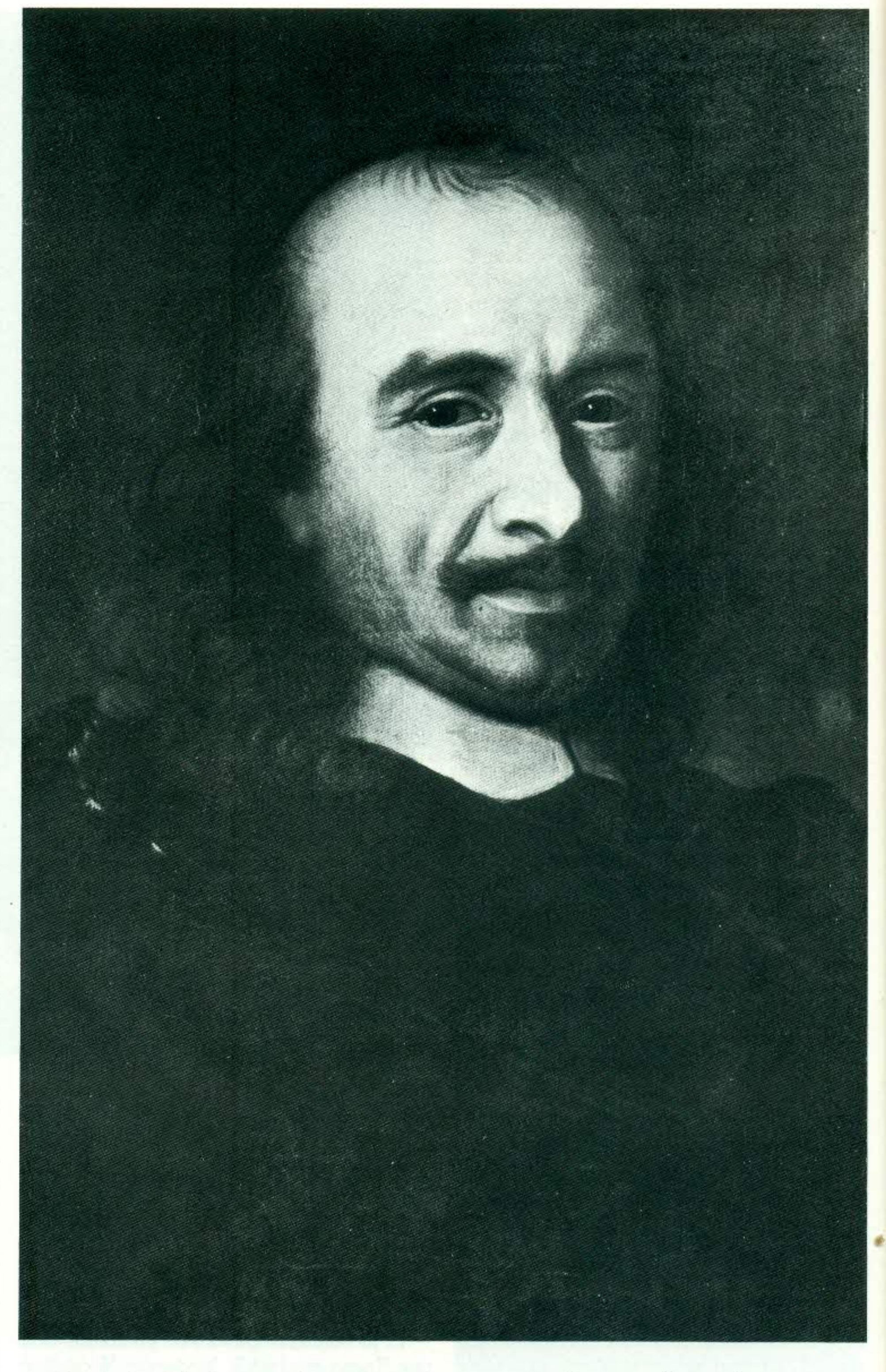
Página anterior, abajo, despacho de Colbert. La decoración de las paredes y del techo es todavía de estilo Luis XIII.

la madre Agnes Arnault, miembro de la gran familia que proporcionó los más notables dirigentes del movimiento jansenista francés, se negaron a aceptar los pronunciamientos papales sin serias modificaciones. Muchas de las religiosas fueron expulsadas del convento, instalándose una guardia militar en Port Royal, la cual fue retirada enseguida a causa de los esfuerzos del recién elegido papa Clemente IX, llegándose a un acuerdo que supuso, en parte, un triunfo para los jansenistas. Simplemente se les pidió que renunciasen a las cinco proposiciones condenadas «sinceramente», no «pura y simplemente».

La disputa del jansenismo se calmó durante los años 1670-1680, pero a finales del reinado de Luis XIV reapareció. Esto se debió especialmente a la obra del teólogo Pasquier Quesnel, quien en 1693 publicó sus *Réflexions morales sur le Nouveau Testament,* que incluía inconfundiblemente las tesis del *Augustinus.* En 1703, Quesnel fue arrestado en los Países Bajos españoles. Escapó, pero sus documentos fueron confiscados y enviados a Versalles. Éstos revelaban la existencia de una red altamente organizada de simpatizantes jansenistas dentro de Francia con los que Quesnel había mantenido correspondencia durante casi una década.

Esta evidencia, con las sospechas de una conspiración secreta, confirmaron la desconfianza de Luis XIV respecto a los jansenistas, aceptando en 1705 una bula de Clemente XI que ordenaba la completa e inequívoca aceptación de todas las condenas papales contra el jansenismo. Sin embargo, las monjas de Port Royal des Champs se negaron a aceptar la decisión con sus habituales argumentos. En 1709 fueron forzadas a abandonar el convento y trasladarse a conventos hostiles. Al año siguiente, el rey ordenó que los edificios de Port Royal fuesen arrasados. Fue un acto de pura venganza, seguido por la concesión papal de la bula *Unigenitus,* en la que se definían y condenaban como heréticas las ciento una proposiciones de las *Réflexions* de Quesnel.

Sin embargo, el monarca no consiguió extirpar el jansenismo con tan duras medidas; es más, en sus esfuerzos por suprimirlo dependió cada vez más de la ayuda papal. Con ello debilitó sus propias reivindicaciones y las de la Iglesia francesa respecto a la independencia de Roma.



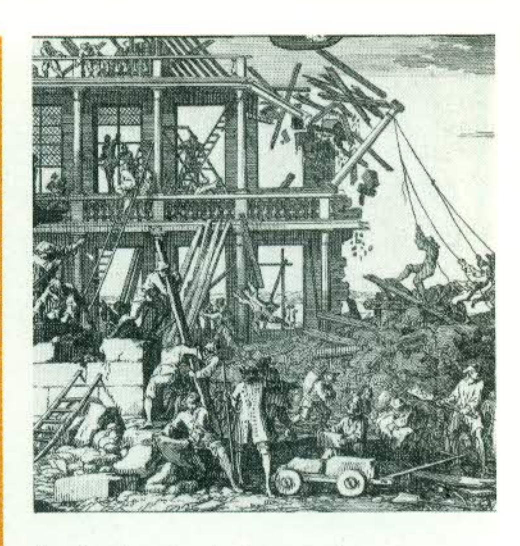
Los hugonotes

Los jansenistas afirmaban ser «buenos católicos», aunque sus oponentes les consideraban herejes. En cambio, los hugonotes franceses se sentían completamente aparte de la Iglesia, constituyendo una ofensa al lema del rey: «Un rey, una ley, una fe». Había en Francia entre uno y dos millones de hugonotes. Eran los súbditos más laboriosos y honestos del reino, con muchos miembros en los sectores financieros, comerciales e industriales de la población. En 1598, por el Edicto de Nantes, que acabó con las guerras de religión en Francia, se les había concedido la libertad de culto en muchos lugares de Francia y el derecho a celebrar los oficios religiosos públicos. También se les permitió mantener diversas plazas fuertes como garantía del cumplimiento de estas condiciones. En 1629, Richelieu suprimió este último privilegio, pero les ratificó los otros derechos. Durante la minoría de Luis XIV, en la época de los disturbios de la Fronda, su pasividad demostró que ya no constituían ningún peligro interno.

Al principio, la actitud del rey hacia ellos fue moderada. Esperaba que por medio de la persuasión y por incentivos económicos conseguiría que muchos abandonasen su fe, creándose en 1676

FRANCIA BAJO LUIS XIV

Año	Acontecimientos internos	Acontecimientos exteriores	Resto de Europa
1660	Muerte de Mazarino (1661) Comienzos del gobierno personal de Luis XIV El Parlamento pierde el derecho de criticar los edictos reales (1661) Colbert, ministro de Hacienda (1665) Louvois, ministro de Guerra (1672)	Matrimonio de Luis y María Teresa (1661) Ocupación de Lorena (1663) Guerra de Devolución (1667-1668) Paz de Aix-la-Chapelle (1668) Guerra con Holanda (1672-1678) Tratado de Nimega (1679)	Restauración de Carlos II (1660) II Guerra anglo-holandesa (1665) Triple Alianza (1668) Guillermo III, estatúder de las Provincias Unidas (1672)
1680	Muerte de Colbert (1683) Revocación del Edicto de Nantes (1685)	Guerra con España (1683) Guerra de la Liga de Augsburgo (1689-1697) Batalla de La Hogue (1692) Tratado de Ryswick (1697)	Pedro el Grande proclamado zar de Rusia (1682) Jacobo II rey de Inglaterra (1685) Revolución Gloriosa (1688) Carlos XII rey de Suecia (1697-1718)
1700	Destrucción de Port-Royal Muerte del delfín (1711) Muerte de Luis XIV (1715)	Guerra de Sucesión en España (1702-1713) Batalla de Malplaquet (1709) Tratados de Utrecht y Rastadt (1713-1714)	Fundación de San Petersburgo (1703) Unión entre Inglaterra y Escocia (1707) Jorge I rey de Inglaterra (1714)



Arriba, demolición de una iglesia protestante a finales de la década de 1680. Luis XIV logró que muchos hugonotes se convirtieran al catolicismo, pero muchos miles de ellos siguieron sufriendo persecución.



Izquierda, grabado holandés que muestra a los protestantes abandonando Francia en la década de 1660.

Página anterior, Pierre Corneille (1606-1684). Autor dramático francés, uno de los más grandes exponentes de la tragedia, que utilizó las tres unidades clásicas, de tiempo, espacio y acción. Entre sus 32 obras, las piezas más importantes son El Cid, Horacio *y* Cinna. *(Musée de Versalles.)*

una oficina conocida como la *Caisse de Conversions* para ayudar financieramente a los convertidos al catolicismo. Estas medidas tuvieron cierto éxito, pero al final de la Guerra de Holanda, Luis XIV, motivado por su deseo de mostrar que sus disputas con el papa no contradecían su indiscutible ortodoxia, decidió aplicar duras medidas contra los hugonotes. Entre 1679 y 1685 fueron sometidos a una abierta persecución. Se destruyeron sus iglesias y cerraron sus escuelas, prohibiéndoseles el acceso a los cargos públicos y suspendiendo sus derechos civiles.

A partir de 1681 se utilizó la violencia física contra los hugonotes. A propuesta de Louvois se decretó alojar soldados entre las familias de los protestantes para asegurar su conversión. Se les indicó que su estancia fuese lo más desagradable posible, llegando a utilizar la tortura para persuadir a aquellos que se resistían a aceptar la fe católica. Estos métodos fueron decisivos para asegurar las «conversiones». En Poitou se hicieron 30.000 en un año, forzándolas la policía con una particular crueldad. Finalmente, en octubre de 1685, con el Edicto de Fontainebleau,



Luis XIV revocó el de Nantes. Fueron destruidas todas las iglesias protestantes, se prohibió el culto público y privado de los hugonotes y se ordenó a los ministros protestantes que abandonasen el país en quince días. Se celebró un solemne *Te Deum* en Roma para conmemorar la revocación, y el clero francés, encabezado por Bossuet, habló de la acción del rey en términos de inmoderado elogio. Las potencias protestantes de Europa tomaron diferentes actitudes; el repudio fue total en Inglaterra y Brandenburgo.

Las consecuencias socioeconómicas de tales medidas son difíciles de evaluar. Aunque se prohibió emigrar a los laicos, 200.000 personas abandonaron Francia. Los exiliados se instalaron en muchas partes de Europa, especialmente en las Provincias Unidas, Inglaterra y Brandenburgo. Se ha creído generalmente que la emigración tuvo unas consecuencias desastrosas para Francia, pero las recientes investigaciones discrepan de ello. La economía gala en los últimos tiempos del reinado de Luis XIV era depresiva a causa de una compleja serie de factores, tales como la política fiscal, las guerras, el hambre y las devaluaciones monetarias. Entre estos motivos, la emigración de los hugonotes tal vez sólo tuvo un efecto secundario, incluso a corto plazo. Sin embargo, los exiliados, con sus conocimientos enriquecieron a los países donde encontraron refugio, y las persecuciones de Luis XIV después de 1685 no pudieron erradicar completamente el protestantismo de Francia. Los hugonotes continuaron reuniéndose en secreto para celebrar su culto, constituyendo una espina para el gobierno durante la Guerra de Sucesión de España, cuando dirigieron una campaña de guerrillas en Cevennes, que tuvo que ser reprimida por tropas regulares francesas –la terrible guerra de los *camisars*–.

El Edicto de Fontainebleau pudo no tener sobre la economía francesa las desastrosas consecuencias que se han supuesto, pero la década de los años 1680, en que fue promulgado, supone un viraje en el reinado de Luis XIV. Las victorias de los Habsburgo sobre los turcos y el ascenso de Guillermo III al trono de Inglaterra, cambiaron radicalmente la situación internacional de forma muy desfavorable para Francia. Las contiendas habidas entre 1688 y 1713 tuvieron consecuencias graves para las finanzas reales. Al final de la Guerra de Sucesión de España, los gastos excedían en mucho a los ingresos y Francia estaba al borde de la bancarrota a causa de la ambición de su soberano.

En otros aspectos, los últimos treinta años del reinado fueron de discreto esplendor. Como el monarca era cada vez más devoto, tras su boda con Madame de Maintenon en 1684, la atmósfera de la corte cambió. La alegría de los primeros tiempos fue sustituida por una sobriedad que hizo más soportables las tragedias que afligían a Francia en general y al soberano en particular, a partir de 1690.



Las fatalidades del destino

En el siglo XVII la vida del campesino medio fue extremadamente precaria. Se ha estimado que el hambre, e incluso la miseria, fue una permanente amenaza para cerca del 75% de la población. Las postrimerías del siglo XVII fueron un prolongado período de depresión agrícola, llegando a ser desastrosa la situación entre 1693-1694 y 1709-1710. En estos años, justamente cuando el país luchaba contra las coaliciones europeas, las malas cosechas acarrearon grandes hambres. Miles de franceses murieron de inanición y algunas poblaciones se redujeron a su cuarta parte.

El rey sufrió una serie de dolorosas pérdidas personales. Tres delfines de Francia murieron en doce meses: su único hijo legítimo, Luis, el «Gran Delfín», de viruela en 1711; su nieto mayor, el duque de Borgoña, y el hijo de éste, ambos de sarampión en 1712. El hijo menor del duque de Borgoña, el futuro Luis XV, probablemente se salvó por el sentido común de su niñera, que lo apartó de los tiernos cuidados de los doctores que se ocupaban de su hermano mayor. La viuda del duque de Borgoña, María Adelaida, tan estimada por el rey y por la corte, también sucumbió de sarampión en 1712 y, por último, en 1714, moría el otro nieto del rey, el duque de Berry.

Una visión global

Sin embargo, la verdadera grandeza del reinado de Luis XIV se manifestó en el arte y la literatura. Versalles, el gran monumento del período, era una mezcla de exuberancia barroca y de austeridad clásica, que cautivó la imaginación de Europa y aún hoy fascina al mundo. En el campo de la literatura, el período comprendido entre 1660 y 1690 produjo grandes obras maestras: las comedias de Molière, las tragedias de Racine, las fábulas de La Fontaine, los sermones de Bossuet y la poesía de Boileau, entre otras.

El lenguaje en que se expresó esta literatura fue uno de los instrumentos más eficaces de la influencia francesa a través del continente. La lengua francesa cobró en el siglo XVII rango internacional. Ciertamente, durante el *Grand Siècle* Francia se convirtió en el árbitro del buen gusto europeo, en el gran modelo de la sociedad culta.

En los asuntos políticos, las medidas de Colbert para crear un comercio y una industria nacional pusieron las bases de un posterior crecimiento económico, pero no se hizo nada para despojar a la nobleza de sus privilegios sociales, y a la muerte de Luis XIV, la corona estaba cargada de deudas, debido a su política belicista.

Las causas de la Revolución francesa tuvieron uno de sus orígenes en la crisis económica que se remonta al reinado de Luis XIV.

El palacio de Versalles, empezado en 1662 y construido frente a los grandes jardines diseñados por André Le Nôtre. En su edificación colaboraron varios arquitectos eminentes de la época, siguiendo las órdenes de Luis XIV.

Página anterior, vista del palacio de Versalles, según una pintura de finales del siglo XVII de Jean-Baptiste Martin. (Musée de Versalles.)

La Rusia de los Romanov

A lo largo del siglo XVII los historiadores occidentales veían difícil situar a Rusia como parte de Europa. Las descripciones del país realizadas por viajeros y diplomáticos fueron unánimes al enfatizar sus rasgos asiáticos, tales como su arbitraria y despótica forma de gobierno y la discriminación de la mujer llegando casi a su exclusión de la sociedad. La observancia de un poder prácticamente ilimitado por parte de los gobernantes y la completa sujeción del pueblo ruso, confirmaban aquella impresión de un despotismo oriental.

La elección de Miguel Romanov para el trono de Rusia en 1613 marcó el final de un período de dramáticas sublevaciones. La «Época de las Agitaciones», como se conocen los años comprendidos entre 1598 y 1613, había presenciado invasiones polacas con la consiguiente ocupación del Imperio, diversos cambios de dinastía y, sobre todo, una gigantesca fermentación social en la que el campesinado protestó violentamente contra las opresiones del gobierno y de sus señores, en general, y contra las crecientes cargas de la servidumbre, en particular. Los orígenes de este movimiento social revolucionario podrían remontarse a los acontecimientos del siglo XV, e incluso anteriores, pero a pesar de sus antiguos precedentes y de la extensión y salvajismo con que culminó, dejó pocos residuos permanentes en la estructura social y política del país. El hecho fundamental de la anterior vida política rusa —el absolutismo de los zares— salió virtualmente incólume de esta etapa de anarquía.

La Iglesia ortodoxa, dotada de enormes propiedades y vastos privilegios en 1598, mantuvo ambas cosas en todos estos años de confusión. Ciertamente, los conflictos de 1598-1613 confirmaron la pérdida de la gran influencia que anteriormente gozaran las antiguas familias principescas y nobles de Rusia, pero fue simplemente la culminación de una tendencia que continuó a lo largo del siglo XVII. La aristocracia de «cuna» fue reemplazada por una aristocracia de «servicios», cuyo ascenso se debió a la influencia derivada de sus puestos en la corte y sus cargos oficiales. Fue una estricta sustitución de personas y no implicó ninguna remodelación de la estructura social.

Miguel, el primer zar Romanov, el hombre que tenía la tarea de mantener la paz interna y la estabilidad tras las agitaciones, no estaba bien preparado para esta tarea. Era un joven enfermizo de 16 años de edad cuando subió al trono. Estuvo sometido primero a la influencia de su dominante madre, y desde 1619 a la de su padre Filaret, que anteriormente había estado encarcelado en Polonia. Filaret se había convertido en patriarca, es decir, cabeza de la Iglesia rusa, siendo reconocido como cogobernante con su hijo, dirigiendo en la práctica el país hasta su muerte en 1633. Miguel murió en 1645 y fue sustituido por su único hijo, Alejo, que contaba entonces 16 años de edad.

El nuevo zar, un hombre de mente conservadora y piadoso hasta el extremo, mostró poca capacidad para tratar los asuntos de Estado —sus principales preocupaciones parecían ser las complicadas ceremonias de la Iglesia y de la corte—. Los asuntos del gobierno fueron asumidos por los favoritos y los oficiales. Cuando murió en 1676, le sucedió en el trono su hijo mayor, Fédor, un joven delicado y tímido, de 14 años. La temprana muerte de Fédor en 1682 suscitó una lucha por el poder entre las diferentes ramas rivales de la familia imperial. El conflicto fue el preludio del reinado de Pedro el Grande.



La reforma del gobierno

El conservadurismo de Miguel, Alejo y Fédor ayuda a explicar la conexión entre los acontecimientos políticos y sociales de los siglos XVI y XVII. Antes de las convulsiones de la Época de las Agitaciones, la tendencia política se orientaba hacia la centralización y la reglamentación, y así fue mantenida por los Romanov. La administración central del país la dirigieron los *prikatai*, departamentos gubernamentales heredados del siglo XVI. Hubo un gran número de estos organismos durante el reinado de Miguel, tal vez unos cincuenta en total. La autoridad de los diferentes *prikatai* era confusa, por lo que se interferían mutuamente, constituyendo un sistema ineficaz. Durante el siglo XVII se llevaron a cabo algunas mejoras. Se crearon otros *prikatai* mientras que algunos eran refundidos bajo la dirección de un solo funcionario. Aunque su importancia no debe ser sobrevalorada, estas reformas ayudaron a preparar el camino de otras de tipo administrativo, bajo Pedro el Grande.

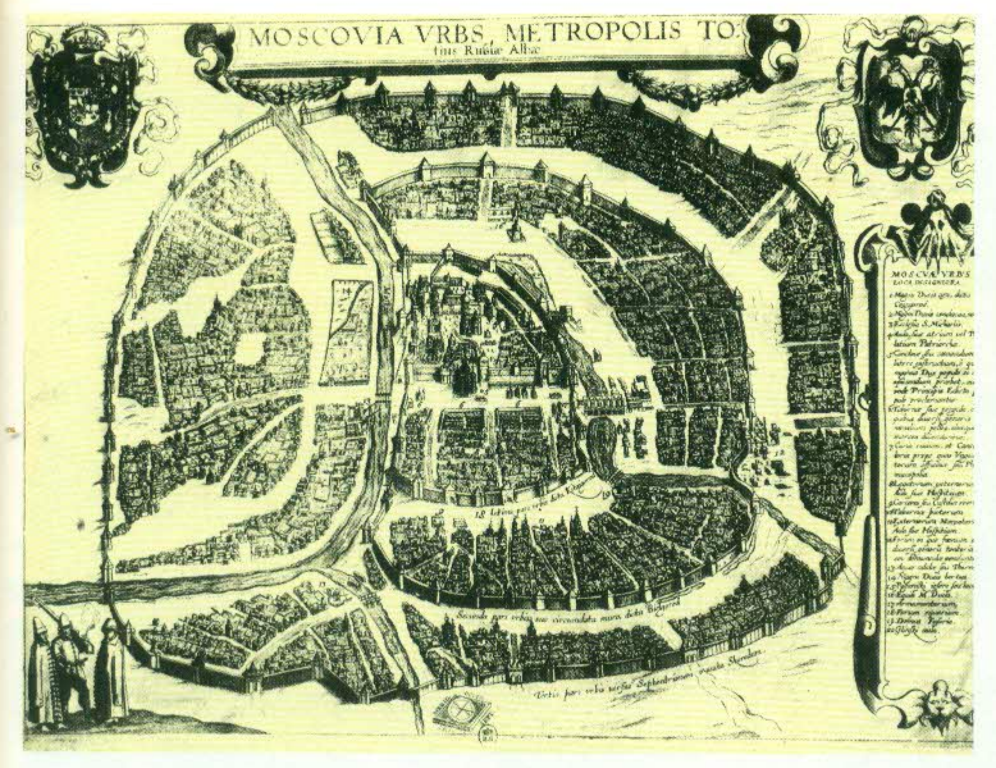
La tendencia hacia la centralización se evidenció más a nivel local, donde la administración en el siglo XVII fue llevada por gobernadores nombrados por las au-



toridades centrales y por funcionarios elegidos. Estos últimos cargos, que provenían del reinado de Iván IV el Terrible (1533-1584), podrían parecer a primera vista una excepción a la regla de la creciente centralización, pero de hecho, fueron siempre más bien agentes gubernamentales que representantes de los intereses locales, hasta el siglo XVII, en que desarrollaron más esta última función.

La principal tarea de estos funcionarios era la impopular recaudación de tributos a los ciudadanos de las comarcas, trabajo por el que no recibían ninguna paga oficial. Su buena conducta estaba garantizada por la amenaza de graves castigos a sus infracciones, y por el hecho de que las comunidades locales que les elegían eran colectivamente responsables de sus acciones. En estas circunstancias «el autogobierno local» era una falacia. Los funcionarios eran simplemente agentes no remunerados del poder central. Actuaban bajo la estrecha vigilancia de los gobernadores, que a efectos prácticos eran los señores supremos en los territorios que tenían bajo su control. Muchos de ellos explotaron su situación al máximo, denunciándose, en 1642, que habían «reducido al pueblo a la mendicidad y... a las personas a la piel y los huesos».

Al igual que la historia administrativa del siglo XVII en Rusia, la social puede también ser analizada esencialmente como una continuación de las tendencias del siglo anterior. Los grandes temas de la historia social del siglo XVI fueron el desarrollo de la servidumbre y la creciente reglamentación de la población, en interés del Estado. La servidumbre se había originado en Rusia mucho antes de 1500, pero se desarrolló a lo largo del siglo XVI. Hubo dos razones fundamentales para ello. Ante todo, el gobierno central intentó, con fines fiscales, hacer que los campesinos fuesen a vivir a las tierras es-







Arriba, Sofía Alexeievna (1657-1704), princesa rusa, hermana de Pedro I. A la muerte del zar Fédor III se hizo nombrar regente (1682-1689). Durante su gobierno se perdió la guerra contra los turcos. Fue obligada a retirarse a un convento.

Izquierda, arriba, Moscú en el siglo XVII. En el centro, el Kremlin o ciudadela.

Izquierda, abajo, Arkangel en el siglo XVII. La ciudad fue fundada en 1584 y se transformó en el principal puerto de Rusia hasta principios del siglo XVIII. El hecho de que estuviera helado la mayor parte del año contribuyó al aislamiento de Rusia. (National Maritime Museum, Londres.)

Página anterior, Alejo Mijailovich (1629-1676), zar desde 1645 y padre de Pedro el Grande. Impulsó la modernización de Rusia, y durante su reinado se instituyó el régimen de siervos y se realizó la anexión de Ucrania.

tatales, y en segundo lugar aquellos que vivían en haciendas privadas fueron endeudándose progresivamente con sus señores. En estas circunstancias los campesinos se vincularon a la tierra.

La servidumbre

El gran Código de Leyes publicado en 1649 confirmó los acontecimientos del siglo anterior y restringió aún más los derechos de los campesinos, reduciéndolos virtualmente a la servidumbre en toda Rusia. Efectivamente, los creadores del Código materializaban la idea de la completa subordinación de todas las clases a la comunidad de intereses del Estado. Esto se ajustaba en beneficio de las dos grandes clases, los burgueses y los nobles, pero no de los campesinos. A los primeros, antes del Código, se les prohibía de por vida trasladarse de ciudad —para evitar la evasión de impuestos— y la nobleza, a la que sólo se le había dado el derecho de tener tierras propias trabajadas por siervos, se convirtió ahora en una casta hereditaria cuya principal tarea era la prestación del servicio militar al Estado.

Las previsiones del Código fueron más incumplidas que observadas. Sin embargo, pese a sus fallos, dominó parte de la historia posterior de Rusia.

Alejo y Fédor, a pesar de su acérrimo conservadurismo, mostraron mayor am-



plitud de miras que muchos de sus súbditos. Aceptaron cambios en el ritual y en la liturgia de ciertos textos religiosos, lo que supuso una «herejía» para gran número de rusos, provocando un importante y permanente cisma en la Iglesia. Nimiedades como el uso de tres dedos en vez de dos al hacer el signo de la cruz, provocaron el cisma y feroces crueldades, en una lucha entre las autoridades y la resistencia de los fieles más fanáticos.

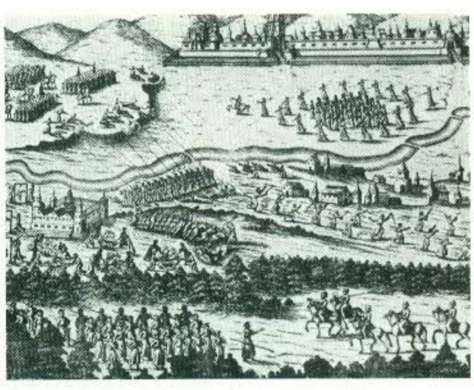
Las transformaciones que llevaron a Rusia a la misma normativa que las demás Iglesias ortodoxas fueron aprobadas por un gran concilio que se reunió en otoño de 1666 y continuó sus trabajos hasta 1667. En esta reunión, a la que asistieron los patriarcas de Antioquía y Alejandría y otros representantes de las diversas ramas de la Iglesia oriental, fueron anatematizados todos aquellos que se negaban a aceptar los textos reformados y el nuevo ritual. La magnitud de la resistencia a las decisiones de 1667, demostró el apego a la tradición eclesiástica que caracterizó a gran parte de la población rusa. Para ellos, la piedad formal era la misma esencia de la fe y veían en los cambios el alejamiento del verdadero cristianismo. Hasta 1690, cuando tuvieron lugar las más violentas persecuciones, miles de Antiguos Creyentes se suicidaron, quemándose, para no contaminarse con la nueva «herejía».

El cisma de fines del siglo XVII debilitó la vida interna religiosa de la Iglesia oficial al perder muchos de sus más devotos miembros. También perjudicó su situación respecto al Estado. En sus esfuerzos para suprimir a los Antiguos Creyentes tuvo que depender cada vez más del poder y de la benevolencia del zar. Esta era la situación que a principios del siglo XVIII permitió reducir a la Iglesia a un mero departamento del Estado.

Rusia y Occidente

Los cambios en la Iglesia apenas pueden ser considerados como modernizadores, pues eran un intento de volver a la pura ortodoxia del pasado, sin embargo, a pesar del profundo conservadurismo de la vida rusa a todos los niveles, hubo zonas en las que las nuevas ideas penetraron con fuerza. La llamada «occidentalización» de Rusia, término que en sí mismo es confuso, tenía orígenes muy anteriores al reinado de Pedro el Grande, el protagonista más destacado del movimiento. En el siglo XVI, Iván el Terrible atrajo a artistas y artesanos extranjeros, para los que creó un barrio propio en Moscú, el de los «alemanes». Este acuerdo se suprimió durante la Época de las Agitaciones, siendo restablecido en 1652 como resultado de la gran influencia de los extranjeros durante el reinado de Miguel y en los primeros años de Alejo. El gobierno temía que los nativos rusos fueran contaminados por las costumbres y las herejías de los extranjeros —de aquí la pretendida segregación—, aunque fue imposible impedir su influencia, al menos entre las clases altas de Moscú. Incluso el mismo zar estaba afectado por ella. Introdujo muebles extranje-

Expansión rusa en Suecia
Expansión rusa en Polonia
Cosacos
Imperio Otomano
SUECIA
FINLANDIA
CARELIA
Arkangel
San Petersburgo
Narva
INGRIA
ESTONIA
Novgorod
LETONIA
Riga
Kazán
Moscú
RUSIA
Smolensk
Danzig
POLONIA
Varsovia
Kiev
Poltava
UCRANIA
Astracán
HUNGRÍA
MAR NEGRO



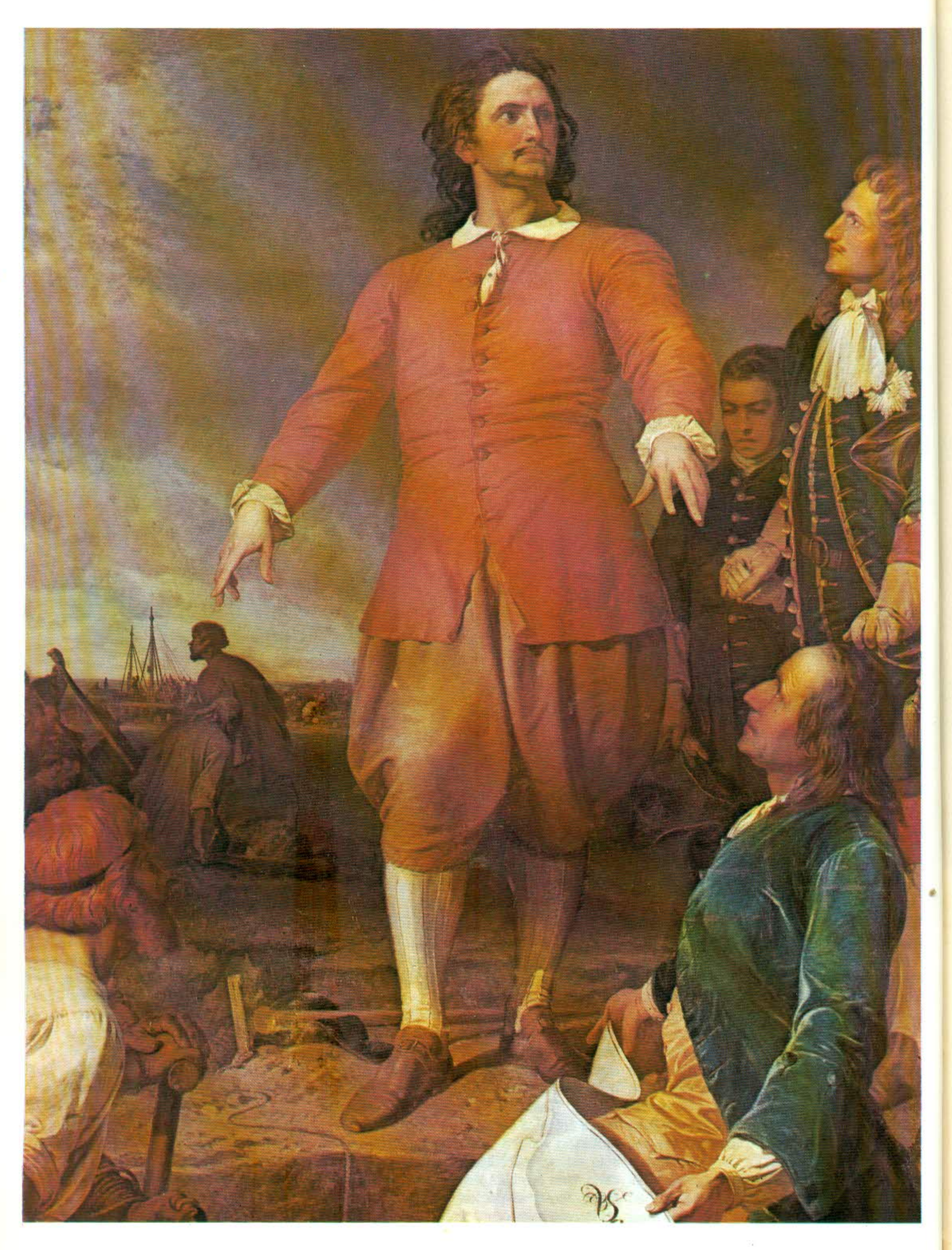
Arriba, fuerzas del zar luchando en 1682 contra los regimientos rebeldes, conocidos con el nombre de "streltsy".

Izquierda, expansión de Rusia durante los reinados de Alejo I y Pedro el Grande.

Página anterior, el zar Pedro el Grande, tras su estancia en Zaandam, se trasladó a Amsterdam para aprender la construcción naval. En su honor se montó la fragata Pedro y Pablo *en nueve semanas, para la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. El cuadro del pintor Abraham Storck (1698) presenta tres aspectos del barco. En primer término se ve la barca de remos del zar, que aparece con abrigo rojo y gorro. (Nederlandsch Scheepvaart Museum, Amsterdam.)*

ros en palacio, creó una orquesta, instituyó representaciones teatrales y desarrolló la afición por el ballet.

La inmigración de extranjeros hizo posibles los inicios –a un nivel muy superficial– de la influencia cultural de Occidente en Rusia, permitida y alentada por el gobierno por diversas razones prácticas. El ejército ruso era muy inferior al de sus vecinos, especialmente al sueco, tanto en la calidad de las tropas como en la de las armas. Muchos soldados extranjeros fueron enrolados en el siglo XVII en un esfuerzo por mejorar los sistemas de lucha, haciéndose intentos para explotar los recursos naturales de Rusia y ponerlos al servicio de las fuerzas armadas, a través del fomento de la inmigración de industriales y artistas a los que se les ordenó que preparasen a los nativos con sus conocimientos. Se esperaba que con el tiempo Rusia se independizaría de la ayuda técnica extranjera. Pero era una ambición muy a largo plazo; el país no sólo estaba falto de mano de obra cualificada, sino también de instituciones educativas, requisito previo para los avances técnicos.



Gran parte del siglo XVII ruso estuvo dominado por las guerras –casi la mitad del período entre 1613 y 1682–. Los conflictos se sostuvieron contra Suecia, Polonia, los tártaros y los turcos; a veces en varios frentes simultáneamente. El siglo XVII fue la época de la hegemonía sueca. Este poder se basaba en el genio de varios reyes guerreros, como Gustavo Adolfo, Carlos X y Carlos XII; en la eficacia y patriotismo de sus ejércitos, en la explotación de sus recursos naturales, como el estaño y el cobre, y, sobre todo, en la debilidad de sus vecinos, especialmente Polonia y Rusia. Estas ventajas temporales fueron anuladas por el crecimiento del poderío ruso bajo Pedro el Grande, sufriendo los suecos una serie de reveses a principios del siglo XVIII, cuando no tenían reservas de población y los recursos naturales (la industria del cobre estaba en decadencia durante este período) habían decrecido. Sin embargo, en el siglo XVII Suecia era mucho más fuerte que Rusia, por lo que la mantuvo alejada de las orillas del Báltico, un área de tradicionales ambiciones expansionistas rusas.

En el siglo XVII, Rusia, que se había enfrentado a una Suecia en la cumbre de su poderío, también luchó contra un estado polaco en declive.

El siglo XVI fue la edad de oro de Polonia. Era el poder político dominante del centro de la Europa oriental. Sin embargo, en 1572 la gran dinastía de los Jagellon, que había gobernado el país desde el siglo XIV, se extinguió, iniciándose una progresiva desintegración política con una serie de reyes electivos, forzados a conceder cada vez más poder a la nobleza de los hacendados locales, la *szlachta*, quienes a mediados del siglo XVII disponían de una considerable influencia. Ésta recibió su confirmación institucional en 1652 con la introducción del significativo *Liberum Veto*. Mediante la apelación al veto, cualquier miembro de la Dieta (el parlamento polaco) –una institución dominada por la *szlachta*– no sólo podía discutir la legislación, sino que tenía capacidad de anular las leyes previamente acordadas por la Dieta e, incluso, disolver ésta.

En las manos de los egoístas *szlachta* el *Liberum Veto* –que era simplemente el antecedente de una constitución que en el siglo XVII arrebataría al monarca polaco todo poder efectivo– era un instrumento de anarquía. Contra una Polonia tan debilitada políticamente, Rusia obtuvo algunos éxitos militares. Entre 1654 y 1689 se produjo una complicada y sangrienta contienda entre los dos países por el control de Ucrania. Rusia salió con sustanciales ganancias territoriales que incluían la ciudad de Kiev, pero había gastado ingentes sumas de hombres y de dinero, sin obtener más seguridad en su frontera sur que permanecía aún a merced de los nómadas tártaros, apoyados por el poderoso Imperio otomano.



La batalla de Poltava (1709), en Ucrania, en la que Pedro el Grande derrotó a Carlos XII de Suecia, que se vió obligado a refugiarse en Turquía. Con esta victoria, Rusia aseguró su hegemonía en el nordeste de Europa.

Página anterior, cuadro de Kotzebue que quiere simbolizar la fundación de San Petersburgo, en 1703, por Pedro el Grande, que reinó de 1682 a 1725 y fue el creador de la gran potencia europea de Rusia.

Pedro el Grande

La historia de Rusia en el siglo XVII es, pues, la del conservadurismo en la Iglesia y en el Estado. Los zares y sus consejeros recelaban de todas las influencias externas que pudiesen contaminar la «verdadera» herencia rusa. Es cierto que estaban dispuestos a aceptar cambios en la Iglesia, los cuales suponían «herejías» para gran parte de la población, pero estas transformaciones supusieron un regreso al cauce de la genuina tradición ortodoxa, de la que Rusia se había apartado por la ignorancia. La «occidentalización» del país –si es que este término es correcto– fue un intento de introducir las técnicas occidentales y expertos militares, bajo condiciones estrictamente limitadas.

En esta situación global, los niveles de conducta personal y civil eran increíblemente bajos. El zar Alejo tenía la reputación de ser un hombre amable, pero a veces utilizaba sus puños contra los altos dignatarios, sin distinción de clase, sexo o edad. La embriaguez era común y se da-



ban frecuentemente el incesto y las perversiones sexuales, sobre todo entre las clases bajas, donde se apiñaban numerosas familias en una sola habitación.

El acceso formal de Pedro al trono se produjo en 1682, a la muerte de Fédor. A éste le sobrevivieron un hermano, Iván, un joven de 15 años, medio ciego y débil mental, seis hermanas –todas ellas hijas de Alejo y de su primera esposa, María Miloslavsky–, y un hermanastro Pedro, hijo de la segunda mujer de Alejo, Natalia Naryshkin. Esta situación fue motivo de una serie de intrigas entre los clanes rivales de los Naryshkin y los Miloslavsky. Al principio, Pedro fue proclamado zar, pero María Miloslavsky se resistió en contubernio con Sofía, una de las hijas de Fédor, una mujer muy ambiciosa de 25 años de edad. Ésta llevó a cabo una hábil campaña propagandística directamente en contra de los Naryshkin, apoyándose en los *streltsy*, una organización paramilitar que se estacionó en la capital y cuyos miembros se ocupaban de actividades comerciales, aparte de las tareas de vigilancia que tenían encomendadas. Se ganó su apoyo al prometerles un aumento de la paga y mayores privilegios. Así, durante tres días en mayo de 1682, los *streltsy* invadieron el Kremlim y mataron a todos los parientes de los Naryshkin en presencia del joven zar.

Como consecuencia de este golpe de Estado, Iván y Pedro fueron proclamados zares. Sin embargo, el poder pasó a Sofía, que se convirtió en regente. Los sucesos de mayo de 1682 fueron una experiencia traumática para Pedro. Algunos historiadores han utilizado el sangriento episodio de aquellos días para explicar las crueldades y contradicciones de su última etapa. Lo que parece cierto es que cuando Pedro tuvo que enfrentarse con la revuelta de 1689, teniendo ya todo el control del gobierno, los recuerdos de 1682 debieron agitar su mente.

El gobierno de Sofía duró siete años y terminó a causa de las ambiciones de la zarina. Planeó destronar a sus hermanos y proclamarse única gobernante. Los *streltsy* se negaron a apoyarla. Fue apartada del poder y recluida en un convento. Tras su caída, Iván y Pedro gobernaron



juntos, aunque el primero nunca intervino en los asuntos de Estado, muriendo en 1696.

Cuando se convirtió en único zar, el carácter de Pedro estaba ya formado. Durante la regencia de Sofía había vivido en un pequeño pueblo de las afueras de Moscú. Allí creó un minúsculo ejército y desarrolló su interés por los barcos, afición inspirada por el descubrimiento de un viejo bote inglés en un granero.

Este entusiasmo por los asuntos marítimos se confirmó cuando visitó Arkángel en 1693 y 1694. Fue la primera ocasión en que vio el mar. En los años inmediatamente posteriores a la caída de Sofía pareció sentir escaso interés por los asuntos de Estado. Prefería organizar maniobras militares a gran escala y construir barcos. Cuando visitaba la capital apenas iba al Kremlin, pasando la mayor parte del tiempo en compañía de amigos en el barrio alemán, un grupo de extranjeros y rusos encabezados por el escocés Patrick Gordon, el suizo François Lefort y el ruso Alexander Menchikov.

Cuando en 1695 emprendió su primera campaña contra Azov, un puerto turco del mar Negro, el zar puso de manifiesto la influencia de tres factores que dominaron su reinado: el ejército, el mar y Europa occidental. La campaña fue un desastre, aunque Pedro volvió a la carga al año siguiente, y con la ayuda de una nueva flota conquistó Azov. En 1697 decidió visitar Europa occidental en persona.

Construcción del edificio del Almirantazgo, en San Petersburgo. (Museo Peterhof, Leningrado.)



El zar, de incógnito, visitó Brandenburgo, las Provincias Unidas, Inglaterra y Austria. Volvió a Moscú vía Viena, abandonando el viaje antes de lo esperado para sofocar la rebelión de los *streltsy* en la capital. La sangrienta represión de esta revuelta fue seguida por una desbandada de aquella tropa estacionada en la capital. El poder político de la antigua guardia pretoriana fue destruido para siempre.

Como consecuencia de su primera visita a Occidente, Pedro trajo a Moscú cientos de técnicos y artesanos del oeste de Europa. El viaje estimuló su curiosidad y al final de su reinado hizo nuevas visitas al extranjero.

Las campañas militares

El reinado de Pedro el Grande estuvo dominado por las guerras. Durante todo el período de su gobierno, desde la caída de Sofía hasta su muerte, sólo en el año 1724 no hubo actividades militares. Las necesidades bélicas incidieron en su gobierno y la mayoría de sus reformas fueron introducidas para modernizar el ejército.

Las operaciones militares del reinado incluyeron campañas contra los turcos en 1695, 1696 y 1710-1711, y una guerra contra Persia en 1722-1723. Como consecuencia de sus luchas contra los otomanos, Pedro perdió y ganó sucesivamente el puerto de Azov en el mar Negro. En la contienda contra los persas obtuvo el territorio que se extiende desde el oeste al sur de las playas del mar Caspio, regiones que se perderían después de su muerte. Sin embargo, tales guerras fueron eclipsadas por el gran conflicto contra los suecos, que ocupó los años de 1700 a 1721. Pedro luchó por los territorios del Báltico que le permitirían obtener una salida hacia el oeste de Europa. En la contienda Rusia solamente era un miembro —aunque ciertamente el más importante— de una coalición que incluyó en diferentes etapas a Dinamarca, Polonia, Brandenburgo y Hannover. Cada uno de estos países tenía sus propias ambiciones y resentimientos contra Suecia, que aún en 1700 era el estado dominante en el Báltico, así como una potencia de primer orden en el contexto general de Europa.

Rusia sufrió una aplastante derrota en 1700, en Narva, una fortaleza sueca en el golfo de Finlandia. En la batalla, un pequeño ejército escandinavo dirigido por el joven rey Carlos XII, un hombre de un valor temerario y gran genio militar, derrotó a las fuerzas rusas que eran, tal vez, cinco veces superiores en número. Como consecuencia de este desastre, Pedro buscó una paz temporal a cualquier precio, aunque pronto recobró su coraje y reorganizó su ejército y su flota. Sus es-

fuerzos fueron recompensados en 1709, cuando en Poltava (Ucrania) las nuevas fuerzas armadas rusas, bajo su mando personal, infligieron una aplastante derrota a los suecos. Representó el cambio de signo de la guerra. Carlos XII después de este descalabro se refugió en Turquía. Más tarde volvió a Suecia, y tras su muerte en el campo de batalla, en 1718, la paz fue inevitable. El Tratado de Nystadt, en 1721, estableció el equilibrio de poderes en el norte de Europa. Rusia obtuvo de Suecia las provincias bálticas de Livonia, Estonia, Ingria y parte de Carelia. Pedro ganó una ventana abierta a Occidente, pero a un precio muy alto para el pueblo ruso.

La Guerra del Norte fue la gran fuerza motriz que promovió las reformas internas de Pedro. Organizó un ejército y creó una marina para derrotar a los suecos; las medidas financieras estaban destinadas principalmente a asegurar dinero suficiente para pagar el vasto y complejo aparato militar. Sus decisiones administrativas intentaban hacer más eficaz la maquinaria bélica del país reforzando el gobierno civil que había tras ésta. El empuje que dio al desarrollo industrial fue determinado para producir armas, equipos y ropas para sus soldados y marineros.

Pedro comenzó la guerra contra Suecia con una fuerza armada de unos 35.000 a 40.000 hombres, compuesta principalmente por voluntarios mal entrenados. Al final de su reinado había creado un ejército regular bien organizado, que contaba con unos 200.000 hombres. La conquista de Ingria en 1703 le dio acceso al Báltico, y allí construyó una flota. Cuando murió en 1725, tenía cerca de 800 barcos de todos los tipos, tripulados por cerca de 30.000 marineros.

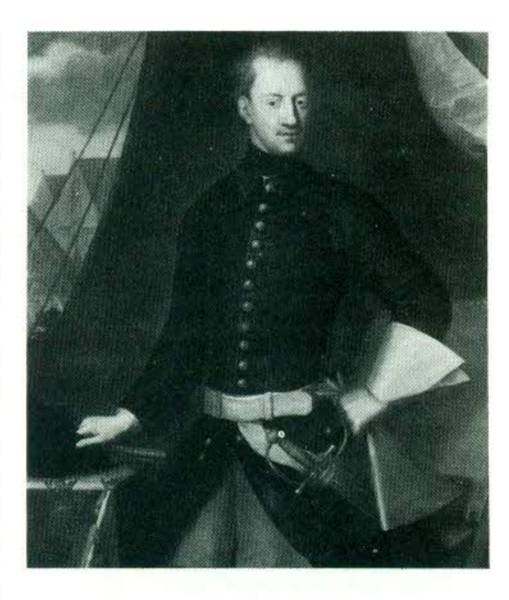
Pedro estuvo siempre falto de recursos monetarios para poder pagar sus gravosos ejércitos. Los gastos bélicos pasaron de 2.300.000 rublos, en 1701, a 3.200.000 en 1710. En 1724, un año de paz, el coste y mantenimiento de estas fuerzas estatales ascendió a cerca de cinco millones de rublos. Los ingresos adicionales necesarios para cubrir los crecientes costes militares fueron aumentados mediante la devaluación de la moneda, y por medio de la creación de pintorescos impuestos, tales como las tasas sobre los sombreros, la tenencia de colmenas, chimeneas, baños privados y barba. Se establecieron monopolios comerciales estatales, como los de la sal y del tabaco, y al final de su reinado se creó un impuesto de capitación. Este gravamen individual sustituyó a uno existente sobre la familia, sentando las bases de un sistema de tributación directa. La reforma supuso notables ingresos para el gobierno —los impuestos sobre la tasación directa ascendieron de 1.800.000 rublos a 4.600.000 tras su introducción—. Las cargas recayeron evidentemente sobre los campesinos, que también soportaban el gran peso del reclutamiento para las fuerzas armadas. La búsqueda de gloria militar de Pedro no supuso ningún tipo de ventaja para las arcas de sus súbditos, a los que, por el contrario, se les añadieron más sufrimientos.

Las reformas administrativas del zar relacionadas con las necesidades bélicas, fueron de gran importancia para la historia institucional de Rusia. Las provincias en las que estaba dividido el país por un decreto de 1707, perduraron con algunas modificaciones hasta la caída del Imperio, así como el Senado que se creó en 1711. Éste se convirtió en el principal órgano de control administrativo y en la suprema autoridad judicial rusa. La misma administración central fue reorganizada en 1717 mediante la creación de nueve colegios basados en los modelos suecos, que sustituyeron a los antiguos *prikatay*. Algunos de ellos se mantuvieron hasta el siglo XIX. La confusión, casi inevitable, motivada por la introducción de tan grandes reformas, junto a la falta de un equipo adecuadamente preparado para regir las nuevas instituciones, supuso que las medidas tuvieran un éxito inferior al que Pedro esperaba.

El desarrollo de la industria rusa fue también consecuencia de las grandes y crecientes necesidades de equipamiento del ejército y de la marina. Al final de su reinado estaban en funcionamiento cerca de doscientas empresas industriales a gran escala. Entre las más importantes cabe destacar las fábricas de armamento, las fundiciones —en especial la industria del hierro de los Urales— y las empresas textiles que producían tejidos para los uniformes de las fuerzas armadas.

La nobleza y la Iglesia

La principal función de la nobleza rusa en el siglo XVII fue el servicio militar. Durante el reinado de Pedro continuó con esta función, aunque el zar le dio un nuevo vigor. Inició también el reclutamiento a gran escala de nobles para los recién creados órganos de la administración civil. Los nobles acogieron mal los crecientes deberes que se les imponían, pero también tenían compensaciones. Durante el reinado de Pedro se les permitió mantener e incluso aumentar su dominio sobre los siervos. Éstos, en contraposición, no obtuvieron nada que mejorase sus condiciones de vida. No sólo tenían



Carlos XII de Suecia (1682-1718). Luchó en la Guerra del Norte, a partir del 1700, contra Pedro el Grande, en un esfuerzo por controlar el Báltico. Su derrota significó el declive del poder sueco. (Castillo de Sjöholm.)

Página anterior, Carlos XII de Suecia, que reinó de 1697 a 1718, controlando el paso del Dvina en 1701, antes de sus conquistas en Polonia y la instalación del gobierno títere de Estanislao I en 1704. Después de la consolidación de su poder en Polonia, se decidió a invadir Rusia en 1708. (Castillo de Drottingholm.)

que enfrentarse con las crueldades de sus amos, sino también afrontar las crecientes exigencias del Estado: ver a sus hombres utilizados como carne de cañón en las guerras de Pedro, y entregar sus exiguos ingresos para la tributación. No es extraño que las frecuentes revueltas campesinas que se producían, sobre todo en el sur de Rusia, fuesen una característica permanente del reinado.

Pedro consideró a sus súbditos, nobles o campesinos, no como individuos, sino como elemento al servicio del Estado. La Iglesia fue también firmemente subordinada a su control. La Iglesia rusa había estado tradicionalmente sometida a los zares, aumentando su dependencia respecto al Estado a partir del cisma de 1667. Sin embargo, hasta el reinado de Pedro había tenido su propia cabeza, el patriarca, que había gozado de gran dignidad y prestigio.

Tras la muerte de Adriano en 1700, Pedro dejó el patriarcado vacante. En 1721 el cargo fue abolido y el gobierno de la Iglesia pasó a un Santo Sínodo que estaba encabezado por un seglar nombrado por el zar. Tras esta reforma, la Iglesia se convirtió en un departamento del Estado, situación que mantendría hasta la Revolución de 1917.

Una nueva capital

Junto a sus grandes reformas, Pedro introdujo cambios menores. Se obligó a los miembros de la nobleza que vistiesen al estilo occidental y se cortasen las barbas, y a las mujeres de las clases altas se las animó, e incluso se les ordenó, que asistiesen a las reuniones sociales. El campesinado permaneció igual. Así el reinado de Pedro inició una división decisiva en la sociedad rusa, entre la nobleza y el resto de la población. Esta tendencia se acentuaría con la fundación de San Petersburgo en 1703. La nueva capital, centro de la nobleza rusa, estuvo por su posición geográfica expuesta a las influencias de Europa occidental, cosa que a Moscú



INGLATERRA, PROVINCIAS UNIDAS Y RUSIA DURANTE EL SIGLO XVII

Año	Inglaterra	Provincias Unidas	Rusia
1600	Jacobo I (1603-1625) Conspiración de la Pólvora (1605)	Tregua con España (1609) Ejecución de Oldenbarneveldt (1619) Fin de la tregua con España (1621)	Miguel Romanov, zar de Rusia (1613-1645)
	Carlos I (1625-1649)	Federico Enrique, príncipe de Orange y estatúder (1625)	
	Guerra con Escoccia (1639) Parlamento «Largo» (1640) Ejecución de Strafford (1641) Empieza la Guerra Civil (1642) Ejecución de Laud (1645)	Captura de Breda (1637) Matrimonio de Guillermo II de Orange y María Estuardo (1641)	Tratado con Polonia (1634)
	Batalla de Naseby (1645)	Sucesión de Guillermo II de Orange (1647) Tratado de Münster (1648)	Alejo, zar de Rusia (1645-1676)
	Ejecución de Carlos I (1649)		Código de Leyes (1649)
1650	Carlos II derrotado en la batalla de Worcester; se exilia (1651) Cromwell, Lord Protector (1653)	Muerte de Guillermo II; nacimiento de Guillermo III (1650) I Guerra anglo-holandesa (1652)	
	Muerte de Cromwell (1658) Restauración de Carlos II (1660)	Tratado de París (1662)	Guerra con Polonia (1654) Concilio de la Iglesia rusa (1666-1667)
	Act of Uniformity (1662) *Conventicle Act* (1664) Epidemia de peste (1665) Incendio de Londres (1666)	II Guerra anglo-holandesa (1665) Tratado de Breda (1667) Triple Alianza (1668)	
1670	Tratado de Dover (1670)	III Guerra anglo-holandesa (1672) Invasión francesa (1672) Asesinato de los hermanos Witt (1672) Guillermo de Orange estatúder hereditario (1674)	
	Conspiración papal (1678)	María Estuardo contrae matrimonio con Guillermo III (1677)	Fédor, zar de Rusia (1672-1682)
1680	Ascensión al trono de Jacobo II (1685) Desembarco de Guillermo III (1688)	Liga de Augsburgo (1686)	Pedro el Grande, zar de Rusia (1682-1725) Revuelta de los streltsy (1682)
	Declaración de los Derechos; Guillermo y María, reyes (1689) Batalla de Boyne (1690) *Triennial Act* (1694)		Construcción de la flota rusa (1696) Toma de Azov (1696)
		Primer Tratado de Partición (1698)	Masacre de los streltsy (1698) Guerra con Suecia (1700) Derrota en Narva (1700)
	Act of Settlement (1701) Ascensión al trono de Ana (1702) Unión con Escocia (1707)	Alianza con el Sacro Imperio romano contra Francia (1701) Suspensión del cargo de estatúder (1702)	Fundación de San Petersburgo (1703) Victoria en Poltava (1709)
	Ascensión al trono de Jorge I (1714)	Paz de Utrecht (1713)	Paz de Pruth (1711) Ejecución del zarevich Alejo (1718) Paz de Nistadt (1721) Muerte de Pedro el Grande (1725)
	Ascensión al trono de Jorge II (1727)		



Dibujo de la época que representa a Pedro el Grande cortando personalmente las tradicionales barbas a un noble. Este zar, en su empeño de modernizar Rusia, impuso incluso tasas o tributos por llevar barba. (National Maritime Museum, Londres.)

Página anterior, arriba, batalla de Narva (1700), en la que Carlos XII de Suecia derrotó a Pedro el Grande de Rusia. Esta derrota obligó al zar a reorganizar su ejército y a construir nuevas defensas en el norte.

Página anterior, abajo, boyardos rusos en el siglo XVII, ataviados con sus trajes típicos. Pedro el Grande abolió el rango de boyardo y los sustituyó por los nobles de su corte, en la administración y el ejército.

nunca le había sucedido. La creación de la nueva capital fue una contribución decisiva de Pedro a la historia de Rusia.

Pedro murió en enero de 1725, a la edad de 52 años, a causa de las complicaciones producidas por una enfermedad venérea crónica. Sigue siendo una figura enigmática. En su persona se combinaron una enorme energía y una gran curiosidad intelectual, junto a una tendencia hacia la crueldad extrema, que sólo puede ser explicada, aunque no excusada, por la brutalidad general de la época y el país en el que vivió.

A mediados de la década de 1690, cuando asumió el control personal del gobierno, Rusia era una potencia de tercer orden. A su muerte, en 1725, como resultado de sus esfuerzos, el país se había convertido en el estado predominante en el norte y este de Europa, así como en una potencia de primer orden en el continente. Desde entonces ha mantenido ambas posiciones.



Rebeliones y revoluciones

Durante las décadas de 1640 y 1650 hubo una serie de rebeliones y revoluciones en Europa. En mayo de 1640 el pueblo de Cataluña, se levantó contra el gobierno de Madrid, entonces dirigido por el ministro de Felipe IV el conde-duque de Olivares. En enero de 1641 los rebeldes eligieron a Luis XIII de Francia como conde de Barcelona en sustitución de Felipe IV, continuando la contienda hasta que las tropas castellanas reconquistaron la ciudad de Barcelona, acabando así con la sublevación.

Portugal también se levantó en 1640 contra la dominación de Madrid, siendo proclamado rey el duque de Braganza, descendiente de la antigua casa real lusitana de los Avís, decisión que fue ratificada por las Cortes (el parlamento portugués) en enero de 1641. La guerra entre España y Portugal duró de una forma intermitente hasta 1668, cuando los lusitanos vieron reconocida formalmente su independencia.

En julio de 1647 un joven pescatero napolitano, Masaniello, dirigió un movimiento contra el opresivo gobierno del duque de Arcos, el odiado virrey español de Nápoles. Pero esta sublevación fue breve, pues en marzo de 1648 los españoles restauraron su autoridad.

Junto a aquellas rebeliones contra el gobierno de Madrid hubo también movimientos revolucionarios en Francia, Inglaterra y las Provincias Unidas. Evidentemente, el más importante de todos fue el conflicto inglés. Éste empezó en 1640, con el llamado Parlamento Largo de Carlos I, el cual necesitaba desesperadamente dinero para atajar la rebelión de sus súbditos escoceses. Las siguientes guerras civiles de 1642 y 1648 condujeron a once años de interregno que precedieron a la restauración en el reinado de Carlos II en 1660.

Menos prolongado y de una significación interior fue el movimiento conocido como la Fronda, acaecido en Francia entre 1648 y 1653. Éste tuvo sus orígenes inmediatos en el descontento general motivado por las exacciones financieras del gobierno del cardenal Mazarino. En los primeros momentos estuvo encabezado por el Parlamento de París, que impuso un programa razonable de reformas a la corona. Sin embargo, el liderazgo fue asumido más tarde por los miembros de la nobleza, que demostraron descaradamente sus ambiciones personales. Como consecuencia de ello, Mazarino tuvo que exiliarse dos veces durante el conflicto, pudiendo regresar definitivamente en 1653, y el programa de reformas que el gobierno había aceptado bajo presión en 1648 fue olvidado.

La agitación política en las Provincias Unidas condujo al establecimiento de un régimen republicano entre 1650 y 1672. De 1648 y 1649, tras la finalización de la Guerra de los Treinta Años, los Estados de Holanda pidieron una reducción sustancial del ejército. Guillermo II, estatúder de la mayoría de las provincias de la Unión y capitán general de sus fuerzas militares, aceptó las demandas, pero no en la medida que se le exigía. Guillermo II y sus oponentes se distanciaron cada vez más a medida que transcurrían los meses, pareciendo inevitable la guerra civil, especialmente cuando ambas partes tomaron medidas que sobrepasaron los límites de la estricta legalidad constitucional. En agosto de 1650, Guillermo II preparó un golpe de Estado dirigido directamente contra Amsterdam, el centro de la oposición. La ciudad cedió inmediatamente, pero el resultado global de la lucha quedó sumido en la incertidumbre cuando el propio Guillermo II enfermó de viruela, en octubre, y murió un mes después. Las fuerzas centralistas se quedaron sin líder, iniciándose la era republicana bajo el dominio de Holanda.

A pesar de las diferencias en la duración y en la importancia de estas seis revoluciones, sus orígenes tenían algunas características comunes. En general fueron reacciones contra las demandas financieras de los gobiernos respectivos, que estaban comprometidos en costosas guerras. España, Francia y las Provincias Unidas tomaron todas ellas parte en la Guerra de los Treinta Años. España luchó contra los holandeses entre 1621 y 1648, y desde 1635 se hallaba también en conflicto con Francia, en una contienda que continuó hasta 1659. Los enormes costes de las operaciones militares obligaron a Olivares, a Richelieu y más tarde a Mazarino a multiplicar las demandas financieras sobre sus respectivos pueblos. En el caso de España, Olivares estaba decidido a hacer pagar a las nacionalidades no castellanas del Imperio hispano una parte de los costes de la guerra, y realizó sustanciales demandas financieras a Cataluña, Portugal y Nápoles, las cuales provocaron directamente las sublevaciones. Igualmente en Francia, la desesperada necesidad de Mazarino de conseguir dinero para guerrear contra España condujo a una serie de expedientes financieros que, en su conjunto, provocaron la Fronda. En las Provincias Unidas se combinaron la decisión de Guillermo II de continuar la guerra contra España tras la paz de 1648 y la igualmente firme resolución de Holanda de licenciar la máxima cantidad posible de tropas, conduciendo ambas posturas a la situación revolucionaria de 1650. En Inglaterra, el rey Carlos I necesitaba dinero para enviar un ejército contra sus súbditos escoceses en rebeldía, lo que le obligó a convocar el Parlamento Largo.

Sin embargo, las rebeliones y revoluciones que se sucedieron en las décadas de 1640 y 1650, supusieron conflictos políticos y constitucionales entre los gobiernos, por una parte, y el pueblo y las instituciones representativas de cada país, por otra. Este tipo de interpretaciones, que de una forma sofisticada había satisfecho a muchos antiguos historiadores, parece insuficiente en la actualidad. Nos dice parte de la verdad acerca de los conflictos de mediados del siglo XVII, pero es necesario profundizar más.

Una interpretación ampliamente divulgada en los últimos años señala que la «crisis general» de mediados del siglo XVII, que produjo tantas sublevaciones y revoluciones, fue básicamente una crisis económica. Según esta teoría, las fuerzas conservadoras, en las sublevaciones, representaban los intereses «feudales», mientras que las revolucionarias, al menos en algunas revueltas, defendían las ambiciones «progresistas» de la burguesía, obstaculizada en sus actividades económicas por el predominio de restrictivos y anticuados sistemas gubernamentales. Sin embargo, en Inglaterra –tal como sigue esta argumentación– las fuerzas «progresistas» que representaban al naciente capitalismo pudieron triunfar completamente. De este modo, sólo en Inglaterra se pudo desmontar la antigua estructura del gobierno, el cual dentro de las nuevas formas más liberales que se establecieron, hizo posibles posteriormente los rápidos avances industriales. Tal interpretación, que ve a la Revolución inglesa de 1640 a 1650 como una necesaria precursora de la revolución industrial del siglo XVIII, es, a primera vista, una hipótesis factible. Esta teoría da una interpretación clara y general de las revueltas de mediados de siglo, así como la generalmente reconocida de que el conflicto de Inglaterra fue el más importante de todos ellos.

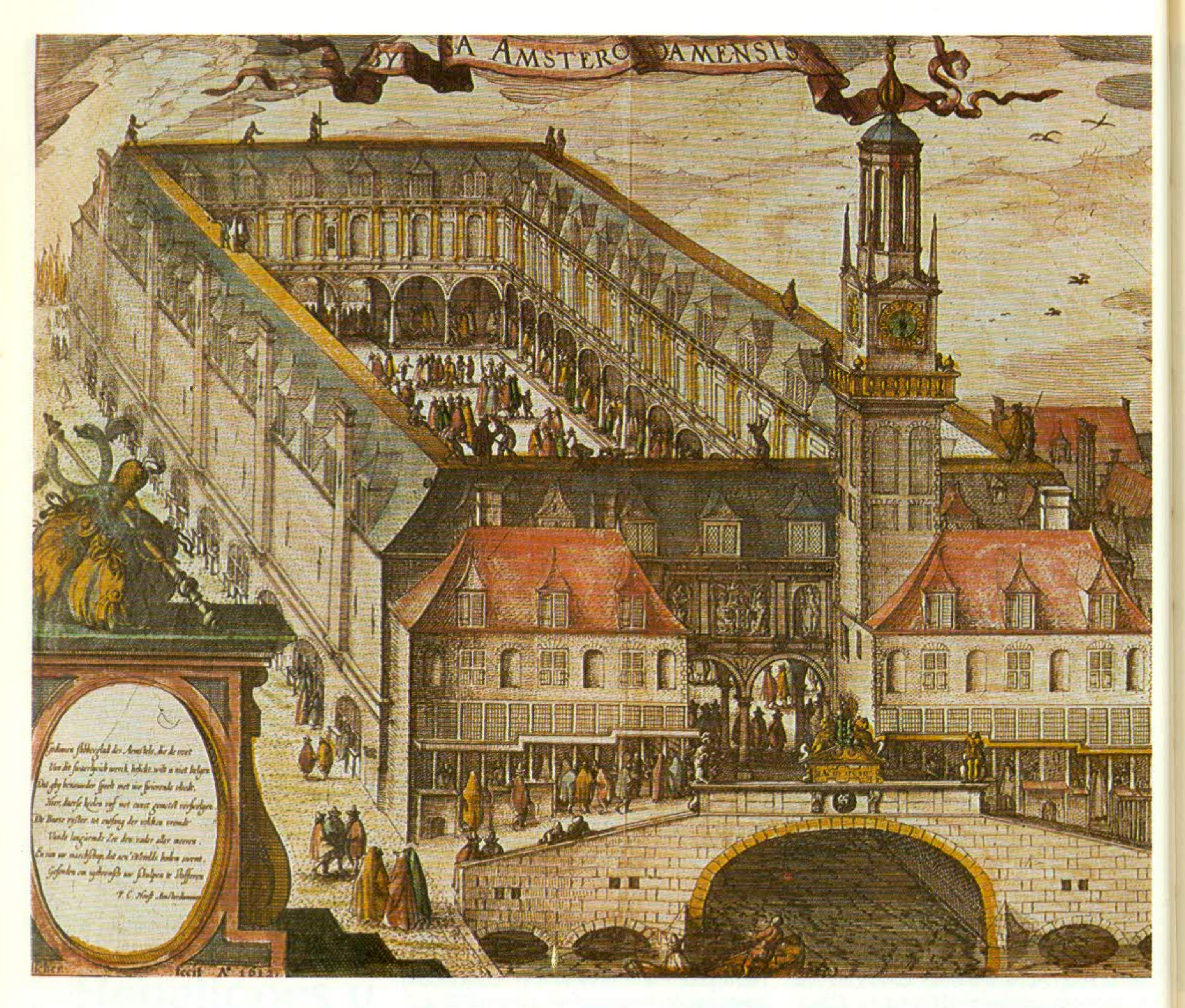
Sin embargo, esta tesis tiene un punto débil: carece de una evidencia sólida que la sustente. Es muy difícil demosrar convincentemente que las ambiciones económicas de la burguesía eran un significativo impulso motriz de las revoluciones del período 1640-1650, y la suposición de que los triunfos puritanos entre 1640-1660 en Inglaterra ayudaron directamente al crecimiento del capitalismo, es una hipótesis que no ha sido probada positivamente. De todos modos, ello ayuda a entender las crisis de mediados de siglo.

El historiador británico, profesor H.R. Trevor-Roper sostiene que aquellas revoluciones fueron la culminación de una crisis social general que se inició en el occi-



Carlos I de Inglaterra (1600-1649) que sucedió a Jacobo I en 1625. El nieto de María Estuardo, católico, quiso recortar el poder del Parlamento, pero los parlamentarios, en su mayoría puritanos, se resistieron contra ello. (Detalle de un cuadro de van Dyck.)

Página anterior, La revolución de Masaniello, *de Domenico Gargiulo, llamado Micco Spadaro. (Museo Nazionale di San Marino, Nápoles.)*

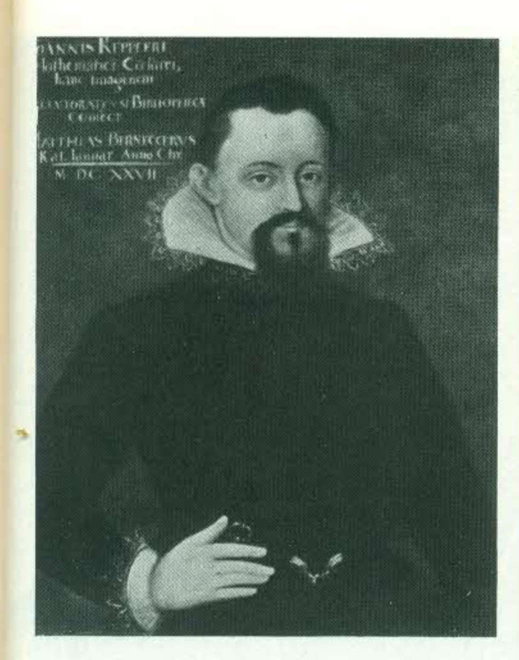


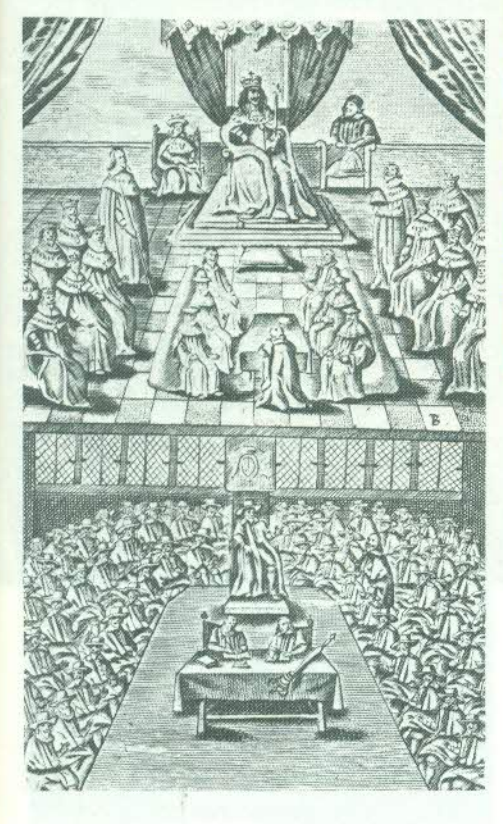
dente de Europa a partir de 1500. Todo el período desde principios del siglo XVI hasta mediados del siglo XVII —sostiene dicho autor— se debe considerar como la edad de la sociedad y del Estado «renacentistas». Durante estos años, argumenta, las sociedades de la mayor parte de los estados europeos estaban dominadas por las cada vez más costosas cortes de sus reyes y príncipes, y por las —siempre en expansión— máquinas burocráticas ocupadas por ambiciosos funcionarios. Sólo una pequeña proporción de los gastos de estas enormes burocracias recaía sobre los príncipes que se servían de ellas, mientras que casi tres cuartas partes de las cargas recaían sobre la gran masa de la población. Ello originaba que los salarios y honorarios que se pagaban a tales funcionarios por sus tareas administrativas fuesen pequeños y fijos. Por otra parte, estos funcionarios podían esperar recomendaciones o gratificaciones de sus clientes, que con sus regalos esperaban engrasar las ruedas de la maquinaria administrativa en su propio provecho. Se aceptó generalmente la gratificación como un mal menor, pero es difícil señalar la distancia entre las ganancias legales del cargo y la abierta corrupción. Parece probable que a finales de siglo XVI y principios del siglo XVII decayeran estos modelos de administración relativamente eficaz en toda Europa. Esto es lo que ocurrió en Inglaterra, donde la situación bajo Jacobo I, en la que cualquier aventurero podía esperar realizar un rápido negocio a expensas del súbdito, era el polo opuesto con respecto a la situación que se produjo a mediados del período del reinado de Isabel, cuando ella y su primer ministro, lord Burghley, ahorraron recursos del patrimonio de la corona en el beneficio general de la nación.

La expansión de las cortes y de las burocracias, junto a la corrupción que las acompañaban, fue sólo posible, según Trevor-Roper, gracias al desarrollo general de la economía europea durante el siglo XVI, que hizo soportables los gastos a la población. Incluso así, debido a los gastos de las guerras de Felipe II en la década de 1590, se produjeron en Europa grandes y crecientes quejas, dirigiéndose a menudo el odio popular contra los despilfarros burocráticos. Si no hubiese llegado la paz en la primera década del siglo XVII, todo el sistema hubiera podido hundirse bajo esta presión.

Corte y pueblo

En estas circunstancias, cuando se reanudó la guerra en la década de 1620, los gobiernos se encontraron con unos gastos militares crecientes, teniendo que pedir cada vez más dinero a sus súbditos para







financiarlos, en medio de los desastres de la guerra y de modo ajeno a los procedimientos de las economías contratantes. Las pomposas cortes y burocracias renacentistas hicieron insoportables las cargas financieras. En esa década se inició una situación revolucionaria, cuyo principal ingrediente en muchos estados europeos fue la ira del pueblo —de aquellos súbditos que no tenían relaciones crematísticas con las cortes y burocracias gobernantes— contra las demandas y despilfarros de sus señores. Según Trevor-Roper, las rebeliones de la década de 1640 fueron un resultado del resentimiento general, aunque, por supuesto, cada revuelta fue provocada por las injusticias específicas del momento en cada país.

La tesis de Trevor-Roper, brillantemente argumentada y presentada, está abierta a críticas específicas de los historiadores de cada país involucrado, pero seguramente incrementa y profundiza nuestros conocimientos sobre las rebeliones de mediados de siglo. Las tensiones entre «corte» y «pueblo» fueron un factor muy importante en la historia de Europa a principios del siglo XVII y, aunque Trevor-Roper estuviese equivocado en considerarlas como la causa más importante de las revueltas de 1640, su teoría sobre que tales conflictos fueron grandes crisis sociales, es un valioso y convincente complemento a las tesis más tradicionales que sostenían la preponderancia de los esfuerzos militares y de los factores constitucionales, o del impulso burgués.

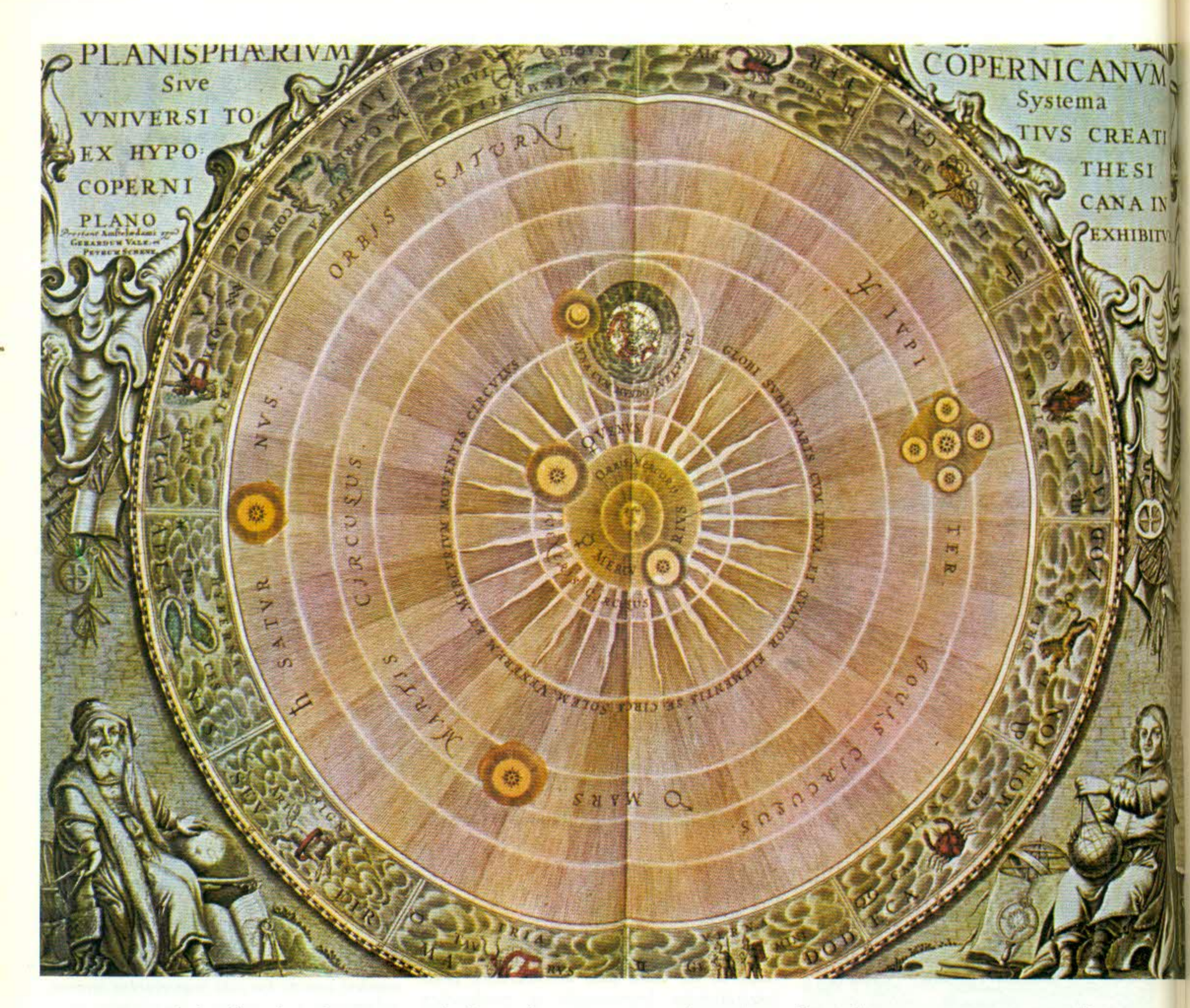
Las décadas de mediados del siglo XVII, es decir, la época de las revoluciones, dividieron al mundo en dos concepciones antagónicas. Las razones para la transformación de la vida europea que tuvo lugar en esta época fueron muchas y complejas. Las revoluciones políticas, constitucionales, económicas y sociales de 1640 a 1650 —ya que en los aconteci-

Arriba, la educación del joven Luis XV, pintura francesa del siglo XVIII. (Musée Carnavalet, París.)

Izquierda, arriba, Johannes Kepler (1571-1630), matemático y astrónomo alemán que resolvió uno de los más importantes errores del sistema de Copérnico: los planetas no describían órbitas circulares, sino elípticas.

Izquierda, el juicio de Carlos I de Inglaterra, llevado a cabo en la Cámara de los Comunes en 1648. Este hecho fue el acontecimiento político más importante de Europa en la década de 1640.

Página anterior, el edificio de la Bolsa de Amsterdam en el siglo XVII, según un grabado de la época.



mientos de mediados de siglo todos estos factores estaban entrelazados– desempeñaron un papel destacado, pero muy importantes fueron también los profundos cambios generales en el pensamiento europeo. Básicamente, el mundo de 1700 era sustancialmente diferente al de 1600 debido a que el siglo XVII conoció una revolución científica e intelectual a nivel general que tuvo repercusiones sin precedentes sobre las actividades humanas y, en última instancia, sobre la vida física del hombre en la Tierra.

La revolución científica e intelectual

A la larga, los cambios científicos e intelectuales del siglo XVII fueron vitales al crear las bases de nuestra civilización actual. Sin embargo, a corto plazo, estos conocimientos produjeron una sociedad en la que se abrió un profundo abismo entre las ideas y las actitudes de las clases instruidas y las de las multitudes ignorantes. En los siglos anteriores, aunque este abismo entre los intelectuales y la población en general era muy amplio, todo el conjunto tenía las mismas concepciones globales sobre el hombre y el universo. En el transcurso del siglo XVII esto dejó de ser así.

Entre 1600 y 1700 los lectores europeos se alimentaron con el torrente literario que divulgaba las ideas de quienes exploraban las fronteras del conocimiento, intentando a veces popularizarlas. Aunque la gran mayoría de los hombres cultivados que leían a los grandes pensadores del momento no entendían completamente sus argumentos –¿cuántos hombres del siglo XVII entendieron realmente la obra de Newton?–, de hecho, su asimilación fue suficiente para que se produjese un cambio radical en sus formas de pensamiento. La profunda diferencia entre las élites culturizadas y el pueblo ignorante es uno de los factores más importantes de la época.

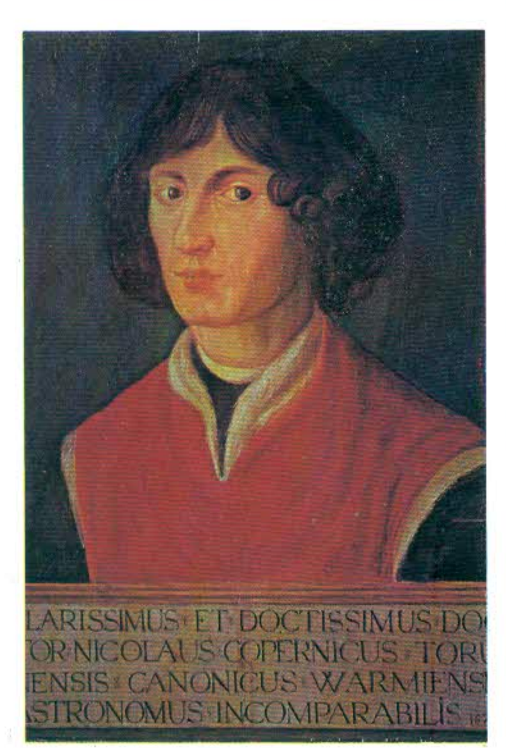
Los grandes pensadores del siglo XVII, con la notable excepción de Leibniz, rechazaron las explicaciones teológicas de los fenómenos naturales (es decir, interpretaciones en términos de un último fin y objetivo que trascendían la investigación científica), viendo un universo que podía ser entendido racionalmente por el análisis de la información cuidadosamente recogida. Ello supuso un cambio de la visión del universo, desde un punto de vista providencial a uno matemático. La matemática fue una de las dos herramientas fundamentales que dieron al hombre su nueva perspectiva. La otra fue el desarrollo de los instrumentos de precisión que se usaron para reunir y medir datos significa-

tivos. Para tomar un ejemplo, el telescopio, inventado en 1608 por dos holandeses, perfeccionado y divulgado por Galileo y otros, demostró la validez del sistema cósmico copernicano, que en el siglo XVI rechazaba la tesis tradicional de que la Tierra era el centro del universo, postulando que giraba alrededor del sol.

El creciente énfasis en los cálculos racionales recibió su mayor empuje gracias a los avances matemáticos. Su importancia en la revolución científica del siglo XVII es obvia. La centuria no sólo fue uno de los grandes períodos de progreso en la historia de esta ciencia, sino también la época en que los conocimientos y métodos matemáticos tuvieron una gran influencia en la ampliación del saber en otros campos y, consiguientemente, en el desarrollo general de la vida humana. Es difícil decir por qué fue en ese momento precisamente cuando se produjo este gran auge de la matemática. La principal razón tal vez sea el surgimiento de un importante número de hombres geniales, cada uno de los cuales se basó en las obras de sus predecesores para establecer reglas generales sobre verdades en dicha ciencia, que anteriormente sólo se habían entendido separadamente y no interconectadas.

La matemática

Los avances matemáticos del siglo fueron muy amplios, pero tal vez el mayor progreso matemático del período se dio en el cálculo, el cual no debe ser considerado como un invento casual, pues, más que la realización y síntesis de dos grandes mentes, Leibniz y Newton, fue también el resultado de la actividad de otros muchos intelectuales. Newton y Leibniz trabajaron independientemente, si bien intercambiaron una copiosa correspondencia para discutir sus respectivos hallazgos. Ambos brindaron la forma de resolver la más infinita variedad de problemas.



Uno de los matemáticos cuya obra tuvo gran importancia en la «prehistoria» del cálculo fue el francés René Descartes, más conocido por sus trabajos filosóficos. Cuando era un muchacho, Descartes se inició en la matemática, «debido a la certeza de los resultados y a la evidencia de sus razonamientos». Este amor, que mantuvo durante el resto de su vida, le indujo a la creación de su obra más significativa desde el punto de vista científico, la *Geometría*, de 1637, en la que sentó las bases del sistema analítico de esta ciencia. Demostró que los cálculos geométricos se podían pasar a formas algebraicas, introduciendo un sistema por el que los problemas sobre el espacio (es decir, los geométricos) podían resolverse por medio de la aplicación de métodos algebraicos y aritméticos.

De hecho, Descartes proporcionó las bases para un mundo sustentado en las medidas, y sus ideas dominaron la mayor parte del pensamiento de finales del siglo XVII y de todo el siglo XVIII. En 1700 Descartes tenía una legión de discípulos que aplicaron sus ideas y métodos en política, filosofía, literatura, medicina y religión.

Del pensamiento de Descartes, lo que provocó más problemas fue su actitud sobre la relación entre razón y praxis. Creía que los hombres, tras el descubrimiento de unos pocos principios fundamentales, como resultado de la observación, podrían razonar toda la estructura del universo partiendo de aquellas ideas básicas. Aunque abandonó su primitiva creencia en este método antes de morir, muchos de sus seguidores ignoraron sus dudas, sobre todo cuando aplicaron tales ideas en los campos no científicos.

Galileo

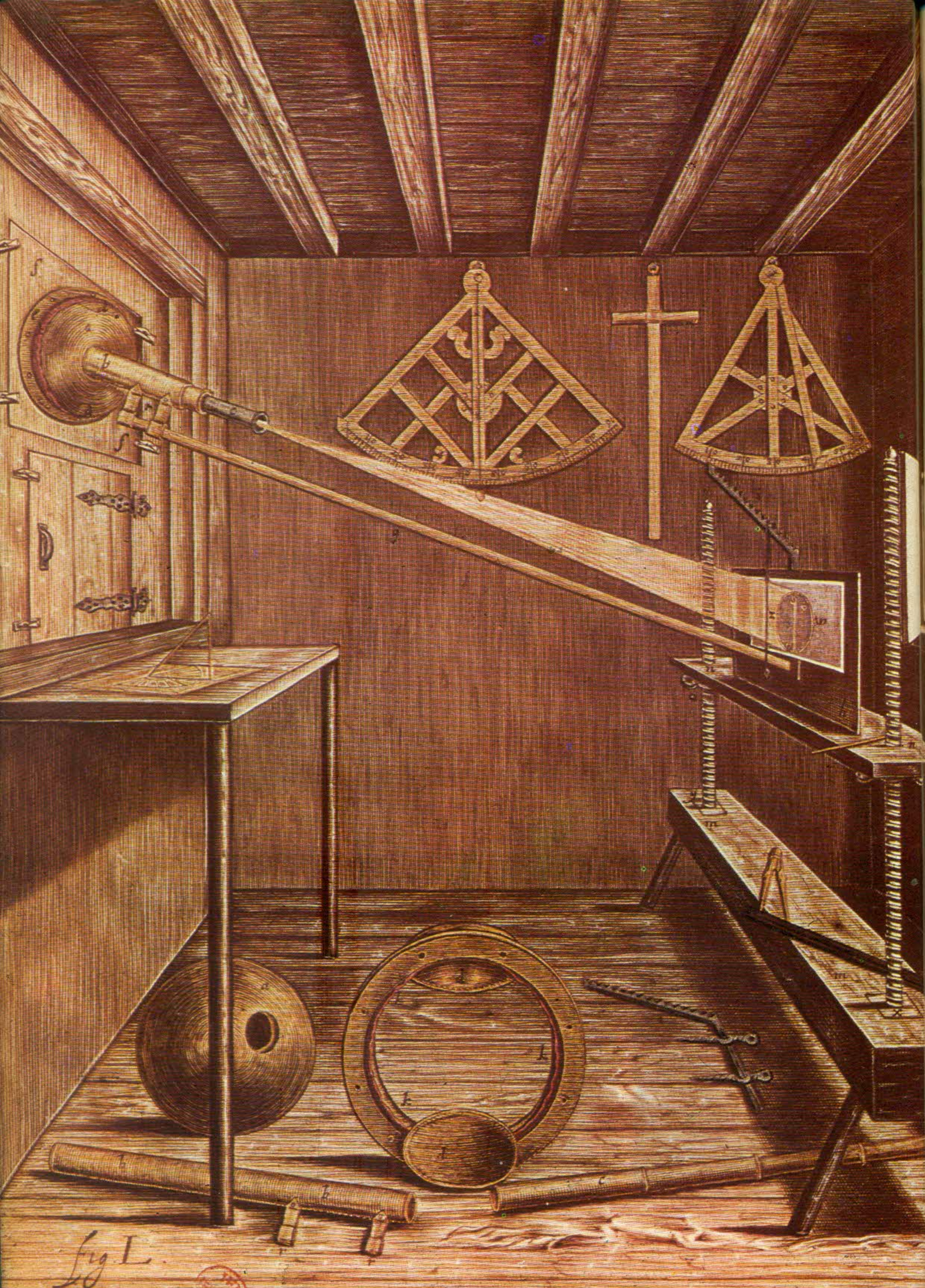
Puede decirse que Galileo fue el «padre» de la física y de la mecánica modernas, y el fundador de la observación astronómica contemporánea. Su contribución a la mecánica y a la física se basa en su obra sobre la teoría del movimiento. En el curso de sus experimentos examinó con meticulosidad la conducta de los cuerpos que caían libremente y el movimiento



Arriba, Galileo Galilei (1564-1642), filósofo, astrónomo y matemático italiano, inventor del telescopio y descubridor de esenciales principios de Física. Su obra fue decisiva para la orientación de la ciencia moderna. (Biblioteca Marucelliana, Florencia.)

Izquierda, Nicolás Copérnico (1473-1543), astrónomo polaco, autor de la obra De revolutionibus orbium coelestium, *en la cual expuso el sistema heliocéntrico que lleva el nombre de copernicano. (Museum Historyczne Uniwerstytetu Jagielionskeigo, Cracovia.)*

Página anterior, ilustración de Andreas Cellarius, en 1708, que representa el sistema copernicano del universo. El Sol se muestra en el centro, con todos los planetas, incluida la Tierra, orbitando alrededor. Por esta época, Newton trabajaba en problemas inherentes a las ideas de Copérnico.


fig. I.

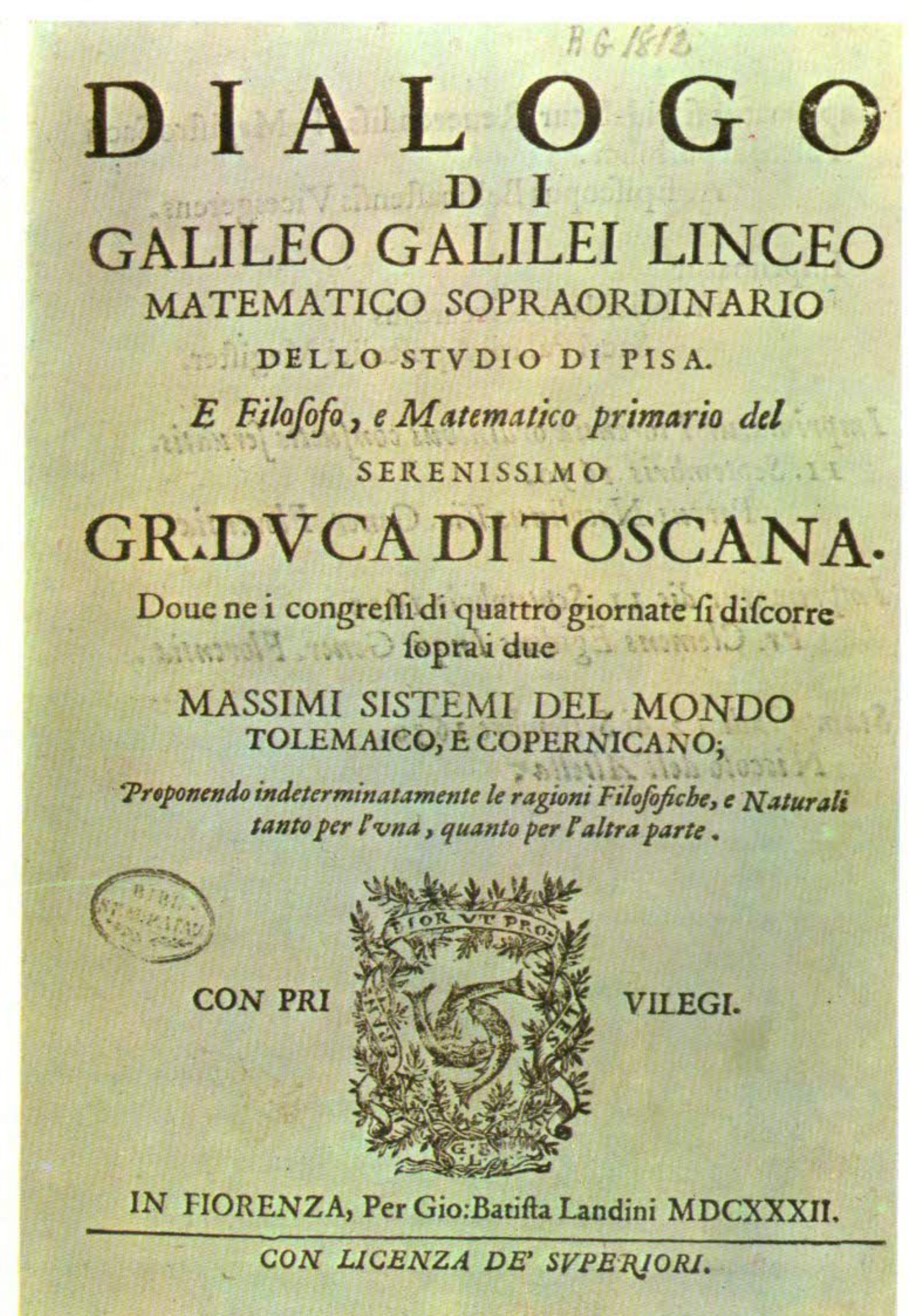
horizontal de los cuerpos en la superficie de la Tierra. En estos experimentos anticipó dos de las tres leyes de Newton sobre dicha materia, incluida la ley de la inercia. Ésta –según la idea de que cada partícula continúa en un estado de reposo o movimiento, en línea recta, a no ser que sea obligada por una fuerza a cambiar su estado– es la verdadera fundamentación de la moderna teoría dinámica. Galileo fue, de hecho, el primer hombre que se dio cuenta de que la matemática y la física, que antes se habían mantenido en compartimentos separados, se debían unir nuevamente.

No menos importante fue su obra astronómica. En la primavera de 1609 tuvo noticia de la reciente invención del telescopio. Pronto creó modelos propios, introduciendo mejoras, haciendo que por primera vez se los pudiera utilizar para observar el cielo. En 1610 anunció una serie de descubrimientos de importancia fundamental, que publicó en su obra *Siderius Nuncius*. Observó que la Vía Láctea estaba compuesta por series de estrellas distantes, observó manchas en el sol, descubrió varios satélites de Júpiter, observó las fases de Venus y apreció que la superficie de la luna era más bien irregular que lisa, tal como había supuesto antes. En 1611 visitó Roma y mostró su telescopio a importantes miembros de la curia papal. En sus *Cartas sobre las manchas solares*, defendía abiertamente la teoría copernicana. Sostenía que el movimiento de las manchas solares demostraba que la Tierra giraba a su alrededor. Copérnico, pues, tenía razón.

Sin embargo, en 1616 los teólogos del Santo Oficio declararon que los postulados de Copérnico eran «falsos y erróneos», exhortando el papa a Galileo para que no defendiera estas doctrinas. En 1632 violó abiertamente la orden papal al publicar sus *Diálogos sobre los dos principales sistemas del mundo*, haciendo una gran defensa del sistema de Copérnico. La obra fue recibida con entusiasmo en toda Europa, pero las autoridades eclesiásticas decidieron acusarle de «vehemente sospecha» de herejía. Tuvo que ir a Roma en 1633 para el proceso y bajo amenazas de tortura retractarse de sus opiniones. Fue condenado a prisión –inmediatamente conmutada por el papa por un arresto domiciliario en su pequeña hacienda cerca de Florencia– y se le ordenó que recitara los siete salmos penitentes una vez a la semana durante tres años.

El destino de Galileo en manos de la Inquisición desalentó a quienes podían haber proseguido la tarea galileana. Aunque muchos se apercibieron de la inadecuación de la cosmología tradicional, el sistema copernicano no fue aceptado a nivel general hasta unos años después. Sin embargo, en 1686 apareció un libro que influyó decisivamente en este sentido: *Diálogos sobre la pluralidad de los mundos*, de Bernard de Fontenelle.

Fontenelle nació en 1657 y murió en 1757, un mes antes de cumplir su centenario. Nunca fue un científico creativo, pero sí un gran divulgador de la revolución científica del siglo XVII. Fontenelle presenta una versión simplificada de la descripción del universo de Descartes. Su cosmología aceptaba las tesis básicas de Copérnico sobre la rotación de la Tierra alrededor del sol, ampliadas con criterios


DIALOGO
DI
GALILEO GALILEI LINCEO
MATEMATICO SOPRAORDINARIO
DELLO STVDIO DI PISA.
E Filoſofo, e Matematico primario del
SERENISSIMO
GR. DVCA DI TOSCANA.
Doue ne i congreſſi di quattro giornate ſi diſcorre
ſopra i due
MASSIMI SISTEMI DEL MONDO
TOLEMAICO, E COPERNICANO;
Proponendo indeterminatamente le ragioni Filoſofiche, e Naturali tanto per l'vna, quanto per l'altra parte.
CON PRI VILEGI.
IN FIORENZA, Per Gio:Batiſta Landini MDCXXXII.
CON LICENZA DE' SVPERIORI.

Portada del Diálogo sobre los sistemas del mundo, *de Galileo Galilei, que compara las teorías tolemaica y copernicana, en una edición florentina del 1632.*

Página anterior, observatorio astronómico, grabado de la obra de topografía lunar Selenographia *(1674) del astrónomo alemán Johannes Hevelius (1611-1687), que estudió también las manchas solares y empezó a redactar un catálogo de estrellas.*

ISAACI NEWTONI,

EQUITIS AURATI,

OPUSCULA

MATHEMATICA, PHILOSOPHICA

ET

PHILOLOGICA.

Collegit partímque Latinè vertit ac recensuit

JOH. CASTILLIONEUS

JURISCONSULTUS.

TOMUS PRIMUS

Continens

MATHEMATICA.

Accessit Commentariolus de VITA AUCTORIS.



LAUSANNÆ & GENEVÆ,

Apud MARCUM-MICHAELEM BOUSQUET & Socios.

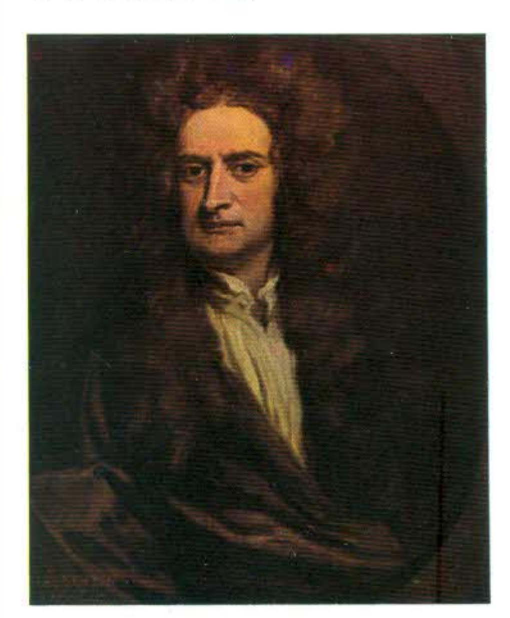
MDCCXLIV.

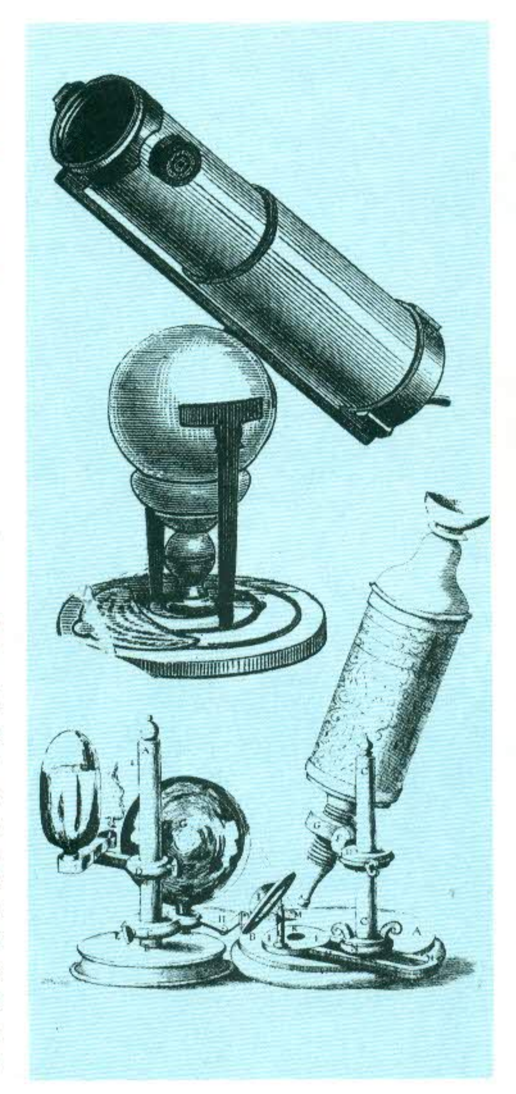
cartesianos. Según éstos, el universo consistía en un conjunto de torbellinos unidos como las pompas de jabón. En el centro de cada torbellino había una estrella. En el que contenía el sistema solar los planetas giraban alrededor del sol; algunos planetas estaban rodeados por sus propios torbellinos conteniendo los satélites, como la luna. Todo el universo estaba cubierto por una especie de fluido celestial que mantenía en su lugar a las estrellas y a los planetas.

Newton

El libro de Fontenelle fue popular, pero fue superado un año después de su publicación, pues en 1687 apareció *Principia Mathematica* de Newton, una de las obras científicas más grandes de todos los tiempos. Aunque los *Principia* era la obra maestra de Newton, de hecho culminaban una época de logros científicos. Isaac Newton había nacido en 1642 en el pueblo de Woolsthorpe (condado de Lincoln). Ingresó en 1661 en el Trinity College de Cambridge, graduándose en 1665, cuando se cerró la institución debido a la Gran Peste. Inmediatamente volvió a Woolsthorpe, donde permaneció hasta la primavera de 1667. Este período de año y medio, entre los 23 y los 24 años, fue tal vez el más creativo de toda su vida, como él mismo reconoció más tarde en sus escritos biográficos.

Durante esa breve época Newton realizó algunas contribuciones a la historia de la ciencia que marcaron hitos, como los fundamentos del cálculo diferencial e integral, el análisis de la composición de la luz blanca y la naturaleza de los colores. Pero su gran descubrimiento fue la concepción de la fuerza de la gravedad.





En general, hubo una serie de avances científicos y matemáticos comparables en importancia a los de los griegos. El viejo profesor de Newton en Cambridge, Isaac Barrow, un destacado científico, reconoció que su alumno era un genio sobresaliente, abandonando su cátedra de Matemática en 1669 para que Newton, que contaba entonces 26 años, le pudiera suceder.

Newton volvió a sus primeros trabajos sobre la luz, iniciados en 1666, que se plasmaron finalmente en su *Óptica*, en 1704. Sus teorías sobre la luz dieron pie a considerables controversias, sobre todo con Robert Hooke, un compañero suyo en la Royal Society que sostenía ideas contrarias. Hooke abogaba por una teoría ondulatoria de la luz, según la cual ésta se componía de una serie de pulsaciones u ondas transmitidas a través del espacio impregnado de éter. Por su parte, Newton avanzó una combinación de las teorías ondulatoria y corpuscular. Según él, la luz se componía de una serie de corpúsculos emanados de los cuerpos luminosos. Estos corpúsculos daban origen a ondas cuando pasaban a través del éter. Las ideas de Newton se han reactualizado en



Arriba, Bernard Le Bovier de Fontenelle, escritor francés (1657-1757) que popularizó las ideas de Copérnico y Descartes en su país. (Castillo de Versalles.)

Izquierda, arriba, telescopio reflector de Isaac Newton, inventado en 1668; bajo él, el microscopio de Rupert Hooke (1635-1703), físico y astrónomo inglés que mejoró otros descubrimientos científicos, como la espiral de los relojes y las máquinas de calcular. El grabado es de su obra Micrographia, *publicada en 1665.*

Izquierda, abajo, Isaac Newton (1642-1727), astrónomo, físico y matemático inglés que descubrió la teoría en que se fundamenta la ley de la gravitación universal y estudió la descomposición espectral de la luz. (National Portrait Gallery, Londres.)

Página anterior, portada de la Opuscula Mathematica Philosophica *de Newton, en una edición suiza del año 1744. (Bibliothèque Nationale, París.)*



nuestra época, en la que el pensamiento científico ha fusionado elementos de ambas teorías, la corpuscular y la ondulatoria.

Newton expuso los resultados de algunos puntos de su temprana investigación sobre la luz en un informe que presentó a la Royal Society en 1672. La controversia que suscitó le obligó a explicar su posición: «El mejor y más seguro método de filosofar (es decir, de llevar a cabo las investigaciones científicas) es, primero investigar minuciosamente sobre las propiedades de las cosas y verificar estas propiedades mediante la experimentación, procediendo a partir de aquí a elaborar hipótesis que luego habrán de ser teorizadas». Era una clara defensa del método experimental.

Aunque sus investigaciones en el campo de la óptica fueron importantes, su mayor contribución a la ciencia son sus *Principia Mathematica*, obra iniciada en 1686 y publicada al año siguiente. Sin embargo, dicha obra era una síntesis de los avances efectuados durante los dos siglos anteriores. Sin las contribuciones de científicos como Leonardo da Vinci, Kepler, Galileo, Huygens, Hooke y Halley, no hubiera sido posible. Esto no significa minusvalorar los descubrimientos de Newton, sino precisar que él proporcionó las últimas pruebas que permitieron crear una imagen del universo funcionando como un rígido mecanismo movido por leyes mecánicas absolutas, basadas en el principio de la gravedad. Tuvieron que transcurrir cincuenta años para que los postulados de Newton superaran la teoría de los torbellinos de Descartes. A partir de entonces, las ideas de Newton predominaron durante doscientos años, hasta principios del siglo XX, cuando Einstein desarrolló las teorías, restringida y general, de la relatividad, superando así la concepción newtoniana. El hallazgo de que la masa de un cuerpo varía con su velocidad, cambió todos los puntos de referencia de la física.

La publicación de los *Principia* en 1687 señala un hito en la historia de la ciencia. Sin embargo, nueve décadas de genial investigación fueron seguidas de treinta o cuarenta años infructuosos. Fue como si la publicación de la obra maestra de Newton hubiera agotado el espíritu creativo de la época.

A primera vista el cese de descubrimientos importantes parece sorprendente. Había razones para suponer que el progreso sería ininterrumpido. Hacia 1700 los sabios europeos formaban un grupo internacional, cuyos miembros intercambiaban información acerca de sus investi-

gaciones a través de voluminosas correspondencias o por medio de la publicación de revistas especializadas. Los nuevos conocimientos científicos fueron introduciéndose lentamente en la universidad, proporcionando sobre todo el cartesianismo un clima intelectual favorable para continuar la investigación y la experimentación. La autoridad de Descartes y Newton era inmensa, y proyectaron tal sombra sobre sus discípulos que éstos comprendieron que tenían poco que añadir a las palabras de sus maestros, limitándose a reproducir sus enseñanzas.

La impaciencia de la generación de 1700 para aplicar los descubrimientos creativos del siglo anterior en la tecnología dejó tal vez menos tiempo para pensar en otros avances fundamentales. Los años a caballo entre ambas centurias contemplaron muchos avances en la tecnología aplicada: las mejoras de las bombas en las minas, la aplicación de la nueva matemática en arquitectura, el desarrollo de la máquina de vapor, son algunos de sus ejemplos.

La filosofía política

En el siglo XVII la influencia cartesiana impregnó el mundo intelectual de la época. Casi todos los eruditos tenían la creencia de que el mundo podía ser comprendido mediante la ayuda de la razón humana y ser expresado en términos matemáticos. Esta idea influenció otros campos: la política, la filosofía, la literatura, la medicina y la religión.

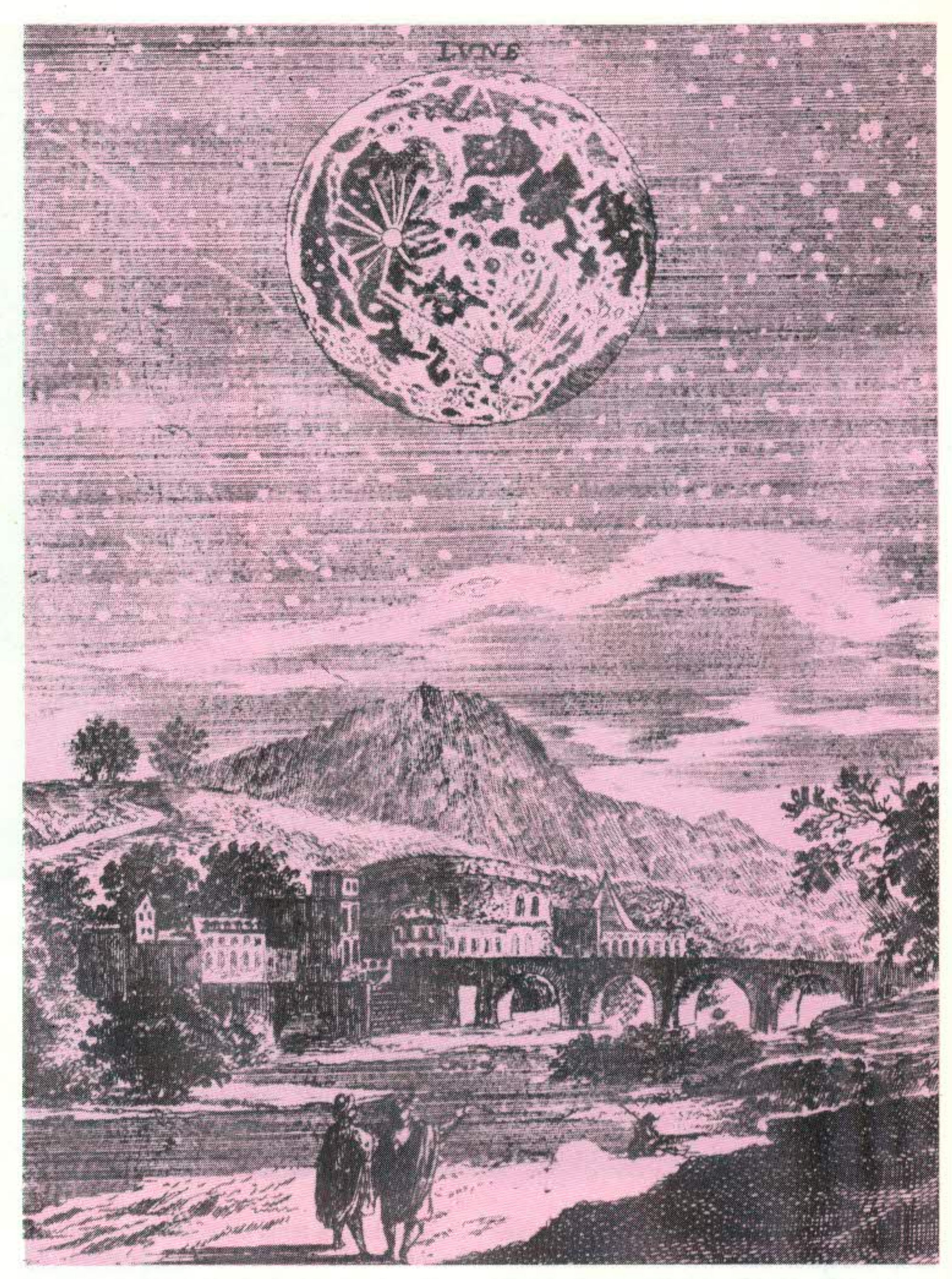
Un hombre que conecta los estudios científicos y políticos del siglo XVII es William Petty, uno de los primeros miembros de la Royal Society. Petty estudió el comercio y la población, y fue el fundador de lo que sus contemporáneos llamaban la «aritmética política», es decir, la estadística.

La influencia que el espíritu científico ejerció sobre los problemas administrativos y sociales también se detecta en la obra de los tres grandes teóricos políticos del siglo, los ingleses Thomas Hobbes y John Locke, y el judío holandés Baruch Spinoza.

Hobbes, que nació en 1588, creció y vivió la mitad de su vida en una época en que el sistema de gobierno isabelino se estaba colapsando bajo los ineficaces gobiernos de Jacobo I y Carlos I. Cuando estalló la guerra civil en 1642, el conflicto se dirigió hacia la cuestión de la soberanía, que dio lugar al tema central de la obra más famosa de Hobbes, el *Leviatán*, publicada en 1651, dos años después de que el rey fuese ejecutado. El título es metafórico: *Leviatán* es el Estado. En una época de desórdenes, en Inglaterra, Hobbes recuperó la idea del dominio de un gobierno absoluto regido por un hombre o una élite selecta —preferiblemente un hombre— capaz de ejercer los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, tanto en el campo secular como en el eclesiástico.

El Estado de Hobbes se basaba en un «contrato social». El gobernante podía tratar a sus súbditos a su antojo, siempre y cuando mantuviera la paz, pues «la obligación de los súbditos con respecto a su soberano se entiende solamente en tanto que pueda protegerlos». Los puntos de vista de Hobbes se convirtieron en una ortodoxa defensa de la monarquía absoluta.

Spinoza, uno de los otros dos destacados teóricos políticos del siglo XVII, tam-



La luna, según un grabado francés de 1685, en un libro sobre el universo. La aplicación del telescopio al estudio de los cuerpos celestes trajo reveladores descubrimientos que confirmaban las teorías de Kepler y Newton.

Página anterior, mapa de las constelaciones visibles desde el hemisferio norte, realizado por el cartógrafo holandés Johannes Janssonius en 1660.

bién estaba a favor del autoritarismo. Negaba cualquier derecho de los individuos frente al Estado. En su última obra política, el *Tractatus Politicus,* publicada en 1667, después de su muerte, acaecida en este mismo año, defendía la misma visión de Hobbes, según la cual «en un estado natural, la mayoría de los hombres procurarían su propio engrandecimiento en detrimento de los otros». El único remedio era el gobierno absoluto, que tenía el deber de mantener la seguridad y la paz de sus súbditos.

Sin embargo, a diferencia de Hobbes, Spinoza creía que la verdadera paz no era más que la ausencia de guerra. Esto significaba según él, que una concordia real entre los hombres y un gobierno inteligente mantendrían la paz al conceder, según su propio criterio, la máxima libertad posible al pueblo bajo su control, especialmente en asuntos relativos al pensamiento y la religión.

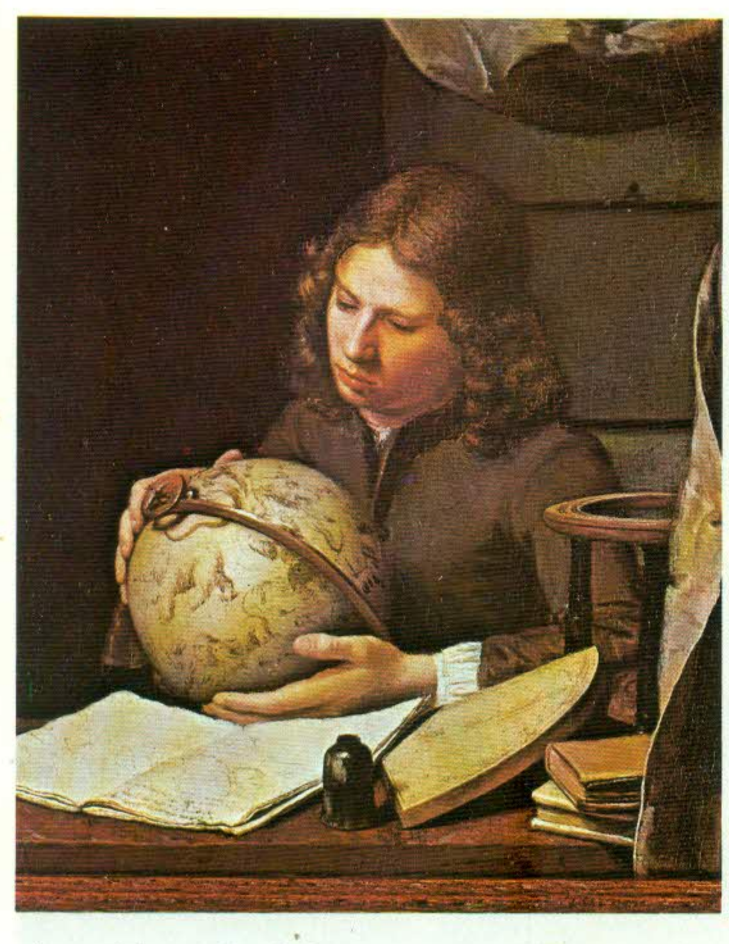
John Locke tenía unos criterios muy diferentes a los de Hobbes y Spinoza. Se situó más cerca de la libertad que de la autoridad. Se ha creído que su obra más importante sobre teoría política, su segundo *Tratado sobre el gobierno,* que apareció en octubre de 1689 (aunque fechado en 1690), fue escrito especialmente para reivindicar la Revolución de 1688. Sin embargo, ahora sabemos que fue redactado antes de 1680. En él, Locke ofrece su propia teoría de «la verdadera extensión original y fin del gobierno civil». A diferencia de Hobbes, asume que el hombre era bueno por naturaleza y que gozaba de derechos inalienables sobre la libertad y la propiedad, que mantuvo cuando llegó al acuerdo original que ordenó la sociedad. Al hacer este «contrato social» los hombres cedieron de hecho su igualdad y poder natural «ejecutivo» con el específico objetivo de asegurar la preservación de su libertad y propiedad. Por tanto, los gobernantes deben dirigir sus actividades en interés de sus súbditos. Si se convierten en tiranos, el pueblo puede rebelarse contra ellos y expulsarlos del poder.

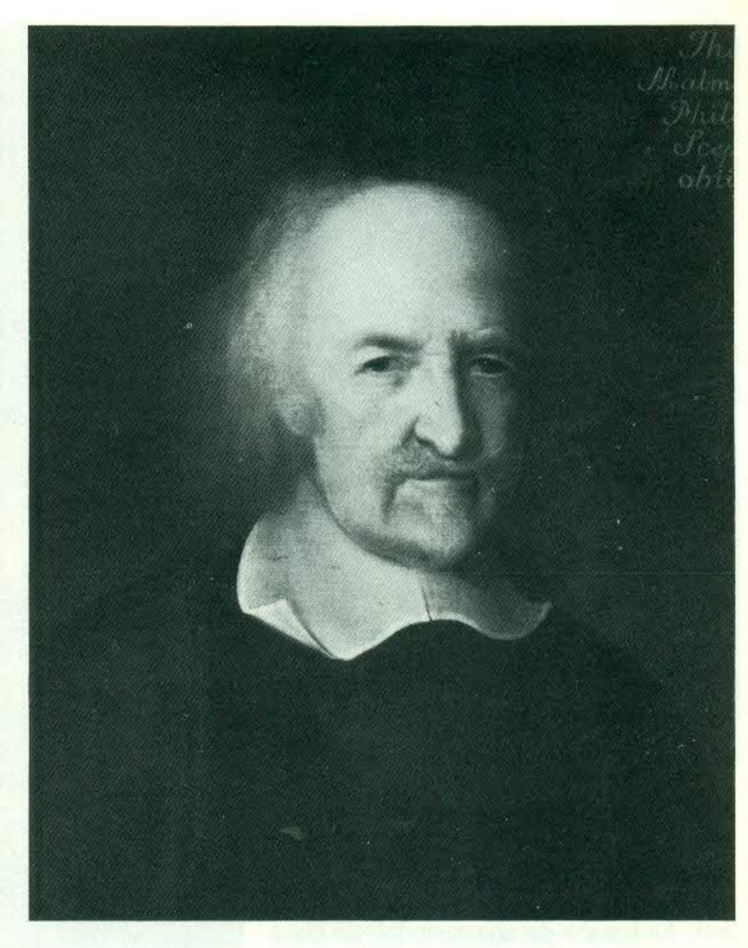
Toda Europa estaba más interesada por la filosofía de Locke que por su política, pero más tarde, en el siglo XVIII, sus teorías ejercieron un gran influencia. Se convirtió en el precursor del liberalismo, que desempeñaría un importante papel en la vida y en la política del siglo XVIII, en América y en Francia, siendo aún hoy una considerable fuerza ideológica.

La teoría política o la filosofía política, como se la ha denominado a veces, puede ser considerada como una rama de la filosofía, y dos de los principales teóricos políticos de la época, Spinoza y Locke, también escribieron obras muy importantes de filosofía general.

El sistema filosófico medieval era dogmático: la verdad era prerrogativa de la autoridad, siendo representada por los escritos de Aristóteles y las enseñanzas de la Iglesia. La nueva filosofía que se desarrolló en el siglo XVII fue estimulada y se hizo posible gracias a dos grandes corrientes de pensamiento, la Reforma y el movimiento científico de los siglos XVI y XVII. La primera tuvo escasa influencia directa sobre la especulación filosófica







—hizo más hincapié en la fe que en el conocimiento y en la razón—, pero al ridiculizar la autoridad de la Iglesia en los asuntos religiosos, los reformadores dejaron la puerta abierta para atacar otros campos. El movimiento científico ejerció un directo y poderoso efecto sobre el pensamiento filosófico. Copérnico, Kepler, Galileo y sus sucesores presentaron nuevas visiones científicas del universo que permitieron a los hombres de ciencia especular de nuevo sobre el mundo y el lugar del individuo en él. La influencia de la nueva matemática fue profunda; los grandes filósofos del siglo XVII, a excepción de Locke, fueron todos ellos distinguidos matemáticos.





Descartes

El hombre a quien podemos llamar con toda justicia «padre de la filosofía moderna» fue también un gran matemático. Los métodos de Descartes son tan importantes como las conclusiones a las que llegó. Los escolásticos medievales se habían ocupado en cohesionar sistemáticamente todo el conocimiento en función de la premisa providencialista. Se trataba de una inducción claramente opuesta a los métodos también inductivos, pero basados en experimentos prácticos, posteriormente utilizados por Galileo y Newton. Por su parte, Descartes subrayó la importancia de la deducción en sus principales obras filosóficas, como el *Discours sur la méthode* publicado en 1637, que probablemente sea uno de los libros más influyentes del siglo. Su método empezaba por dudar de todo y preguntarse si había al-

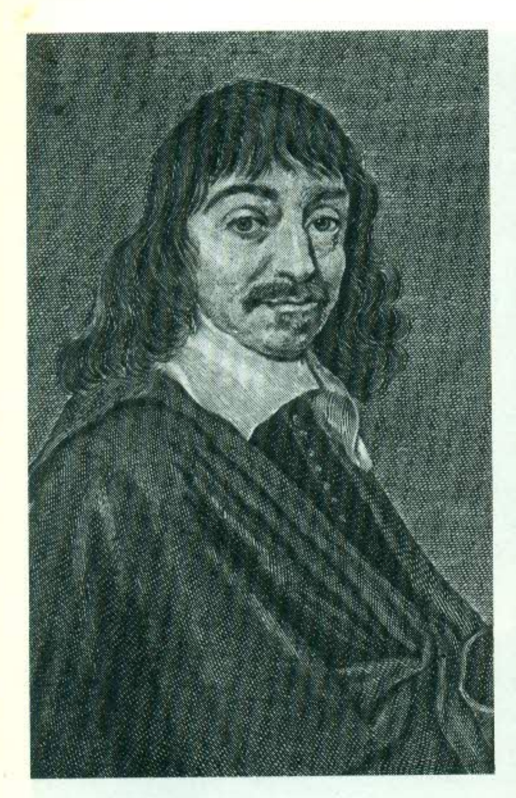
Arriba, izquierda, astrónomo holandés de la segunda mitad del siglo XVII. (National Portrait Gallery, Londres.)

Arriba, derecha, el pensador inglés Tomás Hobbes (1588-1679). En su obra Leviatán *legitimó el poder absoluto del Estado frente a las opciones liberales y parlamentaristas. Aun tratándose de una obra conservadora, fue criticada con dureza por su visión materialista de la naturaleza y la sociedad.*

Izquierda, el estadista inglés William Petty (1623-1687) intentó establecer las «leyes científicas» de la política económica a partir de una escala geográfica.

Página anterior, arriba, Baruch Spinoza (1632-1677), filósofo holandés de familia judía hispano-portuguesa. Su pensamiento decididamente panteísta y su exégesis recionalista de los textos bíblicos hizo que la comunidad judía de Amsterdam le excomulgara en 1656.

Página anterior, abajo, Christiaan Huygens (1629-1695), físico holandés descubridor del reloj de péndulo.





guna «verdad» que fuese tan evidente que no pudiera ponerse en duda. Si existía tal certidumbre absoluta, entonces era posible deducir otras verdades a partir de ésta. Se trataba de una metodología clara y racional, íntimamente relacionada con la matemática.

Descartes encontró su «verdad fundamental» en la famosa proposición *Cogito, ergo sum* («Pienso, luego existo»). Los sucesos que tenían lugar dentro de la mente del individuo —tales como el entendimiento, el cálculo y la duda— probaban incuestionablemente la existencia de la mente por sí misma. A partir de esta tesis progresó para deducir otras «verdades» que, según él, «se sucedían necesariamente». Construyó un universo compuesto por el mundo de la experiencia y por el mundo «más allá de la experiencia». La existencia metafísica de Dios era necesaria porque sólo desde un ser como Él los hombres podían derivar conceptos que estaban fuera de su propia experiencia; por ejemplo: la eternidad, la inmortalidad, la omnipotencia. El mundo de la experiencia, aquel en el que los hombres ven todo lo que está alrededor suyo, no era sin embargo lo que parecía, pues a veces los sentidos humanos producen ilusiones, aunque los objetos tengan cualidades reales que pueden ser medidas matemáticamente.

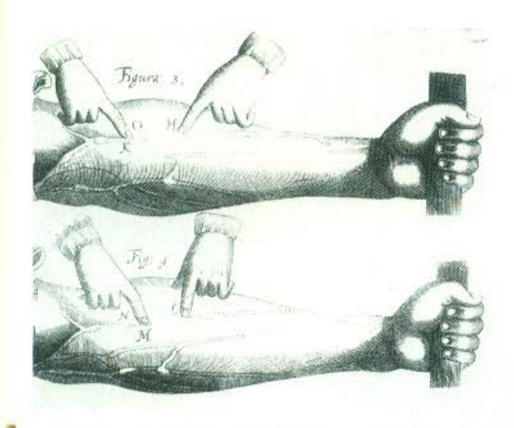
En el universo cartesiano la razón humana era suprema. Conduce al conocimiento de Dios en el mundo, más allá de la experiencia, y en el ámbito externo parece hacer posible un dominio del entorno por el hombre.

Racionalistas y empiristas

Las obras de Descartes se convirtieron en el punto de partida de las dos escuelas de pensamiento opuestas en que se dividió la filosofía de los siglos XVII y XVIII: el racionalismo y el empirismo. Los defensores del racionalismo siguieron las enseñanzas de Descartes y tomaron el nombre de «cartesianos», siendo normalmente hombres de notable capacidad intelectual, si bien todos ellos eran mentalmente inferiores a otro racionalista, Spinoza, del cual ya hemos hablado al tratar sobre los teóricos políticos. Aunque sea simplista catalogarlo de cartesiano, Spinoza estaba completamente de acuerdo con la lógica de Descartes, exponiendo sus propias conclusiones filosóficas bajo la forma de un sistema deductivo en su principal obra, la *Ética*, publicada en 1677.

La filosofía de Spinoza es compleja. Por ejemplo, su concepción de Dios, a diferencia de Descartes, no es la de un espíritu puro dotado de inteligencia y voluntad. El Dios de Spinoza presenta atributos materiales y espirituales en una sustancia única, siendo a la vez cuerpo y espíritu. Las leyes físicas son simplemente una manifestación de la acción divina: Dios y naturaleza son una misma cosa. La lógica de Spinoza, a pesar de su complejidad, tiene una inspiración pragmática. Estaba orientada para enseñar a los hombres cómo vivir éticamente. Sólo Dios es real, debiéndose considerar a todos los seres y objetos en el contexto de la eternidad.

Pocos años después de la muerte de Spinoza, John Locke llegó a Holanda como exiliado político. En esta época ya había reunido todas las ideas que publicó en 1690 en su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Locke fue el fundador de una destacada escuela filosófica que ejerció una gran influencia en el pensamiento europeo de los siglos XVIII y XIX, pero también le debe mucho a Descartes, del que tomó su creencia en el conocimiento deductivo y sus ideas sobre la distinción fundamental entre espíritu y materia. Sin embargo, enfocó los problemas de la lógica desde un punto de vista diferente al cartesiano. Señaló que la práctica es el eje central de la epistemología, rechazando la construcción de los elaborados sistemas filosóficos que tanto habían preocupado a Descartes y a Spinoza, referentes al examen de las ideas humanas y su significado. En este ensayo tomó los contenidos de la mente individual y los examinó uno a uno. Según él, la mente está vacía al principio, pero pronto acumula datos simples proporcionados por la experiencia. Entonces se pueden elaborar pen-



samientos más complejos a partir de estas ideas elementales. Todo el pensamiento consiste en la reunión y la comparación de las ideas.

Leibniz fue un hombre de genio polifacético: matemático, historiador, teólogo, político y filósofo. Nunca compendió su lógica en un solo tratado, pero sus ideas fueron sistematizadas por otros después de su muerte. Según él, el universo está compuesto por un número infinito de sustancias simples, cada una completa en sí misma, que denominó «mónadas». Las mónadas superiores son las almas de los hombres, sencillas realidades espirituales. Las cosas materiales en su sentido estricto no existen. Dios, que mantiene la armonía entre las mónadas, creó el mejor de los mundos posibles. Este es el famoso optimismo de Leibniz, tan implacablemente satirizado por Voltaire en *Cándido*.

Por supuesto, a pesar de su genio era un hombre de su época, limitado en sus ideas por sus propios conceptos y los de los políticos contemporáneos. A pesar de que Newton no había anticipado la idea de la relatividad, Leibniz señaló que las mónadas cambiaban permanentemente, pero no comprendió que la esencia de cualquier elemento depende de su desarrollo en el tiempo, es decir, no captó la idea de la evolución.

Los pioneros de la medicina

La influencia de la matemática y el fundamento del espíritu científico del siglo XVII se pueden observar en medicina, literatura y pintura al mismo nivel que en el pensamiento filosófico y político. En medicina, una escuela adoptó los principios de Descartes orientados a considerar el cuerpo humano como una máquina. Entre ellos, el italiano Giovanni Borelli se sintió particularmente interesado en las leyes físicas que gobiernan los movimientos del cuerpo. Sin embargo, el gran pionero de la medicina en este siglo fue el inglés William Harvey. En 1628 expuso su descubrimiento sobre la circulación de la sangre en *De motu cordis et sanguinis,* una obra que fue el resultado de observaciones precisas y cuidadosos experimentos.

Harvey revolucionó la medicina al demostrar una serie de hechos estrechamente interrelacionados entre sí: la sangre es expulsada del corazón a intervalos regulares y de una forma constante; circula por las venas y las arterias, y el corazón se limita a impulsarla. Hizo también otras importantes contribuciones en el campo de la embriología, y los nuevos métodos experimentales que utilizó en su trabajo abrieron el camino hacia el futuro, al igual que el mismo *De motu cordis* se convirtió en el punto de partida para investigaciones posteriores en psicología y anatomía, como las del italiano Marcello Maltighi, el gran sucesor inmediato de Harvey, que empleó el microscopio para demostrar la circulación de la sangre por los capilares.

En literatura, el crecimiento del espíritu científico se reveló en los cambios estilísticos que tuvieron lugar durante el transcurso del siglo. Muchos escritores de principios del siglo XVII intentaron imprimir un estilo complicado —la poesía de Góngora y la de sus contemporáneos europeos es una buena demostración de ello—, pero con el paso de los años se puso de moda la simplicidad, la lucidez y la exactitud, es decir, los ideales «matemáticos». Éstos fueron ejemplarizados por la prosa de Pascal, y a finales de siglo por la de Addison y Pope. En pintura se puede detectar la misma tendencia general. A medida que pasaron los años se impuso una corriente contraria a la grandeza y suntuosidad del barroco de principios de siglo propia de las obras de Rubens, desembocando en la gran sencillez y moderación que caracteriza el arte de Watteau a finales del reinado de Luis XIV.

La oposición de la Iglesia a las ciencias

La Iglesia contribuyó escasamente a la revolución científica. Es más, en muchos casos fue un obstáculo. Tan sólo Pascal intentó concordar ciencia y religión. Blaise Pascal fue un destacado matemático que apoyó el jansenismo en sus *Lettres provinciales*, que aparecieron en 1656-1657. Sus *Pensées,* publicados tras su muerte en 1662, eran fragmentos de una elaborada defensa de la cristiandad.

Las más importantes conexiones establecidas entre la religión y el espíritu científico del siglo XVII se encuentran, de hecho, en los efectos destructivos que ejerció



Arriba, John Locke (1632-1704), filósofo inglés, principal ideólogo de la oposición parlamentaria. Volvió de su exilio forzoso con la Revolución Gloriosa de 1688. Su pensamiento político gira en torno a la teoría de que la soberanía pertenece a la comunidad y no al rey; los hombres son iguales en el estado natural y la sociedad es el producto de un pacto por el que sus miembros delegan en una persona parte de sus derechos. (National Portrait Gallery, Londres.)

Izquierda, ilustración sobre la circulación de la sangre, en De Motu Cordis *(1628), obra del físico y médico inglés William Harvey (1578-1657), investigador en anatomía y fisiología.*

Página anterior, izquierda, René Descartes (1596-1650), filósofo y matemático francés considerado como el fundador de la moderna filosofía. Su sistema se caracteriza por una aguda división entre el mundo material y el mundo de las ideas. Retrato por Franz Hals. (Louvre, París.)

Página anterior, derecha, operación quirúrgica, en un grabado del siglo XVIII.



este último sobre la primera. Anteriormente, se había creído que la Biblia era incuestionable. Pero, a partir de entonces los escépticos cartesianos argumentaron que ésta se debía ajustar a un análisis textual como cualquier otro documento. Richard Simon, un sacerdote católico, publicó varias historias críticas del Antiguo y Nuevo Testamento, revelando sus obras que los textos bíblicos estaban llenos de dificultades en la cronología y presentaban evidentes insuficiencias, hasta el punto de cuestionar su veracidad. Su obra fue condenada por católicos y protestantes, pero proporcionó una gran base argumental a los deístas del siglo XVIII. Ciertamente, a finales del siglo XVII y principios del XVIII, aproximadamente entre los años 1680 y 1720, se presenció lo que acertadamente se ha definido como crisis del pensamiento europeo. Entre esas fechas, gran número de intelectuales que habían absorbido las principales ideas de la revolución científica de los cien años anteriores, empezaron a cuestionar las esencias de la dogmática tradicional de la Iglesia. Antes de 1680 sólo pensadores aislados habían dudado de la conjugación en Cristo de dos naturalezas y de que había muerto en la Cruz para la salvación de la humanidad. Después de 1720 muchos hombres inteligentes también ponían en duda esta creencia. Fue una revolución intelectual, un cambio desde una actitud que aceptaba los fundamentos religiosos tradicionales, a un exaltado escepticismo y espíritu secular.

El nuevo ejército

Junto a los grandes cambios políticos, sociales, científicos e intelectuales también se produjo una revolución militar. La renovación se remonta a la década de 1560, aunque los grandes logros llegaron exactamente a principios del siglo XVII, teniendo profundas consecuencias no sólo en las cuestiones militares de los años posteriores sino también en otros muchos aspectos de la vida.

A mediados del siglo XVII la formación dominante en los cuerpos de ejército de Europa occidental era el «tercio español» o su equivalente. Un tercio consistía en una formación de 3.000 hombres entre piqueros y mosqueteros, y sustituía la pesada caballería de la Edad Media por la infantería, convertida en el factor más importante en el campo de batalla. El gran volumen de las unidades de infantería del siglo XVI implicaba difíciles maniobras, y las tácticas tendían a ser más defensivas que ofensivas. De hecho, los comandantes evitaban a toda costa las batallas en campo abierto.

La revolución que cambió esta situación tuvo lugar entre 1590 y 1632, después de un intento abortado de Erik XIV de Suecia en la década de 1560. La primera etapa, bajo el liderazgo del príncipe Mauricio de Orange, duró hasta 1609, y la segunda, con Gustavo Adolfo, de Suecia, desde 1617 hasta 1632, aproximadamente. Mauricio volvió a los modelos romanos en cuanto al tamaño de las unidades de su ejército y el orden de batalla de éstas. Sus «batallones» estaban compuestos por unos 500 hombres –aproximadamente el mismo número que el de la cohorte romana–, ofreciendo un orden de batalla lineal frente al bloque cuadrado de los tercios. Estos cambios promovieron flexibilidad y maniobrabilidad, pero no tuvieron una aceptación generalizada en Europa, en parte porque no condujeron a



Batalla de Rocroi (19 de mayo de 1643), victoria de las tropas francesas del príncipe de Condé sobre los españoles. El siglo XVII fue testigo de una revolución armamentista sin precedentes. (Musée Condé, Chantilly.)

Página anterior, laboratorio de un alquimista, en un grabado del siglo XVII.

ningún éxito destacado contra los tercios.

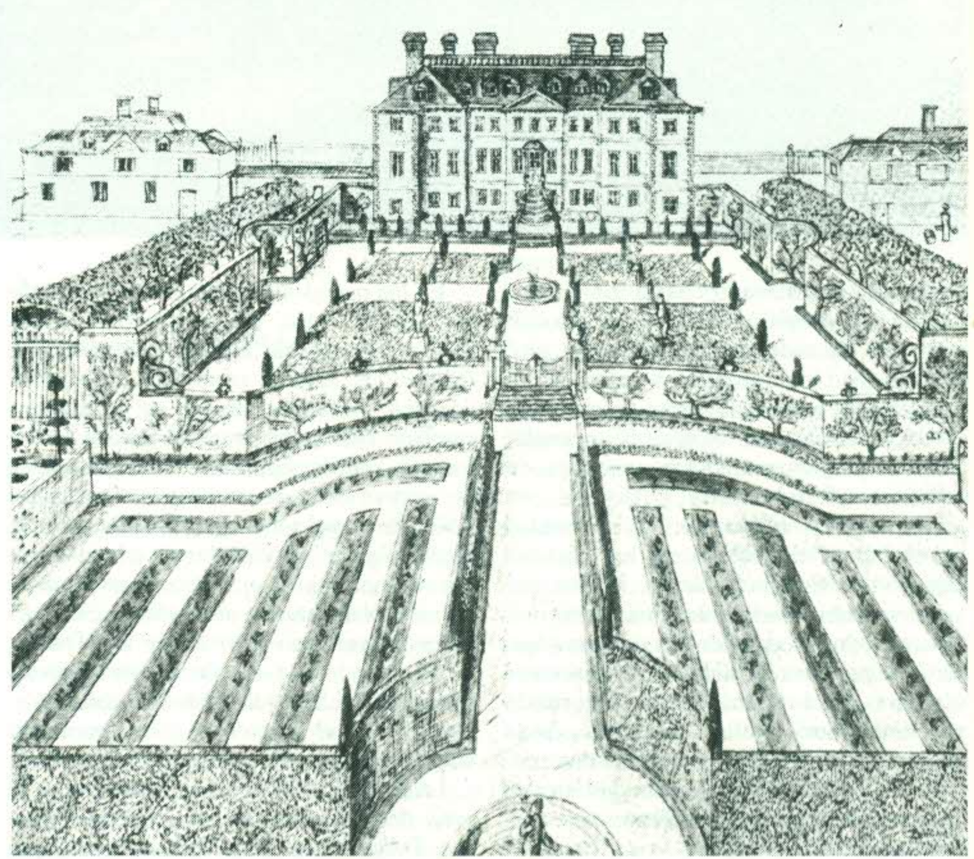
Esta estrategia defensiva fue modificada por Gustado Adolfo, que demostró la capacidad de las nuevas formaciones lineales para tener éxito tanto en el ataque como en la defensa. Sustituyó las unidades más pequeñas mediante una serie de reformas administrativas y tácticas que aumentaron ampliamente su efectividad en el campo de batalla. A los oficiales jóvenes y a los suboficiales se les dio mayor responsabilidad e iniciativa en las maniobras, y los mosqueteros y piqueros fueron unidos para posibles combinaciones conjuntas. Esta táctica fue muy favorecida por la utilización de las andanadas de la artillería concentradas sobre un determinado punto de las líneas enemigas, siendo Gustavo el primero en utilizar este sistema.

En las grandes batallas de la Guerra de los Treinta Años, que marcaron el éxito de la revolución técnica de Gustavo Adolfo, las tácticas ofensivas conocieron un auge. Al mismo tiempo se produjeron cambios igualmente importantes en la estrategia, que transformaron toda la escala de valores del arte de la guerra del siglo XVII. En el siglo anterior, durante el largo conflicto entre los Habsburgo y los Valois, era normal operar en varios frentes, pero sin una planificación sistemática. Sin embargo, durante la Guerra de los Treinta Años, cuando se pusieron una vez más de moda las batallas, los mandos consideraron ya toda el área del conflicto como un único escenario de operaciones bélicas.

La consecuencia más notable fue el gran aumento del volumen de los ejércitos. Felipe II de España tenía la fuerza

militar más poderosa en las postrimerías del siglo XVI, contando con cerca de 40.000 hombres. Luis XIV de Francia, que poseía el mayor ejército del siglo XVII, tuvo 400.000 hombres en armas durante los últimos años de su reinado. Durante el siglo XVII se presenció en casi toda Europa la creación de ejércitos permanentes a una escala desconocida hasta entonces. En la década de 1620 las fuerzas armadas de Brandenburgo poseían menos de 1.000 hombres. A principios del siglo XVIII, durante el reinado de Federico Guillermo I, contaban con cerca de 80.000 soldados.

La marina fue también en aumento, aunque España, la gran potencia naval del siglo XVI, perdió su liderazgo, lo mismo que en tierra, durante el siglo XVII.



La sombra del futuro

En 1715 la situación militar, política, económica, religiosa e intelectual de Europa era muy diferente de la del siglo anterior. En las esferas política y militar Francia había reemplazado a España

LA CIVILIZACIÓN EN EL SIGLO XVII

Año	Acontecimientos	Artes	Ciencias	Literatura y filosofía
1600	Ascensión al trono de Jacobo I (1603) Asesinato de Enrique IV	El Greco: *Vista de Toledo* (1605) Nacimiento de Rembrandt (1606) Monteverdi: *Orfeo*	Galileo: el telescopio Kepler (1571-1630)	Cervantes: *Don Quijote* Bacon: *Novum Organum*
	Ascensión al trono de Luis XIII (1610) Comienzo de la Guerra de los Treinta Años	Rubens: *El juicio final*	Harvey: circulación de la sangre y estudio del corazón	Versión autorizada de la Biblia (1611) Nacimiento de Molière (1622) Nacimiento de Pascal (1623) Primera obra publicada de William Shakespeare (1623)
1630	Muerte de Gustavo Adolfo (1632) Muerte de Richelieu (1642)	Rembrandt: *Lección de anatomía* (1632)	Juicio de Galileo (1633) Nacimiento de Newton (1642)	Nacimiento de Locke y de Spinoza (1632) Publicación de la colección de poemas de Donne (1633)
	Tratados de Westfalia (1648)	Van Dick: *Retrato de Carlos I*	Torricelli: el barómetro	Corneille: *El Cid* (1636) Descartes: *El Discurso del Método* (1637)
	Ejecución de Carlos I de Inglaterra (1649)	Velázquez: *Crucifixión*		Nacimiento de Leibniz (1646)
	Muerte de Cromwell (1658)	Mansart: *Valle de Gracia* Rembrandt: *Autorretrato*	Creación de la Academia de Ciencias, en París (1658)	Pascal: *Las Provincianas* (1656)
1660	Restauración de Carlos II Inicio de la construcción de Versailles	Rembrandt: *El gremio de los pañeros* Murillo: Decoración del Hospital de la Caridad	Fundación de la Sociedad Real (1662) Leibniz: teoría del movimiento (1670)	Molière: *Tartufo* Milton: *Paraíso perdido* (1667) Pascal: *Pensamientos* (1670)
	Tratado de Nimega (1679)	Sir Christopher Wren: se inicia el Observatorio de Greenwich (1676)	Newton: teoría de la gravedad (1682)	Espinoza: *Ética*
	Muerte de Colbert (1683)	Nacimiento de Rameau (1683) Nacimiento de Watteau (1684) Nacimiento de J.S. Bach y Haendel (1685)	Cometa Halley	Leibniz: *Sistema teológico* Newton: *Principios matemáticos* (1687)
1690	Guillermo y María, reyes de Inglaterra (1689) Tratado de Riswick (1697)	Purcell: *Dido y Eneas* (1689) Nacimiento de Chardin (1699)	Huygens: *Tratado sobre la luz* (1690) Newton: *Óptica*	Nacimiento de Voltaire (1694) Cogreve: *El camino del mundo* (1700)
	Muerte de Luis XIV (1715)	Nacimiento de Boucher (1703)	Papin: experimentos con el vapor	Leibniz: teoría de las mónadas



Blaise Pascal (1623-1662), físico, matemático y filósofo francés, uno de los fundadores de la hidrodinámica, que contribuyó también al estudio del cálculo de probabilidades. En su obra Pensamientos *descubre el carácter paradójico de lo más íntimo de la naturaleza humana.*

Página anterior, arriba, esquema del ataque marítimo a una ciudad, de Diseños de navíos y nuevas formas de fortificaciones, *de Robert Dudley, duque de Northumbria, obra del siglo XVII. (British Museum, Londres.)*

Página anterior, abajo, jardines de una casa inglesa de Stowe (Buckinghamshire) de la década de 1690. Después de la euforia barroca, sobrevino una nueva pasión por la armonía matemática que alcanzó a todas las artes.

como gran potencia europea. En 1600, el Imperio español, que tenía posesiones en cuatro continentes, era el poder hegemónico. Ciertamente, Felipe II había fracasado en la conquista de Inglaterra y en el sometimiento de sus súbditos sublevados en el norte de los Países Bajos, pero dejó en 1598, a su hijo Felipe III, un Imperio mucho más extenso que el heredado de su padre, el emperador Carlos V, en 1556. Durante el siglo XVII se produjo un fuerte retroceso del período español, basado esencialmente en la fuerza de Castilla, el corazón del Imperio. El acelerado retroceso de ésta, a partir de los inicios del siglo XVII, supuso grandes demandas financieras a la periferia, que a su vez ayudaron a producir las revueltas de 1640. Pronto se perdería irremediablemente Portugal, mientras que en los últimos años del siglo una España empobrecida y gobernada por un rey mentalmente inepto había descendido al rango de potencia de segundo orden. A principios del siglo XVIII, con Felipe V, recuperó fuerzas, pero ya no volvió a ser una de las grandes potencias de Europa.

La Paz de los Pirineos de 1659, decisiva en la decadencia española, supuso el ascenso de Francia como potencia predominante en Europa, resultado de la gestión de los cardenales Richelieu y Mazarino. Durante la década de 1670, Francia incrementó su fuerza económica, especialmente su potencial industrial. Parecía estar en una inmejorable situación para dominar todo el continente. Sin embargo, entre 1680 y 1715 se produjo la transformación de Inglaterra, Austria y Rusia en grandes potencias.

Índice



